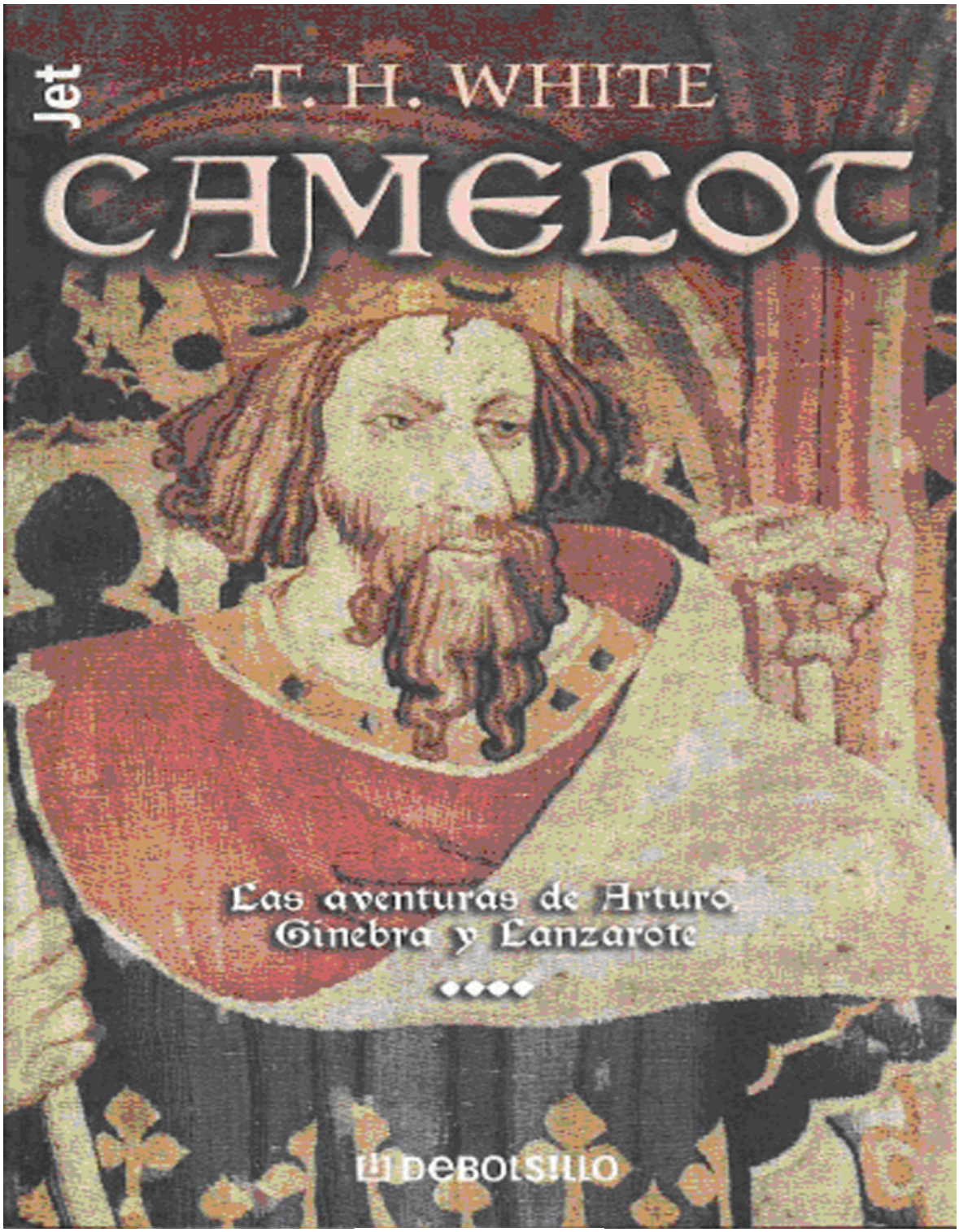
Camelot I, La Espada en la Piedra
Terence H. White



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INCIPIT LIBER PRIMUS

LA ESPADA EN LA PIEDRA

No es cualquier tierra,
Agua, madera o aire,
Sino la isla Gramarye, de Merlín,
Donde tú y yo llegaremos.

CAPITULO I

Los lunes, miércoles y viernes tenían Caligrafía gótica y Rudimentos de Lógica, mientras que el resto de la semana había Lógica Aristotélica, Astrología y repaso de asignaturas. La gobernanta siempre se hacía un lío con el astrolabio, y entonces acostumbraba a desquitarse con Verruga, golpeándole en los nudillos. No castigaba de este modo a Kay, porque cuando éste fuera mayor sería sir Kay, el dueño de la heredad. Verruga se llamaba así porque más o menos rimaba con Arte[1], que era a su vez una contracción de su verdadero nombre. Había sido Kay quien le pusiera aquel apodo. A Kay no le llamaban más que de esta forma, pues era demasiado digno para admitir un apodo, y se habría irritado si alguien hubiese pretendido asignárselo. La gobernanta era pelirroja y tenía una misteriosa herida que le proporcionaba un gran prestigio y que ella enseñaba a puertas cerradas ante las mujeres del castillo. Se creía que dicha herida se hallaba localizada en las posaderas de la mujer, y parece que le fue causada al sentarse por error, durante una merienda campestre, sobre los punzones de una armadura. En cierta ocasión la gobernanta quiso enseñar su herida a sir Héctor, el padre de Kay. La dama se puso histérica, y fue despedida. Más tarde se supo que había estado encerrada en un manicomio durante tres años.

Por las tardes el plan de estudios era el siguiente: los lunes y los viernes, justas y equitación; los martes, cetrería; los miércoles, esgrima; los jueves, arquería; los sábados, teoría de la caballería, con el conocimiento de los acordes que debían ser tocados en cada ocasión; terminología de la caza y reglas del cazador. Si se cometía algún error en la persecución o matanza de un animal, por ejemplo, el cazador debía agacharse sobre el cuerpo de la bestia muerta, o se le golpeaba con la espada de plano. Esto era una broma, como la de serle afeitada la *cabeza* al que cruzara la línea central en el torneo. A Kay nunca le pegaban con la espada, aunque cometía errores con frecuencia.

[1] En inglés Wart (verruga), rima con Art (arte). *(Nota del traductor.)*

Cuando ya se habían librado de la gobernanta, sir Héctor dijo en una ocasión:

-Al fin y al cabo, maldición, no podemos consentir que los muchachos correteen todo el día como unos rufianes, ¿eh?, maldición. Debemos proporcionarles una educación de primera clase. Cuando yo tenía su edad, ya me aprendía mi Latín y todas esas monsergas a las cinco de la mañana. Ah, sí, fue la época más feliz de mi vida... Alcanzadme el oporto, por favor.

Sir Grummore Grummursum, que se hospedaba allí aquella noche porque le había sorprendido el crepúsculo durante una larga caminata, aseguró que cuando tenía esa edad le azotaban todos los días porque se iba por las mañanas a cazar con los halcones, en lugar de quedarse a estudiar. Atribuía a esta falta de aplicación el hecho de que nunca había logrado pasar del pretérito pluscuamperfecto del verbo Haber. El maldito tiempo era el tercero por abajo, en la página noventa y siete de la gramática, según creía recordar. Y diciendo esto, entregó el oporto que le pedían.

-¿Qué tal os han ido las pesquisas hoy? -preguntó sir Héctor.

-No del todo mal. En realidad, ha sido un día bastante bueno, a fe mía. Sorprendí a un fulano llamado sir Bruce Sans Pitié, rebanándole la cabeza a una doncella en los matorrales de Weedon; le perseguí hasta la hacienda de Mixbury, en el Bicester, y le perdí de vista en el bosque de Wicken. Creo que llegó a hacer sus buenas veinticinco millas corriendo.

-Un tipo bastante ligero -comentó sir Héctor-. Pero volviendo a lo de los muchachos y el Latín, amábo, amábis, amábit y todo eso -agregó el anciano caballero-, y lo de corretear como rufianes, ¿qué me aconsejaríais vos?

-Ah -repuso sir Grummore, tocándose la nariz con un dedo y guiñando un ojo a la botella-, eso exige mucha reflexión, si no os importa que lo diga.

-No me importa en absoluto -dijo sir Héctor-. Es más, lo considero una atención de vuestra parte. Os quedo muy agradecido, de verdad. Pero servios de este oporto, por favor.

-Buen oporto es éste.

-Me lo ha regalado un amigo mío.

-Prosiguiendo con los chicos -manifestó sir Grummore-, ¿cuántos son, lo sabéis acaso?

-Son dos, contándolos a ambos, claro está -aseguró sir Héctor.

-¿No podéis enviarlos a Eton, tal vez? -inquirió cautamente sir Grummore-, aunque esté algo lejos, ya se sabe.

No habló exactamente de Eton, ya que el Colegio de la Blessed Mary no fue fundado hasta 1440, pero sería una institución parecida. Del mismo modo, tampoco bebían oporto, sino hidromiel, aunque la mención de un vino moderno hace que todos nos entendamos mejor.

-No me importa la distancia -declaró sir Héctor-, sino el hecho de que ese gigante, como demonios se llame, está en el camino. Hay que pasar por sus terrenos, ¿comprendéis?

-¿Y cómo se llama el gigante?

-No puedo recordarlo en este momento, por mi vida. Es un tipo que vive cerca de Burbly Water.

-Galapas -dijo sir Grummore.

-El mismo fulano.

-La otra solución -declaró sir Grummore- sería ponerles un preceptor.

-Ah, decís uno de esos que enseñan.

-Eso es, un preceptor; ya sabéis, uno que enseña.

-Pero servios más oporto -dijo sir Héctor-; lo necesitáis, después de tanta persecución.

-Ha sido un día espléndido -aseguró sir Grummore-. Aunque no parece que en estos tiempos les dé mucho por matar. Corres veinticinco millas para luego perder la pista o que se te desvanezca por completo. Lo peor es tener que iniciar una nueva búsqueda.

-Nosotros matamos a todos nuestros gigantes -dijo sir Héctor-. Ahora te hacen correr un buen rato, pero desaparecen.

-Se les pierde el rastro -dijo sir Grummore- por mejor decir. Siempre pasa lo mismo con los grandes gigantes en las tierras extensas. Se les pierde el rastro.

-Pero aun en el caso de que quisiera ponerles un preceptor -prosiguió sir Héctor-, no veo de qué forma podría conseguirlo.

-Anunciándolo.

-Ya lo anuncié. Fue voceado por el *noticiero de Humberland y anunciador de Cordoyle.*

-La única otra forma -dijo sir Grummore-, sería iniciar una pesquisa.

-Queréis decir una búsqueda para dar con un preceptor, ¿verdad? -aclaró sir Héctor.

-Justamente.

-Hic, Haec, Hoc -dijo sir Héctor-. Tomad un poco más de esta bebida, sea cual sea su nombre.

-Hunc -sentenció sir Grummore.

Así quedó decidido. Cuando sir Grummore Grummursum se fue a su casa al día siguiente, sir Héctor se hizo un nudo en el pañuelo para no olvidarse, en cuanto tuviera tiempo, de iniciar una pesquisa, a fin de dar con un preceptor, y como no estaba seguro de cómo podría conseguirlo, dijo a los chicos que sir Grummore había sugerido que entretanto no se comportaran como rufianes. Luego se fueron a dirigir la faena del henaje.

Era el mes de julio, y todos los hombres que no estuviesen impedidos, así como las mujeres de la heredad, trabajaban ese mes en los campos, bajo la dirección de sir Héctor. En cualquier caso, a los muchachos se les hubiera permitido perder las clases en aquella época.

El castillo de sir Héctor se alzaba en un vasto claro de un bosque aún más vasto. Tenía un patio de armas y un foso con barrera. El foso quedaba cruzado por un puente de piedra fortificado y que terminaba mediado el foso. La otra mitad quedaba cubierta por un puente levadizo de madera, que se levantaba todas las noches. En cuanto se salvaba el puente levadizo, el recién llegado se encontraba en el extremo de la calle del poblado -sólo tenía una calle-, la cual se extendía a lo largo de una media milla, y estaba flanqueada por casas de adobe con techo de paja. La

calle dividía la extensión del claro del bosque en dos grandes campos; en el de la izquierda se cultivaba en centenares de estrechas parcelas, mientras que el de la derecha se deslizaba hacia un río y servía para el pastoreo. La mitad de este último campo estaba vallado para obtener heno.

Era, pues, julio y el tiempo era el propio de julio, como acontecía en la vieja Inglaterra. Todo el mundo estaba muy bronceado, igual que si fueran pieles rojas, y los dientes y los ojos relumbraban al sol. Los perros deambulaban con la lengua colgando, o se echaban jadeantes a la sombra, en tanto que los caballos de la hacienda tenían cubierta de sudor la brillante piel, y se espantaban los tábanos con la cola, o con las gruesas patas, cuando se les posaban en el vientre. En los campos de pastoreo las vacas vagaban indolentes, y algunas correteaban con la cola al aire, lo que irritaba mucho a sir Héctor.

Sir Héctor se encontraba de pie encima de un gran montón de heno, desde donde podía ver lo que hacía todo el mundo, y vociferar órdenes que llegaban hasta el último rincón del campo de doscientos acres, lo cual le congestionaba bastante el rostro. Los mejores segadores se aplicaban a su tarea formando una línea donde el heno aún no había sido cortado, y sus guadañas refulgían bajo los fuertes rayos solares. Las mujeres disponían el heno seco en largas fajas con sus rastrillos de madera, y los dos chicos las seguían a cada lado de las franjas, volviendo las mieses con sus horcas y dejándolas a punto para la recogida. A continuación venían las grandes carretas, rechinando sus grandes ruedas de madera, y que arrastraban caballos fornidos o lentos bueyes blancos. Un hombre se hallaba encima de la carreta para guiarla y recibir el heno, mientras que otros dos iban a cada lado, recogiendo la mies que habían vuelto los chicos. La carreta avanzaba por la senda, entre dos fajas de heno cortado, y era cargada por turno estricto desde delante a atrás. El hombre de la carreta gritaba con fuerza donde quería que le arrojasen cada montón de heno con la horca. Los cargadores regañaban a los chicos cuando no colocaban el heno adecuadamente, o si se rezagaban, les amenazaban con una azotaina, cuando les tuvieran a mano.

Cuando una carreta quedaba cargada, la llevaban hasta el montón de heno sobre el que estaba sir Héctor, y allí la descargaban. El montón ascendía con rapidez porque la carga se colocaba metódicamente, no como en la actualidad. Sir Héctor volvía a trepar entonces a la cima del montón, y mientras los demás se afanaban a su alrededor, haciendo el verdadero trabajo, él sudaba y jadeaba con su horca, revolviendo la mies mientras gritaba que todo se derrumbaría cuando llegasen los vientos del Oeste.

A Verruga le gustaba la faena del henaje, y se desenvolvía con eficacia. Kay, que tenía dos años más, era bastante menos hábil en aquellos menesteres, y trabajaba el doble que Verruga, obteniendo sólo la mitad del resultado de aquél. Pero aborrecía que le ganasen en cualquier cosa, y luchaba con la condenada hierba -que odiaba con toda su alma-, hasta que llegaba a sentirse enfermo.

El día siguiente al de la visita de sir Grummore, hacía un calor bochornoso que tenía a mal traer a los hombres que se afanaban desde un ordeño al otro, y luego de nuevo hasta el anochecer, en su batalla con los ardientes rayos solares. El heno era para ellos como un elemento más,

igual que el agua o el aire, y en él se hundían, se sumergían, y hasta parecían respirar. Las semillas y briznas de la mies llenaban el aire y revoloteaban ante sus bocas y las ventanas de la nariz, y se les introducían en las ropas, haciéndoles cosquillas. Cierto es que no llevaban puesta mucha ropa, y las sombras que se apreciaban entre sus húmedos músculos eran del tono oscuro de su piel. Los que temían los truenos se sintieron enfermos desde por la mañana.

La tormenta estalló durante la tarde. Sir Héctor mantuvo a su gente trabajando hasta el mismo momento en que los relámpagos cruzaron el cielo sobre sus cabezas, y entonces, con el firmamento tan oscuro como si fuera de noche, la lluvia comenzó a caer sobre la gente, dejándolos calados al momento, y sin permitirles ver más allá de las cien yardas. Se pusieron a cubierto debajo de las carretas, cubriéndose con el heno para resguardar sus cuerpos mojados del viento, que ahora soplaba muy frío, y todos bromearon mientras el cielo se desplomaba sobre los campos. Kay estaba temblando, aunque no de frío, pero también pretendía lanzar pullas, como los demás, porque no quería demostrar que estaba asustado. Con el último rayo, el más intenso, hasta los hombres se estremecieron involuntariamente, y cada uno vio el estremecimiento de su compañero, hasta que todos rieron para olvidar su vergüenza.

Pero aquello significaba el fin de la recolección de las mieses, y el comienzo de los juegos. Los dos chicos fueron enviados a casa para que se cambiaran de ropas. La anciana dama que había sido su niñera les trajo jubones y calzas recién salidos de la plancha y les regañó por haberse mojado de aquella forma, culpando a sir Héctor de haberles tenido tanto tiempo bajo la lluvia. En cuanto se hubieron puesto las ropas secas y limpias, los chiquillos corrieron hacia el patio, ahora fresco y brillante por la lluvia recién caída.

-Voto porque saquemos a Cully, para ver si cazamos algunos conejos -exclamó Verruga.

-Los conejos no salen con esta humedad -dijo Kay desdeñosamente, satisfecho de haber cogido a Verruga en tamaño error.

-Bah, no importa, pronto estará todo seco.

-Entonces, voy a buscar a Cully.

Kay quería llevar siempre el halcón cuando iban de caza, y tenía derecho a hacerlo, no sólo porque era mayor que Verruga, sino porque también era el hijo legítimo de sir Héctor. Verruga, en cambio, no era hijo legítimo. El no alcanzaba a comprender esto, pero le hacía sentirse desgraciado porque Kay, a causa de ello, parecía considerarle como un poco inferior. También era diferente por no tener padre ni madre, y Kay le había enseñado que ser diferente era algo malo. Nadie le hablaba de eso, pero Verruga lo pensaba cuando se hallaba solo, y le dolía. No le gustaba que la gente sacara a relucir el tema, pero como los otros chicos lo hacían cuando se planteaba un problema de procedencia, había tomado por costumbre ceder siempre ante el miedo a que saliese a relucir el problema. Por otra parte, Verruga admiraba a Kay y era un seguidor nato. Era de esas gentes que se complacen venerando a un héroe.

-¡Vamos, pues! -gritó Verruga, y salieron corriendo hacia el pabellón de cetrería, volcando algunas carretillas a su paso.

El pabellón de cetrería era uno de los lugares más importantes del castillo; se hallaba al lado de las caballerizas y de la perrera, y estaba orientado al Sur. Las ventanas exteriores eran pequeñas, porque así lo exigía la fortificación, pero las que daban al patio eran grandes y dejaban entrar el sol. Tenían unas tablillas clavadas muy juntas, verticalmente; carecían de vidrios, y para evitar las corrientes de aire a los halcones, en las ventanas pequeñas se colocaban cueros delgados. Al final del pabellón de cetrería había un pequeño hogar con unos taburetes a su alrededor, como las habitaciones donde los palafreneros se sientan a limpiar los arneses en las noches de lluvia, después de la caza del zorro. Además de los taburetes había un caldero, un banco con numerosos cuchillos de pequeño tamaño y otros instrumentos de cirugía, y algunos anaqueles con diversos jarros. Estos tenían etiquetas en las que podía leerse Cardamomo, jengibre, Azúcar cande, y los nombres de otras especias y medicamentos.

También se veían cueros colgados, algunos de los cuales tenían cortes cuyos trozos servían para confeccionar caperuzas y traíllas para halcones. Colgadas de una hilera de clavos había una serie de campanillas y cascabeles de plata, todos ellos con el nombre «Héctor» grabado en él. En un estante especial, el mejor de todos, se encontraban las caperuzas, algunas tan antiguas que se confeccionaron para los halcones antes de que Kay naciera; otras diminutas, para los azores, y otras nuevas, espléndidas, que habían sido hechas para pasar las largas noches invernales. Casi todas estas caperuzas llevaban los colores de la casa de sir Héctor: el cuero era blanco, con franela roja a los lados, y un copete gris azulado en la parte superior, hecho con plumas de garza. Sobre otro banco reposaban una serie de objetos de los que suelen hallarse en cualquier taller, como herramientas, alambres, rollos de cordel, además de una botella de cuero, algunos guanteletes raídos para la mano izquierda, clavos, un par de anzuelos y varias tablillas de madera en las que se leía: Conays 11111111, Harn 111, etc. La caligrafía no era demasiado buena.

A todo lo largo del pabellón, que estaba ahora iluminado por el sol poniente, se extendían una serie de perchas a las que se hallaban sujetas las aves. Había dos pequeños azores que no hacía mucho eran polluelos, un viejo halcón peregrino que no se empleaba demasiado en aquella región boscosa, pero que se tenía para guardar las apariencias, un cernícalo con el que los chicos habían aprendido los rudimentos de la cetrería, un pequeño gavilán que sir Héctor, amablemente, guardaba allí para el sacerdote de la parroquia y, en su propia jaula, al final, se encontraba el halcón Cully.

El pabellón de cetrería se conservaba muy limpio, con serrín en el suelo, para recoger los excrementos, que se cambiaba diariamente. Sir Héctor visitaba el lugar todos los días a las siete de la mañana y los dos halconeros le esperaban muy rígidos ante la puerta. Sí olvidaban siquiera cepillarse el pelo, los hacía recluir en una mazmorra.

Kay se colocó uno de los guanteletes en la mano izquierda y llamó a Cully, que se hallaba en su jaula abierta. Pero el halcón, con las plumas bien pegadas al cuerpo y su expresión malévola, le miró fijamente y no hizo caso alguno. Entonces Kay se le acercó y lo cogió con el guantelete.

-¿Crees que debemos hacerle volar? -preguntó Verruga, con gesto de duda-. Ten en cuenta que está mudando el plumaje, Kay.

-Pues claro que podemos hacerle volar, tonto -repuso el aludido-. Está deseando que le saquen un poco, ya lo verás.

Así pues, echaron a andar a través del henar, advirtiendo que la hierba, antes cuidadosamente rastrillada, se hallaba ahora empapada por la lluvia, habiendo perdido su hermoso aspecto. Se encaminaron hacia el lugar de caza, donde comenzaban los árboles, aislados primero, pero agrupándose luego para formar la espesura del bosque. Bajo aquellos árboles se veían por centenares los orificios de las madrigueras, y tan juntos estaban que el problema no era hallar un conejo, sino encontrarlo lo suficientemente alejado de su agujero.

-Hob dice que no debemos hacer volar a Cully hasta que se haya levantado al menos un par de veces -advirtió Verruga.

-Hob no entiende nada de esto. Nadie sabe cuándo un halcón está dispuesto a volar, más que quien lo lleva. Además, Hob es sólo un villano -concluyó Kay, mientras desataba la traílla del halcón.

Cuando el ave advirtió que le habían quitado las correas a fin de que quedase dispuesto para la caza, hizo algunos movimientos como si pretendiera iniciar el vuelo. Alzó la cresta y erizó las suaves plumas de la espalda y las patas. Pero en el último momento lo pensó mejor y se quedó quieto. Aquellos movimientos eran lo que hacían que Verruga anhelase llevarlo. Deseaba coger el halcón de manos de Kay, para demostrar su experiencia. Estaba seguro de que lograría poner a Cully de buen talante haciéndole cosquillas en las patas y hacia arriba, en las plumas del buche. Deseaba sostener el halcón, en lugar de caminar detrás, con el estúpido señuelo. Verruga sabía que al chico mayor le molestaban mucho sus consejos, y por eso prefería callarse. Del mismo modo que en la caza moderna nunca deben hacerse críticas al hombre que manda, así en cetrería era importante no distraer al halconero con opiniones y consejos.

-¡So-ho! -gritó Kay, levantando el brazo para que el halcón pudiese alzarse más fácilmente. Un conejo cruzó unos matorrales frente a ellos, y Cully inició el vuelo. El batir de alas sorprendió al conejo, que permaneció inmóvil por un instante. Luego el ave asesina comenzó a hender el aire, aunque de mala gana, como indecisa, cosa que aprovechó el conejo para ocultarse en una madriguera. Siguió ascendiendo el halcón, hasta que se posó en la rama de un árbol y plegó las alas. Luego Cully miró a sus amos, abrió el pico con un iracundo graznido de fracaso, y se quedó inmóvil. Los dos corazones parecían haberse inmovilizado.



CAPITULO II



l cabo de bastante tiempo, cuando ya se habían cansado de silbar, y de seguir al turbado y malhumorado halcón, que volaba de árbol en árbol, Kay perdió la paciencia.

-Déjale que se marche, de una vez -manifestó-. No vale nada, de todas formas.

-No podemos dejarle ir -exclamó Verruga-. ¿Qué dirá Hob cuando se entere?

-Es mi halcón, no el de Hob- repuso Kay, furioso-. ¿Qué me importa lo que diga Hob? No es más que un criado.

-Pero Hob fue el que preparó a Cully. Es muy cómodo para nosotros perderle ahora, porque no tuvimos que estar sentados tres noches a su lado, y llevándolo todo el día, y todo eso. No, no podemos perder el halcón de Hob. Sería una faena.

-Quédate tú, entonces. Hob es un necio, y el halcón es un gallinazo inservible. ¿De qué nos sirve un halcón estúpido? Quédate, si quieres. Yo me voy a casa.

-Me quedaré -contestó Verruga, con tristeza-, si envías a Hob cuando llegues allí.

Kay echó a andar en dirección equivocada, hirviendo de ira porque sabía que había dejado volar al ave cuando aún no era el momento adecuado. Verruga tuvo que gritarle para que tomara la dirección correcta. Luego, el pequeño se sentó bajo un árbol y miró a Cully, como un gato contempla a un gorrión, con el corazón latiéndole apresuradamente.

Aquello era excesivo para Kay, que no era muy ducho en cetrería, y la practicaba porque era lo indicado para un niño de su edad. Verruga, en cambio, tenía más sentido de la realidad, y sabía que un halcón perdido suponía una gran calamidad. Estaba al corriente de que Hob había trabajado con Cully catorce horas por día para enseñarle a cazar, y que su empeño había sido como la lucha de Jacob con el ángel. Si Cully se perdía, se había perdido una parte de Hob también. Verruga no se atrevía a enfrentarse con la mirada de reproche que estaba seguro de encontrar en los ojos del halconero, después de todo lo que había tratado de enseñarles.

¿Qué podía hacer? Era mejor quedarse sentado, dejando el señuelo en tierra, a fin de que Cully decidiera, cuando lo deseara, posarse junto a él. Pero el halcón no parecía tener deseo alguno de hacerlo. Le habían dado una buena pitanza la noche anterior, y no tenía hambre. Además, el caluroso día le había puesto de mal humor. Los gestos y los silbidos de los muchachos, allá abajo, y la persecución de árbol en árbol, llegaron a perturbar su cerebro, de muy cortos alcances. Ahora no sabía muy bien lo que iba a hacer, pero desde luego, no sería lo que los otros quisieran. Pensó que quizá lo mejor podría ser dar muerte a algo, por rencor.

Mucho más tarde, Verruga se hallaba casi en el borde del bosque, y Cully dentro de él. En una serie de rápidos movimientos, ambos se habían acercado más a la espesura, a costa de alejarse del castillo más de lo que Verruga se había apartado nunca.

El niño no se hubiera asustado de un bosque inglés de la actualidad, pero la gran selva de la vieja Inglaterra era algo muy distinto. No sólo había en ella jabalíes, que en esa época hacían resonar sus coléricos chillidos, sino también lobos, que se deslizaban detrás de los árboles con pálida mirada y afilados dientes. Y los animales perversos y salvajes no eran los únicos habitantes de la espesura tenebrosa, pues cuando los hombres se volvían también perversos, acudían al bosque a buscar refugio en él. Eran hombres fuera de la ley, astutos, sedientos de sangre, que eludían a sus perseguidores.

Verruga temía especialmente a un hombre llamado Wat, cuyo nombre utilizaban los granjeros para asustar a los chiquillos. Aquel individuo había vivido en un tiempo en el poblado de sir Héctor, y Verruga podía acordarse perfectamente de él. Era bizco, no tenía nariz y tampoco se distinguía por su agudeza mental. Los niños le arrojaban piedras. Un día se volvió contra los chiquillos, cogió a uno y después de hacer un ruido extraño, le dio un mordisco y le arrancó la nariz. Luego echó a correr hacia el bosque. Ahora los demás chicos arrojaban piedras al pequeño desnarigudo, mientras se creía que Wat continuaba en el bosque, corriendo a cuatro patas y cubierto de pieles, como un lobo.

En aquellos legendarios días también habitaban magos en la espesura, así como singulares animales, desconocidos en nuestros modernos libros de historia natural. Bandas de sajones sin ley vivían en las frondas; solían vestir de color verde y lanzaban flechas que jamás erraban el blanco. Incluso había unos pocos dragones, aunque muy pequeños, que se guarecían debajo de las piedras y silbaban como una marmita llena de agua hirviente.

A todo esto, que ya conocía Verruga, había que añadir que estaba oscureciendo. El bosque estaba inexplorado, y nadie en el poblado sabía lo que se hallaba al otro lado. El silencio del crepúsculo había descendido sobre la tierra, y los corpulentos árboles parecían mirar al niño en medio de un silencio completo.

Pensó el chiquillo que sería más conveniente regresar a casa, ya que aún sabía dónde se hallaba; pero era empecinado, y no tenía intención de rendirse. Se dijo que si Cully llegaba a dormir una noche en libertad, se volvería salvaje y no se le podría recuperar jamás. Verruga pensó que si Hob llegaba dentro de poco con una linterna sorda, aún podrían capturar al halcón esa noche, trepando al árbol y dirigiéndole el rayo de luz a los ojos, mientras el ave se hallaba adormecida. El niño alcanzaba a ver todavía el lugar donde se había posado Cully, aproximadamente a un centenar de yardas, entre los árboles. Se dio cuenta de ello, además, porque las cornejas estaban armando allí un gran alboroto.

Verruga hizo una marca en uno de los árboles del borde del bosque, esperando que pudiera servirle de ayuda al regresar, y luego comenzó a abrirse camino entre la maleza, lo mejor que pudo. Por el ruido que hacían las cornejas pudo darse cuenta inmediatamente de que Cully se había trasladado más adentro.

La noche cayó cuando el pequeño aún seguía luchando entre las zarzas. Pero él continuó tenazmente, escuchando con toda atención. Las escapadas de Cully parecían hacerse cada vez más cortas, como si lo

invadiera el sueño, hasta que por fin, antes de que oscureciera del todo, pudo ver el corcovado lomo del halcón sobre un árbol, recortado contra el cielo. Verruga sentóse debajo del árbol en silencio, para no espantar al ave, y Cully, sosteniéndose en una pata, ignoró la existencia del muchacho.

«Tal vez -se dijo Verruga-, aunque Hob no venga (y no sé realmente cómo va a poder hallarme ahora, entre los árboles), pueda yo trepar al árbol hacia medianoche, cuando Cully esté bien dormido, y consiga apoderarme de él. Puedo llamarle suavemente por su nombre, para que crea que es la persona que va a ponerle la caperuza por las noches. Tendré que trepar sin hacer ningún ruido. Luego, si lo apreso, será necesario que encuentre el camino hasta casa. El puente levadizo estará alzado, pero seguramente habrá alguien esperándome, pues Kay, sin duda, les puso sobre aviso. Me pregunto hacia dónde estará el camino. Preferiría que Kay no se hubiese marchado.»

Se acomodó entre las raíces del árbol, tratando de hallar un lugar donde la dura madera no le hiciera daño en la espalda.

«Creo que la salida está detrás de aquel gran abeto de copa aguzada -siguió pensando-. Debo tratar de acordarme del lugar por donde se pone el sol, de modo que cuando amanezca pueda orientarme y volver a casa. Pero, ¿se ha movido algo detrás de ese abeto? ¡No desearía encontrarme con el viejo y fiero Wat, que puede arrancarme la nariz a mordiscos! Qué provocativo está Cully, de pie sobre una pata, como si no ocurriese nada...»

En ese momento oyóse un fuerte zumbido, un golpe seco, y Verruga vio una flecha que había ido a clavarse en el tronco del árbol, entre los dedos abiertos de su mano derecha. Retiró la mano precipitadamente, creyendo que le había picado un bicho, antes de darse cuenta del todo de que era una flecha. La observó a fondo y advirtió que se había hundido tres pulgadas en la dura madera. Se trataba de una flecha de color negro, con bandas amarillas, como una avispa, y cuyas plumas eran de color amarillo dos de ellas, y de color negro las otras dos. Notó que eran plumas de ganso teñidas.

Verruga se dio cuenta de que si bien anteriormente había tenido miedo al bosque, una vez en él no sentía temor alguno. Se puso en pie rápidamente, aunque le pareció que lo hacía con lentitud, y se dirigió a la parte posterior del tronco. Mientras rodeaba el tronco, otra flecha llegó silbando, pero ésta se enterró por completo en la hierba, menos las plumas, y quedóse inmóvil como si nunca hubiera sido lanzada.

Al otro lado del tronco halló Verruga un campo de helechos que alcanzaban unos seis pies de altura. Aquello era un escondite magnífico, pero podía ponerle en evidencia a causa del ruido que hacían las hojas. Oyó entonces otra flecha zumbar entre la fronda y lo que parecía ser la voz de un hombre lanzando una maldición, aunque a cierta distancia. Se introdujo Verruga entre los helechos, y luego oyó que su perseguidor entraba también en su busca. Evidentemente, no quería gastar más flechas, puesto que éstas eran valiosas, y estaban destinadas a perderse en la espesura. Verruga avanzó como una serpiente, como un gazapo, como un búho silencioso. Era pequeño, y el desconocido no tenía ninguna posibilidad contra él en aquel juego. En cinco minutos se halló a salvo.

El asesino buscó sus flechas y se alejó gruñendo, pero Verruga comprendió que aunque ahora estuviese a buen recaudo, había perdido el camino y el halcón. No tenía la menor idea del lugar donde se hallaba. Se tendió durante media hora, apretado contra el tronco caído detrás del cual se había ocultado, a fin de que su corazón cesara de latir alocadamente. La verdad es que comenzó a latirle así cuando se dio cuenta de que no encontraba el camino de regreso.

«Ah, ahora sí que estoy perdido -pensó-, y ya no tengo otra alternativa sino que me muerdan la nariz, que me atraviesen con una de esas flechas como avispas, que me devore un silbante dragón, o un lobo, o un mago -si es que los magos comen niños, que seguramente lo hacen-. ¡Cómo me gustaría haber sido bueno, en lugar de enfadar a la gobernanta, cuando se hacía un lío con su astrolabio! ¡Cómo debí haber respetado a mi querido tutor, sir Héctor, que bien se lo merecía!»

Ante estos melancólicos pensamientos, y sobre todo al recordar la bondad de sir Héctor, con su horca de heno y su roja nariz, los ojos del pobre Verruga se llenaron de lágrimas, y el niño se acurrucó más desolado aún contra el tronco.

El sol lanzó los últimos destellos de su prolongado adiós, y luego se alzó la luna con imponente majestad sobre las copas de los árboles, antes de que el chiquillo se atreviera a ponerse en pie. Cuando lo hizo, sacudióse la tierra y las ramitas de su jubón y se decidió a vagar como alma en pena, tomando el camino más fácil y confiando su suerte a la voluntad de Dios. Había caminado de este modo durante un cuarto de hora a la luz de la luna, notando cierto gozo, incluso, porque hacía un tiempo muy fresco y agradable en el bosque, cuando se encontró con la escena más hermosa que había presenciado en su corta vida.

Se hallaba ante un claro del bosque, una amplia extensión de hierba que relucía bajo los rayos de la luna, que también plateaban los troncos de los árboles en el lado opuesto del claro. Estos árboles eran hayas, cuyos troncos adquieren mayor belleza bajo la luz nocturna. Entre las hayas notó Verruga cierto movimiento, y un sonido argentino. Vio a un caballero ataviado con una armadura completa, que se hallaba silencioso e inmóvil, como un ser ultraterreno, entre los majestuosos troncos. Montaba un gran caballo blanco que permanecía tan quieto como su amo. En la mano derecha, el hombre empuñaba una larga y delgada lanza de justa, cuyo extremo inferior se apoyaba en un estribo, mientras que el superior subía y subía, hasta recortarse contra el cielo aterciopelado. Todo era luz de luna, todo plata, demasiado hermoso para ser descrito.

Verruga no supo qué hacer. No estaba seguro de si sería conveniente acercarse al caballero, pues en el bosque había seres terribles, y hasta el jinete podía ser un fantasma. Y espectral semejaba, en efecto, mientras permanecía quieto en los confines de la penumbra. Por fin el muchacho se dijo que aun cuando fuera una aparición, se trataría del fantasma de un caballero, y éstos se hallaban comprometidos por juramento a ayudar a las gentes en desgracia. Cuando se encontró ante la misteriosa figura, el chiquillo preguntó con voz cautelosa:

-Perdonad, señor; ¿podríais indicarme el camino que lleva al castillo de sir Héctor?

Al oír estas palabras el fantasma experimentó un sobresalto que casi le hizo caer de su cabalgadura, y a través de la visera de su casco lanzó un sofocado «¡baaa!», que sonó como el balido de una oveja.

-¡Perdón, señor...! -repitió Verruga, y se calló aterrado en medio de su frase.

Por fin el espectro alzó su visera, descubriendo dos grandes ojos de mirada tan fría como el hielo.

-¿Qué? ¿Cómo? -exclamó el jinete con voz llena de ansiedad.

Quitóse entonces lo que cubría sus ojos, que resultó ser un par de gafas de cuerno, empañadas por estar dentro del casco. El caballero trató de limpiarlas en la crin del animal..., pero eso no hizo más que empeorar las cosas. Levantó a continuación las manos por encima de la cabeza, para intentar limpiar los anteojos en su gallarda cimera, pero se le cayó la lanza, se le cayeron las gafas, y tuvo que bajarse del caballo para buscarlo todo, en cuyo momento se le cerró la visera sobre el rostro. Alzó la visera y se inclinó de nuevo para buscar los anteojos, con lo que de nuevo la maldita visera volvió a cerrarse. El fantasma murmuró con voz quejumbrosa:

-¡Cielo santo!

Por último Verruga encontró las gafas, las limpió convenientemente y las entregó al espectro, que en seguida se las colocó, y mientras la visera se cerraba una vez más, intentó trepar a su caballo como si en ello le fuera la vida. Cuando se halló encima tendió la mano para coger la lanza, que Verruga le entregó prestamente. Sintiéndose ya seguro, alzó la visera con la mano izquierda y la sujetó para que no volviese a caer. Miró de esta forma al chiquillo, con la mano sobre los ojos, igual que un marinero en busca de tierra firme, y exclamó:

-¡Ajajá! ¿A quién tenemos aquí, eh?

-Señor -repuso Verruga-, soy el muchacho cuyo tutor es sir Héctor.

-Un gran tipo -aseguró el caballero-. No le he visto en mi vida.

-¿Podéis decirme el camino de vuelta al castillo? -inquirió Verruga.

-No tengo la menor idea. Soy forastero en estas tierras.

-Me he extraviado -dijo el niño.

-Muy gracioso -repuso el caballero-. Yo llevo perdido diecisiete años. Soy el rey Pelinor. Tal vez hayas oído mi nombre, ¿eh?

La visera se cerró con un chasquido, pero él volvió a abrirla inmediatamente.

-Pues sí -agregó-. Hace diecisiete años que salí para la Sanmiguelada, en busca de la Bestia Bramadora, y así estoy hasta hoy. Algo lamentable, en verdad.

-Imagino que así es. señor -contestó Verruga, que jamás había oído hablar del rey Pelinor ni de la Bestia Bramadora, pero que consideró su respuesta más adecuada, en tales circunstancias.

-Esa es la empresa de los Pelinor -afirmó el rey, lleno de orgullo-. Sólo un Pelinor puede capturar a la Bestia Bramadora; bueno, un Pelinor o algún pariente cercano -agregó-. Ya nos educan a los de nuestra familia con esa idea en la cabeza. Una educación limitada, en realidad. Fiemo, y todas esas cosas.

-Sé lo que es el fiemo -declaró el pequeño, interesado-. Son los excrementos de la bestia perseguida. El batidor los recoge en su cuerno, los enseña al amo, y puede decirse por ello si el animal vale la pena, así como el estado en que se encuentra.

-Inteligente arrapiezo -hizo notar el rey-; sí, mucho. Ahora mismo llevo fiemos conmigo casi siempre. Hábito insano, y me temo que algo inútil. Sólo hay una Bestia Bramadora, de modo que poco importa el estado en que se encuentre.

Aquí el tono de voz del caballero se hizo tan compungido que Verruga consideró oportuno olvidarse de sus propias cuitas y tratar de alegrar el ánimo del jinete, haciéndole preguntas acerca del único tema sobre el que realmente parecía capacitado para hablar. Era preferible conversar con la realeza extraviada, antes que permanecer solo en el bosque.

-¿Qué aspecto tiene la Bestia Bramadora? -inquirió Verruga.

-También la llamamos la Bestia Ululante, ¿sabes? -replicó el monarca, adoptando una actitud erudita-. Ese animal tiene cabeza de serpiente, sí, y cuerpo de lagarto, grupas de león y pezuñas de venado. Por donde pasa, la bestia va haciendo un ruido tremendo con el vientre, como el de treinta pares de sabuesos aulladores. Menos cuando está bebiendo, desde luego.

-Debe de ser un monstruo terrible -dijo Verruga, mirando a su alrededor, temeroso.

-Eso es, terrible -repitió el rey-. Es la Bestia Bramadora.

-¿Y cómo la seguís, señor?

Aquella pregunta pareció ser menos adecuada, ya que Pelinor se mostró aún más entristecido.

-Traigo un sabueso, una perra -afirmó desanimado-. Allí está.

Verruga miró hacia donde el caballero le había indicado con ademán de abatimiento, y vio una cuerda enrollada en torno al tronco de un árbol. El otro extremo de la cuerda estaba atado a la silla del rey Pelinor.

-No veo la perra -dijo Verruga.

-Debe de estar al otro lado del árbol, seguramente. Siempre va en dirección contraria a donde yo voy.

Verruga acercóse al árbol y vio detrás una gran perra blanca que se rascaba para ahuyentarse las pulgas. En cuanto el animal vio al chiquillo, comenzó a menear la cola, alegrándose neciamente y jadeando por los esfuerzos que hacía para lamerle la cara, lo que no podía lograr por hallarse enredada en la cuerda.

-Es una perra bastante buena -aseguró el rey Pelinor-, pero jadea demasiado, tropieza con todo, y siempre sigue el camino equivocado. Entre eso y la visera, puedes creerme que a veces no sé por dónde tengo que ir.

-¿Por qué no la soltáis? -preguntó Verruga-. Estoy seguro de que buscaría mejor a la Bestia de ese modo.

-Cuando la suelto se escapa, ¿sabes?, y a veces no vuelvo a verla en una semana entera. Y el caso es que me siento muy solo sin ella, siguiendo por todas partes a la Bestia Bramadora, sin encontrarla. Me proporciona un poco de agradable compañía, ¿comprendes?

-Parece tener un carácter bondadoso.

-Demasiado afectuoso. A veces dudo que tenga intenciones de dar caza a la Bestia.

-¿Qué hace, cuando la ponéis sobre el rastro?

-Nada.

-Bueno, estoy seguro de que llegará a interesarse, con el tiempo -dijo Verruga.

-Hace ocho meses fue la última ocasión en que creí estar cerca de la Bestia.

La voz del pobre hombre se iba haciendo cada vez más compungida, desde el comienzo de la conversación, hasta que comenzó decididamente a sollozar.

-Es la maldición de los Pelinor -agregó-. Ir siempre detrás de esa condenada Bestia. ¿Y de qué vale todo eso? En primer lugar, tengo que detenerme a desatar la perra, luego se me cae la visera, después, no veo nada a través de las gafas. No tengo sitio donde dormir; nunca sé dónde me encuentro. Padezco reumatismo los inviernos e insolaciones los veranos. Tardo horas en ponerme esta horrorosa armadura. Cuando me la he colocado, me hielo o me aso dentro de ella, y además se oxida. Debo pasarme las noches puliendo el metal. ¡Ah, cómo desearía tener una bonita casa propia, para vivir en ella! Una casa con camas, y almohadas de verdad, y sábanas. Si fuera rico eso sería lo primero que me compraría, una buena cama con una buena almohada y unas sábanas bien blancas donde tenderme. Entonces dejaría el caballo en medio de un prado, diría a la perra que se marchase donde quisiera, arrojaría con todas mis fuerzas la armadura por la ventana y me olvidaría de la Bestia Bramadora para siempre. Eso es lo que haría.

-Si pudierais enseñarme el camino de mi casa, señor -declaró Verruga, astutamente-, estoy seguro de que sir Héctor os cedería un lecho para pasar la noche.

-¿Estás seguro? -preguntó el rey-. ¿Un lecho?

-Con colchón de plumas.

-¡Con colchón de plumas! -exclamó Pelinor, abriendo unos ojos como platos-. Con colchón de plumas… ¿Y tendría almohada?

-Sí, también de plumón.

-¡Una almohada de plumón! -susurró el rey, reteniendo el aliento-. ¡Qué hermosa casa debe de tener tu señor!

-Creo que el castillo no está a más de dos horas de camino -aseguró Verruga, aprovechando su ventaja.

-De modo que ese caballero te mandó para que me invitases a su casa, ¿verdad? -dijo, olvidando que Verruga estaba perdido-. Qué amable de su parte, sí, qué atento, ¿eh?

-Le alegrará veros, señor -manifestó Verruga, sinceramente.

-Ah, qué atento -repitió el rey, comenzando a moverse entre las diversas piezas metálicas-. ¡Qué caballero más refinado debe de ser, para tener lechos de plumas! Pero, tal vez tenga que compartir el mío con alguien más, ¿no es cierto? -preguntó Pelinor, desencantado.

-Tendréis vuestra propia cama.

-Una cama para mí solo, con colchón de plumas, almohada y sábanas. Tal vez sean dos almohadas, o una almohada y un almohadón,

¿eh? ¡Y sin tener que levantarme temprano! Bueno, ¿sirven temprano el desayuno allí? Porque en tal caso quizá haría un esfuerzo.

-No, señor -repuso Verruga.

-¿Hay pulgas en la cama?

-Ni una sola.

-¡Espléndido! -manifestó el rey Pelinor-. Parece demasiado hermoso para ser cierto. Una cama de plumas, y nada de fiemo por un tiempo. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar hasta el castillo?

-Dos horas -dijo Verruga, pero tuvo que gritar, pues sus palabras quedaron ahogadas por un ruido infernal que iba alzándose no lejos de ellos.

-¿Qué ha sido eso? -dijo Verruga.

-¡Calla! -gritó el rey.

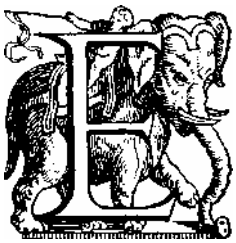
-Sí, señor.

-¡Es la Bestia!

E inmediatamente el empedernido cazador olvidó todo lo demás, y se aplicó a su tarea. Limpióse las gafas en la tela de sus asentaderas, el único trozo de género accesible que tenía en todo el cuerpo, mientras el tremendo alarido se hacía cada vez más intenso. Colocóse las gafas sobre su larga nariz, un instante antes de que la visera se cerrase herméticamente; aferró la lanza de justa con la diestra, y se lanzó al galope en dirección al lugar de donde partía el bramido. Pero se detuvo en seco por culpa de la cuerda, que estaba enrollada en el árbol, y cayó de su caballo con singular estruendo metálico, mientras la perra lanzaba melancólicos aullidos. Un segundo después Pelinor estaba de nuevo en pie, saltando en torno al caballo con un pie metido en el estribo. Las correas resistieron la prueba y milagrosamente volvió a quedar sentado en la silla, con la lanza entre las piernas. Entonces comenzó a galopar en círculos alrededor del árbol, en dirección opuesta a la que la perra había seguido para enrollar la cuerda. La tarea resultó más fácil porque el animal corría en sentido contrario, sin dejar de ladrar, mientras tanto. Por fin se vieron libres el can y el caballero.

- ¡A la carga! -gritó el rey Pelinor, agitando la lanza en el aire y moviéndose lleno de excitación sobre su silla. Un momento después se perdía en las tinieblas del bosque, con el desdichado sabueso arrastrando detrás, al otro extremo de la cuerda.





CAPITULO III

El chiquillo durmió bien sobre el colchón que había hecho con las hojas del bosque, con ese sueño tenue pero reconfortante de que goza la gente cuando duerme al aire libre. Al principio apenas si se sumergió en el sueño, como un salmón en aguas bajas, tan cerca de la superficie que le parecía hallarse en el aire. Creyó estar despierto, cuando en realidad se encontraba ya dormido. Antes contempló los astros, girando silenciosos e incansables sobre su cabeza, y las hojas de los árboles que susurraban quedamente. Le pareció oír ruidos entre la hierba. Eran leves rumores de animalillos, aletear de aves, y arrastrar de vientres de reptiles, que al principio le asustaron. Luego atrajeron su interés, y trató de ver qué bichos los causaban. No consiguió descubrirlos, y el tenue ruido llegó incluso a calmarle, por lo que dejó de interesarse en los seres que lo producían. Por fin fue hundiéndose cada vez más profundamente en el sueño, con el rostro entre la aromática hierba y sobre la tierra tibia, como si se sumergiera en misteriosas aguas subterráneas.

No le resultó fácil dormirse bajo la brillante luz de la luna, pero cuando lo hubo logrado, Verruga no se despertó hasta la mañana. El sol salió temprano, haciéndole agitarse inquieto sobre su improvisado lecho. Pero se había acostumbrado a vencer a la luz al dormir, y los rayos del sol no consiguieron despertarle. Eran ya las nueve, cinco horas después del alba, cuando volvió a moverse sobre la hierba, abrió los ojos y se despertó al instante. Verruga sintió un hambre muy intensa.

El muchacho había oído hablar de gentes que se alimentaban de moras, pero eso no suponía una solución, por el momento, ya que era el mes de julio y no se veía ninguna. Halló dos fresas silvestres y se las comió con avidez. Le supieron deliciosamente, por lo que hubiera deseado encontrar más. Luego pensó que de haber estado en abril habría buscado algunos nidos, para comerse los huevos de los pájaros. También, si hubiese tenido a Cully, el halcón tal vez le habría procurado algún conejo, que asaría en una hoguera encendida al frotar dos palos entre sí. Pero había perdido a Cully, y también se dijo que con los dos palos seguramente no hubiera podido encender la hoguera. Pensó que no debía hallarse a más de tres o cuatro millas de su casa, y que lo mejor que podía hacer era sentarse a escuchar. Entonces quizá oyese los gritos de los hombres que recogían el heno, si tenía la suerte de que el viento soplara desde allí, y así podría orientarse para volver al castillo.

Pero lo que escuchó fue un sonido metálico que le hizo pensar que el rey Pelinor debía hallarse de nuevo a la caza de la Bestia Bramadora, por allí cerca. Mas, se trataba de un ruido tan regular e intencionado, que Verruga se dijo que el rey Pelinor debía estar dedicado a algún menester que requería gran paciencia y concentración, como por ejemplo el de rascarse la espalda sin quitarse la armadura. Por último el pequeño se encaminó hacia el lugar de donde partía el ruido.

Vio otro claro en el bosque, en cuyo centro se alzaba una cabaña de piedra de agradable aspecto. Aunque en ese momento Verruga no se dio

cuenta de ello, la cabaña se hallaba dividida en dos partes. La parte principal era el salón o habitación para todos los usos, una estancia elevada que se extendía desde el suelo hasta el tejado. En el salón había un hogar cuyo humo escapaba por un agujero practicado en el techo de paja. La otra mitad estaba constituida por dos habitaciones, una arriba y otra abajo. La estancia superior era alcoba y estudio a la vez, mientras que la inferior hacía de despensa, almacén, establo y granero. Un caballo habitaba en aquella habitación inferior. Por una escalera se llegaba a la de arriba.

Frente a la cabaña se veía un pozo, y el ruido metálico que oyera Verruga había sido causado por un hombre muy anciano, que estaba sacando agua del pozo mediante una manivela que accionaba una cadena.

Clank, clank, clank, hacía la cadena, hasta que el balde apareció en el brocal del pozo.

¡Maldición! -exclamó el viejo caballero-. Cualquiera pensaría que después de tantos años de estudio podría haber conseguido algo mejor que un maldito pozo con un maldito cubo, fuese cual fuese el maldito precio que costara.

El anciano atrajo el balde hasta el borde, le echó una malévola mirada y agregó:

-Voto a bríos, ¿por qué no tendremos ya luz eléctrica y agua corriente?

Estaba vestido con una flotante túnica con puños de pieles y símbolos del zodíaco bordados por toda la tela, además de otros signos cabalísticos, como triángulos con ojos en el centro, cruces extrañas, hojas de árboles, huesos y estrellas que relucían como espejos al sol. Se tocaba con un capirote semejante al que las damas de la época solían llevar, si bien las mujeres acostumbraban a adornarlo con un trozo de velo que flotaba en el aire. Usaba también unas gafas con montura de cuerno, como las del rey Pelinor. Eran unos anteojos poco corrientes, ya que carecían de patillas y tenían forma de tijeras o de antenas de la avispa tarántula.

-Perdonad, señor -dijo Verruga-. ¿Podéis indicarme el camino del castillo de sir Héctor, si no os importa?

El anciano depositó el balde en el suelo, miró al pequeño y dijo:

-Tú debes de ser Verruga, ¿no es cierto?

-Sí, señor, yo soy.

-Me llamo Merlín -declaró el viejo.

-¿Cómo estáis, señor?

-¿Qué tal?

Cuando hubieron concluido las formalidades, Verruga tuvo ocasión de mirar despacio a Merlín. El mago estaba observándole fijamente, sin parpadear, con una expresión de benévola curiosidad que le daba un aspecto tranquilo, tan apacible como el de la vaca que parecía reflexionar profundamente mientras sacaba la cabeza por la puerta del establo.

Merlín poseía una larga barba blanca y unos bigotes también largos y blancos que colgaban lacios a ambos lados de la barba. Una inspección más detenida mostraba que el anciano estaba muy lejos de ir limpio. No es que tuviera las uñas negras, ni nada por el estilo, sino que en su cabello

parecía haber estado anidando algún ave de gran tamaño. Verruga se hallaba familiarizado con los nidos de los halcones y azores, conocía los absurdos conglomerados de ramitas, huesos viejos, plumas llenas de barro y otros objetos diversos que formaban los de las urracas. Esta fue la impresión que el muchacho sacó del pelo de Merlín. El anciano aparecía cubierto de excrementos de pájaro por los hombros, y sobre las estrellas y triángulos de su túnica. Además, una gran araña descendía desde la punta de su sombrero, mientras el viejo observaba al muchacho que estaba delante de él. Tenía expresión preocupada, como si estuviera tratando de recordar algo importante. Sus suaves ojos azules, muy grandes y redondos detrás de las gafas de cuerno, poco a poco se fueron empañando mientras miraba al niño, hasta que por fin volvió la cabeza hacia otro lado con expresión resignada, como si aquello fuera demasiado para él.

-¿Te gustan los melocotones? -preguntó.

-Mucho, señor -contestó Verruga, y se le hizo la boca agua como si ya tuviera en ella la carne jugosa y dulce del fruto.

-Apenas si están en sazón -dijo el anciano, y volviéndose encaminóse hacia la cabaña.

Verruga le siguió, puesto que era lo más sencillo que podía hacer; ofrecióse a llevar el cubo de Merlín, el cual pareció complacido y se lo entregó. El niño esperó mientras el mago examinaba sus llaves, las revolvía, y dejaba caer algunas torpemente sobre la hierba. Por fin, cuando entraron en la cabaña casi con tantas dificultades como si hubieran sido dos ladrones, Verruga subió la escalera detrás de su anfitrión y se encontró en la habitación del piso superior.

Aquella era la estancia más maravillosa que Verruga había visto en su vida.

De las vigas del techo pendía un cocodrilo de verdad, muy natural y horrible con sus ojos de cristal y la escamosa cola tendida hacia atrás. Cuando entró su amo en la habitación, el cocodrilo le guiñó un ojo a modo de saludo, aunque estaba embalsamado. Había miles de libros encuadernados con pieles pardas, algunos asegurados con una cadena a los estantes, y otros agrupados entre sí, como si hubieran bebido demasiado y no estuvieran seguros de su equilibrio. Además, veíanse allí numerosos pájaros disecados, como papagayos, Martín pescadores y pavos reales con todas sus plumas menos dos, así como diminutos pajarillos tan pequeños como escarabajos, y un gran ave fénix que olía a incienso y canela. No podía tratarse de un fénix verdadero, ya que sólo hay una de esas aves a un tiempo. Sobre la repisa del hogar se veía una cabeza de zorro, un salmón de unas cuarenta libras y un basilisco de aspecto muy natural. Varios colmillos de jabalí y unas cuantas uñas de tigre se hallaban clavados formando figuras simétricas.

Entre los huéspedes de la estancia se contaban también seis serpientes vivas, que reposaban dentro de una caja de cristal, numerosas abejas que desde las ventanas se dirigían a una colmena, situada en el interior de la habitación, dos jóvenes erizos, una pareja de tejones, que comenzaron a chillar «¡Yik, yik, yik!» en cuanto vieron entrar al mago, y numerosos gusanos de seda, dispuestos en veinte cajitas.

De los objetos que allí se veían, destacaremos una panoplia con toda clase de armas, muchas de las cuales no serían inventadas hasta medio millar de años más tarde, un cofrecillo lleno de moscas para la pesca del salmón, otro cofre con etiquetas en los cajones que decían Mandrágora, Mandrake, Barba de Viejo, etcétera, un gran manojo de plumas de ganso y de pavo, para hacer con ellas plumas de escribir, un astrolabio, doce pares de botines, una docena de monederos, tres docenas de rollos de alambre, doce sacacorchos, algunos nidos de hormigas entre dos hojas de vidrio, frascos llenos de tinta de todos los colores posibles desde el rojo al violeta, una medalla de oro por haber sido el mejor alumno en Winchester, dos calaveras, recipientes de cristal de Venecia y de Bristol, una botella de barniz, algunas piezas de porcelana, la decimocuarta edición de la Enciclopedia Británica -en la que desmerecía el sensacionalismo de los grabados populares-, dos cajas de pinturas, una de acuarelas y otra de óleo, tres globos terráqueos de las regiones entonces conocidas, unos cuantos fósiles, la cabeza disecada de un cameleopardo, algunas retortas con sus hornillos, quemadores Bunsen, y una serie completa de cromos de cigarrillos con la fauna salvaje dibujada por Peter Scott.

Merlín quitóse el capirote cuando entró en la habitación, debido a que el gorro era demasiado alto para el techo de la estancia, e inmediatamente oyóse un batir de alas en uno de los rincones; un búho pardo revoloteó hasta posarse sobre el oscuro hueso de calavera que protegía la parte superior del cráneo de Merlín.

-¡Ah, qué hermoso búho! -exclamó Verruga.

Pero cuando fue a tender la mano hacia el ave, ésta se irguió creciendo casi la mitad de su primitiva estatura, y rígida como un poste entrecerró los ojos hasta dejar sólo una estrecha ranura, por donde espió al niño; luego dijo con voz desdeñosa:

-No soy un búho.

Entonces el ave cerró del todo los ojos y volvió la cabeza hacia otra parte.

-Sólo es un niño -manifestó Merlín.

-Tampoco soy un niño -aseguró el ave, sin volver la cabeza.

Verruga se hallaba tan asombrado al advertir que el búho podía hablar, que se olvidó de sus modales y se acercó curiosamente al animal. Esto puso tan nerviosa al ave, que dejó caer un excremento sobre la cabeza de Merlín -toda la habitación estaba blanca de detritus-, después de lo cual voló hasta su percha, que era la punta de la cola del cocodrilo; allí se sintió seguro.

-Nos visita tan poca gente -explicó el mago, secándose la cabeza con un trozo de pijama viejo que tenía para tal fin-, que Arquímedes se muestra un tanto huraño con los desconocidos. Ven, Arquímedes, quiero que conozcas a un amigo mío que se llama Verruga.

Al decir esto el mago tendió una mano al búho, que avanzó patosamente, como un ganso, sobre el lomo del cocodrilo, hasta que al llegar encima de la mano, saltó sobre el dedo de Merlín de muy mala gana.

-Extiende el índice y colócalo detrás de sus patas -dijo Merlín a Verruga.

Cuando el niño hubo hecho lo que le decía el mago, éste depositó sobre su dedo el búho, y el ave se aferró con fuerza hasta que sus agudas garras se clavaron en la piel del chiquillo. Verruga sonrió encantado.

-Saluda como es debido a nuestro amigo -ordenó Merlín al búho.

-No pienso hacerlo -contestó Arquímedes, mirando a otro lado, pero sujetándose fuerte.

-¡Es maravilloso! -comentó Verruga-. ¿Lo tenéis desde hace mucho tiempo, señor?

-Arquímedes está conmigo desde que era pequeño; desde que tenía la cabeza tan diminuta como la de un pollito.

-Me gustaría que me dijera algo -manifestó Verruga.

-Tal vez si le entregas cortésmente este ratón, se muestre más afectuoso contigo.

Merlín cogió un ratón muerto que tenía dentro de una de las calaveras, mientras agregaba:

-Guardo los ratones muertos aquí, así como los gusanos para pescar. Me parece un lugar muy adecuado.

Luego entregó el animalillo muerto a Verruga, el cual lo tendió tímidamente a Arquímedes. El curvado pico tenía aspecto peligroso. El búho observó al ratón, guiñó un ojo a Verruga, se acercó más sobre el dedo, y se inclinó hacia adelante. Así permaneció un momento con los ojos entrecerrados y una expresión de arrobo en el rostro, hasta que al fin recogió el bocado con el pico, tan suavemente que no hubiera roto una pompa de jabón.

El búho siguió inclinado hacia adelante, con el ratón colgando de su pico, como si no supiera bien qué debía hacer con él. Luego levantó la pata derecha -no era zurdo, aunque la gente dice que sólo los hombres usan la diestra-, y cogió el ratón. Lo observó como un guardia puede contemplar su porra, y luego mordisqueó la cola del animalillo. Entonces el búho lo volvió para que quedara con la cabeza hacia adelante, ya que Verruga se lo había ofrecido al revés, y luego se tragó al ratón de un bocado. Mientras la cola le colgaba del pico, miró a los presente como diciendo: «Me gustaría que dejarais de observarme de esa forma.» A continuación volvió la cabeza, engulló educadamente el rabo del ratón, se rascó las patillas con la garra izquierda, y comenzó a alisarse las plumas.

-Déjale solo -dijo Merlín-. Tal vez no quiera hacer amistad contigo hasta que no sepa bien quién eres. Los búhos no se hacen amigos con facilidad.

-Tal vez prefiera subirse a mis espaldas -dijo Verruga, y extendió un poco el brazo.

Como al búho le gustaba estar lo más alto posible, ascendió por la pendiente y se colocó hurañamente junto a una oreja del niño.

-Y ahora, el desayuno -dijo Merlín.

Verruga observó que estaba ya dispuesto un perfecto desayuno para dos personas, en la mesa situada delante de la ventana. Había melocotones. Y también un melón, fresas con crema, bizcochos, trucha parda humeante, una perca a la parrilla de espléndido aspecto, pollo asado como para deshacerse en la boca, riñones y setas sobre pan tostado,

salsa curry, café caliente, y chocolate con crema, servido en unas grandes tazas.

-Prueba un poco de mostaza -dijo el mago, cuando se sirvieron los riñones.

Al decir esto, el pote de mostaza avanzó hacia el plato de Verruga, anadeando sobre sus patitas de plata igual que si fuera el búho. Luego el pote alzó una de sus asas, levantóse la tapa con ademán versallesco, y con la otra asa sirvió a Verruga una abundante cucharada de mostaza.

-¡Qué mostacera más simpática! -dijo gozoso Verruga-. ¿Dónde la habéis conseguido, señor?

Al oír esto, el rostro del pote de mostaza relumbró de satisfacción; pareció que iba a decir algo, pero Merlín le golpeó en la tapa con una cucharilla y la mostacera se quedó quieta y en silencio en seguida.

-Sí, no es mal pote de mostaza -reconoció Merlín, con displicencia-, aunque a veces le gusta darse aires de importancia.

Verruga sintióse muy impresionado por la amabilidad del anciano, y sobre todo con las maravillosas cosas que poseía, al punto que apenas si se atrevía a hacer preguntas. Le pareció más apropiado callarse y contestar cuando le hablasen. Pero Merlín no era muy hablador, y cuando lo hacía no era para preguntar, de modo que Verruga tenía escasas oportunidades para entablar una conversación. Por último su curiosidad pudo más que él, y decidió averiguar algo que le había preocupado desde el principio.

-¿Os importaría que os hiciera una pregunta, señor? -inquirió el pequeño.

-Estoy a tu disposición.

-¿Cómo supisteis que debíais preparar un desayuno para dos personas?

El anciano se echó hacia atrás en su silla y encendió una enorme pipa -«Dios santo, respira fuego», pensó Verruga, que nunca había visto el tabaco-, antes de hallarse en condiciones de responder. Con aire desconcertado se quitó el trozo de calavera de la cabeza y se rascó la calva.

-¿Nunca has contemplado un espejo de mano? -preguntó al fin el mago.

-Creo que no -repuso el chiquillo.

-Espejo de mano -dijo Merlín, extendiendo la diestra. Inmediatamente apareció en ella un espejito de tocador como los que usan las mujeres.

-Tú no, imbécil -dijo Merlín, irritado-. Quiero uno de los que sirven para afeitarse.

El espejito de tocador desvanecióse, y en su lugar apareció un espejo del tamaño de un pie por cada lado. Pidió en seguida Merlín papel y algo para escribir, y recibió unas cuantas hojas del «Heraldo de la Mañana» y un lápiz despuntado. Lo devolvió y obtuvo luego una estilográfica descargada y seis resmas de papel de envolver. De nuevo se mostró iracundo, exclamando varias veces «¡Por todos los cielos!», y logró entonces un carboncillo y unas cuantas hojitas de papel de fumar.

Rindióse al fin y colocó una de las hojitas de papel de fumar delante del espejo; luego hizo en ella cinco puntos, y manifestó:

-Ahora quiero que unas estos cinco puntos, de modo que quede formada una W, pero mirando siempre al espejo.

Verruga cogió el carboncillo y trató de hacer lo que le pedían.

-No está del todo mal -declaró luego el mago, dudosamente-. En cierto modo, más parece una M.

Entonces Merlín se puso a reflexionar mientras se acariciaba la barba, respiraba fuego y contemplaba el papel.

-¿Qué me decís del desayuno, señor? -preguntó Verruga.

-Ah, sí. Preguntabas que cómo supe que íbamos a ser dos, ¿no es cierto? Por eso te he enseñado el espejo. Sabrás que la gente corriente nace hacia adelante en el tiempo, me comprendes, ¿no?, y que casi todo en este mundo va también hacia adelante. Eso hace que a la gente ordinaria le sea fácil la vida, del mismo modo que resulta muy sencillo unir esos cinco puntos para formar una W, siempre que se mire hacia adelante, en lugar de hacerlo hacia atrás y de dentro afuera. Pero por desgracia yo nací en una época equivocada, y tengo que vivir de adelante atrás, viéndome rodeado por gentes que viven al revés.

Merlín dejó de hablar, y miró a Verruga con expresión de ansiedad.

-Te había dicho esto antes, ¿verdad? -preguntó.

-No; sólo hace media hora que nos hemos conocido, señor -repuso el niño.

-¿Tan poco tiempo ha pasado? -dijo Merlín, y una gruesa lágrima se deslizó hacia abajo, hasta la punta de su nariz. La secó con el trozo de pijama y agregó lleno de ansiedad-: ¿Voy a contártelo de nuevo?

-No lo sé -repuso Verruga-; a menos que no haya terminado aún de contármelo.

-Ya lo ves, uno se arma un lío con el tiempo, cuando las cosas son así. Y las épocas se confunden en seguida, si sabes lo que *va a ocurrir* a la gente, y no sabes lo que les *ha ocurrido,* ¿comprendes? Es como dibujar mirando a un espejo.

Verruga no lo comprendía del todo, y estaba a punto de decir a Merlín cuánto lamentaba que esas cosas le hicieran desdichado, cuando notó una curiosa sensación en una oreja.

-No te muevas -dijo el anciano, justamente cuando el pequeño estaba a punto de hacerlo. Verruga quedóse quieto. Sucedía que Arquímedes, que durante todo ese tiempo permaneció olvidado en el hombro del niño, había introducido su pico en el pabellón de la oreja de Verruga, el cual sentía cosquillas que le causaban las plumas del ave.

-Hola, ¿cómo estás? -susurró de pronto una voz baja y ronca, que resonó suavemente en el interior de la oreja del chiquillo.

-¡Ah, el búho! -exclamó Verruga, olvidándose al instante de las cuitas de Merlín-. ¡Mirad, se ha decidido a hablarme!

Verruga inclinó un poco la cabeza hacia las suaves plumas, y la parda ave, cogiendo el lóbulo de la oreja con su pico, lo mordisqueó delicadamente.

-Le llamaré Archie -dijo Verruga.

-¡Confío en que no harás nada de eso! -repuso Merlín al instante, con voz severa e irritada, al tiempo que el búho se retiró todo lo que pudo, sobre el hombro del chico.

-¿Por qué? ¿Es algo malo?

-También podrías llamarme Wol, Olly -dijo el búho, amargamente-. Hubiera sido igual.

Merlín cogió una mano de Verruga y dijo con tono afable:

-Eres demasiado joven para comprender estas cosas, pero debes saber que los búhos son las criaturas más corteses, ingenuas y fieles que hay en el mundo. Nunca debes mostrarte demasiado familiar ni grosero con ellos, ni debes tratar de ponerlos en ridículo. La madre de estos pájaros es Atenea, la diosa de la Sabiduría, y si bien están siempre dispuestos a hacer de bufones para divertirnos, tal conducta sólo es una prerrogativa de la verdadera sabiduría. En fin, que ningún búho soportaría que le llamaran Archie.

-Cuánto lo siento, búho -dijo Verruga.

-También yo lo lamento, pequeño -repuso el ave-. Ya veo que has hablado sin conocimiento de causa, y siento mucho haberme enfadado, cuando no tenías intención de causar ninguna ofensa.

El ave, en efecto, lo lamentaba sinceramente, y parecía tan contrita, que para alegrarla un poco Merlín decidió cambiar de conversación.

-Bien -manifestó el anciano-. Ahora que hemos terminado de desayunar, creo que es hora de que los tres vayamos a buscar el camino hasta el castillo de sir Héctor. Ah, perdonadme un momento.

Volvióse hacia los platos y demás vajilla del desayuno, y señalando con su nudoso índice ordenó con voz severa:

-¡Lavaos!

Ante esta orden, toda la porcelana y los cubiertos abandonaron la mesa, el mantel sacudió sus migas por la ventana, y las servilletas se doblaron cuidadosamente. La porcelana avanzó escaleras arriba, hasta el piso superior, donde el mago había dejado el cubo de agua, y al momento oyóse un tumulto como si un montón de chiquillos estuvieran metiéndose en una bañera. Merlín se dirigió a la puerta, y desde allí gritó:

-¡Ojo con que se rompa algo!

Pero su voz quedó enteramente ahogada por un estrépito de chapuzones, chillidos y gritos de «¡Ay, qué frío!», «¡Eh, cuidado, que puedes romperme!», y «¡Vamos a hundir a la tetera!»

-¿De verdad pensáis acompañarme todo el camino hasta casa? -preguntó Verruga, que no podía creer lo que oía.

-¿Por qué no? -dijo Merlín-. Es muy lógico, si voy a ser tu preceptor.

Al escucharle, los ojos de Verruga se agrandaron enormemente hasta parecer casi tan grandes como los del búho que continuaba sobre su hombro. El rostro del niño se puso muy colorado, y su respiración se hizo tan agitada que parecía ir al compás de los latidos de su corazón.

-¡Vaya! -exclamó Verruga, con los ojos brillándole de alegría-. ¡Esto sí que ha sido una suerte!

CAPITULO IV



erruga comenzó a parlotear antes de haber cruzado la mitad del puente levadizo.

-¡Mirad a quién he traído! -exclamó-. ¡Mirad, he estado de exploración! Me dispararon tres flechas, todas con franjas negras y amarillas. El búho se llama Arquímedes. He conocido al rey Pelinor, y éste es mi preceptor, el mago Merlín. Hice una búsqueda para encontrarle. Iba en busca de la Bestia Bramadora, bueno, me refiero al rey Pelinor. Sucedió algo terrible, allí en el bosque. Merlín hizo que los platos se lavaran ellos mismos. Hola, Hob. Mira, hemos traído a Cully de vuelta.

Hob miró al chiquillo y éste enrojeció al darse cuenta de que hablaba demasiado. De todos modos, era una gran satisfacción volver a casa con nuevos amigos y después de haber recuperado el halcón perdido.

-Bueno, amo -repuso Hob, ásperamente-, creo que aún tendremos que hacer de vos un halconero.

Hob se acercó a Cully, pues no podía permanecer más tiempo alejado del halcón, pero también dio unas palmaditas afectuosas en la cabeza de Verruga. En realidad, Hob no sabía bien a quién de los dos se alegraba más de ver. Cogió a Cully en su puño, con el ademán del cojo que se coloca la pierna de palo después de haberla perdido.

-Merlín lo atrapó -dijo Verruga-. Envió a Arquímedes para que le enseñara el camino de casa. Pero Arquímedes volvió y nos dijo que Cully había matado una paloma y se la estaba comiendo. Nos acercamos, y sólo conseguimos ahuyentarle. Entonces Merlín clavó seis plumas de la cola de la paloma, que había quedado allí, en torno a ella, formando un círculo, e hizo un lazo por fuera de las plumas con un largo cordel. Uno de los extremos del lazo lo ató a un palo que clavó en el suelo, y luego fue a ocultarse detrás de unos matorrales reteniendo el otro extremo del cordel. Dijo que no emplearía su magia en aquello, pues en las Grandes Artes no debía emplearse la magia, como no debía utilizárselo para hacer una hermosa estatua. Esta había que hacerla esculpiéndola con cincel. Entonces Cully descendió para terminar con la paloma que dejara, y en ese momento tiramos del cordel. El lazo se deslizó por encima de las plumas, y cogió al halcón por las patas. ¡Qué enfadado se puso! Pero le dimos la paloma.

Hob hizo una reverencia a Merlín, el cual le devolvió la cortesía. Ambos se miraron con expresión de grave afecto, dándose cuenta de que eran maestros en el mismo arte. Cuando estuvieran a solas hablarían de cetrería, pese a que Hob era por naturaleza un hombre silencioso. Esperarían a que llegase ese momento.

-¡Mira, Kay! -exclamó Verruga, cuando aquél apareció con la vieja niñera y otras personas que acudían a darles la bienvenida-. Mira, he conseguido un mago como preceptor nuestro. Tiene una mostacera que anda.

-Me alegro de que hayas vuelto -repuso Kay.

-Cielos, ¿dónde habéis dormido, amo Art? -preguntó la niñera, dirigiéndose a Verruga-. Mirad ese jubón, todo desgarrado y sucio de

barro. Y el disgusto que nos habéis dado, sólo yo me lo sé. Ah, ese pelo, lleno de hierbas y de hojillas. Mi pobre corderito descarriado…

Sir Héctor salió en ese momento apresuradamente, y besó a Verruga en ambas mejillas.

-Vaya, vaya, vaya -dijo enternecido-. Aquí estamos de nuevo, ¿eh? Qué demonios estuviste haciendo, ¿eh? Has tenido trastornada a toda la casa esta noche.

Pero interiormente el anciano sentíase orgulloso de Verruga, que había permanecido fuera del castillo por un halcón, y más contento le producía aún que lo hubiese recuperado, pues a todo esto Hob mantenía al ave bien alta en la mano, para que todo el mundo pudiera verla.

-Señor -dijo Verruga-, he realizado esa búsqueda que queríais iniciar para conseguirnos un preceptor, y le he encontrado. Mirad, es este caballero, que se llama Merlín. Se ha traído algunos de sus tejones, erizos, ratones y hormigas en su asno blanco, porque no quería dejar que se murieran de hambre. Es un gran mago, y puede hacer que las cosas vuelen por el aire.

-Ah, un mago -manifestó sir Héctor, al tiempo que se calaba los anteojos y miraba de cerca a Merlín-. Espero que será magia blanca, ¿verdad?

-Desde luego -repuso Merlín, que permanecía en actitud paciente entre el corrillo de curiosos, con los brazos cruzados sobre la túnica, mientras Arquímedes se erguía muy rígido encima de su cabeza.

-Bien, necesito algunas referencias vuestras -añadió sir Héctor-. Es lo acostumbrado.

-Aquí están -dijo Merlín, extendiendo una mano vacía.

Al momento aparecieron en ella algunas tablillas firmadas por Aristóteles, un pergamino de Mecateo de Mileto, y una hoja mecanografiada y rematada con la firma del rector del Colegio de la Trinidad, al que Merlín no recordaba haber conocido. En esos documentos se daban excelentes referencias de Merlín.

-Lo tenía todo en la manga -dijo sir Héctor, como quien conoce el truco-. ¿Podéis hacer algo más?

-¡Árbol! -dijo el mago, y al momento apareció un enorme moral en medio del patio, con sus exquisitos frutos azules, dispuestos para ser arrancados. Y ello era aún más notable, puesto que las moras sólo adquirieron fama desde los días de Cromwell.

-Lo hace con espejos -aseguró sir Héctor.

-¡Nieve! -agregó Merlín-. Y un paraguas -añadió apresuradamente.

Antes de que hubiera terminado de hablar, el claro cielo de verano adquirió un frío tono broncíneo, mientras caían los mayores copos de nieve que jamás vieran los presentes. Una pulgada de nieve cubrió el suelo antes de que alguien pudiese hablar, y todos temblaron de frío. Sir Héctor tenía la nariz azul, y de la punta de la misma le colgaba un carámbano. Todos, menos Merlín, quedaron con los hombros cubiertos de nieve. El mago se hallaba en medio, con el paraguas en alto para proteger al búho.

-Eso lo consigue con hipnotismo -sentenció sir Héctor, mientras le castañeteaban los dientes-. Pero ya basta. Estoy seguro de que será un excelente preceptor para los chicos.

La nevada cesó inmediatamente, y el sol volvió a brillar.

-Hemos podido coger una pulmonía -dijo preocupada la niñera.

Merlín cerró el paraguas y lo lanzó al aire, donde desapareció.

-Imaginaos, el pequeño buscando a un preceptor como éste -manifestó sir Héctor-. Vaya, vaya, vaya. Nunca deja uno de maravillarse.

-No creo que haya sido precisamente una búsqueda -intervino Kay-. Después de todo, sólo iba a atrapar al halcón.

-Y lo encontró, amo Kay -dijo Hob, con tono de reproche.

-Bueno -aseguró el chico-, apostaría a que el anciano lo cazó por él.

-Kay -dijo Merlín, con voz repentinamente terrible-. Siempre has sido un charlatán altivo y malintencionado. Tus penas vendrán por tus propias palabras.

Esto hizo que todo el mundo se sintiera impresionado, y Kay, en lugar de experimentar su habitual arrebato de cólera, bajó la cabeza. En realidad, no era una mala persona, sino un chico inteligente y activo, aunque orgulloso, apasionado y terco. Era de esas personas que nunca serán ni líderes ni segundones, pero que tienen un corazón anhelante, lleno de impaciencia, dentro del cuerpo que le aprisiona. Merlín se arrepintió en seguida de su severidad, y obtuvo del aire una pequeña daga de caza de plata, que entregó al niño. La empuñadura de la daga representaba el diminuto cráneo de un armiño, y le gustó mucho a Kay.





CAPITULO V

La morada de sir Héctor recibía el nombre de Castillo del Bosque Salvaje. En realidad era más un poblado que una vivienda, y en épocas de peligro se acentuaba este carácter de pueblo que tenía la heredad. Debemos destacar que nuestra historia se refiere a épocas de conflictos armados. Cada vez que se producía la invasión de algún tirano de la vecindad, todas las gentes de los contornos corrían a refugiarse en el castillo, llevando con ellos sus animales, que dejaban en los establos hasta que había pasado el peligro. Las chozas de adobe y techo de paja eran incendiadas casi siempre, y los dueños se veían obligados a reconstruirlas mientras lanzaban maldiciones. Por tal razón no se creyó oportuno construir una iglesia en el poblado, pues hubiera tenido que ser alzada de nuevo cada cierto tiempo. Los habitantes del pueblo solían oír misa en la capilla del castillo. En tales ocasiones se ponían sus mejores ropas y avanzaban calle arriba los domingos con andares respetables, mirando dignamente en todas direcciones. Los días normales acudían con sus atuendos corrientes, y andaban mucho más alegremente. Todo el mundo iba a la iglesia, y sentía un gran contento haciéndolo.

El Castillo del Bosque Salvaje sigue en pie, y aún se pueden contemplar sus hermosas ruinas cubiertas de hiedra, que desafían el sol y los vientos. Ahora sólo viven allí algunos lagartos, y los hambrientos gorriones se guarecen durante las noches invernales entre la hiedra. Una lechuza habita también entre las. plantas trepadoras, y con su aletear ruidoso suele asustar a los pajarillos, que remontan el vuelo. La mayor parte de la muralla se ha derrumbado, si bien es posible advertir los cimientos de las doce torres que guardaron el castillo. Eran torres circulares que sobresalían de la muralla hacia el foso, a fin de que los arqueros pudiesen disparar en todas direcciones y dominar todos los sectores que la rodeaban. Por el interior de las torres ascendían unas escaleras de caracol, cuya columna central estaba llena de huecos para disparar flechas. Aun cuando el enemigo traspusiera la muralla y entrase en la base de las torres los defensores podían retirarse a la parte superior de la escalera, y disparar desde allí a los atacantes a través de los orificios de la columna central.

La parte de piedra del puente levadizo, con su barbacana y las garitas de la puerta, aún se halla en buen estado. Aquel lugar se defendía mediante algunos ingeniosos artefactos. Aunque los enemigos cruzaran sobre el puente de madera -que se levantaba para impedirlo-, había un gran rastrillo de hierro, cargado con un enorme tronco, que podía aplastarlos o dejarlos clavados debajo. En la barbacana había una amplia trampa que se abría en el momento oportuno para dejarlos caer al foso. Al otro extremo de la barbacana había otro rastrillo, de modo que los enemigos que entrasen podían quedar atrapados entre ambos, siendo aniquilados desde fuera. Las garitas, por su parte, tenían orificios en el piso y por ellos se dejaban caer piedras y otros objetos sobre los atacantes. Por fin, a continuación de la puerta de entrada había un agujero

en el centro de la bóveda del techo. Este orificio daba a una estancia del piso superior, donde se hallaba un gran caldero para arrojar aceite o plomo hirviendo.

Y lo mismo ocurría con las demás defensas exteriores. Una vez dentro del lienzo de la muralla, se hallaba uno en un amplio pasadizo, a veces ocupado por aterradas ovejas, y después se llegaba ante el castillo propiamente dicho, con sus ocho enormes torres que aún se mantienen en pie. Es muy agradable ascender a la torre más alta y acodarse allí mirando hacia las comarcas vecinas, de las que a veces llegaban algunos de esos peligros, sólo con el sol encima y los escasos turistas deambulando por abajo, sin preocuparse para nada de las flechas o el aceite hirviente de tiempos pasados. Pensad en los muchos siglos que esa inconquistable torre ha resistido. Cambió de dueños por sucesión una vez, por asedio otra y por traiciones en dos oportunidades; pero nunca cayó en un asalto. En esta torre montaban guardia los vigías. Desde allí observaban por encima de los bosques azulinos, en dirección a Gales. Sus huesos limpios y blancos yacen ahora bajo el suelo de la capilla. No lo olvidéis al visitarla.

Si miráis hacia abajo y no os asusta la altura (la Sociedad Protectora de Esto y lo Otro ha hecho colocar una resistente barandilla, para que nadie pueda caerse), podréis ver toda la grandiosidad del patio interior, extendiéndose debajo como un mapa. Puede apreciarse la capilla, ahora abierta a los elementos, así como los fustes de las enormes chimeneas, y la amplísima cocina. Si sois personas sensibles y curiosas, tal vez pasaréis días, y hasta semanas, examinando con detenimiento las caballerizas, la armería, los graneros, el pozo, la herrería, las perreras, los alojamientos de los soldados, la sala del sacerdote, y las estancias del señor y de su esposa. Entonces todo os parecerá que cobra vida. La gentecilla -eran de menor estatura que nosotros, hasta el punto que nos resultaría muy difícil colocarnos las armaduras que nos han legado-, se aplicaría a sus tareas bajo los rayos del sol, las ovejas balarían como siempre lo hicieron, y todo discurriría normalmente en el castillo.

Este lugar era, como puede imaginarse, una especie de paraíso para los chiquillos. Verruga corría como un conejo por aquel intrincado laberinto de estancias y pasadizos. Conocía todos los rincones, las celdas, los escondrijos, las despensas y los almacenes. Tenía un sitio preferido en cada estación, como los gatos, y chillaba sin cesar, luchaba con imaginarios enemigos y representaba el papel de un caballero. En el momento a que nos referimos se hallaba en la perrera.

En aquellos días la gente tenía un concepto diferente acerca de lo que debe ser el entrenamiento de un perro. Lo hacían con más afecto que disciplina. Los canes dormían a veces en el mismo lecho de sus amos, y Flavio Arriano asegura que «es mejor si pueden dormir con una persona, porque ello les hace más humanos, y porque se regocijan en la compañía de la gente. También, si tienen una noche inquieta o algún trastorno interno, uno puede enterarse, y no lo empleará para cazar al día siguiente».

En las perreras de sir Héctor había un muchacho, el perrero, que vivía con los sabuesos noche y día. Su misión era sacar los canes a pasear

todos los días, quitarles las espinas de las patas y las garrapatas de las orejas, curarles las dislocaciones, suministrarles pócimas contra las lombrices, aislarlos cuando estaban irritables, y poner orden en las grescas. Este mozo dormía hecho un ovillo entre los perros, por las noches. Si se me permite una cita más autorizada, he aquí cómo el duque de York, que fue muerto en Agincourt, describía más tarde a ese chico en su obra *Maestro de Caza:* «También enseñaré al muchacho a conducir los sabuesos para que hagan sus necesidades dos veces al día, por la mañana y por la tarde, mientras el sol esté alto, sobre todo en invierno. Luego los soltará y los dejará jugar en el campo, al sol, y a continuación peinará a cada sabueso, uno tras otro, y los limpiará con un gran manojo de paja, lo cual será hecho todas las mañanas. Los guiará después hasta algún grato lugar donde crezca hierba tierna de la que puedan comer, pues es medicina para ellos». Así pues, como tendría puesta «su alma y sus afanes en los sabuesos», éstos llegarían a ser «benévolos, afectuosos y limpios, contentos, alegres y juguetones, y buenos con toda clase de gentes, excepto con los animales salvajes, con los que deben mostrarse fieros, ávidos e implacables».

El perrero de sir Héctor no era otro que el que había sido mordido en la nariz por el terrible Wat. Al no tener nariz como las demás personas, y por ser tratado a pedradas, por los demás chicos del poblado, el muchacho sentíase más a gusto con los animales. Les hablaba, no puerilmente como una solterona, sino correctamente, imitando sus ladridos y gruñidos. Todos los canes le apreciaban por quitarles de encima garrapatas y espinas, y acudían a él para que zanjase sus diferencias. El muchacho se daba cuenta inmediatamente de lo que marchaba mal, y por lo general solucionaba el problema satisfactoriamente. Para los perros era una gran cosa tener a su dios con ellos, en forma visible.

Verruga sentía afecto por el perrero, y le juzgaba muy hábil al poder hacer cuanto deseaba con los animales, ya que con sólo mover las manos el chico se hacía obedecer en cuanto quisiera. A su vez el perrero quería a Verruga del mismo modo que los perros le apreciaban a él, y le consideraba una especie de santo, porque sabía leer y escribir. Pasaban bastante tiempo juntos, jugando con los canes en la perrera.

Esta se hallaba en la planta baja, cerca del pabellón de cetrería, y tenía un desván encima, para que estuviera fresca en verano y tibia en invierno. Los sabuesos se llamaban Hebe, Colle, Gerland, Talbot, Luath, Luffra, Apolo, Ortros, Bran, Chico, León, Toby y Diamante. Había tres o cuatro más, y el preferido de Verruga era uno llamado Cavall. Justamente se hallaba éste lamiéndole con verdadero cariño la nariz a Verruga, cuando se presentó Merlín en la perrera.

-Eso puede ser considerado un hábito poco saludable -dijo Merlín-; aunque yo mismo no lo califico así. Después de todo, Dios hizo a los animales con lengua, igual que a ti te hizo con nariz.

Verruga no sabía muy bien lo que Merlín quería decir, pero le gustaba que le hablase. No le hacían gracia las personas mayores que se dirigían a él con aires de superioridad, sino las que le hablaban de un modo natural, dejándole que sacara conclusiones, que adivinase, y se

aferrase a palabras conocidas, o se riera de jocosos chistes. Entonces, era como un delfín que se remojaba y saltaba por extraños mares.

-¿Nos vamos? -preguntó Merlín-. Creo que ya es hora de que comencemos con las clases.

Él ánimo de Verruga se vino abajo cuando oyó eso. Su preceptor llevaba ya un mes en el castillo; estaban en agosto, pero hasta ese momento no habían dado ninguna lección. De pronto recordó que para eso se encontraba allí Merlín, y pensó con pavor en los Rudimentos de Lógica y en el repugnante astrolabio. Pero se dijo que debía obedecer, y poniéndose en pie dio a Cavall su última y cariñosa palmadita. Pensó que las cosas no serían tan malas con Merlín, quien era capaz de hacer interesante hasta al viejo órgano, sobre todo si hacía un poco de magia.

Se dirigieron al patio, donde el sol brillaba con tal fuerza que el calor pasado durante la recolección del heno parecía una insignificancia. Aquello semejaba el horno de un panadero. Las nubes del tiempo caluroso aparecían cubriendo una parte del cielo; eran altas columnas de cúmulos con bordes resplandecientes, que no anunciaban tormenta. Hasta hacía demasiado calor para eso.

«Si no tuviera que dar esas cargantes clases, podría ir a nadar al foso», pensó Verruga.

Cruzaron el patio y casi se vieron obligados a jadear, lo mismo que si hubiesen entrado en un horno. La sombra de la muralla era fresca, pero en la barbacana, con sus delgadas paredes, era donde más calor hacía. En el último cruce por aquella especie de desierto, llegaron al puente levadizo. ¿Acaso habría adivinado Merlín lo que estaba pensando?, se dijo el chiquillo. Un momento después ambos se hallaban mirando al foso.

Era la época de los nenúfares, y de no haber ordenado sir Héctor que mantuvieran libre una parte del foso para que los chicos pudieran bañarse, toda la superficie del agua habría quedado cubierta por esas plantas. Así pues, una veintena de yardas a ambos lados de la entrada se mantenían despejadas todos los veranos, lo que permitía zambullirse desde el mismo puente levadizo. El foso era muy profundo, y en él se criaban peces a fin de que los habitantes del castillo dispusieran de pescado los viernes. Por tal razón los arquitectos habían cuidado de que las cloacas y otras aguas de desecho no desembocaran en el foso, que todos los años estaba generosamente surtido de peces.

-Me gustaría ser pez -dijo Verruga.

-¿Qué clase de pez?

Casi hacía demasiado calor para pensar en eso, pero Verruga echó una mirada hacia la fresca profundidad ambarina, donde varios cardúmenes de pequeñas percas vagaban sin rumbo fijo.

-Creo que me gustaría ser una perca -dijo el chiquillo-. Son más inteligentes que el necio escarcho, y no tan sanguinarias como el lucio.

Merlín se quitó el capirote, cogió un trozo de lignum vitae que llevaba siempre con él, lo alzó en el aire y dijo lentamente:

-*Sodulas ed nilrem a onutpne arap euq aes nat elbama et ratpeca a etse ocihc omoc zep.*

Inmediatamente se oyó un estrépito de conchas marinas y caracolas, y un grueso caballero de jovial aspecto apareció sentado en una nube, por

encima de los bastidores. Llevaba tatuada un ancla sobre la barriga, y una hermosa sirena con el nombre de Mabel debajo, en el pecho. Lanzó un salivazo de tabaco, saludó afablemente a Merlín, y apuntó con su tridente a Verruga. Este advirtió de pronto que se hallaba sin ropas. En seguida notó que saltaba del puente levadizo y que se sumergía de lado en el agua. Le pareció que el foso y el puente crecían un centenar de veces. Dióse cuenta de que se estaba convirtiendo en un pez.

-Por favor, Merlín -exclamó-. Venid conmigo.

-Por esta vez -dijo una tenca grande y solemne que nadaba a su lado- te acompañaré. Pero en el futuro deberás arreglártelas tú solo: educación es experiencia, y la base de ésta es la confianza en uno mismo.

Verruga notó que le resultaba difícil adaptarse a su nueva existencia. No adelantaba nada procurando nadar como un hombre, pues avanzaba como un sacacorchos, o mucho más despacio. No sabía nadar como los peces.

-No se hace así -manifestó la tenca, con su poderosa voz-; vuelve la cabeza y no te preocupes de la aleta que debes mover primero.

Las piernas de Verruga estaban ahora soldadas a su espinazo, y sus pies y dedos se habían convertido en una aleta caudal. Los brazos eran otras dos aletas de un delicado color rosa, y también le habían salido algunas más por el vientre. Tenía un hermoso color verde oliva, una cubierta escamosa por todo el cuerpo, y un par de bandas oscuras le recorrían los costados. No estaba del todo seguro sobre cuáles eran sus costados, su espalda y su parte delantera, pero le parecía que su vientre presentaba un atractivo color blanquecino, en tanto que su lomo aparecía armado con una espléndida aleta de gran tamaño, que podía erguirse para el combate, y que poseía aguzadas espinas. Movió las aletas laterales, y vio que se dirigía hacia el cieno del fondo.

-Emplea la cola para ir hacia la derecha y la izquierda -aconsejó la tenca-, y extiende esas aletas de la panza para mantenerte a nivel. Ahora vives en tres dimensiones, no en dos.

Verruga advirtió que podía mantenerse más o menos nivelado cambiando la inclinación de las aletas de los lados y el vientre. Se alejó nadando torpemente, pero experimentando un gran contento.

-Vuelve aquí -dijo la tenca-. Debes aprender a nadar bien, antes de marcharte de paseo.

Regresó Verruga donde estaba su preceptor, haciendo una serie de zigzags, y repuso:

-Me parece que no voy demasiado derecho.

-Lo malo de ti es que no nadas con el cuerpo. Lo haces como si fueras un niño, doblándote por la cintura. Procura moverte hacia la derecha igual que hacia la izquierda. Cuida ese detalle.

Art dio dos fuertes aletazos y desapareció en una mata de plantas acuáticas que había algo más allá.

-Eso ya está mejor -dijo la tenca, a la que Verruga no alcanzaba a ver ahora.

Con grandes dificultades logró Verruga librarse de las plantas en que se había enredado, y retrocedió agitando hacia atrás las aletas. Mediante otro fuerte impulso consiguió volver al lugar de donde partía la voz.

-Muy bien -manifestó la tenca, en el momento en que ambos peces chocaban suavemente-. Pero aún hay que afinar un poco esa dirección. Trata de hacer esto, si puedes.

Sin el menor esfuerzo la tenca retrocedió hasta situarse justamente debajo de un nenúfar. Verruga, que era un alumno inteligente, había observado el ligero movimiento de las aletas. Entonces movió las suyas en sentido contrario al de las agujas del reloj, dio un suave coletazo y se encontró en seguida precisamente al lado de la tenca.

-Magnífico -dijo Merlín-. Vamos a dar un paseo. Verruga se mantenía ahora nivelado y podía moverse con razonable soltura. Complacíase admirando el extraordinario mundo en el que el tatuado caballero del tridente le había sumergido. En primer lugar, el cielo que había ahora por encima de él era un círculo perfecto. A fin de imaginaros la situación de Verruga, será necesario que penséis en un horizonte circular, unas pocas pulgadas por encima de vuestra cabeza, en lugar del horizonte plano que estamos habituados a ver. Debajo había que pensar en otro horizonte casi esférico y en posición invertida, pues la superficie del agua actuaba en parte como un espejo respecto a lo que había debajo de ella. Resulta difícil de imaginar. Y lo que hace aún más complicada la representación es el hecho de que todo lo que se halla por encima del agua está teñido con los colores del espectro solar.

Por ejemplo, si hubierais tratado de pescar a Verruga, éste os habría visto en el borde de la ribera que era el mundo exterior para él, no como una persona que agitaba una caña de pescar, sino como siete personas cuyas respectivas siluetas fueran de color rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta, todas ellas agitando una caña cuyos colores eran igualmente variados. Es decir, que habríais sido una especie de arco iris para él, un faro de colores deslumbrantes.

La otra cosa maravillosa era que Verruga carecía de peso. Ya no se hallaba sujeto a la tierra, y no tenía que dar pasos sobre una superficie llana, abrumado por la gravedad y el peso de la atmósfera. Podía hacer lo que los hombres siempre desearon, esto es, volar; pues prácticamente no existe diferencia entre volar en el aire y hacerlo en el agua. Y lo más asombroso es que no tenía que valerse de un aparato para volar; no tenía que sentarse quieto, moviendo palancas, sino que podía deslizarse con su propio cuerpo. Era como los sueños que tienen muchas personas.

En el momento en que iban a iniciar su gira de inspección, apareció un pececillo entre dos frondosas plantas acuáticas y se acercó a ellos, presa de gran agitación. Miró a la tenca y a Verruga con sus grandes ojos llenos de temor, como si deseara decirles algo, aunque no se decidía a hacerlo.

-Ven, acércate -dijo Merlín, gravemente. Así lo hizo el pececillo, como si fuera una gallina, y deshaciéndose en lágrimas dijo tartamudeando:

-P-p-por favor, doctor, en nuestra f-f-familia tenemos un caso terrible, y n-n-n-nos hemos preguntado si tendrías algún t-t-tiempo libre. Se trata de nuestra q-q-q-querida madre, que nada s-s-siempre cabeza abajo, y tiene un aspecto t-t-tan horrible y habla tan raro que pensamos buscarle un m-m-médico. ¿P-p-podéis venir, s-s-s-señor?

Y aquí el pobre pececillo comenzó a gimotear tan fuerte, que junto con sus tartamudeos fue imposible entenderle, por lo que al fin quedóse mirando a Merlín con sus enormes ojos angustiados.

-No te preocupes, pequeño -repuso el mago-. Vamos, vamos, llévame hasta donde está tu querida madre, y veremos lo que puede hacerse.

Los tres nadaron hacia la sombra que proyectaba el puente levadizo, para cumplir la humanitaria tarea.

-Un neurótico, este pececito -susurró Merlín al oído de Verruga-. Probablemente se trata de un caso de histeria, más apropiado para un psicólogo que para un médico.

La madre del pequeño pez se hallaba con el vientre hacia arriba, como él había dicho. Estaba bizqueando, tenía las aletas plegadas sobre el vientre, y de vez en cuando lanzaba por la boca una burbuja. Todos sus hijos estaban reunidos a su alrededor, formando un círculo, y cada vez que la madre echaba una burbuja, se miraban unos a otros y movían negativamente la cabeza. Ella tenía una sonrisa beatífica en los labios.

-Bien, bien -dijo Merlín, adoptando su apariencia más doctoral-. ¿Cómo se encuentra hoy la señora pez?

El mago dio unos golpecitos en la cabeza a los pececillos y avanzó majestuosamente hacia la enferma. Debemos hacer notar que Merlín, como pez, era un robusto ejemplar de unas cinco libras, de color pardo, con pequeñas escamas, gruesas aletas, cuerpo esbelto y ojos vivaces; en fin, una respetable figura.

La enferma tendió lánguidamente una aleta, suspiró significativamente, y dijo:

-¡Ay, doctor, por fin ha venido…!

-Humm -repuso el médico, con voz grave.

Entonces Merlín dijo a todos que cerraran los ojos, pero Verruga espió. Luego el mago comenzó a nadar en torno a la madre de los pececillos lenta y majestuosamente. Mientras danzaba, iba cantando así:

Terapéutico,
Elefántico,
Diagnóstico,
¡Bum!
Pancreático,
Microstático,
Antitóxico,
¡Dum!
Con un normal catabolismo,
Aplicaremos un sinapismo,
Snip, snap, snorum,
Quizá sea el abdonorum.
Dispepsia,
Anemia,
Toxemia.
Una, dos y tres,
La enferma se ha curado,
Y cinco guineas nos hemos embolsado.

Al terminar la canción, Merlín nadaba tan cerca de la paciente que casi llegaba a tocarla, acariciando con las suaves escamas de sus flancos las escamas más pálidas y ásperas de la enferma. Como es sabido, todos los peces recurren a la tenca para que les cure. Quizá lo estaba haciendo con légamo del fondo, o tal vez con masajes o hipnotismo. El caso es que la paciente dejó de pronto de bizquear, volvió a su posición normal y dijo:

-Ah, doctor, querido doctor, me siento con deseos de comer alguna lombricilla.

-Nada de lombrices -advirtió Merlín-, al menos durante dos días. Voy a recetaros un caldo concentrado de algas cada dos horas. Es necesario que os fortalezcáis. Después de todo, Roma no se construyó en un día.

Volvió a dar unas palmadas a los pececillos, les dijo que crecieran para convertirse en peces de provecho, y se alejó nadando con aires de importancia hacia la penumbra.

-¿Qué habéis querido decir, con eso de que Roma no se construyó en un día? -preguntó Verruga.

-Sólo el cielo lo sabe.

Siguieron avanzando, y Merlín corregía de vez en cuando a Verruga su forma de nadar. El extraño mundo subacuático comenzó entonces a clarear delante de ellos, deliciosamente fresco después del calor que habían soportado en el exterior. Las grandes matas de plantas acuáticas formaban delicadas figuras, y entre ellas se mantenían inmóviles numerosos cardúmenes de gasterosteos que hacían sus ejercicios físicos todos al unísono. A la voz de «Uno» se quedaban quietos; a la voz de «Dos» se enfrentaban por parejas, y a la de «Tres» formaban rápidamente un cono cuyo vértice era algún trozo de alimento. Caracoles de agua se deslizaban lentamente por los tallos de los nenúfares, o debajo de sus hojas, en tanto algunos mejillones de agua dulce yacían sobre el fondo sin hacer nada de particular. Alcanzaba a verse su carne, que era de color rosado, como los buenos helados de fresa. Un grupo de percas -resultaba extraño, pero todos los peces grandes parecían estar escondidos- circulaban graciosamente, enrojeciendo o palideciendo con la misma facilidad que la heroína de una novela de la época victoriana. Cuando el color de los peces adquiría un tono oliváceo, era que se hallaban irritados.

Cada vez que Merlín y su compañero pasaban cerca de esos cardúmenes, las percas alzaban amenazadoras las espinas de la aleta dorsal, y sólo las volvían a bajar cuando advertían que Merlín era una tenca. Las rayas negras de sus costados les hacían parecer como si hubieran sido asadas a la parrilla, y esas rayas también podían volverse más claras u oscuras, según el talante del pez. En una ocasión los dos excursionistas pasaron debajo de un cisne. El blanco animal parecía flotar encima como un dirigible, todo él borroso menos la parte de su cuerpo que se hallaba bajo el agua. Se apreciaba claramente que el cisne flotaba un poco de lado, con una pata recogida debajo del cuerpo.

-Mirad, señor -dijo Verruga-. Un pobre cisne que tiene una pata lisiada. Sólo puede nadar con la pata buena.

-Bobadas -dijo el cisne ásperamente, introduciendo la cabeza en el agua y mirándolos ceñudo-. A los cisnes nos gusta descansar en esta posición. Puedes guardarte tu compasión para cuando te la pidan.

El cisne los siguió observando desde arriba, igual que una serpiente blanca que pendiera del techo, hasta que los dos peces se hubieron perdido de vista.

-Procura nadar como si no temieras a nadie en el mundo -dijo la tenca-. Quizá recuerdes que este lugar es muy parecido a la espesura que atravesaste para llegar hasta mí, ¿verdad?

-Creo que sí.

Verruga miró a su alrededor, sin ver nada al principio. Luego divisó una pequeña silueta translúcida que permanecía inmóvil cerca de la superficie. Se hallaba casi al borde de la sombra de un nenúfar, y evidentemente estaba disfrutando del sol. Se trataba de un alevín de lucio, muy rígido y probablemente dormido. Cuando creciese sería un verdadero forajido.

-Voy a llevarte a ver uno de ésos -dijo la tenca-. Es el emperador de estos contornos. Como médico poseo inmunidad, y me atrevo a decir que también a ti te respetará como compañero mío, pero será mejor que no te separes mucho de mí, por si de pronto sintiera tentaciones.

-¿Es el rey del foso?

-En efecto. Unos le llaman el Viejo Jack, y otros, Peter el Negro, pero la mayoría no se atreve siquiera a mencionar su nombre, refiriéndose a él como «el señor L». Ya verás lo que supone ser rey.

Verruga se acercó todo lo que pudo a la cola de su guía, y obró acertadamente, ya que se encontraron en el lugar de destino antes de lo que imaginaron. Cuando Verruga divisó al viejo déspota, casi retrocedió horrorizado, pues el señor L. medía cuatro pies de largo y su peso debía de ser enorme. El gran cuerpo, oscurecido y casi invisible entre la espesura de plantas, terminaba en un rostro que parecía mostrar todas las pasiones del monarca absoluto: la crueldad, el dolor, el orgullo, el egoísmo, la soledad, y pensamientos demasiado fuertes para un solo cerebro. Allí permanecía flotando, con su boca grande e irónica entreabierta en un gesto melancólico, en tanto que sus mandíbulas lampiñas le daban una característica expresión americana, semejante a la del Tío Sam. Parecía inmisericorde, desilusionado, lógico, voraz, fiero, implacable. Pero la gran joya de su ojo parecía la de un ciervo herido, enorme, temible, sensitiva y llena de aflicción. No hizo movimiento alguno. Tan sólo se quedó observando a los dos peces con mirada amarga.

Verruga trató de convencerse a sí mismo de que no le asustaba el señor L.

-Mi señor -dijo Merlín, superando su nerviosismo-, he traído conmigo a un joven alumno que desea aprender a profesar.

-¿A profesar el qué? -preguntó el Rey del Foso lentamente, casi sin abrir las mandíbulas, hablando a través de la nariz.

-El poder -dijo la tenca.

-Déjale que hable por sí mismo.

-Por favor -susurró Verruga-. No sé qué voy a decirle.

No hay nada como el poder que pretendes hallar: poder para triturar, poder para digerir, poder para buscar y para hallar; poder para esperar y reclamar; todo el poder y la impiedad surgiendo de tu cogote.

-Ah, claro. Gracias.

-El amor es una treta que emplean para jugar con nosotros las fuerzas de la evolución. El placer es el cebo con que nos tientan esas mismas fuerzas. Sólo existe el poder. El poder caracteriza a la mente individual, pero no basta con el poder de la mente, es el poder del cuerpo lo que decide las cosas en última instancia. Sólo el Poderío es la Verdad.

»Y ahora, creo que es hora de que te marches, joven alumno -agregó el Rey del Foso-, pues encuentro esta conversación agotadora y poco interesante. Creo que debieras irte cuanto antes, no vaya a darse el caso de que mi desilusionada boca juzgue oportuno introducirte en mis grandes branquias, que también están provistas de dientes. Sí, realmente pienso que debes alejarte. Sería lo más prudente. Así pues, hasta nunca, y mis mejores deseos.

Verruga sintióse como hipnotizado por aquellas altisonantes palabras, y casi no se dio cuenta de que la tensa boca se iba acercando cada vez más a él. Se aproximó imperceptiblemente, mientras el discurso distraía la atención de Verruga, hasta que éste vio de pronto la boca cerniéndose a una pulgada de su nariz. Al concluir la última frase, abrióse la boca, horrible y vasta, y la piel se estiró ávidamente de hueso a hueso y de diente a diente. Dentro no parecía haber otra cosa que dientes, aguzados como espinas, en hileras y franjas, por todas partes como los clavos de las botas de un campesino. Sólo en el último instante Verruga fue capaz de recuperar el dominio de sí mismo, y pudo retirarse prestamente. Aquellos innumerables dientes chasquearon detrás de él, justo sobre el extremo de su cola, mientras él propinaba el mayor aletazo que diera hasta entonces en el agua.

Un segundo después, Verruga se hallaba de nuevo en tierra, de pie al lado de Merlín, junto al puente levadizo y jadeando dentro de sus sofocantes vestiduras.



CAPITULO VI



Aquel jueves por la tarde, los dos chicos se dedicaban a hacer prácticas de arco, como de costumbre. Había dos blancos de paja a una distancia de cincuenta yardas, y después de arrojar sus flechas al mismo tiempo, sólo tenían que ir a recogerlas, para volver a disparar una vez que se enfrentaban de nuevo con el blanco. Aún duraba el hermoso tiempo veraniego, y tras una comida excelente, compuesta principalmente de pollo, Merlín se había acercado al borde del campo de tiro, y tomó asiento debajo de un árbol. Entre el calor, el pollo, la crema que había echado a su tarta, el continuo ir y venir de los muchachos, así como los golpes sordos de las flechas sobre los blancos -que producían casi tanto sueño como el ruido de una segadora de césped o los golpes de los mazos en un partido de cricket- y el incesante danzar de las redondas manchas de sol entre las hojas de los árboles, el anciano no tardó en quedarse dormido.

La arquería era una disciplina muy seria en aquellos días, y no había caído aún en manos de los indios y los chiquillos. Cuando uno disparaba mal, solía irritarse bastante. Kay lo estaba haciendo mal, y ello le disgustaba.

-Bueno, ya estoy harto de estos malditos blancos. Disparemos mejor contra el loro.

Dejaron los blancos y lanzaron algunos flechazos contra el loro, una gran ave artificial de vivos colores que estaba asegurada al extremo de un poste. Pero Kay seguía errando. Primero se dijo que tendría que darle al maldito loro, aunque se quedase sin merendar hasta lograrlo. Luego sintióse aburrido de nuevo.

-Juguemos a vagabundos -dijo Verruga entonces-. Podemos volver dentro de media hora, y despertar a Merlín.

Lo que llamaban jugar a vagabundos consistía en echar a andar con los arcos y lanzar una flecha cada uno contra un objeto convenido, que podía ser el agujero de un topo, una mata de junquillos, o unos abrojos. La distancia de los blancos elegidos solía variar bastante; algunas veces éstos se hallaban casi a sus pies, y otras estaban a ciento veinte yardas, el máximo que podían alcanzar los arcos de los chicos. Solían apuntar algo más abajo del objeto, si éste se hallaba cerca, ya que la flecha siempre salta uno o dos pies cuando abandona el arco. Contaban cinco puntos por cada acierto, y al final sumaban los puntos obtenidos.

Aquel jueves eligieron los blancos con todo cuidado. Además, la hierba del gran prado había sido cortada no hacía mucho, por lo que no necesitaban buscar mucho tiempo sus flechas, lo que casi siempre ocurre cuando, como en el golf, se opera cerca de setos o en lugares llenos de maleza. El resultado de su juego fue que se alejaron más de lo acostumbrado y se encontraron cerca del borde del intrincado bosque en el que se había perdido Cully.

-Propongo que vayamos hasta las madrigueras -dijo Kay-, a ver si podemos cazar un conejo. Resultará más divertido que disparar contra todas estas tonterías.

Así lo hicieron. Eligieron dos árboles a un centenar de yardas de distancia entre sí, y cada uno de los niños se colocó debajo, en espera de que salieran los gazapos. Permanecieron quietos, con el arco alzado y la flecha dispuesta, a fin de no hacer el menor movimiento y no asustar a los animalillos cuando apareciesen en la boca del agujero. No les resultaba difícil lograr eso, ya que la primera prueba que deben pasar en arquería, consiste en sostener el arco con el brazo extendido durante media hora. Cada uno de ellos tenía seis flechas, y podrían disparar varias veces sin necesidad de asustar a los consejos al ir a recoger las flechas. Y es que cuando se lanza una flecha, apenas si se hace ruido, y no llega a asustarse más que al conejo contra el cual se ha disparado.

Al quinto disparo Kay tuvo suerte y dio exactamente en la cabeza a un joven gazapo. Este cometió la imprudencia de ponerse a mirar al niño, para ver lo que era aquello.

-¡Ah, buen tiro! -exclamó Verruga, mientras corría para levantar la pieza. Era el primer conejo al que acertaban, y habían tenido la fortuna de matarle.

Una vez que le hubieron sacado las entrañas con el cuchillo regalado por Merlín, a fin de que el animal se conservase fresco, y que pasaron una de las patas traseras por el jarrete de la otra, para poder llevarlo mejor, los dos chiquillos se dispusieron a volver a casa con la presa obtenida. Pero antes de desmontar la cuerda del arco decidieron llevar a cabo la ceremonia tradicional. Todos los jueves por la tarde, cuando terminaba su entrenamiento, solían colocar la última flecha en el arco, y la arrojaban al aire. Era en parte un gesto de despedida, y en parte de triunfo, y resultaba hermoso. Ahora, con más motivo, lo hicieron como homenaje a su primera presa.

Verruga observó cómo subía su flecha. El sol ya descendía hacia el Oeste, iniciándose el anochecer, y los árboles comenzaban a cubrirse de sombras. Así pues, la flecha traspasó las copas de los árboles, y llegó hasta donde aún lucían los rayos del sol, comenzando a brillar como si fuera el sol mismo. Subía y subía, sin oscilar, como hubiera ocurrido en caso de tener una pluma floja; se remontaba como admirando el cielo, serena, dorada, soberbia. Y en el momento en que perdía fuerza, cuando su ambición fue contenida por el destino y se disponía a caer, a descender al seno de la madre tierra, ocurrió un portento. Un cuervo llegó aleteando lentamente, ante la noche que se aproximaba, y se apoderó de la flecha. Se alejó sin detenerse, despacio, parsimonioso, con ella en el pico.

Kay sintióse amedrentado por este hecho, pero Verruga se puso furioso. Le había complacido el movimiento de la flecha, su ardiente ambición por llegar al sol, y además era la mejor que tenía; la única que se hallaba perfectamente equilibrada, que era aguda, cerrada de plumas y de fuste liso y recto.

-Era una bruja -dijo Kay.



CAPITULO VII

La equitación y las artes de justa se practicaban dos tardes por semana, debido a que eran las disciplinas más importantes en aquellos días para la educación de los caballeros. Merlín refunfuñaba contra los ejercicios físicos, asegurando que en los tiempos que corrían la gente parecía pensar que no se era un hombre educado si no se arrojaba a otro hombre de su caballo al suelo. Afirmaba que la locura de los torneos era la ruina de la cultura. Nadie estudiaba como cuando él era pequeño, y los colegios se habían visto obligados a hacer más sencillos sus programas. Sir Héctor, que era un poco apasionado, dijo un día que la batalla de Crécy se había ganado gracias a los campos de entrenamiento de Camelot. Esto irritó tanto a Merlín que hizo que sir Héctor padeciese reumatismo dos noches, hasta que se calmó. Las artes de justa eran muy nobles y exigían mucha práctica. Cuando dos caballeros peleaban en un torneo, sostenían sus lanzas con la mano derecha y se embestían de frente con los caballos, quedando las armas ofensivas a un lado, y los escudos, que se sostenían con el brazo izquierdo, al otro lado. Por la derecha arremetían los caballeros, y por ello cargaban escudo contra escudo, quedando bien cubiertos, mientras ladeaban un poco la lanza para atacar sobre ese mismo lado. En caso de que no se estuviera seguro de acertar con la punta, sobre el oponente, podía desmontársele con la vara de la lanza, en una especie de movimiento horizontal de barrido. Este era el más desdeñable golpe que se llevaba a cabo en la justa, y el que requería menos habilidad.

Un buen campeón de torneo, como lo eran Lancelote o Tristán, empleaba siempre el golpe de punta, pues aunque era más difícil para manos inexpertas, resultaba más efectivo. Si un caballero cargaba con la lanza muy ladeada, a fin de barrer al oponente de su silla, éste podía hacerle caer, si le acertaba con la punta, por llegar antes su golpe que el del contrario.

Pero había que saber bien cómo debía sostenerse la lanza para dar el golpe de punta. No era conveniente encogerse en la silla ni aferrar el arma con dureza, pues la rigidez de la postura sin duda haría que se errase el blanco. Por el contrario, resultaba conveniente sentarse flojo sobre la silla del caballo, con la lanza balanceándose con facilidad ante el galope del animal. Sólo en el preciso momento de golpear, se agarrotaban las rodillas contra los costados de la montura, se echaba el cuerpo hacia delante, se aferraba la lanza con toda la mano, y no sólo con el índice y el pulgar, y se apretaba con el codo para soportar el extremo del arma.

El tamaño de la lanza era muy importante. Evidentemente, el caballero que hubiera dispuesto de un arma larguísima, habría golpeado a su oponente mucho antes. Pero resultaba imposible hacer una lanza larguísima, y no menos difícil era cargar con ella. El caballero debía utilizar la mayor longitud de lanza posible, siempre que pudiera manejarla con soltura. No había otra solución. Sir Lancelote, que aparecerá más

adelante en esta historia, poseía lanzas de distinta longitud, y solía pedir su lanza grande o su lanza pequeña, según lo exigiera la ocasión.

Era necesario aprender los puntos más convenientes para golpear al enemigo. En la armería del Castillo del Bosque Salvaje podía verse un gran cuadro de un caballero armado, con varios círculos en los puntos vulnerables. Estos variaban según el tipo de armadura, de modo que era conveniente observar al enemigo antes de realizar la carga, para elegir el lugar más apropiado donde debía acertársele. Los mejores armeros -que vivían en Warrington, y aún siguen habitando allí-, se cuidaban de hacer bien convexos los costados y bordes de las armaduras, con objeto de que la punta de la lanza resbalase en ellos. Resultaba curioso advertir que los escudos de las armaduras góticas eran más bien cóncavos; era preferible que la punta quedase en el escudo, y no que se deslizara hacia arriba o abajo, y diese en un punto vulnerable del caballero. El mejor lugar para aplicar un golpe con la punta de la lanza era en la cimera del yelmo, es decir, si el caballero era lo suficientemente vanidoso para usar una cimera de metal, en cuyos adornos la punta de la lanza hallaba muy pronto un alojamiento. Y eran muchos los que se enorgullecían de lucir tales adornos, entre los que se contaban osos, dragones, y hasta naves y castillos, pero sir Lancelote siempre contendía con un casco liso, o en todo caso con una cimera de plumas, y hasta en algunas ocasiones con un suave guante de mujer.

Sería demasiado largo extenderse sobre todos los interesantes detalles relativos a las artes de justa que debían aprender los dos pequeños, pues en aquellos días había que ser un maestro de los pies a la cabeza. Debían saber cuál era la mejor madera para hacer las lanzas, y cómo debían confeccionarse éstas para que no se astillaran ni arquearan. Existía un millar de detalles acerca de las armas y armaduras, todos los cuales eran verdaderamente imprescindibles para la lucha.

Frente al castillo de sir Héctor se hallaba un campo de justa para los torneos, si bien nunca hubo ninguno desde que Kay naciera. Se trataba de un verde prado cuya hierba se mantenía muy corta, con unos terraplenes más altos alrededor, donde podían alzarse los pabellones y tiendas. A un lado se veía un viejo estrado de madera donde se acomodaban las damas. En los momentos a que nos referimos ese campo sólo se usaba para la práctica de ejercicios de justa, por lo que había un muñeco como blanco en un extremo, y un anillo en el otro. El muñeco era de madera y representaba a un sarraceno. Tenía el rostro vivamente pintado de azul, roja la barba y ojos centelleantes. Empuñaba un escudo con la mano izquierda, y una espada de madera con la derecha. Si se le daba en plena frente todo iba bien, pero como se le golpease en el escudo o en cualquier parte del cuerpo, hacia la derecha o la izquierda de la línea media del muñeco, giraba con gran rapidez, y por lo general daba un golpe de rechazo al atacante con su espada de madera. La pintura ya estaba bastante desconchada, y la madera del ojo derecho había saltado. El anillo era un aro metálico corriente, atado a una especie de patíbulo por una cuerda. Si se conseguía introducir la punta por dicho aro, la cuerda se rompía, y entonces podía galoparse orgullosamente con el aro colgando en la lanza.

Aquél era un día algo más fresco que los anteriores, ya que el otoño se hallaba a la vista. Los dos chicos estaban en el campo de justas con el maestro armero, acompañados de Merlín. El maestro armero, o sargento de armas, era un caballero de tez pálida, cuerpo envarado y bigote enhiesto. Siempre caminaba sacando el pecho, como las palomas. Pero le costaba mucho mantener el vientre hacia adentro, ya que no podía verlo por debajo de su pecho. Siempre estaba exhibiendo sus músculos, lo que molestaba mucho a Merlín.

Verruga se hallaba tendido al lado de Merlín, a la sombra del estrado de madera, y se rascaba el picor que le producían los bichos de las mieses. Las guadañas habían terminado su labor no hacía mucho, y el trigo estaba amontonado formando haces. No sólo le molestaban los bichos a Verruga, sino que le dolía mucho la espalda y una oreja, donde le había golpeado el sarraceno de madera, al no darle precisamente en el centro, ya que, como puede comprenderse, la práctica de justa se hacía sin armadura. A Verruga le alegraba al menos que le hubiese llegado la hora de practicar a Kay, y allí estaba tendido, con aire soñoliento, bostezando, rascándose y atendiendo en parte al espectáculo.

Merlín, vuelto de espaldas a toda aquella exhibición atlética, estaba practicando un conjuro que había olvidado. Era un conjuro con el que pretendía que los bigotes del sargento le pendieran lacios, pero hasta ese momento sólo había conseguido que una de las dos puntas cayera hacia abajo, lo cual no fue advertido por el mencionado personaje. Con gesto ausente el maestro de armas se lo volvía a rizar, cada vez que Merlín le hacía caer la punta, y el mago lanzaba una maldición y seguía insistiendo. En una ocasión se confundió e hizo que le colgaran las orejas, lo cual espantó al sargento que miró asustado hacia arriba.

En ese momento llegaba desde el otro extremo del campo la voz del maestro de armas, a través del aire sereno.

-No, no, amo Kay -decía el hombre-. No es así. Fijaos bien, la lanza debe sostenerse entre el pulgar y el índice de la diestra, y luego, con el escudo en línea con la costura de la pernera, debéis...

Verruga rascóse la oreja dolorida y lanzó un suspiro.

-¿Qué es lo que te apena? -preguntó Merlín.

-No me sucede nada. Estoy pensando.

-¿Y en qué estabas pensando?

-En nada importante. Pensaba en Kay aprendiendo a ser caballero.

-Pues eso debiera ser motivo para que te afligieses. Un hatajo de necios sin cerebro, trajinando de aquí para allá y creyendo que están educados porque pueden hacerse caer unos a otros de un caballo con un palo de madera... Eso me pone enfermo. Por mi vida, creo que sir Héctor se habría sentido más satisfecho de haber conseguido para vosotros un preceptor que se balanceara sobre los brazos, como un gorila, en lugar de un mago de conocida probidad y reputación internacional, como es mi caso, y que ha recibido toda clase de honores de las principales universidades europeas. Lo malo de la aristocracia normanda es que le encantan los torneos. Eso es lo que les pasa.

Callóse indignado, y deliberadamente hizo que al sargento se le doblaran las orejas dos veces, ambas al mismo tiempo.

-No estaba pensando en eso -repuso Verruga-, sino en lo hermoso que resultaría ser un caballero, como Kay.

-Bueno, tú también lo serás dentro de poco, ¿no es así?- preguntó el anciano, impaciente.

Verruga no contestó.

-¿No es cierto? -insistió el mago, al tiempo que se volvía y observaba al chiquillo a través de sus anteojos-. -Bueno, ¿qué pasa aquí? -dijo Merlín ásperamente, al ver que Verruga estaba pugnando por no llorar, y comprendiendo que si le hablaba con suavidad rompería en sollozos.

-Yo nunca seré un caballero -repuso Verruga, tan fríamente como pudo.

La treta de Merlín había dado resultado, y el niño no se sintió inclinado a llorar: más bien sentía deseos de dar una patada a Merlín.

-No seré un caballero, porque no soy hijo legítimo de sir Héctor. Armarán caballero a Kay, y yo sólo seré su escudero o su acompañante.

Merlín le volvió la espalda, de nuevo, pero sus ojos aparecían velados detrás de sus gafas.

-Malo, malo... -dijo el mago.

Verruga dio entonces rienda suelta a sus anhelos, y dijo en voz alta:

-¡Ah, cómo me hubiera gustado tener unos padres de verdad, para poder ser caballero andante...!

-¿Por qué te hubiera gustado eso?

-Habría tenido una espléndida armadura, docenas de lanzas, un caballo negro de dieciocho manos de alto, y me habría hecho llamar el Caballero Negro. Entonces me hubiese colocado junto a un pozo o un puente, obligando a todos los caballeros que llegasen, a que lucharan conmigo por el honor de mis damas. Y después de vencerles, les habría perdonado. Viviría todo el año al aire libre, en mi pabellón de campaña, y no haría nada más que luchar, y realizar pesquisas, y ganar trofeos en las grandes justas, sin decir nunca mi verdadero nombre.

-Tu esposa pasaría una vida muy alegre.

-Bueno, yo no tendría esposa. Creo que las mujeres son unas tontas.

El caballero soñador reflexionó un poco, y comprendiendo su error añadió:

-Bien, creo no obstante que debiera tener una dama, para poder llevar su pañuelo en mi yelmo, y realizar grandes proezas en su honor.

Un abejorro pasó zumbando entre ambos, y se remontó hacia la luz del sol.

-¿Te gustaría ver algunos caballeros andantes en bien de tu educación?-preguntó el mago, lentamente.

-¡Oh, claro que sí! Nunca ha habido un torneo, desde que estamos aquí.

-Creo que eso podrá arreglarse.

-Sí, por favor. Vos podéis llevarme a algún sitio, como lo hicisteis cuando lo del foso.

-Creo que será algo educativo, en cierto modo -declaró Merlín.

-Sí, sí, muy instructivo. No creo que haya nada más práctico que ver a unos caballeros peleando. Por favor, ¿querréis hacerlo por mí?

-¿Tienes preferencia por algún caballero?

-El rey Pelinor-contestó Verruga inmediatamente, pues sentía una evidente debilidad por este caballero, desde el extraño encuentro que tuvieran en el bosque.

-Está bien-manifestó Merlín-. Baja los brazos y afloja los músculos. Y ahora, *Cabricias arci thurum, catalamus, singulariter, nominativa, haec musa.* Cierra los ojos y manténlos así. *Bonus, bona, Bonum.* Allá vamos. *Deus sanctus, est-ne aratio Latina? Etiam, oui, guare? Pourquoi? Quai substantivo et adjetivum concordat in generi, numerum et casus.* Ya hemos llegado.

Mientras pronunciaba este conjuro, el chiquillo tuvo algunas sensaciones extrañas. En primer lugar estaba oyendo decir al maestro de armas:

-No, no es así. Mantened los talones en el suelo, y girad el cuerpo por la cintura.

Luego las palabras fueron haciéndose cada vez más débiles, y sintióse como si girase en el interior de un torbellino, que le aspirase hacia arriba. Luego notó un rugido provocado por el movimiento giratorio, y un silbido penetrante que iba aumentando hasta hacerse insoportable. Por fin volvió a hacerse el silencio, y oyó decir a Merlín:

-Ya hemos llegado.

Todo esto ocurrió en el tiempo que necesitaría un cohete de seis peniques para iniciar su furiosa carrera, ascender y deshacerse en una lluvia de estrellas.

Verruga abrió los ojos y comprobó que se hallaba debajo de la haya del Bosque Salvaje.

-Aquí estamos. Ponte de pie y sacúdete la ropa -dijo Merlín, evidentemente satisfecho porque su conjuro había salido esta vez a la perfección-. Si no me equivoco, allí está tu amigo, el rey Pelinor, aproximándose a nosotros a través del claro.

-Hola, hola -exclamó el rey Pelinor, tratando de levantarse la visera del yelmo-. Eres el chiquillo del otro día, ¿no es cierto?

-Sí, yo soy, señor -repuso Verruga-, y me alegro de veros. ¿Conseguisteis dar caza a la Bestia Bramadora?

-No, no lo logré. ¡Pero ven aquí, perra, y deja tranquilo ese matorral! Malo, malo; se vuelve loca cada vez que ve un conejo. ¡Ea, ea, basta ya! Me tiene harto, lo juro.

En ese momento la perra consiguió hacer salir a un faisán de entre las matas, y se puso tan excitada que dio varias vueltas en torno a su amo, unida siempre por la cuerda y mientras jadeaba como si tuviera asma.

El caballo del rey Pelinor permaneció inmóvil, pacientemente, mientras la cuerda se enrollaba en torno a sus patas. Merlín y Verruga pudieron hacerse con la perra, antes de proseguir con la conversación.

-Debo daros las gracias -dijo el rey Pelinor-. Sí, muchas gracias. ¿Quieres presentarme a tu amigo, pequeño?

-Os presento a Merlín, mi preceptor, un gran mago.

-¿Cómo estáis? -manifestó el rey-. Siempre tuve deseos de conocer a un mago. En realidad, me gusta conocer a todo el mundo. Me aburro bastante, siempre de pesquisas.

-Ave -dijo Merlín, misteriosamente.

-Ave -repitió Verruga, deseando causar una buena impresión, tras lo cual se estrecharon las manos.

-¿Habéis dicho «ave» -inquirió al instante el rey, preocupado-. Bueno, creí que había sido un saludo.

-Sí, lo es -terció Verruga-. Quise decir «¿cómo estáis?».

-Claro, claro. Muy bien, ¿y vos? De nuevo se estrecharon las manos.

-Hermosa tarde -agregó Pelinor-. ¿Os parece que seguirá el buen tiempo?

-Creo que se acerca un anticiclón- aseguró Merlín.

-Un anticiclón, desde luego -repuso el rey-. Bueno, creo que debo marcharme.

Al decir esto el rey dio muestras de gran nerviosismo, abrió y cerró varias veces la visera, tosió, hizo un nudo con las riendas y mostró intención de querer alejarse.

-Hace magia blanca -dijo Verruga-. No debéis asustaros. Es mi mejor amigo, majestad. De todos modos, siempre suele confundirse al hacer los conjuros.

-Ah, bueno -repuso Pelinor-. Magia Blanca, ¿eh? ¡Qué pequeño es el mundo! ¿Cómo estáis?

-Ave -declaró Merlín.

-Ave -contestó el rey.

Y se estrecharon las manos por tercera vez.

-Yo que vos no me iría ahora -dijo el mago-. Sir Grummore Grummursum se halla en camino para desafiaros a una justa.

-¡Qué me decís! ¿Sir no sé qué en camino para desafiarme a una justa?

-Así es.

-¿Es un buen luchador?

-Creo que la justa será equilibrada.

-Bien, debo decir -aseguró el rey- que ésas son las luchas que me gustan.

-Ave -dijo Merlín.

-Ave -repitió el rey Pelinor.

-Ave -terció Verruga.

-No estoy dispuesto a estrecharle la mano a nadie más -informó el rey-. Creo que todos nos conocemos ya. ¿Estáis seguro de que sir Grummore -agregó Pelinor, cambiando rápidamente de tema -viene a presentar batalla al rey Pelinor?

-Mirad hacia allí -repuso Merlín, y los otros dos miraron hacia donde señalaba con su índice.

Sir Grummore llegaba al trote de su caballo, en esos momentos, al borde del claro. Venía tan armado que parecía una panoplia completa. En lugar de un casco ordinario llevaba puesto un yelmo con visera, que hacía bastante ruido con la marcha. El caballero venía canturreando una antigua canción de los días en que aprendía a pelear. La letra decía así:

Lucharemos todos a una,
Desde la grupa a la coronilla,

Y nada en el mundo podrá acabar,
Con nuestro amor por el viejo cantar.
Adelante, adelante, adelante,
Mientras el escudo resuena de nuevo,
Con el estruendo de los ruidosos compañeros.

-¡Cielos! -exclamó Pelinor-. Hace ya dos meses que no tenía una justa de verdad. Me siento impaciente por entrar en liza, a fe mía.

Sir Grummore llegó cuando el rey estaba hablando, y al reconocer a Verruga dijo:

-Buenos días. Eres el chico de sir Héctor, ¿verdad? Vaya, ¿y quién es ese tipo con un capirote tan gracioso?

-Es mi preceptor -contestó rápidamente Verruga-. El mago Merlín.

Sir Grummore miró con indiferencia a Merlín -los magos eran considerados despectivamente por los hombres de justa de aquellos tiempos-, y dijo:

-Ah, un mago. ¿Qué tal?

-Y éste es el rey Pelinor -agregó el niño-. Sir Grummore Grummursum, majestad.

-¿Cómo estáis? -dijo sir Grummore.

-Ave -repuso Pelinor y agregó-: no; será mejor dejar tranquilos a los pájaros, ¿verdad?

-Bonito día -manifestó el recién llegado.

-En efecto, bonito día.

-¿Vais de pesquisa, señor? -preguntó sir Grummore al rey Pelinor.

-Ah, sí, desde luego. Yo siempre voy de pesquisa, ¿sabéis? Busco a la Bestia Bramadora.

-Un asunto interesante. Mucho.

-Ya lo creo. ¿Os gustaría ver algunos fiemos de ella que tengo guardados? -dijo Pelinor.

-Por mi vida, claro que sí. Veamos esas boñigas.

-Tengo algunas mejores en casa, pero éstas son bastante buenas, de todos modos.

-Alabada sea mi alma. Así que éstas son sus boñigas, ¿verdad?

-Estas son.

-Interesante en verdad.

-Sin duda alguna. Sólo que uno llega a cansarse de ver tantos fiemos -aseguró el rey Pelinor.

-Vaya, vaya, bonito día, ¿no?

-En efecto, bonito día.

-Tal vez será mejor que hagamos una justa, ¿eh?

-Me parece lo más oportuno -repuso Pelinor-. ¿Alguno de vosotros querría ayudarme a ponerme el yelmo?

Los tres tuvieron que ayudarle, pues las tuercas y tornillos con que torpemente se había ajustado al capacete por la mañana, no le permitían quitárselo para ponerse el yelmo. Este era un enorme artefacto, casi tan grande como un bidón de aceite, y forrado interiormente con dos capas de cuero entre las que había tres pulgadas de paja.

En cuanto los contendientes estuvieron dispuestos, se situaron a ambos extremos del claro y avanzaron hasta encontrarse en el centro del mismo.

-Noble caballero -dijo el rey Pelinor, según la costumbre-. Os ruego que me digáis vuestro nombre.

-Eso no os concierne -repuso sir Grummore, continuando con el rito establecido.

-Faltáis a la cortesía -aseguró Pelinor-. Ningún caballero ocultaría su nombre, si no fuese por una causa vergonzosa.

-Sea como fuere, prefiero que no conozcáis mi nombre, ya que éste no es momento de hacer preguntas.

-En tal caso, debéis quedaros y entrar en liza conmigo, falso caballero.

-¿No os habéis equivocado, Pelinor? -inquirió sir Grummore-. Creo que debisteis decir «debéis permanecer aquí».

-Ah, sí, lo siento, sir Grummore. Rectifico: «Debéis permanecer aquí y entrar en liza conmigo, falso caballero».

Y sin más palabras, ambos rivales se retiraron a extremos opuestos del claro, empuñaron sus lanzas y se dispusieron a iniciar la primera embestida.

-Creo que será más prudente subirnos a este árbol -manifestó Merlín-. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en una justa como ésta.

Ascendieron fácilmente a la corpulenta haya, que tenía grandes ramas extendidas en todas direcciones, y Verruga se situó a unos quince pies del suelo, desde donde gozaba de una vista excelente. No hay nada más cómodo que sentarse en una haya.

Es conveniente describir con detalle la terrible batalla que a continuación se desarrolló. El caballero que en esos días iba protegido con armadura completa, llevaba encima casi tanto peso en metal como el suyo propio. No solía pesar casi nunca menos de doscientas libras. Ello quiere decir que su caballo tenía que ser lento y muy resistente para la carga, como lo son los percherones de nuestros días. Y los movimientos del propio caballero se veían tan obstaculizados por su armadura, que el luchador parecía moverse a cámara lenta, igual que en el cine.

-¡Allá van! -exclamó Verruga, reteniendo el aliento, lleno de excitación.

Lenta y majestuosamente, los poderosos caballos iniciaron la marcha. Las lanzas, que habían apuntado al cielo, se inclinaron horizontalmente. El rey Pelinor y sir Grummore apretaron los talones contra los flancos de sus cabalgaduras, y pocos minutos más tarde los espléndidos animales emprendieron un trote que hacía conmover la tierra. Tump, tump, tump, iban haciendo los cascos de los caballos, y los dos jinetes empezaron a mover los codos y las piernas al unísono, dejando pasar una generosa porción de luz del día por debajo de sus asentaderas. Hubo un cambio de ritmo, y el caballo de sir Grummore entró decididamente en un galope corto. Al momento la montura del rey Pelinor hacía lo propio. Era un espectáculo sobrecogedor.

-¡Dios mío! -exclamó Verruga, apenado de que su deseo pudiera ser causa de que aquellos dos caballeros luchasen ante él-. ¿Creéis que se matarán?

-Peligroso deporte -aseguró Merlín, moviendo negativamente la cabeza.

-¡Ahora! -gritó Verruga.

En medio de un estruendo de cascos herrados, los potentes caballeros se enfrentaron. Sus lanzas oscilaron un segundo a escasas pulgadas de los respectivos cascos -habían elegido el punto más difícil-, y al momento seguían galopando en dirección contraria. Sir Grummore fue a introducir su lanza entre las ramas inferiores de la haya donde estaban sentados Merlín y Verruga, mientras el rey Pelinor desaparecía hacia el lado opuesto.

-¿Se puede mirar? -preguntó Verruga, que había cerrado los ojos en el momento crítico.

-Desde luego -repuso Merlín-. Tardarán algún tiempo en colocarse como antes.

-¡Ahé, ahé, por mi vida -gritó el rey Pelinor, con voz ahogada y en tono distante, entre los zarzales.

-¡Pelinor! ¡Eh, Pelinor! -exclamó sir Grummore-. Volved aquí, querido amigo. ¡Estoy aquí!

Se produjo una larga pausa, mientras los dos caballeros se reponían, y al fin el rey Pelinor apareció al otro extremo de donde había comenzado, mientras sir Grummore se enfrentaba con él desde su posición inicial.

-¡Traidor caballero! -rugió sir Grummore, según lo previsto.

-¡Cobarde! ¡Desleal! -repuso con furia el rey Pelinor. Empuñaron de nuevo las lanzas y el suelo retumbó otra vez bajo los cascos de los caballos.

-Espero que no se hagan mucho daño -dijo Verruga.

Pero las dos monturas ya se enfrentaban, y ambos caballeros parecieron decidirse por el golpe de costado. Los dos colocaron la lanza en ángulo recto, hacia la izquierda, y antes de que Verruga pudiese añadir algo más, oyóse un terrible y metálico estruendo. ¡Clang!, hicieron las armaduras, como si un autobús entrase en colisión contra varios yunques, y los dos campeones se encontraron sentados el uno al lado del otro sobre el verde césped, mientras sus caballos seguían trotando en direcciones opuestas.

-¡Ah, espléndida caída! -sentenció Merlín.

Cumplido su deber, los dos caballos detuvieron su marcha, y con aire filosófico empezaron a comer hierba. El rey Pelinor y sir Grummore permanecían sentados, mirando hacia el frente, con la lanza aferrada pacientemente debajo del brazo.

-¡Vaya, qué porrazo! -dijo Verruga-. Hasta ahora los dos parecen encontrarse perfectamente.

Con grandes trabajos, sin Grummore y el rey Pelinor consiguieron ponerse en pie.

-¡Defendeos! -vociferó el rey Pelinor.

-¡El cielo os ampare! -gritó sir Grummore.

Y diciendo esto ambos sacaron sus espadas y se lanzaron con tal saña al ataque, que habiéndose golpeado los dos en medio del yelmo, se vieron impulsados bruscamente hacia atrás.

-¡Aaah! -exclamó el rey Pelinor, al tiempo que caía sentado al suelo.

-¡Uuuf! -gruñó sir Grummore, quedando en la misma posición.

-¡Piedad! -gritó Verruga-. ¡Qué combate!

Ahora los dos caballeros habían perdido la paciencia, y la batalla entró en una fase decisiva. No importaba demasiado, ya que ambos estaban tan forrados de metal que no podían hacerse mucho daño.

Después de la pesada faena de ponerse en pie, el rey Pelinor y sir Grummore permanecieron frente a frente durante media hora, aporreándose con las espadas el uno al otro en los yelmos. Sólo podían golpearse uno cada vez, de modo que lo hacían por turnos; mientras el rey Pelinor golpeaba, sin Grummore se recuperaba, y viceversa. Al principio, si a uno se le caía la espada, o le quedaba clavada en la tierra, debido al impulso, el otro aprovechaba para propinarle dos o tres golpes más, mientras el primero trataba pacientemente de sacar su arma del atasco. Más tarde llegaron a perfeccionar el sistema, y parecían dos herreros machacando sobre un yunque. Por fin, la monotonía de aquel ejercicio comenzó a aburrirles.

Para variar, introdujeron un cambio de común acuerdo, con el que se inició la segunda etapa. Sir Grummore se alejó patosamente hacia un extremo del campo, y el rey Pelinor lo hizo hacia el lado opuesto. Luego los dos se volvieron en redondo, y se tambalearon adelante y atrás un par de veces, para recuperar el equilibrio. Cuando se inclinaban demasiado hacia adelante, se veían obligados a correr, a fin de no caerse. Si lo hacían hacia atrás, se caían irremisiblemente, de modo que hasta el hecho de andar les resultaba complicado. Cuando creyeron que habían distribuido convenientemente su peso hacia adelante, ambos iniciaron el trote para no caer. Se abalanzaron como si fueran dos jabalíes furiosos.

Encontráronse en el centro del campo, pecho contra pecho, con un estrépito semejante al de la colisión entre dos navíos, y grandes campanadas resonando. Ambos rebotaron hacia atrás y cayeron de espaldas mientras jadeaban intensamente. Así permanecieron varios minutos, resollando sin parar. Luego comenzaron a levantarse pesadamente del suelo, y se hizo evidente que una vez más estaban impacientes.

El rey Pelinor no sólo había perdido la paciencia, sino que parecía algo mareado por el impacto. Se puso en pie dando la espalda a sir Grummore, y no podía hablarle. En verdad debía disculpársele esta circunstancia, ya que sólo tenía una rendija para mirar por ella, y por si fuera poco, ésta se hallaba en parte tapada por el forro de cuero; pero de todos modos parecía evidentemente mareado. Tal vez hasta se le habrían roto las gafas. Sir Grummore se aprovechó con relativa rapidez de su ventaja.

-¡Toma esto! -exclamó sir Grummore, al tiempo que daba al infortunado monarca un golpe a dos manos con la espada, mientras Pelinor volvía lentamente la cabeza a uno y otro lado, observando ansiosamente en dirección contraria.

El rey Pelinor se volvió despacio, pero su enemigo resultaba demasiado rápido para él, y dio toda la vuelta, continuando detrás del rey. Entonces le dio otro golpe demoledor en el mismo sitio.

-Por mi vida, ¿dónde estáis? -inquirió Pelinor.

-¡Aquí! -gritó sir Grummore, propinándole otro mandoble. El pobre rey giró en redondo, tan rápido como pudo, pero sir Grummore de nuevo le había sacado ventaja.

-¡Sorpresa! -exclamó sir Grummore, que seguía aporreándole.

-Pienso que sois un grosero -afirmó jadeando el rey Pelinor.

-¡Va golpe! -repuso sir Grummore, propinándolo.

Entre la colisión inicial, los repetidos mandobles en el yelmo y el confuso ataque de su enemigo, podía apreciarse que el rey Pelinor tenía el cerebro visiblemente alterado. Se tambaleó hacia adelante y hacia atrás, bajo el impulso de los trastazos que le eran administrados, y agitó débilmente los brazos, lleno de impotencia.

-Pobre rey -murmuró Verruga-. Me gustaría que no le diesen tanto.

Como en respuesta a estas palabras, sir Grummore hizo un alto en su faena.

-¿Pedís Pax? -preguntó sir Grummore, muy latino.

Pelinor no contestó.

Sir Grummore le favoreció con otro mandoble y dijo:

-Si no pedís Pax, os voy a cortar la cabeza.

-No, no lo haré -repuso el soberano.

«¡Clang!», hizo la espada sobre su yelmo.

«¡Clang!», sonó de nuevo.

«¡Clang!», repitió por tercera vez.

-¡Pax! -farfulló el rey Pelinor.

Entonces, y en el momento en que sir Grummore descansaba gozando del fruto de su victoria, Pelinor se volvió en redondo, gritó «¡Non!», y dio a su enemigo un buen empujón en el pecho.

Sir Grummore cayó de espaldas.

-Vaya -dijo Verruga-. ¡Qué tramposo! Nunca lo hubiera creído de él.

El rey Pelinor apresuróse a sentarse sobre el pecho del caído, aumentando así el peso que éste tenía encima en casi un cuarto de tonelada, y haciéndole imposible todo movimiento. Luego empezó a quitarle el casco a sir Grummore.

-¡Habíais dicho Pax! -exclamó éste.

-¡Dije Pax Non, a fe mía! -repuso Pelinor.

-Es un engaño.

-Nada de eso.

-Sois un rufián.

-No, no lo soy.

-Sí, lo sois.

-Que no.

-Que sí.

-Dije Pax Non.

-Dijisteis Pax.

-No, no.

-Sí, SÍ.

-Que no.

-Que sí.

Para entonces a sir Grummore le había sido quitado el yelmo, y podía verse su rostro, totalmente congestionado, mirando fieramente al rey Pelinor.

-¡Ríndete, felón! -dijo el rey.

-¡Nunca !-repuso sir Grummore.

-Si no os rendís, os corto la cabeza.

-Cortádmela.

-Vamos, vamos -añadió Pelinor-, sabéis que es menester rendirse, cuando le han quitado a uno el yelmo.

-No sé nada de eso -contestó sir Grummore.

-Bien, os cortaré la cabeza.

-No me importa.

El rey Pelinor blandió amenazadoramente la espada en el aire.

-Adelante, estoy esperando -manifestó sir Grummore, desde el suelo.

El rey bajó la espada y dijo:

-Vamos, rendíos, por favor.

-Vos tenéis que rendiros.

-No puedo rendirme. Soy el que está encima, después de todo ¿No es eso, eh?

-Pues no pienso rendirme.

-Vamos, Grummore, sois un necio al no aceptarlo. Sabéis muy bien que puedo cortaros la cabeza.

-No me voy a rendir a un tramposo que siguió pelando después de decir Pax.

-No soy un tramposo.

-Lo sois.

-No lo soy.

-Sí, sí, lo sois.

-Está bien -manifestó el rey Pelinor-. Podéis poneros en pie y colocaros el casco. Seguiremos luchando. No quiero que nadie me llame tramposo.

-¡Tramposo! -repitió sir Grummore.

Los dos se pusieron en pie y forcejearon para colocar el casco sobre la armadura de sir Grummore, mientras seguían murmurando «No lo soy», «Sí, lo sois», hasta que el yelmo quedó asegurado. Entonces se retiraron a los extremos opuestos del claro, equilibraron el peso sobre los dedos de los pies, y luego avanzaron retumbando estrepitosamente, como dos tranvías descarrilados.

Por desgracia, se hallaban ahora tan enfurecidos que calculara mal las distancias y ambos erraron el golpe. El peso de sus arma duras era demasiado grande para poder frenar, y los dos siguiera caminando bonitamente. Cuando se detuvieron, ninguno podía ver al otro. Resultaba divertido observarlos, porque como el rey Pelinor ya había sido sorprendido de aquel modo, ahora se volvía continua mente, para mirar temeroso a sus espaldas, mientras que sir Grummore, que había utilizado la estratagema, hacía lo propio. Así permanecieron unos cinco minutos, ora escuchando, ora arrodillándose, reptando, espiando, andando de puntillas, y dando de vez en cuando un golpe tras sus espaldas, por si acaso. En una ocasión llegaron a estar a pocos pies el uno del otro, casi espalda contra espalda,

pero en seguida avanzaron en dirección opuesta con infinitas precauciones. En otra oportunidad el rey Pelinor alcanzó a sir Grummore con uno de sus golpes hacia atrás, pero ambos giraron tan rápidamente que se marearon y volvieron a separarse.

Tras varios minutos de incesante búsqueda, sir Grummore manifestó:

-Vamos, Pelinor, de nada os vale esconderos. Veo bien donde estáis.

-No me escondo -repuso el soberano, indignado-. ¿Dónde estoy?

Por fin se descubrieron y entonces se acercaron mucho, hasta quedar yelmo contra yelmo.

-Rufián -dijo sir Grummore.

-Bah -repuso el rey Pelinor.

Se volvieron en redondo y regresaron a sus respectivos rincones, ardiendo de indignación.

-¡Tramposo! -gritó aún sir Grummore.

-¡Matasiete! -contestó Pelinor.

Con esto parecieron recuperar sus energías para el encuentro decisivo. Se inclinaron hacia adelante, bajaron la cabeza como dos cabras iracundas, y tomaron carrerilla. ¡Cielos, de nuevo les falló la puntería! Erraron al menos por cinco yardas, y pasaron el uno al lado del otro a todo vapor, haciendo sus buenos ocho nudos, como dos buques que se cruzan sin verse en una noche tormentosa, enfrentados con su trágico destino. Los dos caballeros corrían agitando los brazos como molinos de viento -pero en sentido contrario al de las agujas del reloj-, en un vano esfuerzo por detenerse. Siguieron sin perder velocidad, hasta que Sir Grummore fue a chocar de cabeza contra la haya en la que Verruga se hallaba sentado, mientras el rey Pelinor entraba en colisión con un castaño que se alzaba al otro lado del claro. Los árboles se conmovieron, la selva se estremeció. Conejos y ardillas lanzaron chillidos, y las aves remontaron el vuelo, asustadas, en media milla a la redonda. Los dos caballeros permanecieron inclinados un lapso en el que pudo contarse hasta tres, y luego, con unánime y enorme estrépito metálico, se desplomaron fatal y definitivamente.

-Buen golpe, diría yo -manifestó Merlín.

-Cielos -exclamó Verruga-. Creo que debiéramos bajar y ayudarlos, ¿no os parece?

-Podríamos echarles un poco de agua -declaró Merlín, pensativamente-, pero quizá nos echasen en cara que les oxidamos las armaduras. Ya se les pasará. Además, es hora de que volvamos a casa.

-¡Pero quizá estén muertos!

-No lo están, lo sé. Dentro de unos minutos se levantarán para ir a comer a sus casas.

-El pobre rey Pelinor no tiene casa.

-Entonces, sir Grummore le invitará a pasar la noche en la suya. Se harán buenos amigos. En realidad, ya lo son.

-¿Eso creéis?

-Querido niño, lo sé muy bien. Ahora cierra los ojos, que nos vamos.

Verruga hizo lo que Merlín le ordenaba, pero mientras tenía los ojos cerrados preguntó:

-¿Sabéis si sir Grummore tiene lecho de plumas en su casa?

-Es probable que lo tenga.

-Ah, bueno -repuso Verruga-. Eso le gustará al rey Pelinor, aunque esté un poco mareado.

Merlín dijo las palabras latinas e hizo los pases secretos. El túnel de sibilante ruido y el vasto espacio volvieron a acogerlos en su seno. Pocos segundos más tarde se encontraban junto al estrado, y la voz del sargento les llegaba desde el otro lado del campo de torneos.

-Vamos, amo Art, vamos -decía-. Ya habéis dormitado bastante. Venid aquí al sol, con el amo Kay, y practiquemos un poco las nobles artes de la justa.



CAPITULO VIII



ra una noche fresca y lluviosa, como las que suelen presentarse a finales de agosto, pero Verruga no se sentía con ánimos de permanecer en casa. Pasó algún tiempo en la perrera, hablando con Cavall, y luego salió de allí para ir a la cocina y ayudar a dar vueltas al asador. Pero en la cocina hacía demasiado calor. Se veía obligado a permanecer en casa por culpa de la lluvia, entre sus supervisoras femeninas, como ocurre generalmente con los infelices niños de nuestras generaciones. Las tinieblas y la humedad que reinaban afuera le hacían desistir de dirigirse al exterior. Verruga odiaba a todo el mundo en esos momentos.

-Condenado chiquillo -dijo sir Héctor-. Deja ya de mirar por esa ventana, y ve a buscar a tu preceptor. Cuando yo era niño, siempre solíamos estudiar en los días de lluvia; así educábamos nuestras mentes.

-Verruga es un necio -dijo Kay.

-Marchaos, gatito mío -declaró la vieja niñera, cuando Verruga llegó junto a ella-. No tengo tiempo de distraer vuestra melancolía, con todo lo que tengo que hacer.

-Joven amo -manifestó Hob-, será mejor que salgáis de aquí, para no excitar aún más a estas aves.

-No puedo atenderos -dijo el sargento-. Bastante tengo con sacar el brillo a esta condenada armadura.

Hasta el chico de los sabuesos parecía ladrarle, cuando Verruga entró en la perrera.

Verruga se dirigió a la habitación de la torre, donde Merlín se estaba tejiendo un gorro de dormir de lana para el invierno.

-Pensé que debía recibir un poco de educación -dijo Verruga-. No se me ocurría hacer nada más.

-¿Acaso crees que el estudio es algo que debe dejarse para cuando no se tiene otra cosa que hacer? -preguntó Merlín ásperamente, pues también él estaba de mal humor.

-Bueno, al menos, eso pasa con algunos estudios.

-¿Quién te lo ha dicho? -exclamó Merlín, y sus ojos relucieron de ira.

-Por favor, Merlín -manifestó Verruga-, dadme algo que hacer, porque me siento muy triste. Nadie me quiere a su lado hoy, y está lloviendo tanto...

-Puedes aprender a hacer calceta.

-¿No podríais mandarme afuera, como un pez, o algo por el estilo?

-Ya has sido pez -repuso Merlín-. No creo que beneficie a tu educación que lo seas por dos veces.

-Bueno, ¿y un pájaro, qué os parece?

-Si supieras algo de las cosas, estarías enterado de que a los pájaros no les gusta volar cuando llueve, porque las plumas se les mojan y se pegan unas a otras. Además, se ensucian con el lodo.

-Podría ser un halcón en el pabellón de cetrería de Hob -dijo Verruga, tercamente-. Entonces no estaría al aire libre y no me mojaría.

-Eres muy ambicioso -manifestó el anciano- al querer ser un halcón.

-Sabéis que os resultaría fácil convertirme en halcón, si quisierais- exclamó Verruga-, pero preferís no hacerme caso, como los demás, porque hace mal tiempo.

-¡Vaya, vaya!

-Por favor, querido Merlín, convertidme en un halcón. Si no accedéis soy capaz de hacer cualquier cosa, aunque no sé bien qué podría hacer.

Merlín dejó a un lado el tejido de punto y miró a su pupilo por encima de las gafas.

-Pequeño -comenzó diciendo el mago-, podrías ser todo lo de este mundo: animal, vegetal, protozoo o mineral, antes de que termine con tu educación, pero debes confiar en mi perspicacia. Aún no ha llegado la hora de que seas un halcón. En primer lugar, porque Hob aún se encuentra dándoles de comer en el pabellón. De modo que por el momento harás bien sentándote ahí y contentarte con seguir siendo un ser humano.

-Está bien -contestó Verruga, resignadamente, y tomó asiento, como le aconsejaban.

Después de algunos minutos, preguntó:

-¿Puedo hablar también como un ser humano?

-Todo el mundo puede hablar, si lo desea.

-Me alegro, porque quería deciros que habéis tejido ya con vuestra barba tres hileras del gorro de dormir.

-Vaya, si seré…

-Creo que lo mejor será cortar el extremo de vuestra barba. ¿Voy a buscar unas tijeras?

-Oye, ¿por qué no me lo dijiste antes?

-Quería ver lo que pasaba.

-Corres el riesgo, querido niño -dijo Merlín-, de que te convierta en un trozo de pan y te tueste a fuego lento.

Y diciendo esto, el mago comenzó a desenredar su barba, murmurando algo para sus adentros.

-¿Resulta tan difícil volar como nadar? -preguntó Verruga, cuando consideró que su preceptor se había calmado un poco.

-No necesitarás volar. No pienso convertirte en un halcón suelto, sino dejarte en el pabellón de cetrería por esta noche, para que hables con las demás aves. Esa es la forma de aprender, hablando con los entendidos.

-¿Creéis que me hablarán?

-Suelen hacerlo todas las noches, cuando reina la oscuridad. Se cuentan cómo los capturaron, lo que recuerdan de su antigua existencia, hablan de su linaje, de las proezas de sus antepasados, del entrenamiento, de lo que han aprendido y de lo que aprenderán. Es algo así como una conversación entre militares, igual que la que se oiría en el pabellón de oficiales de un regimiento de fama: táctica, armas, apuestas, caza, vino, mujeres y canciones.

»Otro tema de conversación muy frecuente -prosiguió Merlín- es el de la comida. Resulta lamentable, pero como es lógico se entrena a esas aves aprovechándose principalmente de su apetito. Su hambre aumenta, pobres gentes, cuando recuerdan los restaurantes a que estaban acostumbrados,

y el champaña, el caviar y la música cíngara. Claro está, pues todos son de noble alcurnia.

-Qué vergüenza supondrá para ellos verse prisioneros y con hambre...

-En realidad no se dan cuenta de que están prisioneros, como tampoco se percatan de ello los oficiales de caballería. Se consideran dedicados a una noble profesión, igual que los miembros de una orden de caballería, o algo por el estilo. Como sabes, los integrantes de un pabellón de cetrería deben ser aves rapaces, exclusivamente. Ellos saben que nadie de las clases inferiores puede entrar allí. En sus perchas no se albergan mirlos, ni gentuza por el estilo. Y en cuanto al apetito, están muy lejos de morirse de hambre. Se hallan siempre de entrenamiento, y como ocurre con los atletas, piensan a menudo en la comida.

-¿Cuándo creéis que puedo comenzar?

-Ahora mismo, si lo deseas. Mi clarividencia me indica que Hob ha terminado hace un momento, por esta noche. Pero en primer lugar debes elegir la clase de halcón que te gustaría ser.

-Me gustaría ser un azor.

-Una sabia elección -repuso Merlín-. Si estás dispuesto, podemos empezar inmediatamente.

Verruga se levantó del escabel y colocóse delante de Merlín.

-Primero hazte pequeño -dijo el mago, apretando a Verruga en la cabeza, hasta que quedó de un tamaño algo menor al de una paloma-. Ahora apóyate sobre los dedos de los pies, dobla las rodillas, aprieta los codos contra los costados del cuerpo, alza las manos a nivel de tus hombros, y junta los dedos primero y segundo, y el tercero y el cuarto. Mira, de este modo.

Y el viejo nigromante, al decir esto, se colocó en puntillas, e hizo lo mismo que explicaba.

Verruga le imitó cuidadosamente y se preguntó qué ocurriría después. Y sucedió que Merlín, que había estado murmurando en voz baja las palabras finales del conjuro, se convirtió de pronto en un cóndor, dejando a Verruga en puntillas, sin transformarle en nada. Allí quedó Merlín, como si se estuviera secando al sol, con una envergadura de alas de unos once pies, una cabeza de vivo color anaranjado, y un cogote rojizo. Parecía estar desconcertado y algo divertido.

-Bueno -dijo Verruga-. Ya os habéis transformado en lo que no debíais.

-Ha sido la condenada limpieza semanal -exclamó Merlín, volviendo a su figura habitual-. Cuando se deja que entre una mujer a arreglar una habitación, cambian las cosas de sitio y se arma uno un lío hasta con los conjuros. Ponte como antes, y vamos a probar de nuevo.

Esta vez el diminuto Verruga notó que sus dedos se extendían y rascaban el suelo. Sintió que los talones se le alzaban y que las rodillas se pegaban a su vientre. Sus muslos se acortaron. Una piel áspera le cubrió desde las muñecas a la espalda, en tanto que las plumas primeras le crecían rápidamente al final de los dedos. Las secundarias surgieron por sus antebrazos, y unas encantadoras falsas primarias le salieron al final de cada pulgar.

La docena de plumas de su cola, junto con la doble hilera de plumas del cuerpo, aparecieron en un abrir y cerrar de ojos, en tanto que las de la espalda, el pecho y los hombros crecían para ocultar la raíz de las plumas más importantes.

Verruga miró rápidamente a Merlín, metió la cabeza entre las piernas, para echar un vistazo por allí, se alisó algunas plumas y comenzó a rascarse la barbilla con una pata.

-Perfecto -dijo el mago-. Y ahora, súbete a mi mano. Eh, cuidado, no me arañes. Escucha lo que voy a decirte. Te llevaré al pabellón de cetrería, que Hob ha cerrado por esta noche, y allí te dejaré suelto y sin caperuza, al lado de Balin y Balan. Presta atención. No te acerques a ninguno sin hablarles primero. Debes recordar que la mayor parte de los halcones tienen puesta la caperuza y pueden asustarse y obrar precipitadamente. Puedes confiar en Balin y Balan, así como en el cernícalo. No te aproximes al gavilán a menos que te lo indique. Y en ningún caso debes arrimarte a la jaula de Cully, porque está sin caperuza y se echaría contra ti a la menor ocasión que tuviera. No está muy bien de la sesera, el pobre, y si te coge no te soltará vivo. Recuerda que estás visitando una especie de pabellón militar de espartanos. Ésos tipos son soldados profesionales, y como oficial subalterno te corresponde mantener la boca cerrada, sin interrumpir, y hablando sólo cuando te pregunten.

-Apostaría a que soy algo más que un subalterno, si realmente soy un azor.

-Pues sí, lo eres. Advertirás que tanto el cernícalo como el gavilán son corteses contigo, pero no te atrevas a interrumpir a los azores más veteranos, ni al gran halcón peregrino. El es el coronel honorario de este regimiento y un noble caballero. En cuanto a Cully, bueno, también es coronel, aunque sólo sea de infantería, de modo que mucho ojo con lo que le dices.

-Tendré cuidado -repuso Verruga, que comenzaba a sentirse un tanto atemorizado.

-Está bien. Vendré a buscarte por la mañana, antes de que Hob se levante.

Todas las aves se callaron mientras Merlín introducía al nuevo compañero, y el silencio duró un buen rato después que el mago se hubo marchado en la oscuridad. La lluvia había dejado paso a una brillante luna llena de agosto. Era tan fuerte la claridad que podía verse perfectamente a unas quince yardas más allá de la puerta a una oruga trepando por un tronco. Verruga tardó algunos minutos en acostumbrarse a la penumbra que reinaba en el pabellón. La oscuridad se atenuaba donde daban los plateados rayos, y al fin Verruga pudo apreciar el sobrenatural aspecto del interior del pabellón de cetrería. Cada uno de los halcones parecía un ave de plata, de pie en una pata y con la otra recogida bajo el cuerpo. Todos parecían estatuas de caballeros en sus armaduras. Permanecían gravemente inmóviles, con sus emplumados cascos. La lona de las pantallas que protegían sus perchas oscilaba lentamente a impulsos del viento, como las banderas en un templo. En aquellos días solían colocar caperuzas a todas las aves rapaces, incluso a los azores, a los que según las modernas prácticas ya no se les coloca capacete.

Verruga retuvo el aliento al observar aquellas imponentes figuras, tan quietas que podrían haberse tomado por estatuas de piedra. Se sentía abrumado por su magnificencia, y no tuvo necesidad alguna de obligarse a ser humilde y silencioso, como le había aconsejado Merlín, pues ello le salía espontáneamente.

De pronto oyóse un suave toque de campanilla, y el gran halcón peregrino se desperezó un poco y dijo con fuerte voz nasal, que procedía de su aristocrática nariz:

-Caballeros, podéis seguir hablando.

Pero continuó el silencio absoluto.

Sólo en una esquina del pabellón -que había sido alambrada para Cully-, suelto, sin caperuza y en plena época del cambio de plumas, podía oírse murmurar al irritable coronel:

-Condenado gobierno, condenados políticos, condenados bolcheviques. Maldito lugar. Cully, si sólo te quedara una hora de vida, y te condenases eternamente…

-Por favor, coronel -interrumpió fríamente el halcón peregrino-, no habléis así delante de los oficiales jóvenes.

-Ah, os pido disculpas, señoría -dijo el coronel, en seguida-. Es que tengo algo en la cabeza, ¿sabéis? Algo que me trae a mal traer.

Siguió otro silencio terrible y abrumador.

-¿Quién es el nuevo oficial? -inquirió la primera voz, hermosa y fiera.

Nadie respondió.

-Hablad de una vez, señor -ordenó el peregrino, mirando hacia adelante, como si viese algo realmente. Pero no podían ver porque tenían puestas las caperuzas.

-Perdón -comenzó diciendo Verruga-. Soy un azor… Y se detuvo, asustado del denso silencio. Balan, que era uno de los azores verdaderos que se hallaban a su lado, se inclinó hacia él y le murmuró afablemente al oído:

-No temas, llámale señoría.

-Soy un azor, señoría.

-Un azor, eso está bien. ¿Y puede saberse a qué rama de los Azores pertenecéis?

Verruga no tenía la menor idea de lo que debía responder, pero no quiso dejar de hacer una tentativa.

-Señoría -repuso-, pertenezco a los Azores del Bosque Salvaje.

De nuevo se hizo el silencio que Verruga había comenzado a temer.

-Están los Azores de Yorkshire -manifestó el coronel honorario, lentamente-, los Azores de Gales y los MacAzores de Escocia. También conozco los de Salisbury, los de Exmoor y los de Connaught. Pero no creo haber oído hablar jamás de los Azores del Bosque Salvaje.

-Puede ser una rama nueva de la familia, me atrevería a decir -declaró Balan.

«Dios le bendiga -pensó Verruga-. Mañana cazaré un gorrión bien gordo y se lo daré a espaldas de Hob.»

-Sí, eso podría ser, capitán Balan. Eso podría ser. De nuevo se hizo el silencio. Al cabo de un rato el halcón peregrino hizo sonar su campanilla y dijo:

-Comenzaremos con los reglamentos, antes de tomarle juramento.

Verruga oyó que el gavilán de la izquierda comenzaba a toser nerviosamente al oír esto, pero el halcón peregrino no prestó atención.

-Azor del Bosque Salvaje -dijo el halcón peregrino-, ¿qué es una Bestia de Pata?

-Una Bestia de Pata -repuso Verruga, bendiciendo su suerte, por haber querido sir Héctor que le dieran una educación de primera clase- es un caballo, un sabueso, o un halcón.

-¿Por qué se les llama así?

-Porque estos animales dependen del poder de sus patas, de modo que por ley, todo daño que se infiera a la pata de un halcón, sabueso o caballo se considera como un atentado contra su propia vida. Un caballo cojo es un caballo muerto.

-Está bien -declaró el halcón peregrino-. ¿Cuáles son tus miembros más importantes?

-Las alas -afirmó Verruga, después de un momento, aventurando una opinión, pues no lo sabía realmente.

A esto siguió un tintineo general de las campanillas de las aves, cuando cada una de las graves figuras bajó la pata alzada, en señal de disgusto. Ahora se hallaban de pie sobre las dos patas con aire afligido.

-¿Las qué? -preguntó el halcón peregrino, ásperamente.

-Ha dicho sus condenadas alas -manifestó el coronel Cully, desde su encierro.

-Si hasta los tordos tienen alas -dijo el cernícalo, despectivamente, hablando por vez primera con su aguda voz.

-Vamos, piensa -susurró Balan, en voz baja.

Verruga meditó desesperadamente.

El tordo tenía alas, cola, ojos, patas… Aparentemente, lo mismo que las demás aves.

-¡Las garras! -dijo de pronto Verruga.

-Bien, puede pasar -contestó el peregrino, afablemente, después de una de sus temibles pausas-. La respuesta debió de ser «las patas», como en las otras preguntas, pero «garras» también puede valer.

Todos los halcones -y empleamos el término con amplitud, ya que algunos no lo eran-, alzaron la pata en que tenían la campanilla y volvieron a ponerse cómodos.

-¿Cuál es la primera ley de la pata?

(«Piensa», le había dicho amistosamente el pequeño Balan, detrás de sus falsas plumas primarias.) Verruga meditó, y lo hizo con acierto.

-No soltar nunca la presa -repuso.

-La última pregunta -dijo el peregrino-. ¿Cómo harías, siendo un azor, para matar a una paloma, si es de mayor tamaño que el tuyo propio?

Verruga tuvo suerte, pues había oído a Hob contar cómo había hecho eso Balan, una tarde. Por ello repuso:

-La estrangularía con mi pata.

-¡Muy bien! -contestó el halcón peregrino.

-¡Bravo! -exclamaron los demás, irguiendo las plumas.

-Noventa por ciento -dijo el gavilán, después de una rápida suma-. Descontando lo de las alas.

-¡El demonio me confunda!

-¡Coronel, por favor!

-El coronel Cully -susurró Balan a Verruga- no está en sus cabales. Creemos que se trata de su hígado, pero el cernícalo asegura que eso le ocurre por tratar de mantenerse al mismo nivel que su señoría, lo que le origina una gran tensión nerviosa. Desde hace un tiempo no es el mismo de antes.

-Capitán Balan -dijo el halcón peregrino-. Murmurar es una grosería. Ahora procederemos a tomar el juramento al nuevo oficial. Pater, cuando guste.

El pobre gavilán, que se estaba poniendo cada vez más nervioso, sonrojóse profundamente y comenzó a tartamudear un complicado juramento acerca de cascabeles, correas y caperuzas.

-Con este cascabel -oyó Verruga que le decía- te obligo a dispensar... amor, honor y obediencia, en lo sucesivo.

Pero antes de que el capellán hubiese terminado de pronunciar el juramento, se detuvo y musitó sollozando:

-Oh, señoría, os pido perdón, pero he olvidado mis adminículos.

-Esos objetos de que habla son unos huesos -explicó en voz muy baja Balan-. Como es natural, tienes que jurar sobre unos huesos.

-¿Que habéis olvidado vuestros adminículos? Sabéis que es vuestro deber tenerlos a mano.

-Lo... lo sé.

-¿Qué habéis hecho con ellos?

La voz del gavilán pareció quebrantarse ante la enormidad de su confesión.

-Me... me los comí -manifestó el infortunado capellán.

Nadie dijo una palabra. El momento era demasiado terrible para hablar. Todos se pusieron en dos patas y volvieron la ciega cabeza hacia el culpable. Ni un solo reproche se dejó oír. Durante aquel silencio de cinco minutos, sólo se escucharon los sollozos y suspiros del indigno sacerdote.

-Bien -dijo el halcón peregrino, al fin-, la ceremonia de la iniciación deberá ser postergada hasta mañana.

-Si me disculpáis, señoría -dijo Balan-, tal vez podamos llevar a cabo la ordalía esta noche, ¿os parece bien? Creo que el candidato está suelto, pues no he creído escuchar que le estuviesen atando.

Al oír hablar de una ordalía, Verruga tembló interiormente, y decidió que Balin no vería una sola pluma del gorrión que llevaría a Balan al día siguiente.

-Gracias, capitán Balin. Precisamente pensaba en eso.

Balin no respondió.

-¿Estáis suelto, novicio?

-Sí, señoría; pero, por favor, creo que no estoy preparado para una prueba.

-La ordalía es lo acostumbrado. Veamos -dijo el coronel honorario, reflexionando-. ¿Cuál fue la última prueba que tuvimos? ¿Lo recordáis, capitán Balan?

-Mi propia ordalía, señoría -dijo el amistoso azor-, y consistió en colgar por los pies, de mi correa, durante la tercera guardia.

-Si está suelto, no podrá hacer eso.

-Se le pueden dar unos golpes, señoría -dijo el cernícalo-. Con los debidos cuidados, desde luego.

-Enviadle junto al coronel Cully, mientras tocamos tres veces las campanillas.

-¡No, no! -exclamó el perturbado coronel, con voz agónica, desde su oscuro escondite-. No, señoría. Os ruego que no hagáis eso. Soy un villano tan grande que no respondo de las consecuencias. Perdonad al pobre muchacho, y no nos dejéis caer en la tentación.

-Coronel, procurad dominaros. Esa prueba me parece muy adecuada.

-Oh, señoría, me previnieron que no me acercase al coronel Cully -dijo Verruga.

-¿Os lo advirtieron? ¿Quién lo hizo?

El pobre Verruga comprendió que debía elegir entre confesar que era un ser humano, y dejar de aprender tantos secretos interesantes, o cumplir con la ordalía. Y Verruga no deseaba que le considerasen un cobarde.

-Me colocaré junto al coronel, señoría -manifestó y se dio cuenta de que su voz tenía un aire casi insultante.

El halcón peregrino no prestó atención al tono de voz de Verruga.

-Está bien -repuso el halcón peregrino-, pero antes debemos entonar un himno. Y ahora, pater, si es que no os habéis tragado vuestros himnos, como hicisteis con vuestros adminículos, tened la amabilidad de dirigir el Himno de la Ordalía.

-Y vos, señor Kee -agregó dirigiéndose al cernícalo-, cantad bajo, porque desentonáis bastante.

Los halcones quedáronse quietos, mientras el gavilán contaba «Una, dos y tres». Entonces todos aquellos curvados picos se abrieron debajo de las caperuzas, y al unísono cantaron así:

«La vida es sangre, derramada y ofrecida.
El ojo del águila puede soportar ese horror.
Ante las aves de presa debéis decir:
Timor mortis conturbat me.

La bestia de patas canta en voz baja,
Pues la carne es mísera y el pie endeble.
Fuerza al fuerte, y al señor, y al solitario.
Timor mortis exultat me.

Vergüenza al perezoso, angustia al débil.
Muerte al que teme echar a volar.
Sangre desgarrando, con el pico, con la garra.
Timor mortis, todo ello somos nosotros.»

-Muy bonito -dijo el halcón peregrino-. Capitán Balan, creo que se excede usted un poco en el do de pecho. Y ahora, novicio, debéis aproximaros a la jaula del coronel Cully, y esperar a que toquemos las campanillas tres veces. Al tercer toque, podéis retiraros tan rápido como queráis.

-Está bien, señoría -dijo Verruga, y con gran intrepidez agitó las alas y se colocó en el extremo de una percha, al lado de la jaula de alambre de Cully.

-Muchacho, no te acerques más, no te aproximes a mí -dijo el coronel con voz profunda-. No tientes al demonio que todos llevamos dentro.

-No os temo, señor -repuso Verruga-. No os aflijáis, no sufriremos daño ninguno de los dos.

-¡Ninguno de los dos! Vamos, márchate antes de que sea demasiado tarde. Siento un impulso irresistible en mi interior.

-Tranquilidad, señor; sólo tienen que tocar tres veces -declaró Verruga.

Y en ese momento, los caballeros bajaron las patas que tenían bajo el cuerpo y dieron un toque solemne. El dulce tintineo llenó la habitación.

-¡Señoría, señoría! -gritó el torturado coronel Cully-. Tened piedad, por favor. Tocad de una vez. No creo que pueda resistir mucho más.

-Sed valiente, señor -musitó Verruga.

-Sed valiente, es muy fácil decirlo -repuso Cully.

Las campanillas tintinearon por segunda vez.

El corazón de Verruga latía apresuradamente, y ahora el coronel se le iba acercando de lado, por la percha. Sus garras arañaban la madera con un apretar convulsivo. Sus extraviados ojos relucían a la luz de la luna bajo un angustiado ceño. Pero no parecía haber nada cruel en su expresión; no trasuntaba innobles pasiones. Por el contrario, diríase que estaba aterrado ante Verruga y no triunfante.

-Si debe hacerse -susurró el coronel, hablando consigo mismo-, que sea rápido. ¿Piensas que el jovencito soltará mucha sangre?

-¡Coronel! -advirtió Verruga, pero permaneció donde estaba, sin moverse.

-¡Muchacho! -gritó Cully-. ¡Dime algo, deténme, por piedad!

-Hay un gato detrás vuestro -dijo Verruga, con toda calma-. O tal vez sea una marta. Mirad.

El coronel se volvió, rápido como la picadura de una avispa, y amenazó a la oscuridad. Pero no había nada. Volvió sus ojos fieros hacia Verruga de nuevo, barruntando el truco. Entonces con fría voz manifestó:

-La campana me invita. Tú no la oyes, azor, porque es el toque que te emplaza para los cielos o el infierno.

Los halcones, en efecto, estaban haciendo sonar sus campanillas, mientras el coronel Cully pronunciaba estas palabras, y ahora Verruga podía marcharse. La ordalía había terminado, y Verruga echó a volar. Pero mientras lo hacía, más rápidos que cualquier otro movimiento, las terribles garras del coronel Cully hendieron el aire.

Aferraron su presa, y lo hicieron irrevocablemente. Apretando, apretando, los enormes y tensos músculos del halcón se estremecieron en dos convulsiones. Pero un momento después Verruga se hallaba a un pie de distancia, y un puñado de plumas primarias aparecía en la garra del coronel Cully. Dos o tres plumas secundarias flotaban lentamente en un rayo de luna, cayendo hacia el suelo.

-¡Bien hecho! -exclamó Balan, entusiasmado.

-Una exhibición de gran destreza -declaró el halcón peregrino, sin importarle que el capitán Balan hubiera hablado antes que él.

-¡Amén! -dijo el capellán.

-¡Alma esforzada! -manifestó el cernícalo.

-¿No debiéramos honrarle con la Canción del Triunfo? -sugirió Balin.

-Ciertamente -repuso el halcón peregrino.

Y todos juntos se pusieron a cantar, dirigidos por el propio coronel Cully, a voz en cuello y haciendo resonar sus campanillas victoriosamente, bajo la impresionante luz de la luna.

Las aves de la montaña son más sabrosas
Aunque las del valle están más gordas,
Por eso nos parece conveniente
Prestar más atención a las segundas.
Hallamos un conejo semioculto,
Y atacamos sus órganos vitales.
El conejo nos supo a miel
Y compensó nuestros desvelos.
Algunos atacan a la alondra
Cuyas bandadas nublan el sol.
Otros van tras los nidos de perdiz,
Y otros más miran y miran, y no hacen nada
Pero Verruga, el rey de los azores,
Llegó más lejos que todos nosotros.
Sus pájaros y animalillos
llenarán nuestros banquetes,
Y sus hazañas gloriosas cantaremos a coro.

-No lo olvidéis -exclamó el simpático Balan-. Podemos tener un rey de verdad en ese joven novicio. Cantémoslo de nuevo por última vez.

Pero Verruga, el rey de los azores,
Llegó más lejos que todos nosotros.
Sus pájaros y animalillos
llenarán nuestros banquetes,
Y sus hazañas gloriosas cantaremos a coro.

CAPITULO IX

¡Vaya! -dijo Verruga, cuando se despertó en su propio lecho, a la mañana siguiente-. ¡Qué horrible prueba!

Kay sentóse en su cama y comenzó a refunfuñar como una ardilla.

-¿Dónde estuviste anoche? -inquirió-. Me pareció que te habías marchado. Se lo diré a mi padre y te dará una azotaina. Sabes que no podemos salir después del toque de queda. ¿Qué estuviste haciendo? Te busqué por todas partes. Estoy seguro de que te marchaste de casa.

Los dos chicos conocían un modo furtivo de deslizarse al exterior, por medio de un canalón de agua de lluvia, lo cual hacían secretamente en ocasiones especiales, cuando era necesario salir por las noches a buscar un tejón, por ejemplo, o a pescar tencas, que sólo pueden ser capturadas poco antes del alba.

-Vamos, cállate -repuso Verruga-. Tengo sueño.

-Despiértate, despiértate, animal -insistió Kay-. ¿Puedo saber dónde has estado?

-No pienso decírtelo.

Verruga estaba seguro de que Kay no creería su relato; le llamaría mentiroso y se irritaría aún más.

-Si no me lo dices, te mato.

-No, no lo harás.

-Lo haré.

Verruga se volvió, dándole la espalda.

-¡Bestia! -dijo Kay, y cogiendo un trozo de la piel del brazo de Verruga, le pellizcó con todas sus fuerzas. Verruga se agitó como un salmón que hubiese quedado repentinamente cogido en el anzuelo, y le pegó en el rostro. Un segundo más tarde los dos chicos estaban fuera de la cama, pálidos e indignados, desnudos como conejos desollados -pues en aquellos días nadie usaba ropas para dormir-, y agitando los brazos como aspas de molino para castigar al oponente.

Kay tenía más edad y estaba más crecido que Verruga, de modo que debía ganar al final. Sin embargo, también era más nervioso e impresionable. Pensó en el efecto que podía causarle cada golpe dirigido contra él, y ello debilitó su defensa. Verruga era como un torbellino enfurecido.

-¡Déjame en paz! -gritaba Verruga, y mientras tanto no dejaba tranquilo a Kay, atacándole con cabeza y brazos al mismo tiempo. Ya se habían acertado algunas veces en el rostro.

Kay tenía el brazo más largo y el puño más pesado. Extendió el brazo, más como defensa que para atacar, y casi sin querer dio a Verruga en un ojo. El cielo se volvió extrañamente negro y constelado con innumerables estrellas fugaces. Verruga comenzó a jadear y a sollozar. Consiguió propinar un golpe en la nariz de su enemigo, y éste comenzó a echar sangre. Kay bajó la defensa, volvió la espalda a Verruga, y con voz fría y nasal, llena de reproches, manifestó:

-Estoy sangrando.

El combate había terminado.

Kay tendióse en el suelo de piedra, echando sangre en abundancia, y Verruga, con un ojo negro, fue a buscar la enorme llave de la puerta para colocarla debajo de la nariz de Kay. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Por último, Kay volvió la cabeza y comenzó a sollozar, mientras decía:

-Merlín lo hace todo para ti, y para mí nunca quiere hacer ninguna cosa.

Verruga comprendió que había actuado como un necio. Se vistió en silencio y corrió a buscar al mago. Por el camino le sorprendió la vieja niñera.

-Ah, pequeño felón -exclamó la anciana, sacudiéndole por un brazo-. De nuevo habéis estado luchando con el amo Kay, ¿verdad? Mirad ese pobre ojo, cielo santo.

-Estoy bien -repuso Verruga.

-Nada de eso, muñequito -exclamó la niñera, encolerizándose aún más, y dando señales de querer pegarle-. Vamos, decidme cómo os lo habéis hecho, antes de que os dé una buena tunda.

-Me di un golpe contra un poste de la cama -repuso Verruga, hoscamente.

Inmediatamente la vieja niñera le atrajo contra su amplio busto, le dio unas palmaditas en la espalda y dijo:

-Vamos, vamos mi pequeño, ésa es la misma historia que sir Héctor me contó cuando le sorprendí con un ojo amoratado, hace ya cuarenta años. No hay nada como una buena familia, para que se mantengan fieles a una buena mentira. Venid, inocente, venid conmigo a la cocina, y os colocaremos un trozo de carne sobre el ojo. Pero será conveniente que no luchéis con la gente que os supera en tamaño.

-No, si no es nada -repitió Verruga, al que molestaba tanta solicitud. Pero la anciana era inexorable. Tardó media hora en poder escapar, y ello al precio de llevarse en el ojo un jugoso trozo de carne cruda, que le habían recomendado mantener bien apretada.

-Nada mejor que un carnoso solomillo para extraer los humores -había dicho la niñera.

-No hemos visto un trozo de carne más jugoso desde las Pascuas -repuso la cocinera-, ni que sangrase más abundantemente.

«Lo guardaré para Balan», pensó por su parte Verruga, reanudando la búsqueda de su preceptor.

Le halló sin grandes dificultades en la habitación de la torre, que Merlín había elegido a su llegada al castillo. Todos los filósofos prefieren habitar en torres, como puede comprobarse visitando la estancia donde vivió Erasmo cuando estuvo en Cambridge. Pero la torre de Merlín era aún más hermosa. Era la más alta del castillo y se hallaba justo debajo de la del último vigía. Desde su ventana podía contemplarse el panorama de los campos, más allá del parque y del bosque, hasta que la mirada se recreaba finalmente sobre las lejanas y azulinas copas de los árboles del Bosque Salvaje. Aquel mar de frondas ondulaba como la superficie de unas gachas claras, hasta que se perdía al fin entre las remotas montañas que nadie

había explorado jamás, y cuyas cimas parecían espléndidos palacios celestiales.

Los comentarios de Merlín acerca del ojo amoratado fueron de naturaleza médica.

-El cambio de color -afirmó- se debe a la hemorragia en los tejidos, o equimosis, y pasa por los tonos púrpura oscuro, verde y amarillo, antes de que desaparezca.

No hubo respuesta alguna a tan interesante manifestación del anciano.

-Supongo que te lo habrás hecho -agregó- peleando contra Kay, ¿no es cierto?

-Sí. ¿cómo lo sabéis?

-Lo sé, eso es todo.

-He venido a hablaros de Kay, justamente.

-Bien, habla. Yo te contestaré.

-Kay considera injusto que hagáis siempre cosas para mí, y no para él. No le he dicho nada de lo mío, pero creo que sospecha. En realidad, también yo considero que es injusto.

-Lo es, en efecto.

-Entonces, ¿nos transformaréis a los dos la próxima vez?

Merlín terminó su desayuno, y después de encender la pipa, comenzó a dar chupadas y a lanzar bocanadas, lo que hacía pensar a Verruga que el mago respiraba fuego. Aspiró largamente, miró al chiquillo, abrió la boca como para hablar, pero se limitó a expulsar el humo, y luego a aspirar de nuevo.

-A veces -dijo al fin-, la vida parece injusta. ¿Conoces la historia de Elías y el rabino Yacanán?

-No -repuso Verruga, y tomó asiento en el lugar del suelo que le pareció más cómodo, dispuesto a escuchar lo que le iba a contar Merlín.

-El referido rabino -dijo Merlín-, salió una vez de viaje con el profeta Elías. Caminaron todo el día, y al anochecer llegaron a la humilde choza de un pobre hombre cuyo único tesoro era una vaca. El hombre salió de su cabaña, acompañado de su esposa, y apresuróse a dar la bienvenida a los forasteros, invitándoles a que pasaran allí la noche y ofreciéndoles la sencilla hospitalidad que podían proporcionarles en su situación. Sirvieron a Elías y al rabino una buena cantidad de leche de vaca, acompañada de pan casero y mantequilla, y luego les cedieron el lecho de la casa, mientras los humanitarios dueños dormían en la cocina, junto al fuego. Al llegar la mañana, comprobaron que la vaca del pobre hombre había muerto.

-¿Y qué más?

-Anduvieron todo ese día, y al caer la noche llegaron a la casa de un rico mercader, cuya hospitalidad solicitaron. El mercader era un hombre rico y altivo, y todo lo que hizo por el profeta y su compañero fue alojarlos en el establo, dándoles pan y agua por toda comida. Por la mañana, sin embargo, Elías le agradeció vivamente lo que había hecho por ellos, y mandó llamar a un albañil para que reparase uno de los muros, que amenazaba con derrumbarse, como retribución a su amabilidad.

»El rabino Yacanán, incapaz de seguir en silencio por más tiempo, rogó al hombre santo que le explicase el significado de su forma de tratar a ambos hombres.

»"Respecto al pobre hombre que nos recibió con tanta amabilidad -repuso el profeta-, estaba escrito que su mujer muriese aquella noche, pero, como recompensa a su bondad, Dios llevóse a la vaca, en lugar de a la mujer. Luego mandé reparar la pared del rico mercader porque en aquel lugar se encontraba un cofre lleno de oro, y si el mercader hubiese arreglado el muro él mismo, habría descubierto el cofre. Por consiguiente, nunca se debe preguntar al Señor, ¿qué haces?, sino manifestar de corazón: el señor de la Tierra obra con justicia".»

-Es una bonita historia -dijo Verruga, cuando Merlín hubo concluido.

-Lamento que sólo tú seas el que se beneficie de mis poderes -agregó el mago-, pero ocurre que he sido enviado solamente con tal fin.

-No veo que pueda causar algún perjuicio que Kay nos acompañe.

-Pienso como tú, pero recuerda que el rabino Yacanán no alcanzaba a comprender la razón de que la pared del mercader fuese reparada.

-Entiendo -repuso Verruga, con tono de duda-, pero aún sigo creyendo que fue una pena que se muriese la vaca. ¿No podría llevar a Kay conmigo, al menos una sola vez?

Merlín le contestó suavemente:

-Tal vez lo que sea bueno para ti, resulte malo para él. Además, recuerda que él nunca pidió que le convirtiesen en algo.

-Estoy seguro de que lo desea, de todos modos. Yo quiero a Kay, ¿sabéis?, y creo que la gente no le comprende. Tiene que mostrarse orgulloso porque siente miedo.

-Creo que aún no me entiendes. Imagínate que anoche hubiera sido él un azor, y que hubiese fracasado en la ordalía, perdiendo la serenidad.

-¿Cómo sabéis lo de la prueba?

-Bueno, esa pregunta está de más.

-Bien -agregó Verruga, obstinadamente-, pero también podía suceder que no fracasara en la prueba, y que no hubiese perdido la serenidad. No veo por qué razón debéis imaginar que iba a fracasar.

-Necio chiquillo -exclamó el mago, con vehemencia-. Esta mañana no pareces comprender nada. ¿Qué pretendes que haga, vamos a ver?

-Convertid a Kay en una serpiente, o algo así. Merlín se quitó las gafas, las arrojó contra el suelo y saltó sobre ellas con ambos pies.

-¡Cástor y Pólux, llevadme a las Bermudas! -vociferó, e inmediatamente se desvaneció en el aire, en medio de un trueno estremecedor.

Verruga aún seguía contemplando sumamente perplejo la silla vacía de su preceptor, cuando unos momentos después Merlín reapareció. Había perdido el capirote, y su cabello y su barba aparecían muy revueltos, como si hubiera estado en medio de un huracán. De nuevo tomó asiento, alisándose la túnica con dedos temblorosos.

-¿Por qué hicisteis eso? -preguntó Verruga.

-Lo hice casi sin proponérmelo.

-¿Es cierto que Cástor y Pólux os llevaron hasta las Bermudas?

-Que esto te sirva de lección -repuso Merlín, evasivamente-. Bien, es mejor que cambiemos de tema.

-Estábamos hablando de Kay.

-Sí, y lo que pensaba decir antes de mi... ¡ejem!, visita a esas condenadas Bermudas, era esto: No me es posible transformar a Kay, porque ese poder no me fue conferido cuando me enviaron. Por qué razón es así, ni yo ni tú lo sabemos, pero así son las cosas. He tratado de pensar en algún posible motivo, pero no lo entenderías, de modo que debes aceptar la realidad desnuda. Y ahora, por favor, deja de hablarme hasta que haya recuperado el aliento, y también mi sombrero.

Verruga permaneció sentado en silencio, con aire de disgusto, mientras Merlín cerraba los ojos y murmuraba algo para sus adentros. Por fin apareció sobre su cabeza un curioso sombrero cilíndrico. Era un sombrero de copa.

Merlín lo examinó irritado y dijo ásperamente:

-¡Y llaman a esto útil! ¡Vamos, ven aquí!

Al decir esto, el mago lanzó al aire el sombrero, que desapareció en seguida.

Verruga y Arquímedes se miraron con extrañeza, preguntándose qué estaría naciendo Merlín. El búho había permanecido durante este tiempo al lado de la ventana, admirando el panorama, y desde el principio, como puede imaginarse, no había abandonado a su amo. Pero Merlín no prestaba atención alguna a los dos espectadores.

-Veamos dijo Merlín, aparentemente hablando con el aire-, ¿te crees muy gracioso? Escuchó y repuso:

-Bien, ¿y por qué no lo haces, entonces?

-No, eso no es una disculpa -respondió-. Me refiero al sombrero que llevaba puesto.

-El que llevaba ahora, imbécil -insistió-. No el que llevaba en 1890. ¿Acaso no te das cuenta de la diferencia?

Merlín observó la gorra de marino que había aparecido en sus manos, y declaró severamente:

-Esto es un anacronismo. Justamente eso, un bestial anacronismo.

Arquímedes parecía estar acostumbrado a semejantes escenas, ya que dijo ahora, con voz razonable:

-¿Por qué no lo pedís por su nombre, amo? Decid «quiero mi capirote de mago». Tal vez al pobre hombre le resulte tan difícil adaptarse al pasado como a vos mismo.

-Bueno, quiero mi capirote de mago -dijo Merlín, malhumoradamente.

Al momento el largo cono puntiagudo apareció sobre su cabeza.

La tensión que reinaba en el ambiente desapareció. Verruga volvió a sentarse en el suelo, y Arquímedes reanudó su operación de acicalado, pasándose el pico por las plumas para suavizarlas.

-Vaya, perdóname -dijo Merlín-, no tengo hoy un buen día, eso es lo que me ocurre.

-Respecto a Kay -declaró Verruga-, ¿no podríais llevarnos a una aventura, aunque no nos transformarais en nada?

Merlín hizo un visible esfuerzo por dominarse y para estudiar el asunto desapasionadamente. En realidad, ya estaba harto de aquel tema.

-No puedo hacer magia alguna con Kay -repuso Merlín, lentamente-, si no es la mía propia: visión retrospectiva, percepción interior, y cosas así. ¿Te refieres a algo que pueda hacer con eso?

-¿Qué es la visión retrospectiva?

-Me indica a la inversa lo que va a suceder, y lo otro, me dice lo que ocurre en otros lugares.

-¿Está ocurriendo algo, en estos momentos, que valga la pena de ser visto por Kay y por mí?

Merlín se dio un golpe en la frente, y exclamó lleno de gozo:

-Pues claro que sí. Ahora me doy cuenta. Hay algo, y lo vais a ver. Debes ir a buscar a Kay, y os dispondréis a marcharos después de la misa. Sí, eso es. Iréis derechos a la parcela de cebada que tiene sembrada Hob en campo abierto, y seguiréis su prolongación hasta que deis con algo. Será magnífico, y así podré echarme una siesta esta tarde, en lugar de machacaros con esos soporíferos rudimentos de Lógica. ¿O acaso ya he dormido esa siesta?

-No la habéis echado -dijo Arquímedes-. Eso aún pertenece al futuro, amo.

-Ah, espléndido, espléndido. Y recuérdalo. Verruga, no te olvides de llevar a Kay contigo, para que yo pueda dormir esa siestecita.

-¿Qué es lo que veremos? -preguntó Verruga.

-Bah, no me distraigas con tonterías de esas. Ahora márchate, sé buen chico y no olvides de llevarte contigo a Kay. ¿Cómo no se te habrá ocurrido pedirme eso antes? Recuerda que debes seguir la prolongación del sembrado de cebada. Vaya, vaya, vaya, es el primer asueto que tengo desde que comencé esta condenada tutoría. Primero creo que voy a echarme una pequeña siesta antes de la comida, y luego me echaré otra antes de la merienda. Después pensaré lo que puedo hacer antes de cenar. ¿Qué te parece que puedo hacer antes de la cena, Arquímedes?

-Podéis echaros otra siestecita, imagino -repuso fríamente el búho y se volvió de espaldas, ya que a semejanza de Verruga, le gustaba ver discurrir la vida.



CAPITULO X

Verruga sabía que si contaba a Kay lo que había hablado con Merlín, el muchacho no querría jugar un papel secundario, y no le acompañaría. Por consiguiente, no le dijo nada. Resultaba extraño, pero la pelea de la mañana les había hecho más amigos, y ambos podían mirarse directamente con cierto sentimiento de afecto. Después de la misa, ambos se dirigieron al campo, sin que mediaran explicaciones, y al cabo de un tiempo se encontraron al final de la parcela de cebada que había sembrado Hob. Verruga no tuvo que utilizar treta alguna. Con toda facilidad llegaron hasta allí, y entonces el más pequeño resolvió halagar a Kay.

-Ven -manifestó-. Merlín me ha dicho que por ahí hay algo especial para ti.

-¿Qué es? -inquirió Kay.

-Una aventura.

-¿Dónde está el sitio?

-Debemos seguir la prolongación del sembrado hasta llegar al bosque, manteniendo siempre el sol a la izquierda.

-Está bien, ¿y cuál es la aventura?

-No lo sé.

Avanzaron a lo largo de la faja y siguieron durante algún tiempo la línea imaginaria que la prolongaba sobre el prado y el terreno de caza, manteniendo los ojos muy abiertos por si se producía algún hecho portentoso. Al paso de los dos chicos levantaron el vuelo una docena de jóvenes faisanes. Kay juró que uno de ellos era blanco. De haberlo sido, y si un águila hubiera bajado del cielo abatiéndose sobre él, aquello sería la señal indudable de que iban a producirse grandes maravillas, y todo lo que hubieran tenido que hacer era seguir al faisán, o al águila, hasta que encontrasen a la doncella del castillo encantado. Pero por desgracia no había ningún faisán blanco.

Al llegar al borde del bosque, Kay preguntó:

-¿Acaso tenemos que entrar ahí dentro?

-Merlín dijo que siguiéramos la línea.

-Bueno, no es que tenga miedo -dijo Kay-. Si la aventura es para mí, estoy seguro de que será magnífica.

Y así diciendo se introdujeron en el bosque y se sorprendieron al ver que el camino no resultaba difícil. Era casi como un bosque de nuestros días, mientras que las selvas de aquella época eran parecidas a las del Amazonas. No había entonces propietarios de faisanes, como ahora, que obligasen a mantener cortada la maleza, y tampoco existía una milésima parte de los actuales comerciantes de madera, que podan metódicamente los pocos bosques que quedan.

La mayor parte del Bosque Salvaje era casi impenetrable. Formaba una enorme barrera de antiquísimos árboles, los troncos muertos caídos entre los que se mantenían con vida, y éstos en eterna competencia por alcanzar el sol que era fuente de vitalidad. El suelo no estaba empobrecido

por la erosión, y al avanzar podía uno tropezar con algún obstáculo, bien fuera un tronco abatido, un hormiguero, una mata de hiedra u otra clase de zarzas.

Por donde avanzaban Kay y Verruga era un buen sitio. La prolongación del sembrado de Hob apuntaba hacia lo que parecía ser una serie de pequeños claros, lugares sombríos en los que las hojas murmuraban apagando el zumbido de las abejas. La época de los insectos había pasado ya, y era más bien el tiempo de las avispas y los frutos. Pero aún pululaban una serie de coleópteros y mariquitas sobre las hierbabuenas en flor. Verruga cortó una hoja de éstas, y se la llevó a la boca, comenzando a mordisquearla mientras avanzaban.

-Es extraño -manifestó-, pero por aquí ha estado gente. Mira, ahí se ve la huella de un casco, y estaba herrado.

-Eso no es nada -repuso Kay-, pues ahí tenemos a un hombre.

En efecto, el hombre se hallaba al final del pequeño claro, sentado junto a un hacha, al costado de un árbol que acababa de abatir. Era un hombre diminuto, de aspecto muy singular, con joroba y rostro de color bronceado. Estaba vestido con numerosas piezas de antiguo cuero, que había asegurado en torno a sus robustos miembros con trozos de cuerda. Se hallaba comiendo un pedazo de pan y queso de cabra, ayudándose con una navaja que los muchos años de uso y de afilado habían convertido en una fina línea, y se apoyaba en uno de los árboles más corpulentos que los dos niños vieran jamás. A su alrededor aparecían dispersos los trozos de madera que saltaron al cortar el tronco caído. El hombrecito tenía los ojos brillantes como los de un zorro.

-Supongo que ése será el de la aventura -susurró Verruga.

-Puaf -repuso Kay-; en una aventura intervienen caballeros armados, dragones y cosas por el estilo, no sucios hombrecillos que cortan leña.

-Bueno, de todos modos, le preguntaré qué hace aquí.

Se aproximaron al pequeño leñador, quien continuó comiendo, como dando la impresión de que no les hubiera visto. Le preguntaron hacia dónde llevaban aquellos claros, y tuvieron que repetir sus palabras un par de veces, antes de darse cuenta de que el pobre hombre era sordo, o estaba loco, o las dos cosas a la vez, pues no contestó ni hizo el menor movimiento.

-Anda, vámonos -dijo Kay-; seguramente estará grillado, como Wat, y no se da cuenta de nada. Vámonos y dejemos tranquilo al viejo loco.

Continuaron durante cerca de una milla. El camino seguía siendo bueno, aunque no podía decirse que hubiera senderos, y los claros no eran continuos. Cualquiera que siguiese aquel camino habría pensado que sólo existía el claro en que se hallaba, pero al llegar al extremo del mismo, descubría otro más allá, oculto por un grupo de árboles. De vez en cuando hallaban el tocón de un árbol con las señales del hacha, pero casi siempre estaban cubiertos con hiedra.

Verruga se dijo que los claros debieron ser hechos de esa forma, abatiendo árboles.

Kay cogió a Verruga por un brazo, al iniciarse un claro, y señaló en silencio al extremo del mismo. Allí había un talud cubierto de hierba que se extendía suavemente hasta un gigantesco sicómoro de unos noventa

pies de altura. Sobre el talud se hallaba tendido un hombre de estatura descomunal, acompañado de un perro. El hombre era tan notable como el sicómoro, pues medía unos siete pies, sin los zapatos, y sólo vestía una especie de faldellín de estambre verde. Un brazal de cuero le cubría el antebrazo izquierdo. Sobre su colosal torso se apoyaba la cabeza del perro, el cual, al ver a los chicos, alzó las orejas y se puso a observarlos, aunque no hizo más movimientos. El hombre parecía estar dormido. A su lado se hallaba un arco de siete pies, con algunas flechas que superaban la longitud de una yarda. También él, a semejanza del pequeño talador, tenía la piel de color bronce, y el rizado vello de su pecho emitía un brillo dorado cuando caían sobre él los rayos del sol.

-Ese debe de ser -murmuró Kay, lleno de excitación.

Se acercaron al hombre cautelosamente, por temor al perro. Pero el animal se limitó a seguirles con los ojos, manteniendo su mandíbula firmemente apoyada sobre el torso de su amo, mientras meneaba la cola de una manera peculiar, sin levantarla mucho del suelo, a unas dos pulgadas del mismo y hacia los lados. El hombre abrió los ojos -evidentemente no se hallaba dormido-, sonrió a los dos chicos y señaló con el pulgar en dirección a los claros, más hacia el interior de los mismos. Luego dejó de sonreír y volvió a cerrar los ojos.

-Perdonadme -dijo Kay-. ¿Podemos saber qué es lo que ocurre ahí?

El hombre no contestó ni abrió los ojos. Sólo volvió a señalar con el pulgar hacia adelante.

-Nos indica que continuemos -manifestó Kay.

-Ciertamente, se trata de una aventura -dijo Verruga, por su parte-. Me pregunto si el leñador mudo no habrá trepado al gran árbol contra el que estaba apoyado, para enviar un mensaje a este otro hombre, diciéndole que llegábamos. En realidad, parece como si estuviera esperándonos.

En esto el semidesnudo gigante abrió un ojo y miró a Verruga, con cierta sorpresa. Luego abrió el otro ojo, echóse a reír con todas sus ganas, sentóse en el suelo, acarició al perro, y tras recoger su arco se puso en pie.

-Está bien, pequeños caballeros -manifestó, sin dejar de reír-. Os acompañaré. Parece que las jóvenes cabezas son las más agudas, según dicen.

Kay le miró lleno de sorpresa.

-¿Quién sois? -preguntó.

-Naylor -dijo el gigante-. Juan Naylor era en el mundo, hasta que me convertí en un hombre del bosque. Desde entonces he sido Juan el Pequeño por algún tiempo, aunque la mayor parte de la gente coloca el apodo delante, y me llama el Pequeño Juan.

-Ah -exclamó Verruga, lleno de contento-. He oído hablar de vos y de Robín Hood, a menudo.

-No, Hood no -repuso el gigante, reprobadoramente-. No es esa la forma como le llamamos en el bosque.

-Pero Robín Hood es su nombre, en las historias -manifestó Kay.

-Estos chicos sabihondos, que no saben nada… Vamos, ya es hora de que nos marchemos.

Cada uno de los pequeños se colocó a un lado del gigantesco personaje, y casi tuvieron que avanzar corriendo para seguir su paso, pues aunque hablaba muy despacio, andaba velozmente con sus pies desnudos. El perro trotaba pegado a sus talones.

-Decidmos, por favor, ¿adonde vamos? -preguntó Verruga.

-A ver a Robín Hood, claro está. ¿No eres lo suficiente astuto como para adivinar eso, joven Art?

El gigante le miró de reojo al decir esto, pues sabía que había planteado a los muchachos dos problemas a la vez: primero, adivinar el verdadero nombre de Robín, y segundo, cómo podía conocer él el nombre de Verruga.

A éste le intrigó más la segunda cuestión.

-¿Cómo sabéis mi nombre? -inquirió.

-Ah -dijo el Pequeño Juan-, es bastante conocido.

-¿Sabe acaso Robín Hood que vamos a verle?

-Ya te he dicho que no se llama Hood. Un joven estudiante como tú debiera saber su nombre.

-Bueno, ¿cómo se llama entonces? -preguntó Verruga, desesperado por el acertijo y por la caminata que estaban dando.

-El suyo es un nombre grande, muy hermoso. Se llama Robín Wood, es decir, Robín de los Bosques.

-¡Robín de los Bosques!

-En efecto. ¿De qué otra forma podía llamarse, puesto que él los gobierna? Los bosques son lugares de libertad y de gran belleza. Se puede dormir aquí en verano, en invierno y cazar en ellos sin morirse nunca de hambre. Se puede aspirar el aroma que exhalan cuando comienzan a crecer las brillantes hojas verdes. Se puede avanzar sin ser visto, y moverse sin ser oído. Ah, son lugares espléndidos, estos bosques, para los hombres libres de cuerpo y de corazón.

-Pero yo creí -manifestó Kay- que todos los hombres de Robín de los Bosques vestían jubones y calzas de color verde.

-Eso es en invierno, cuando el frío nos hace abrigarnos. Entonces también nos ponemos perneras de cuero; pero en verano andamos más ligeros de ropas, sobre todo cuando estamos de guardia.

-¿Estabais de centinela, entonces?

-Así es, lo mismo que el viejo Much, al que encontrasteis junto al árbol caído.

-Y supongo que ese gran árbol al que nos acercamos ahora -exclamó Kay, triunfalmente-, será el baluarte de Robín de los Bosques.

En efecto, se estaban aproximando al soberano de la espesura.

El árbol era un enorme tilo, tan grande como el de Moor Park, en Hertfordshire, y que no mediría menos de un centenar de pies de altura y diecisiete de circunferencia, a una yarda del suelo. Su tronco, parecido al de la haya, estaba adornado con una profusión de ramitas por la parte inferior, y donde cada una de las grandes ramas había brotado del tronco, la corteza se había resquebrajado y aparecía ahora descolorida por el agua de la lluvia o por la efusión de la savia. Las abejas zumbaban entre sus brillantes y pegajosas hojas, cada vez más alto, hacia el cielo, y una escala

de cuerdas desaparecía entre el follaje. Nadie hubiera podido trepar a aquel árbol de no ser con una escala de cuerda.

-Has pensado bien, joven Kay -dijo el Pequeño Juan-. Y allí tenéis al amo Robín, junto a las raíces del árbol.

Los dos chiquillos, que habían contemplado con interés a un vigía que se balanceaba sobre una rama, bajaron la vista y la clavaron en el gran proscrito.

No era, como habían pensado, un personaje de aspecto romántico -o al menos no lo parecía a primera vista-, aunque casi tenía la misma estatura que el Pequeño Juan. Estos dos, desde luego, eran los únicos hombres del mundo que habían disparado una flecha a la distancia de una milla, con el arco largo de los ingleses. Robín de los Bosques era un nervudo personaje, carente del menor vestigio de grasa. No iba medio desnudo, como el Pequeño Juan, sino que vestía discretamente de verde pálido. A un costado llevaba un cuerno forrado de plata. Tenía el rostro afeitado y bronceado por el sol. Era nervioso como las raíces de los árboles, pero madurado por el sol, las lluvias y la experiencia, más que por la edad, ya que contaba escasamente treinta años. (Llegó a vivir ochenta y siete años, y atribuía su longevidad a aspirar el aroma de los pinos.) En ese momento se hallaba tendido de espaldas y estaba mirando hacia arriba, aunque no al cielo.

Robín de los Bosques yacía satisfecho con la cabeza en el regazo de Mariana. Esta se hallaba sentada entre las raíces del tilo, ataviada con un vestido de color verde, ajustado en la cintura por un cinturón. Llevaba los pies y los brazos al aire. Se había dejado suelta la brillante cascada de color castaño de su cabello, que habitualmente llevaba recogida formando trenzas, por serle más cómodo para la caza y la cocina, y aquellas ondas formaban un marco a su bello rostro. Estaba cantando suavemente a dúo con Robín, mientras le hacía cosquillas en la punta de la nariz con su fino pelo. Lady Mariana cantaba una estrofa y Robín la siguiente:

Bajo el árbol frondoso
Está el que ansia reposar conmigo,
A tono su alegre nota
Con el dulce trinar de las aves.
Ven aquí, ven aquí, ven aquí,
Aquí nunca verás
Enemigo alguno,
Más que el invierno y los elementos.

Ambos se echaron a reír con expresión feliz, y siguieron cantando, cada uno una estrofa, alternativamente:

El que elude la ambición,
Y anhela descansar al sol,
Buscando el yantar que come,
Y complaciéndose con lo que logra.

Y al unísono agregaron:

Ven aquí, ven aquí, ven aquí,
Aquí nunca verás
Enemigo alguno
Más que el invierno y los elementos.

El cantar terminó entre risas. Robín, que había estado retorciendo entre sus bronceados dedos los sedosos bucles que caían sobre su rostro, les dio un tirón y se puso repentinamente en pie.

-Hola, Juan -dijo, al ver a los recién llegados.

-Hola, jefe -repuso el Pequeño Juan.

-De modo que has traído a los jóvenes caballeros, ¿no es así?

-Ellos me trajeron a mí, en realidad.

-Bienvenidos, de todos modos -declaró Robín-. Nunca oí hablar mal de sir Héctor, y no hay razón para que sus hijos no sean bien acogidos. ¿Cómo estáis, Kay y Verruga? Decidme, ¿de qué modo habéis conseguido llegar hasta mis dominios?

-Robín -interrumpió Mariana-, ¡no puedes aceptarlos!

-¿Por qué no, cariño?

-Son apenas unos niños.

-Es justamente lo que necesitamos.

-Es algo inhumano.

Mariana parecía disgustada, y comenzó a peinarse el cabello. El proscrito pensó que sería mejor no discutir. Entonces se volvió hacia los chicos y les hizo una pregunta:

-¿Sabéis manejar el arco?

-Desde luego -repuso Verruga.

-Puedo intentarlo -dijo Kay, más reservado, mientras los demás se reían, ante la seguridad de Verruga.

-Mariana, entrégales uno de los arcos.

Ella tendió un arco y media docena de flechas de veintiocho pulgadas de largo.

-Tira contra aquel papagayo -dijo Robín, al tiempo que entregaba todo a Verruga.

Miró el pequeño, y vio el blanco a un centenar de pasos más allá. Se dio cuenta de su necedad y declaró alegremente:

-Lo siento, Robín de los Bosques, pero me temo que es demasiado lejos para mí.

-No te preocupes -dijo el proscrito-. Dispara contra el papagayo. Ya te diré cómo sale el tiro.

Verruga tendió el arco y colocó la flecha tan rápido como fue capaz. Dispuso los pies en la misma dirección que deseaba dar a la flecha, cuadró los hombros, apuntó al blanco, alzó la punta de la flecha hasta formar un ángulo de unos veinte grados, y luego la lanzó. Erró el blanco, pero por muy poco.

-Ahora Kay -dijo Robín.

Hizo Kay los mismos preparativos, y obtuvo también un buen tiro. Los dos tendieron el arco del modo correcto, es decir, tirando de la cuerda, mientras que la mayoría de los que aprenden suelen empujar la cuerda hacia atrás con la extremidad posterior de la flecha; el arquero

experimentado, en cambio, tira de la cuerda con dos o tres dedos, y deja que la flecha la siga. Ninguno de los dos apuntó hacia la izquierda, ni se dio en el antebrazo izquierdo con la cuerda -dos faltas corrientes de los inexpertos-, y ambos dispararon con decisión.

-Muy bien -dijo el proscrito-. Veo que no hay aquí tañedores de laúd.

-Robín -manifestó Mariana, ásperamente-.... No puedes llevar estos chicos al peligro. Envíalos a su casa, con el padre.

-No lo haré -repuso él-, a menos que ellos quieran irse. Depende de ellos tanto como de mí.

-¿De qué se trata? -preguntó Kay.

El proscrito dejó caer su arco y sentóse con las piernas cruzadas sobre el suelo, pidiendo a Lady Mariana que lo hiciese a su lado. Su rostro denotaba preocupación.

-Se trata de Morgana le Fay -manifestó Robín-; resulta difícil de explicar.

-Yo no trataría de hacerlo.

Robín se volvió hacia su compañera con aire irritado, y respondió:

-Mariana, o conseguimos su ayuda, o tenemos que dejar a los otros tres sin auxilio. No quiero pedir a los muchachos que vayan allí, pero o eso, o Tuck seguirá en poder de ella.

-Por favor, ¿podríamos saber quién es Morgana le Fay?

Los tres contestaron a la vez.

-Es una mala persona -dijo el Pequeño Juan.

-Es un hada -aseguró Robín.

-No es eso -manifestó Mariana-. Es una hechicera.

-El caso es -prosiguió diciendo Robín- que nadie sabe exactamente lo que es. En mi opinión se trata de un hada.

-¿Queréis decir -preguntó Kay- que es uno de esos seres que llevan una flor de campanilla por sombrero y que se pasan el tiempo sentados sobre las setas?

Oyóse una carcajada general.

-Desde luego que no. Esas criaturas no existen. La reina es un ser real, y de los peores que hay.

-Si los chicos tienen que tomar parte en el asunto, será mejor que se lo expliques desde el principio.

El proscrito aspiró profundamente, extendió las piernas y en su rostro apareció de nuevo el gesto de preocupación.

-Pues bien -dijo al fin-, debéis saber que Morgana es la reina de las hadas, o que al menos tiene ascendiente sobre ellas, y que esas hadas no son las criaturas amables de que os ha hablado vuestra niñera. Algunas gentes dicen que son los Más Antiguos, las gentes que vivían en Inglaterra ya antes de que los romanos llegasen aquí y antes también que nosotros, los sajones, y que decidieron habitar bajo tierra. Otros aseguran que tienen aspecto humano, semejantes a enanos, aunque hay quien afirma que son como las personas corrientes, y por último los hay que dan distintas descripciones, según les dicta su fantasía. Sea como fuere, el caso es que poseen la sabiduría de los antiguos galeses. Saben cosas, ellas que viven en sus cuevas subterráneas, que los humanos hemos olvidado, y muchas de esas cosas no resultan gratas de contar.

-Habla bajo -susurró Lady Mariana, con un gesto extraño, y los niños advirtieron que el corrillo que formaban se había estrechado notablemente.

-Lo más extraño -prosiguió diciendo Robín, en voz baja- de esas criaturas de las que os estoy hablando, y que si me disculpáis, no volveré a nombrar, es que no tienen corazón. No es que deseen hacer el mal, sino que si pudiéramos abrir a una de ellas, en su interior no hallaríamos corazón. Tienen la sangre fría como los peces, además.

-Se hallan por todas partes, incluso escuchan a la gente cuando está hablando.

Los muchachos miraron a su alrededor.

-Quedaos quietos -añadió Robín-. Debo deciros algo más. No trae buena suerte hablar de esos seres. Lo importante es que a mi entender Morgana es la reina de las… bien, de… las Buenas Gentes, y creo que a veces habita en un castillo situado al norte de nuestro bosque, y que se llama Castle Chariot. Mariana asegura que la reina no es un hada, sino sólo una nigromante que tiene amistad con aquellos seres. Hay gentes que afirman que Morgana es la hija del Earl de Cornwall. No importa. El caso es que esta mañana, por medio de sus encantamientos, los Más Antiguos se han apoderado de uno de mis hombres y de otro de los vuestros.

-¿No será Tuck? -exclamó el Pequeño Juan, que no sabía nada de los recientes sucesos por haber estado de centinela. Robín asintió y dijo:

-La noticia nos llegó de los árboles del norte, antes que tu mensaje acerca de estos muchachos.

-¡Cielos, pobre fraile!

-Cuéntales cómo ocurrió -dijo Mariana-. Pero tal vez debas explicarles antes lo de los nombres.

-Una de las pocas cosas que conocemos con certeza acerca de los Benditos, es que llevan nombres de animales. Por ejemplo, pueden llamarse Vaca, o Cabra, o Cerdo, y demás. De modo que cuando llaméis a una de vuestras vacas, es menester que lo hagáis señalándola con el dedo, mientras tanto. De otro modo podéis atraeros un hada, una Personilla, diría yo, que tenga el mismo nombre, y una vez presente, podrá llevaros con ella.

-Lo que parece haber ocurrido -dijo Mariana, continuando la historia-, es que el perrero de vuestro castillo llevó los sabuesos hasta el borde del bosque, a pasear, y avistó al fraile Tuck, que estaba charlando con un anciano llamado Wat que vive por estos contornos...

-Perdón -exclamaron los dos chicos-, ¿es el viejo que vivía en nuestro poblado antes de que perdiera el juicio? Le arrancó la nariz de un mordisco al perrero, y ahora habita en el bosque. Es una especie de ogro, ¿verdad?

-Ese es, justamente -contestó Robín-, pero... pobre hombre, dista mucho de ser un ogro. Se alimenta de yerbas, raíces y bellotas, y no sería capaz de matar a una mosca. Me temo que os han contado una fábula.

-¡Imagínate, Wat alimentándose con bellotas! -dijo Verruga.

-Lo que ocurrió -prosiguió diciendo Mariana, pacientemente- es que los tres se fueron a pasar juntos parte del día, y uno de los sabuesos (creo que el llamado Cavall) comenzó a saltar sobre el pobre Wat, al tiempo que le lamía el rostro. Esto asustó al viejo, y vuestro criado gritó: «¡Ven aquí,

perro!», para que dejase de molestar a Wat. Pero no señaló con el dedo, al decir eso. Ya lo veis, debió haberlo hecho.

-¿Qué sucedió entonces?

-Ocurrió que uno de mis hombres, Scathelocke, o Scarlett, como le llaman en las baladas, estaba cortando leña un poco más allá, y asegura que los tres se desvanecieron, incluido el perro.

-¡Mi pobre Cavall!

-Entonces, las hadas se los llevaron -dijo Kay.

-Quieres decir el Pueblo Pacífico.

-Ah, lo siento.

-Pero lo importante es que si Morgana es verdaderamente la reina de esas criaturas, y si queremos liberar a los tres desaparecidos antes de que los hechicen definitivamente -una de sus antiguas reinas, llamada Circe, solía convertir a los hombres capturados en cerdos- será necesario ir a buscarlos al castillo de Morgana.

-En tal caso, debemos ir allí.





CAPITULO XI

obín sonrió al mayor de los chicos y le dio unas palmaditas en la espalda, mientras Verruga pensaba acongojado en su perro. Entonces el proscrito carraspeó levemente y prosiguió diciendo: -Tenéis razón al querer ir allí, pero debo decirlo todo. Nadie puede penetrar en Castle Chariot, de no ser un niño o una niña.

-¿Quiere eso decir que vos no podéis entrar?

-Sólo vosotros.

-Me parece -explicó Verruga, cuando hubo reflexionado un momento- que esto es algo parecido a lo que ocurre con los unicornios.

-Justamente. El unicornio es un animal mágico, y sólo una doncella puede capturarle. Las hadas son también seres mágicos, por lo que únicamente las criaturas inocentes pueden entrar en sus castillos. Por eso roban muchas veces a los pequeños de sus cunas.

Kay y Verruga permanecieron en silencio un momento. Luego Kay dijo:

-Bien, estoy dispuesto. Se trata de mi aventura, después de todo.

-También yo deseo ir -declaró Verruga-. Quiero mucho a Cavall.

Robín observó a Mariana y repuso:

-Perfectamente. No es necesario armar un gran alboroto con esto, pero será conveniente que tracemos un plan. Me parece un acto de valor que vayáis vosotros dos, aun sin saber lo que os puede suceder, pero no será tan malo como podría creerse.

-Iremos con vosotros -agregó Mariana-. Nuestra banda os acompañará hasta el castillo. Vosotros os encargaréis de concluir el asunto.

-Sí, y es probable que la banda se vea atacada, al llegar, por el Grifo de Morgana.

-¿Tiene un Grifo?

-Desde luego. Castle Chariot está guardado por uno muy fiero, que hace de perro guardián. Deberemos pasar sin que nos vea, o dará la alarma y no podréis entrar en el castillo. Sería algo tremendo.

-Habrá que esperar a que anochezca.

Los dos chicos pasaron la mañana gratamente, acostumbrándose a manejar los arcos que les regaló Lady Mariana. Robín insistió sobre ese punto, asegurando que nadie puede disparar bien con el arco de otra persona, del mismo modo que no se puede segar con la guadaña de otro. Al mediodía comieron empanada de venado con hidromiel, igual que los demás. Los proscritos aparecieron a la hora de la comida como por arte de magia. En un momento determinado no había nadie en el borde del claro, y un instante más tarde una docena aparecía silenciosamente, hombres tostados por el sol y casi todos vestidos de verde, que se deslizaron entre las zarzas o los árboles.

Al final eran aproximadamente un centenar, que comían y charlaban gozosos. No eran proscritos por haber cometido un crimen o delito similar, sino por ser sajones que se habían rebelado contra la conquista de Uther Pendragon, negándose a aceptar a un rey extranjero. Los bosques salvajes

de Inglaterra estaban llenos de ellos. Eran como los soldados de la resistencia, en las ocupaciones de las últimas guerras.

Los proscritos colocaban por lo general un centinela para recibir los mensajes que les llegaban por encima de las copas de los árboles, y solían dormir por la tarde, ya que buena parte de su caza debían hacerla cuando la mayoría de la gente estaba durmiendo, y también porque los animales salvajes suelen echar una siesta por las tardes, por lo que ellos aprovechaban para hacer lo mismo. Esa tarde, sin embargo, Robín llamó a los chicos para celebrar un consejo con ellos.

-Es mejor que os enteréis de lo que vamos a hacer -manifestó-. Mi banda, de un centenar de hombres, os acompañará hasta el castillo de la reina Morgana, dividiéndose en varios grupos. Vosotros dos iréis en el grupo de Mariana. Cuando lleguemos a una encina que fue desgajada por un rayo el año de la gran tormenta, nos hallaremos a una milla de la guarida del Grifo. Podemos reunimos todos allí; a partir de entonces tendremos que avanzar como sombras. Es necesario que dejemos atrás al Grifo sin que dé la alarma. Si lo hacemos así, y todo va bien, nos detendremos a unas cuatrocientas yardas del castillo. Nosotros no podemos acercarnos más, debido al hierro de la cabeza de nuestras flechas. Desde ese momento continuaréis vosotros solos.

»Y ahora, Kay y Verruga, voy a explicaros lo del hierro. Si nuestros amigos han sido realmente capturados por… por el Buen Pueblo, y si la hada Morgana es realmente la reina de esos seres, en tal caso tenemos una ventaja a nuestro favor. Ninguno de los que componen el Buen Pueblo puede soportar la proximidad del hierro. La razón de ello es que los Más Antiguos se originaron en los días del pedernal, antes de que el hierro hubiera sido creado, y todas sus dificultades se debieron al nuevo metal. Las gentes que los conquistaron tenían espadas de acero (que es mejor aún que el hierro), y de este modo lograron empujar a los Más Antiguos a sus refugios subterráneos.

»Ese es también el motivo de que debamos mantenernos alejados esta noche: no debemos hacerles sentirse incómodos. Pero vosotros dos, con una navaja cerrada y oculta en un puño, estaréis a salvo de la reina, mientras no dejéis caer el objeto. Un par de navajitas no se notarán, mientras no las enseñéis. Lo único que tenéis que hacer es avanzar el último trecho aferrando bien las navajas, entrar en el castillo y abriros camino hasta la celda donde deben de hallarse los prisioneros. En cuanto éstos se vean protegidos por vuestro metal, podrán salir con vosotros. ¿Lo habéis comprendido, Kay y Verruga?

-Sí, lo hemos entendido perfectamente -repusieron los dos muchachos.

-Hay una cosa más. Si lo más importante es que guardéis bien vuestras navajas, no es menos necesario que no comáis. Todo aquel que come dentro de una fortaleza como ésa, debe permanecer allí para siempre, de modo que, por todos los cielos, no comáis absolutamente nada dentro del castillo, por muy tentador que os parezca. ¿Lo recordaréis?

-Lo tendremos en cuenta.

Después de esta conferencia, Robín se alejó para dar las órdenes a sus hombres. Les dirigió un largo discurso, habiéndoles del Grifo y de lo que los chicos tenían que hacer.

Cuando Robín hubo terminado la alocución, que fue escuchada por su gente en completo silencio, ocurrió una cosa singular: el proscrito comenzó el discurso de nuevo, y lo repitió palabra por palabra. Al terminarlo por segunda vez, manifestó:

-Ahora, capitanes.

Y el centenar de hombres se dividió en grupos de veinte, que se encaminaron a diferentes partes del claro, agrupados en torno a Mariana, el Pequeño Juan, Much, Scarlett y Robín. Desde cada uno de los grupos se alzó un fuerte murmullo que se elevó hasta el cielo.

-¿Qué demonios están haciendo? -inquirió Kay.

-Escucha -dijo Verruga.

Estaban repitiendo el discurso, palabra por palabra. Seguramente ninguno de ellos sabía leer y escribir, pero habían aprendido a escuchar y a recordar. Esa era la forma en que Robín se ponía en contacto con los batidores nocturnos, haciéndoles repetir de memoria lo que debían hacer.

Cuando los hombres hubieron repetido las instrucciones, se procedió a la distribución de las flechas de guerra, a razón de una docena por cada proscrito. Estas flechas tenían la cabeza más grande, estaban afiladas como hojas de navaja, y poseían numerosas guías de plumas. Se realizó una inspección de arcos, y dos o tres hombres tuvieron que cambiar las cuerdas. Después de esto se hizo un profundo silencio.

-¡Ahora! -exclamó Robín alegremente.

Agitó un brazo, sus hombres, sonrientes, alzaron los arcos a modo de saludo. Luego siguió un leve rumor, algún crujido, el chasquear de alguna inclinada rama, y el claro del gigantesco tilo quedó tan vacío como lo estuviera antes de los días del primer hombre.

La marcha fue larga. Los claros artificiales que conducían al tilo desde los cuatro puntos, en forma de cruz, terminaron al cabo de media hora de camino. Después los proscritos tuvieron que avanzar por la selva virgen lo mejor que pudieron. Habría resultado más fácil si hubiesen podido abrirse paso cortando la maleza, pero se veían obligados a moverse en silencio. Mariana enseñó a los chicos a desplazarse desde un lugar a otro, a detenerse inmediatamente, en cuanto una zarza les apresaba, y a librarse con rapidez. También les indicó cómo podían reconocer de un solo vistazo el lugar que tenía mejor acceso, y la forma de caminar llevando una especie de compás, que les facilitaba los movimientos a pesar de los obstáculos. Aunque había un centenar de hombres rodeándoles y dirigiéndose hacia el mismo sitio, Verruga y Kay no escuchaban más ruidos que los que ellos mismos hacían.

Los muchachos sintiéronse un poco disgustados al ver que habían sido puestos bajo el mando de una mujer. Hubiesen preferido ir con Robín, y pensaron que ir con Mariana era como ser confiados a una institutriz. Pero no tardaron en advertir su error. Ella se había opuesto a que los niños tomaran parte en la misión, pero una vez decidida, los aceptó como compañeros. Y no era fácil acompañar a Mariana. En primer lugar, resultaba imposible mantenerse a tono con su marcha, pues era capaz de

moverse a cuatro manos e incluso de reptar como una serpiente, haciéndolo casi tan rápido como cuando andaba. Por otra parte, era un soldado aguerrido, lo cual no era el caso de los dos chicos.

Mariana era un luchador completo, si se exceptúa su largo cabello -que la mayor parte de los proscritos solían llevar muy corto-. Uno de los consejos que les dio antes de emprender la marcha, era éste: «Apuntad alto cuando arrojéis la flecha en el combate, en vez de hacerlo bajo. Una flecha baja da siempre en el suelo, mientras que la alta puede matar a un enemigo en las filas de atrás.»

«Si es que tengo que casarme algún día -pensó Verruga, que tenía sus dudas al respecto-, lo haré con una chica como ésta, una especie de rubia feroz.»

Pero además, y aunque los muchachos no lo sabían, Mariana era capaz de ulular como un búho, soplando en el puño cerrado; podía silbar ensordecedoramente entre la lengua y los dientes colocando los dedos en las comisuras de la boca; era capaz de atraer a toda clase de pájaros imitando sus cantos -también entendía mucho de su lenguaje, como cuando se comunican la presencia de un halcón-; podía acertar al papagayo dos veces de cada tres que lo hacía Robín, y hasta tenía fuerza para volcar una carreta. Pero ninguna de esas hazañas era necesaria, por el momento.

El crepúsculo se presentó con abundante neblina -era la primera niebla otoñal, y en la creciente penumbra las dispersas familias de búhos y lechuzas comenzaron a llamarse entre sí, los más jóvenes con un agudo «kiivik», y los viejos con el más apropiado «juuruu», «juuruu»-. Al tiempo que las zarzas y obstáculos iban haciéndose más difíciles de ver, resultaba más fácil orientarse. Sí, era extraño, pero en medio del profundo silencio, Verruga notó que se le hacía más fácil avanzar, y no al revés, como había creído. Al quedar reducido al tacto y al oído, advirtió que esos sentidos le ayudaban más, y así avanzó con rapidez y en silencio.

Eran ya cerca de las nueve de la noche, y habían recorrido al menos siete millas por lo más intrincado del bosque, cuando Mariana tocó a Kay en la espalda y señaló hacia una azulina oscuridad. Ahora podían ver en tinieblas mucho mejor de lo que podían hacerlo las gentes de la ciudad; allí, delante de ellos, descubrieron la carcomida encina. Sin decir una sola palabra, como pensando al unísono, decidieron congregarse todos allí. Los que habían llegado anteriormente apenas si fueron capaces de oír a los que se aproximaban.

Pero un hombre inmóvil tiene varias ventajas sobre el que se halla en movimiento, y cuando alcanzaron las proximidades de la raíz del viejo árbol, unas manos amistosas les golpearon la espalda y les guiaron hasta sus sitios. Las raíces de la encina estaban cubiertas de proscritos que se sentaban encima. Eran como los miembros de una bandada de estorninos o de cornejas. En el silencio de la noche un centenar de hombres respiraban en torno a Verruga, como la corriente de nuestra propia sangre, que alcanzamos a oír cuando estamos escribiendo o leyendo a altas horas de la noche.

Por fin Verruga advirtió que unos grillos emitían sus agudas notas, a veces tan altas que resultaban casi inaudibles, como el grito del

murciélago. Entonces el chico notó que Mariana lanzaba tres chirridos idénticos por ella, por Verruga y por Kay. Cada uno de los proscritos hizo otro tanto, oyéndose un centenar de chirridos. Todos los proscritos se hallaban presentes, y era hora de avanzar.

Escuchóse un rumor, como si el viento hubiese agitado las últimas hojas de la vieja encina, que contaba novecientos años. Luego una lechuza ululó suavemente, chilló un ratón de campo, golpeteó en el suelo un conejo, un zorro ladró agudamente, y un murciélago chirrió por encima de sus cabezas. Las hojas crujieron una vez más, y por fin Lady Mariana, que había imitado el golpetear del conejo, se vio rodeada por su banda de veintidós personas.

Verruga notó que los hombres que estaban a ambos lados de él le cogían por las manos, para formar todos un círculo, y advirtió que el canto de los grillos había comenzado de nuevo. Iba recorriendo el círculo hacia él, y cuando resonó la más próxima nota, el hombre de la derecha le apretó la mano. Verruga chirrió, e inmediatamente lo hizo el hombre de la izquierda. Había veintidós grillos preparados, cuando Mariana decidió comenzar la última marcha, en medio del silencio.

Aquella marcha pudo ser una pesadilla, pero a Verruga le pareció un milagro. De pronto se notó henchido con la exaltación de la noche, y sintióse como sin cuerpo, silencioso, transportado. Se creía capaz de acercarse a un conejo comiendo, y de cogerle de las orejas, antes de que el animal se diera cuenta de su presencia. Notaba como si pudiera correr entre las piernas de los hombres que iban a su lado, o quitarles las brillantes dagas, mientras avanzaban, sin que ellos lo advirtieran. El silencio de la noche era como un vino que caldeaba su sangre. Realmente era muy pequeño y joven, y ello le permitía desplazarse tan sigilosamente como los demás guerreros. Su edad y su peso compensaban la sabiduría del bosque que tenían aquellos hombres.

Era una marcha fácil, si no se tenía en cuenta el peligro que corrían. La maleza comenzó a clarear, ya que raramente crece en los terrenos pantanosos, y ello les permitió caminar tres veces más rápido. Iban como en un sueño, guiados a veces por el ulular de una lechuza o el chillido de un murciélago. Algunos avanzaban con temor, otros llenos de espíritu vengativo por los compañeros desaparecidos, otros, casi ajenos a toda sensación.

Llevaban andando veinte minutos, cuando Lady Mariana se detuvo y señaló hacia la izquierda.

Ninguno de los dos chicos había leído el libro de sir John Mandeville, de modo que no sabían que un Grifo es ocho veces más corpulento que un león. Ahora, al mirar hacia la izquierda, en medio del silencioso fulgor de la noche, vieron recortarse contra el firmamento y contra las estrellas algo cuya existencia nunca hubieran creído posible. Era un joven Grifo macho que echaba sus primeras plumas.

La parte anterior del animal, incluyendo las patas delanteras y el lomo, eran los de un enorme halcón. El pico persa, las amplias alas en las que la primera pluma primaria era la más larga, así como las poderosas garras, eran las de aquella ave; pero, como había observado Mandeville, era de un tamaño ocho veces mayor que el de un león. A partir del lomo se producía

un cambio. De haber sido un halcón corriente, o un águila, se habría contentado con las doce plumas de la cola, pero *Falco leonis serpentis* presentaba un cuerpo leonino y patas traseras como las de la bestia africana, el cual concluía en una serpiente por la cola. Los chicos lo vieron, con sus veinticuatro pies de altura, bajo la misteriosa luz de la luna, y con la soñolienta cabeza reclinada sobre el pecho, de modo que el maligno pico reposaba sobre las plumas del pecho. Un auténtico Grifo era más asombroso de ver que un centenar de cóndores. Los dos muchachos retuvieron el aliento mientras se deslizaban sigilosamente, procurando sepultar la aterradora imagen en un rincón de su recuerdo.

Por fin se encontraron cerca del castillo, y llegó el momento en que los proscritos tuvieron que detenerse. El capitán oprimió con sigilo las manos de Kay y Verruga, y los dos avanzaron por entre la maleza, que era cada vez menos densa, hacia el tenue fulgor que brillaba más allá de los árboles.

No tardaron en hallarse ante un extenso claro, más bien una llanura. Lo que vieron entonces les hizo quedar inmóviles de sorpresa. Se trataba de un castillo hecho totalmente de comida, exceptuando lo que coronaba la torre más alta, que era un buitre con una flecha en el pico.

Los Más Antiguos eran unos glotones. Tal vez ello se debiera a que rara vez tenían bastante que comer. Aún hoy puede leerse un poema escrito por uno de ellos, poema que recibe el nombre de Visión de Mac Conglinne. En esta poesía se describen las clases de comida de que estaba hecho el castillo. La parte escrita en inglés del poema dice así:

Un lago de leche fresca admiro
En el centro de una hermosa llanura.
Descubro una mansión bien emplazada
Techada con mantequilla.

Hay dos suaves columnas de caramelo,
Su capitel es de nata cuajada,
Lecho de un glorioso tocino
Y de finas tajadas de queso prensado.

Entre las dulces columnas
Había hombres de requesón,
Hombres que no hirieron al gaélico
Pues con flechas de manteca iban armados.

Un gran caldero lleno de carne
(Pienso si podré hacerme con él),
Hervida, jugosa, sonrosada,
Y una jarra rebosante de leche

Casa de tocino de cuarenta costillas,
Un cazo de callos -sostén de los clanes-
Y todo manjar grato a los hombres,
Estaban según creo allí reunidos.

De menudos de cerdo estaban hechas
Sus hermosas vigas;
Columnas y pilares eran todos,
De maravilloso puerco.

Los dos muchachos quedaron inmóviles, asombrados, maravillados y ante semejante fortaleza, que se alzaba en medio de un lago de leche con un brillo místico y propio, un fulgor graso y mantecoso. Ese era el aspecto de Castle Chariot, que los Más Antiguos pensaron que sería tentador para los niños. Y realmente la fortaleza era una invitación para ciertos paladares.

El lugar olía como una tienda de comestibles, una carnicería, una mantequería y una pastelería, todo a la vez. Pero a Verruga y a Kay el olor les resultaba insoportable, repugnante -era dulzón, pegajoso y penetrante-, de modo que no sentían el menor deseo de comer nada. La verdadera tentación para ellos, era más bien la de salir corriendo de allí.

Sin embargo, ya estaban obsesionados por la idea de su deber, y debían llevar a cabo el rescate.

Avanzaron por el hediondo puente levadizo -de mantequilla, con pelos de vaca aún adheridos a ella- hundiéndose hasta los tobillos. Se estremecieron a la vista de los callos y los menudos de cerdo. Entonces apuntaron con sus navajas de hierro hacia los soldados, que eran de queso cremoso, blando y dulce, y éstos se retiraron.

Por fin llegaron a una cámara interior, donde Morgana le Fay yacía tendida sobre su glorioso lecho de manteca de cerdo.

Morgana era una mujer gruesa y desaliñada, de edad madura, pelo moreno y con un poco de bozo. Pero ella, al menos, estaba hecha de carne humana. Cuando vio las navajas mantuvo los ojos cerrados, como si se hallase en trance. Tal vez, cuando estuviera fuera de aquel extraño castillo, y no hiciera conjuros para estimular el apetito ajeno, fuera capaz de asumir una figura más agradable.

Los prisioneros se hallaban sujetos a unos pilares de maravillosas chuletas de puerco.

-Sentimos molestaros -dijo Kay-, pero hemos venido a rescatar a nuestros amigos.

La reina Morgana se estremeció.

-¿Queréis decir a vuestros súbditos de queso que los pongan en libertad? -agregó Kay.

Ella no quería hacerlo, evidentemente.

-Esto es cosa de magia -dijo Verruga-. ¿Crees que debemos acercarnos a ella y besarla, o algo así de horroroso?

-Quizá bastará con que la toquemos un poco con las navajas.

-Hazlo, tú.

-No, tú.

-Lo haremos los dos.

Así pues, los dos chicos se dieron la mano y se acercaron a la reina. Esta comenzó a retorcerse sobre su lecho de manteca de cerdo como si fuera una babosa. El metal le producía angustias de muerte.

Por último, y en el momento en que llegaban junto a ella, oyóse un profundo retumbar y la sobrenatural apariencia del Castillo Chariot se vino abajo, quedando sólo cinco personas y el perro en el claro del bosque, que aún olía un poco a leche rancia.

-¡Dios sea loado! -dijo el fraile Tuck-. Pensé que ya estábamos sentenciados.

-¡Mis amos! -dijo el perrero.

Cavall se contentó con ladrar alegremente, mordiéndoles los pies a los muchachos, echándose de espaldas, tratando de menear la cola en aquella incómoda posición, y en general comportándose como un idiota. El viejo Wat sólo se tocó el flequillo.

-Bueno -dijo Kay-, ésta ha sido mi aventura, y debemos volver a casa rápidamente.



CAPITULO XII

Pero si bien Morgana le Fay no podía soportar la presencia del hierro, aún tenía a su disposición al Grifo, al cual había liberado de su cadena de oro, por medio de un encantamiento, cuando el castillo desapareció.

Los proscritos se mostraron complacidos con aquel éxito, y obraron con menos precauciones de las que debían haber tenido. Decidieron dar un breve rodeo por el lugar donde habían visto atado al monstruo, y a tal fin iniciaron la marcha entre los oscuros árboles, sin pensar remotamente en el peligro que corrían.

Oyóse un ruido similar al de un silbato de tren que comienza a tocar, y en respuesta a él, Robín de los Bosques hizo sonar su cuerno de plata.

«Tuun, ton, tontavon, tantontavon, tontantontavon», hizo el cuerno. «Muut, truut, tururú, trutururú. Trut, tut. Tran, tran, tran, tran», contestaron en seguida.

Mientras Robín procedía a interpretar su música de caza, los emboscados arqueros se desplegaron en círculo. El Grifo cargó entonces. Los hombres adelantaron el pie izquierdo, todos al mismo tiempo, y lanzaron tal cantidad de flechas que parecía una nevada. Verruga vio que el monstruo vacilaba sobre sus patas traseras, con una flecha de una yarda sobresaliendo entre las paletillas. El chico vio su propia flecha salir volando bien alto, y con ansiedad extrajo otra de su cinturón. Observó las filas de sus compañeros arqueros moverse como bajo una señal establecida, y detenerse luego para colocar una segunda flecha. Oyó el vibrar de las cuerdas de los arcos, de nuevo, y el susurro de las plumas al cortar el aire. Luego la falange de flechas surgió como un parpadeo de plata a la luz de la luna. Verruga, que hasta entonces había oído solamente el percutir en los blancos de paja, que hacían «futt», ahora ansiaba escuchar el ruido que los limpios y mortíferos proyectiles causaban al dar en la carne.

Pero la piel del Grifo parecía ser tan dura como la de un cocodrilo, y aun las mejores flechas cayeron al suelo, sin lograr su objetivo. El Grifo inició un nuevo ataque, barriendo a los hombres a derecha e izquierda con el azotar de su cola.

Verruga colocó una flecha más en su arco. Todo parecía desarrollarse con gran lentitud.

Vio el enorme y oscuro cuerpo acercándose bajo el fulgor de la luna. Sintió la garra que le dio en le pecho. Se vio haciendo movimientos desesperados, al notar el enorme peso sobre su cuerpo. Observó entonces el rostro de Kay, lleno de excitación, en algún lugar que no supo precisar, y el de Lady Mariana, con la boca abierta, lanzando un grito. Antes de hundirse en la oscuridad, Verruga tuvo la sensación de que le estaba gritando a él.

Le retiraron de debajo del Grifo muerto, que tenía clavada en un ojo la flecha de Kay. El monstruo había fenecido en el instante de dar el salto.

Entonces se sucedieron unos momentos durante los cuales Verruga sintióse enfermo. Robín le preparó una hamaca con correas y con su jubón, y después toda la banda echóse a dormir, muertos de cansancio, en torno al muchacho. Ya era demasiado tarde para regresar al castillo de sir Héctor e incluso al campamento de los proscritos, al pie del gran árbol. Los peligros de la expedición habían concluido, y lo único que esa noche les quedaba por hacer, era preparar unas hogueras, colocar una discreta guardia y echarse a dormir donde estaban.

Verruga no durmió mucho. Optó por sentarse contra el tronco del árbol, observando a los rojizos centinelas que paseaban junto a la fogata, escuchando sus calladas contraseñas y pensando en las aventuras del día. Una y otra vez repasaba los acontecimientos, sin orden alguno. Luego vio saltar al Grifo, oyó el grito de Mariana «¡Buen disparo!», le pareció escuchar el zumbido de las abejas mezclado con el de los grillos, y vio disparar centenares de flechazos que iban a dar en papagayos que se convertían en Grifos. Kay y el liberado perrero dormían al lado de Verruga, con ese aspecto ajeno e incomprensible que tienen los que duermen, mientras que Cavall, tendido al otro lado, le lamía de vez en cuando las tibias mejillas. El alba llegó despacio, tan lenta y pausadamente que resultaba imposible determinar en verdad cuándo había amanecido como suele ocurrir en los meses de verano.

-Bien -dijo Robín, cuando todos se hubieron despertado, y después de tomar el desayuno consistente en pan y venado frío, que habían llevado con ellos-, será conveniente que os marchéis cuanto antes; de otro modo, puede que sir Héctor envíe una expedición contra mí, para haceros regresar. Gracias por vuestra ayuda. ¿Puedo ofreceros algo, como recompensa?

-Ha sido una aventura maravillosa -repuso Kay-. ¿Podría llevarme conmigo el Grifo?

-Creo que te será muy difícil arrastrarlo. ¿Por qué no pruebas a llevarte sólo la cabeza?

-Con eso bastará -manifestó Kay-. No creo que nadie se oponga a que me la lleve. Era mi Grifo.

-¿Qué pensáis hacer con el viejo Wat? -preguntó a continuación Verruga.

-Depende de lo que él diga. Quizá desee seguir corriendo en libertad y comiendo bellotas, como solía hacer, o tal vez prefiera unirse a nuestra banda, en cuyo caso le aceptaremos con gusto. Huyó de vuestro poblado, de modo que no creo que le guste volver allí. ¿Qué piensas tú?

-Si vais a hacerme un regalo -dijo Verruga-, me gustaría que fuera el viejo Wat. ¿Creéis que eso estaría bien?

-A decir verdad -contestó Robín-, no creo que sea correcto. No me parece acertado entregar personas como regalos. Quizá esas personas no se muestren conformes. Así es como pensamos nosotros, los sajones. Y dime, ¿qué harías con él?

-No pienso retenerle, ni nada por el estilo. Lo que ocurre es que tenemos un preceptor que es mago, y pensé que tal vez él pudiera devolverle el juicio.

-Eso está bien. Eres un buen chico -declaró Robín- y puedes llevártelo. Perdona que me hubiera equivocado. Pero al menos le preguntaremos si quiere ir con vosotros.

Cuando alguien fue a buscar a Wat, Robín dijo a Verruga:

-Será mejor que le hables tú mismo.

Trajeron al pobre anciano, sonriente, desconcertado, tímido y muy sucio, y Robín agregó:

-Adelante.

Verruga no sabía muy bien cómo empezar, y manifestó:

-Digo yo, Wat, ¿te gustaría venir a mi casa por un tiempo?

-Aananana Barrabaabáá -dijo Wat, acariciándose el flequillo, sonriendo, inclinándose suavemente y agitando los brazos en distintas direcciones.

-¿Quieres venir conmigo?

-Banabana Banabana.

-¿A comer, eh?

-¡Rrr! -aseguró el pobre hombre, afirmativamente, y sus ojos relucieron llenos de contento, ante la perspectiva de poder comer algo.

-Hacia allí -dijo Verruga, señalando en la dirección que por el sol sabía que era la del castillo de su tutor-. Ven conmigo, a comer. Yo te llevo.

-Amo -dijo Wat de pronto, recordando una palabra, la que dijera siempre a las buenas gentes que le ofrecían alimento. Se había decidido, al fin.

-Ha sido una hermosa aventura -declaró Robín-, y lamento que os marchéis. Espero volver a veros.

-Volved cuando queráis -añadió Mariana-; cuando estéis aburridos. No tenéis más que seguir los claros. Y tú, Verruga, ten cuidado por unos días con tu clavícula.

-Enviaré algunos hombres para que os acompañen hasta el fin del bosque -dijo Robín-. Luego ya os será fácil continuar el camino. Espero que el perrero podrá llevar sin grandes dificultades la cabeza del Grifo.

-Adiós -dijo Kay.

-Adiós -respondió Robín.

-Adiós -dijo Verruga.

-Adiós -contestó Mariana, sonriendo.

-Adiós, adiós -exclamaron todos los proscritos, agitando sus arcos en el aire.

Entonces Kay, Verruga, el perrero, Wat y Cavall, acompañados de su escolta, emprendieron el largo camino de regreso.

La acogida fue apoteósica. La llegada de los sabuesos solos el día anterior, sin el perrero ni Cavall, así como la falta de Kay y Verruga, que se observó al anochecer, tuvo en vilo durante todo ese tiempo a la servidumbre del castillo. La niñera sufrió un ataque de nervios, Hob permaneció media noche buscando por la entrada del bosque, los cocineros quemaron la comida, y el sargento de armas limpió dos veces todas las armaduras, y afiló las espadas y las hoces por si se producía una invasión.

Por último, a alguien se le ocurrió consultar con Merlín, al que encontraron echando su tercera siesta. El mago, para lograr un poco de paz y de tranquilidad, había contado a sir Héctor justamente lo que los muchachos estaban haciendo, dónde se hallaban y cuándo iban a volver. Pronosticó el regreso con exactitud matemática.

Así pues, cuando el pequeño grupo de guerreros novicios llegó a la vista del puente levadizo, recibieron la cariñosa acogida de toda la servidumbre. Sir Héctor se hallaba en el centro del puente con un grueso bastón en la mano con el que se proponía apalearles por haberle causado tanta zozobra. La niñera insistió en empuñar una bandera que solía izarse cuando sir Héctor regresaba de sus vacaciones, cuando era mozo, y que decía «Bienvenido a casa». Hob se había olvidado de sus queridos halcones y se hallaba de pie, a un lado, cubriéndose los ojos con una mano, a modo de visera, para ver mejor. Los cocineros y demás personal de la cocina aporreaban peroles y cazos, mientras cantaban «Volverás al hogar», o una tonada parecida, aunque lo hacían muy desafinados. El gato de la cocina maullaba desaforadamente. Los sabuesos habían escapado de la perrera, porque no tenían a nadie que les cuidara, y se dispusieron a dar caza al gato. El sargento de armas sacaba tanto el pecho, por la satisfacción que sentía, que daba la impresión de ir a estallar de un momento a otro. Había ordenado a todo el mundo que dieran los vítores cuando contase hasta tres.

-¡Una, dos y tres! -exclamó el sargento.

-¡Vivaaa! -gritaron todos, obedientemente, incluyendo a sir Héctor.

-Mirad lo que traigo -manifestó Kay-. He dado muerte a un Grifo y Verruga viene herido.

-¡Guau-guau! -ladraron los sabuesos, que se precipitaron sobre el perrero lamiéndole el rostro, arañándole el pecho y olfateándole por todas partes para ver dónde había estado, al tiempo que miraban esperanzados la cabeza del Grifo, que el chico de los perros mantenía en alto para que éstos no se la comiesen.

-¡Bendita sea mi alma! -exclamó sir Héctor.

-¡Cielos, mi pobre gorrioncillo! -gritó la niñera, dejando caer la bandera que empuñaba-. ¡Mirad cómo trae el brazo en cabestrillo! ¡Dios nos asista!

-Me encuentro bien -repuso Verruga-. No me apretéis así. Me estáis haciendo daño.

-Que me aspen si ese viejo no es nuestro Wat -dijo Hob-, el mismo que se volvió loco y salió huyendo.

-Mis queridos, mis queridísimos pequeños -manifestó sir Héctor-. No sabéis cuánto me alegra volver a veros.

-Bueno -dijo la institutriz-, ¿en qué ha quedado la zurra que pensabais darles, eh?

-¡Ejem! -carraspeó sir Héctor-. ¿Cómo habéis osado marcharos de casa, causándonos semejante inquietud?

-Es un Grifo de verdad -insistió Kay, sabiendo que no tenía nada que temer-. Maté varias docenas como éste. Verruga se rompió una clavícula, y logramos rescatar al perrero y a Wat.

-Eso fue posible porque enseñamos a los jóvenes amos a usar bien el arco -terció el sargento de armas, lleno de orgullo.

Sir Héctor besó afectuosamente a los dos chicos, y ordenó que el Grifo fuera exhibido delante de ellos.

-¡Qué monstruo! -dijo al fin el anciano-. Lo disecaremos y lo colocaremos en el comedor. ¿Cuánto decís que mide?

-Dieciocho pulgadas de oreja a oreja. Robín asegura que puede ser una nueva marca.

-Haremos que conste en las crónicas.

-Es un buen ejemplar, ¿verdad? -dijo Kay, con estudiada calma.

-Lo haremos disecar por sir Rowland Ward -prosiguió sir Héctor, lleno de contento-, con la inscripción «El primer Grifo de Kay», escrito en negro sobre una placa de marfil, y la fecha.

-No aturdáis a los muchachos -manifestó la niñera-. Ahora, amo Art, pichón mío, os iréis a la cama al momento. Y vos, sir Héctor, deberíais avergonzaros de seguir hablando de cabezas disecadas de monstruos, cuando los pobres niños han estado al borde de la muerte. A ver, sargento, deje de jadearme sobre el cuello, y vaya a caballo hasta Cardoyle, en busca del cirujano.

Agitó la mujer el delantal hacia el sargento, el cual dejó que se le hundiera el pecho y se retiró como una gallina mojada.

-Os digo que me encuentro perfectamente -aseguró Verruga-. Es sólo una clavícula rota, y Robín me la arregló anoche. No me duele nada.

-Dejad en paz a los chicos, niñera -ordenó sir Héctor, poniéndose de parte de los hombres, en contra de las mujeres, y deseando hacer patente su superioridad después del asunto de la zurra-. Merlín se ocupará de eso, si es necesario. A propósito, ¿quién es Robín?

-¡Robín de los Bosques! -exclamaron al unísono los dos chiquillos.

-Nunca oí hablar de él.

-Soléis llamarle Robín Hood -explicó Kay, con tono de superioridad-, pero en realidad es Robín de los Bosques, pues los bosques son su elemento.

-Vaya, vaya, vaya, de modo que habéis estado comiendo con ese personaje... Pero vamos a desayunar, y entonces me lo contaréis todo.

-Ya hemos desayunado -repuso Verruga-, y hace varias horas. ¿Puedo llevar a Wat conmigo, para que lo vea Merlín?

-Ah, parece que es el anciano que se volvió loco y huyó al bosque, ¿Dónde le habéis hallado?

-El Buen Pueblo le capturó junto con el perrero y con Cavall -contestó Verruga.

-Pero acabamos con el Grifo -añadió Kay-. Yo lo maté.

-Y ahora quiero ir a ver a Merlín, para que devuelva el juicio a Wat -dijo Verruga.

-Amo Art -terció severamente la niñera, que permanecía sin hablar después de la firme respuesta de sir Héctor-, vuestra habitación y vuestro lecho son el lugar donde debéis estar, y en seguida. No en vano he servido a la familia durante cincuenta años, y sé bien cuál es mi obligación. Vamos, ¡pensar en curar a un chiflado, cuando el brazo casi se os cae al suelo...!

Y volviéndose irritada hacia sir Héctor, la niñera añadió:

-Sí, vieja cabeza de chorlito, mejor haréis manteniendo a ese mago alejado de los pobres niños, hasta que hayan descansado debidamente. Un botín de monstruos y de lunáticos -agregó la vieja, destempladamente-. Nunca oí nada semejante.

Y mientras llevaba a su indefenso cautivo hacia la cama, éste gritó sobre el hombro, con voz que se alejaba cada vez más:

-¡Por favor, decir a Merlín que cuide de Wat!

Verruga despertóse en su lecho, sintiéndose mejor. La enérgica anciana que le cuidaba había corrido las cortinas, y la estancia se hallaba en una grata y fresca penumbra. Por un rayo de sol que se filtraba entre el cortinaje, el pequeño pudo deducir que era pasada ya la tarde. En realidad se sentía ahora tan bien que se le hacía difícil quedarse en el lecho. Con un movimiento violento trató de echar hacia atrás las sábanas, pero un fuerte dolor en el hombro, que había olvidado mientras dormía, le detuvo en seco. Luego continuó con más cuidado y se deslizó fuera de la cama, introdujo los pies en unas chancletas y se las arregló para colocarse encima una bata. A continuación se encaminó hacia la torre donde vivía Merlín, y ascendió por la escalera de caracol.

Cuando llegó a la estancia, Verruga advirtió que Kay seguía recibiendo la educación de primera clase a que se refiriera sir Héctor. Le estaban dictando, ya que cuando Verruga abrió la puerta oyó que Merlín pronunciaba con tono mesurado una famosa sentencia medieval:

-*Barabara Celarent Darii Ferioque Prioris.*

-Un momento -repuso Kay-, la pluma se me ha atascado-. Te la vas a ganar -agregó después, cuando vio entrar a Verruga-. Todos te creen en la cama, con gangrena o algo así.

-Merlín -dijo Verruga-. ¿Qué habéis hecho con Wat?

El anciano, evidentemente, estaba contento con la forma en que se desenvolvía su discípulo Kay, pues dijo gozoso:

-Adelante, jovencito. ¿Qué me has preguntado?

-Bien lo sabéis -repuso Verruga-. ¿Qué hicisteis con el viejo desnarigado?

-Ya está curado -declaró Kay.

-Bueno, podría decirse que lo está, y también que no lo está -declaró Merlín-. Claro que cuando se ha vivido tanto tiempo en el mundo como yo, y además al revés, uno llega a aprender algo de patología. Me temo que las maravillas de la psicología analítica y de la cirugía plástica sean como un libro cerrado para esta generación.

-¿Qué le habéis hecho?

-Bah, sólo le he psicoanalizado -contestó con displicencia el mago-. Además de eso, a los dos desnarigados les he puesto una nueva nariz.

-¿Qué clase de nariz? -preguntó Verruga,

-Es curioso, pero querían por nariz el pico del Grifo, pero yo no se lo dejé -dijo Kay-. Entonces pidieron la nariz de los lechones que tenemos para la cena, y así se hizo. Yo creo que ahora van a gruñir, en vez de hablar.

-Una operación engorrosa -aseguró Merlín-, pero se ha visto coronada por el éxito.

-Bueno -contestó Verruga, con tono de duda-, espero que haya salido bien. ¿Qué han hecho después?

Se fueron a las perreras. El viejo Wat está muy pesaroso por lo que hizo al chico de los sabuesos, pero asegura que no recuerda bien de qué modo llegó a hacerlo. Dice que de pronto todo se le volvió negro, cuando le empezaron a tirar piedras, y que no puede recordar nada más. El muchacho de los perros le ha perdonado, y asegura que no le importa la pérdida. Van a trabajar juntos en las perreras, de ahora en adelante, sin pensar en el pasado. El chico de los sabuesos afirma que el viejo fue muy bueno con él mientras estuvieron presos de la reina Morgana. Se lamenta de haber lanzado piedras contra él, en primer lugar.

-Bueno -afirmó Verruga-, me alegro de que todo haya salido bien. ¿Creéis que debo ir a visitarlos?

-No, por Dios; no hagáis nada que pueda irritar a vuestra niñera -repuso Merlín, mirando angustiado a su alrededor-; esa vieja me dio con una escoba cuando fui a verte esta tarde, y me rompió las gafas. ¿No podrías esperar hasta mañana?

Al día siguiente, Wat y el perrero eran los mejores amigos del mundo. Su experiencia en común, al ser apedreados por los demás, y al ser atados a las columnas de menudos de cerdo del hada Morgana, había creado entre ellos un estrecho vínculo, y ambos decidieron seguir durmiendo para siempre entre los canes. También al llegar la mañana siguiente se quitaron las narices que les había puesto Merlín, aclarando que se habían acostumbrado a estar sin nariz, y que preferían vivir con los perros.

CAPITULO XIII

A pesar de sus protestas, el desdichado paciente fue recluido bajo llave en su habitación durante tres interminables días. Se hallaba siempre solo menos a la hora de dormir, en que llegaba Kay. En cuanto a Merlín, se veía obligado a darle sus enseñanzas a través del agujero de la cerradura, en el momento en que sabía que la enérgica niñera estaba ocupada lavando la ropa.

La única distracción del chiquillo era observar los nidos de hormiga, que habitualmente tenía Merlín en su cabaña, entre dos placas de vidrio, y que se había traído con él al castillo.

-¿No podríais transformarme en algo, mientras estoy encerrado aquí dentro? -inquirió Verruga desde el otro lado de la puerta, con tono compungido.

-Los conjuros no son válidos a través del ojo de una cerradura.

-¿Cómo decís?

-¡Que no valen de esta forma!

-Ah.

-¿Sigues ahí?

-Sí.

-¿Qué?

-¿Cómo?

-Se arma uno un lío, hablando así -exclamó el mago, mientras lanzaba al suelo su capirote-. ¡Cástor y Pólux, llevadme a…! No, otra vez no. Mi pobre presión arterial…

-¿No podéis convertirme en una hormiga?

-¿En una qué?

-¡En una hormiga! Supongo que habrá conjuros pequeños para las hormigas, que podrán hacerse a través del ojo de la cerradura, ¿no es cierto?

-No creo que debiéramos hacerlo.

-¿Por qué?

-Resulta peligroso.

-En todo caso podríais volverme a mi estado actual, si sale mal la cosa. Pero por favor, transformadme en algo, o voy a perder el juicio.

-Ten en cuenta que las hormigas no son normandas, como nosotros, querido niño. Vienen de las playas africanas, y son beligerantes.

-No sé lo que es un beligerante.

Al otro lado de la puerta hubo un denso silencio.

-Bueno -dijo al fin Merlín-, es pronto para explicártelo, pero algún día lo sabrás. Veamos, ahora. ¿Hay dos nidos de hormigas ahí dentro?

-Sí, y dos láminas de vidrio.

-Colócalas en el suelo, entre los nidos, a modo de puente. ¿Lo has hecho ya?

-Sí.

El lugar donde Verruga se hallaba parecía un gran roquedal lleno de peñas, con una fortaleza chata a un extremo del mismo, entre las placas de vidrio. El fortín tenía unas entradas en la roca, y sobre la entrada de cada túnel se veía un letrero en el que podía leerse:

Todo lo que no está prohibido es obligatorio.

Verruga leyó la advertencia con disgusto, si bien no comprendía lo que quería decir. Entonces pensó: «Voy a explorar un poco los alrededores, antes de penetrar ahí». Había algo que no le animaba a entrar, tal vez el aspecto siniestro del túnel.

Movió Verruga sus antenas con todo cuidado, estudiando el letrero, cobrando seguridad con sus nuevos sentidos, plantando sus Patas en aquel mundo de insectos como si fuera a quedarse en él. Se atusó las antenas con las patitas delanteras, del mismo modo que podía hacerlo un villano con sus mostachos. Bostezó ampliamente -pues las hormigas también bostezan, y hasta se estiran, como los seres humanos-, y de pronto le llamó la atención cierto ruido. No sabía a ciencia cierta si era precisamente un rumor, un olor u otra sensación. En realidad podía decirse que se trataba de una emisión inalámbrica de radio. Le llegaba por medio de las antenas.

Era una especie de música de ritmo monótono, como una pulsación, y las palabras que sugerían eran algo así como luna-duna-tuna, y gato-pato-rato. Se dio cuenta de que las palabras no variaban, y que cuando se habían interrumpido un momento, empezaban de nuevo. Después de una hora o dos, las palabrejas comenzaron a enfermarle.

Durante las pausas de aquella tonada, sentía una voz en el interior de la cabeza, que parecía estar dándole órdenes.

-Los individuos de dos días deberán trasladarse al pasillo del Oeste -decían las consignas, por ejemplo-. El número 210397-WD debe presentarse al destacamento de la sopa, reemplazando al 42436-WD, que se ha caído del nido.

Era una voz agradable, aunque un tanto impersonal, como si su tono fuera algo practicado, una especie de faena circense.

El chico, o tal vez debiéramos decir la hormiga, se alejó del fortín en cuanto se vio en condiciones de poder andar. Comenzó a explorar el desierto roquedal notando una sensación incómoda, sin querer dirigirse al lugar de donde le llegaban las órdenes, a pesar de que el panorama que estaba viendo le aburría. Halló algunos pequeños senderos entre las peñas, caminillos que no parecían tener dirección ni objeto, que no sólo llevaban al almacén de granos, sino a otros muchos lugares que él no llegaba a adivinar. Uno de aquellos senderos terminaba en un terrón con un orificio a un lado. Junto al orificio -de nuevo con la extraña sensación de finalidad indefinida- había dos hormigas muertas. Estaban colocadas cuidadosa pero absurdamente, como si un ser minucioso las hubiese llevado hasta allí y luego hubiese olvidado el motivo que había tenido para hacerlo. Los dos insectos aparecían enrollados sobre sí mismos, y no daba la impresión de que lamentaran su estado. Eran igual que dos sillas, que dos objetos.

Mientras Verruga estaba mirando los dos cuerpos sin vida, llegó otra hormiga conduciendo un tercer cadáver.

-¡Ave, Barbaras! -le dijo la recién llegada.

El muchacho contestó Ave, cortésmente.

En cierto aspecto, Verruga era afortunado. Merlín le inculcó el olor de su propio nido, pues de haber ido a olfatear uno que no le correspondiera, le habrían dado muerte inmediatamente.

La hormiga colocó el cadáver distraídamente, y comenzó a arrastrar los otros en diferentes direcciones. No parecía saber dónde tenía que colocarlos. O más bien pudiera decirse que sabía en qué lugar ponerlos, pero no lo recordaba y por eso se armaba un lío. Era como si a un hombre que tiene una taza de té en una mano y un bocadillo en la otra, se le ocurriese encender un cigarrillo. Pero si bien el hombre terminaría por dejar la taza y el bocadillo, antes de encender el cigarrillo, esta hormiga habría dejado el fósforo y agarrado el cigarro, luego dejaría éste para recoger el bocadillo, después hubiese dejado la taza por el cigarro, y por fin habría dejado el bocadillo por el fósforo. El que lograse su objetivo sólo era una cuestión accidental. El insecto tenía mucha paciencia, aunque no pensaba. Cuando hubiera puesto las tres hormigas muertas en diferentes posiciones, tal vez llegase a colocarlas en línea con el nido, lo cual era su propósito.

Verruga observó las maniobras con una sorpresa que iba transformándose en desagrado y al fin en irritación. Sintió ganas de preguntar a su congénere por qué no pensaba las cosas antes de hacerlas, es decir el mismo sentimiento que experimentan ciertas personas cuando ven hacer mal un trabajo. Luego tuvo deseos de hacerle algunas preguntas, como: «¿Eres un sepulturero?», o bien, «¿Eres un esclavo?», o incluso, «¿Te sientes feliz?»

Pero lo extraordinario del caso es que no podía hacer esas preguntas. Para poder hacerlo habría tenido que traducir su razonamiento a un lenguaje de hormigas por medio de sus antenas, y ahora descubría, lleno de desesperación, que no encontraba ciertas palabras para lo que quería decir. No era capaz de expresar lo que significaban la felicidad, la libertad, el afecto. Sentíase como un mudo tratando de gritar «¡Fuego!».

La hormiga terminó de manipular con los cadáveres y se dirigió hacia el sendero, dejando aquéllos en total desorden. Notó que Verruga se hallaba en su camino, por lo que se detuvo, moviendo las antenas hacia él como si fuera un tanque. Con su mudo y amenazador rostro parecido a un yelmo y la especie de espuelas que tenía en las articulaciones de las patas delanteras, parecía un caballero andante montado sobre un caballo armado, o una combinación de ambos, es decir, un centauro con armadura.

-¡Ave, Barbarus! -dijo de nuevo la hormiga.

-¡Ave!

-¿Qué haces ahí?

-No hago nada -repuso Verruga, sinceramente.

El otro insecto se quedó desconcertado por un momento, lo mismo que el lector se quedaría si Einstein le estuviera explicando las últimas novedades sobre el cosmos. Luego extendió las doce articulaciones de sus antenas, y habló al éter más allá de Verruga.

-Atención -dijo-; 105978-UDC informando desde la zona cinco. Hay un individuo loco en este sector. Corto.

La palabra que realmente empleó para decir «loco», fue No Hecho. Más tarde descubrió Verruga que sólo había dos calificativos en el idioma de las hormigas, Hecho y No Hecho, que se aplicaban a todas las cosas. Si las semillas que encontraban los recolectores eran dulces, eran semillas Hechas. Si alguien las había impregnado con sublimado corrosivo, eran semillas No Hechas. Eso era todo.

La emisión cesó por un momento, y luego la voz respondió:

-Cuartel General contestando a 105978-UDC. ¿Cuál es el número del individuo loco?

-¿Cuál es tu número? -preguntó la hormiga a Verruga.

-No tengo la menor idea -repuso éste.

Cuando tal noticia fue transmitida al cuartel general, llegó un mensaje preguntando si podía aclarar la causa de aquel hecho. La hormiga se lo dijo, empleando las mismas palabras que la voz de la emisora, y casi el mismo tono. Esto hizo sentirse incómodo e irritado a Verruga, dos cosas que le disgustaban mucho.

-En efecto -repuso Verruga sarcásticamente, pues era evidente que las hormigas no entendían de sarcasmos-, me caí de cabeza, y no puedo acordarme de nada.

-Aquí 105978-UDC informando. No Hecho ha sufrido una amnesia al caerse del nido. Corto.

-Cuartel General contestando a 105978-UDC, El número del No Hecho es el 42436-WD. Es el individuo que se cayó del nido esta mañana, cuando trabajaba con la escuadra del mosto. Si está en condiciones de continuar con su tarea…

Decir «estar en condiciones de continuar con su tarea», era muy sencillo en el lenguaje de las hormigas, se decía simplemente con la palabra Hecho, como todo aquello que no era No Hecho. Pero basta ya de disquisiciones lingüísticas. La emisora central prosiguió diciendo:

-Si está en condiciones de continuar con su tarea, ordene a 42436-WD que se una a la escuadra del mosto, reemplazando al número 210021-WD, que fue enviado para sustituirle. Corto.

La hormiga repitió el mensaje.

Parecía no haber mejor explicación que la de haberse caído de cabeza, aunque a las hormigas raramente les ocurre eso. Estas pertenecían a una especie llamada *Messor barbarus.*

-Está bien -repuso la hormiga a la central.

Luego, sin prestar más atención a Verruga, el sepulturero se fue en busca de otra hormiga o de cualquier cosa que tuviera que ser enterrada.

Verruga avanzó en dirección contraria, a fin de reunirse con la escuadra del mosto. Repitió varias veces su número, para aprendérselo de memoria, así como el del individuo al que tenía que relevar.

La escuadra del mosto se hallaba en una de las cámaras exteriores de la fortaleza, formando una especie de círculo de adoradores. Verruga entró en el círculo y anunció que el 210021-WD debía regresar al nido principal. Luego comenzó a llenarse con el suave mosto, lo mismo que las demás hormigas. Esto lo hacían raspando las semillas que otros individuos

habían recolectado, y masticándolas hasta que se formaba una especie de pasta o sopa, que después tragaban.

Al principio la operación resultó deliciosa para Verruga, que comió ávidamente, pero al cabo de unos minutos el trabajo le satisfizo menos, sin saber bien por qué. Masticó y tragó con premura, imitando al resto de la escuadra, pero habiendo perdido el gusto por aquello, era como darse un banquete de nada, como una pesadilla en la que tuviera que consumir grandes cantidades de masilla, sin poder detenerse nunca.

Había un constante ir y venir en torno al montón de semillas. Las hormigas que estaban de mosto hasta rebosar, se dirigían hacia la fortaleza interior, y eran sustituidas por una procesión de hormigas vacías que llegaban desde el mismo punto. Nunca había una hormiga nueva en aquel desfile, sólo el mismo grupo que iba de una parte a otra, como lo seguirían haciendo durante el resto de sus vidas.

De pronto Verruga se dio cuenta de que lo que comía no llegaba a su estómago. Una pequeña porción de alimento fue asimilada por él al comienzo, pero ahora la masa principal quedaba almacenada en una especie de estómago superior o buche, del cual podría ser devuelta al exterior. Se dijo que cuando se uniese a la procesión que iba hacia el oeste, tendría que vomitar lo almacenado en una especie de despensa, o algo así.

En la escuadra del mosto sus integrantes conversaban entre sí mientras trabajaban. Verruga pensó al principio que aquello era buena señal, y escuchó para enterarse de lo que decían.

-¡Vaya! -dijo uno de los individuos-. Aquí viene una de esas melodías de luna-tuna-duna. Es de las que más me gustan; algo magnífico.

Otra observación:

-Oye, ¿no te parece que nuestro amado Jefe es maravilloso, eh? Dicen que le picaron trescientas veces en la última guerra, y que le concedieron la Cruz al Valor de las Hormigas.

-Qué suerte hemos tenido al nacer en el nido A, ¿no crees? Sería horrible ser una de esas espantosas Bes.

-¡Qué tremendo lo que hizo la 310099-WD! Se explica que la hayan ejecutado inmediatamente, por orden especial de nuestro bienamado Jefe.

-De nuevo esa agradable tonada de luna-tuna-duna. Me parece que…

Verruga se alejó hacia el nido henchido de mosto. Por su parte, no tenía escándalo ni chisme alguno que contar. En realidad lo que relataban las hormigas era como una especie de fórmula, y lo de la ejecución, por ejemplo, sólo variaba en el número del delincuente.

El muchacho se encontró en el vestíbulo de la fortaleza, donde millares de hormigas se alimentaban en los criaderos mientras otras llevaban los gorgojos a diversos compartimientos para que allí tuviesen una temperatura uniforme, lo que conseguían abriendo o cerrando unos pasadizos de ventilación.

En el centro de todo ello la Caudilla estaba sentada felizmente, poniendo huevos, atendiendo a las emisiones de radio, dando directrices y ordenando ejecuciones, al tiempo que le rodeaba un mar de adulación. (Más tarde se enteró Verruga que el método de sucesión entre estas Caudillas variaba de acuerdo con las diferentes clases de hormigas. En las *Bothriomyrmex,* por ejemplo, la ambiciosa fundadora de un Nuevo Orden

podía invadir un nido de *Tapinomas,* colocándose sobre las espaldas de la antigua tirana. Allí, enmascarándose en el olor de su anfitriona, la primera hormiga iría cortándole poco a poco la cabeza a la segunda, hasta que llegase a reemplazarla del todo, haciéndose con el mando.)

Descubrió Verruga que no había almacén para depositar el mosto. Cuando alguien quería comer, le detenían, le abrían la boca y se alimentaban de su interior. No le trataban en modo alguno como un ser racional, y las mismas hormigas se mostraban impersonales en su trato. El era un camarero mudo que alimentaba a clientes igualmente mudos. Ni siquiera su estómago le pertenecía.

Pero no necesitamos entrar en muchos detalles acerca de las hormigas, que nunca resultan un tema agradable. Bastará decir que el chiquillo siguió viviendo entre ellas, adaptándose a sus costumbres, observándolas a fin de comprender cuanto fuera posible, pero sin hacer nunca preguntas. No sólo ocurría que el lenguaje de las hormigas no poseía los vocablos por los que se interesan los seres humanos -le habría resultado imposible preguntarles si creían en la Vida, la Libertad o la Felicidad-, sino que resultaba hasta peligroso hacer cualquier pregunta. Esto era casi una señal de locura, entre las hormigas. En la vida de ellas no se admitían preguntas, todo venía dictado. Verruga siguió reptando desde el nido a las semillas, y desde ellas al nido, afirmó que la tonada de tuna-luna-duna era preciosa, regurgitó mosto cuando se lo pedían, y trató de comprender lo que veía a su alrededor.

Algo después, esa misma tarde, una hormiga exploradora cruzó sobre el puente que Merlín había ordenado a Verruga que hiciera. Era una hormiga de la misma especie, pero procedía de otro nido. Fue detenida por una de las hormigas sepultureras, que le dio muerte en el acto.

La emisión cambió después de haberse radiado esta noticia, o más bien desde el momento en que unos espías descubrieron que en el otro nido había una buena provisión de semillas.

La tonada de luna-tuna-duna fue sustituida por varias marchas militares, y la serie de órdenes se veían interrumpidas por conferencias sobre la guerra, el patriotismo y la coyuntura económica. La agradable voz aseguraba que la querida patria estaba siendo asediada por una horda de asquerosas hormigas de otro nido, y el coro inalámbrico cantó:

Cuando la sangre ajena surge del cuchillo,
Todo marcha perfectamente.

También se informaba que el Padre Hormiga había ordenado sabiamente que las necias de Otronido debían ser siempre esclavas de las de Estenido. La querida patria sólo tenía un fin, en ese momento: remediar un desgraciado estado de cosas, si no quería perecer toda la raza. Otro motivo era que la propiedad nacional de Estenido se veía amenazada. Las fronteras iban a ser violadas, los animales domésticos -los gorgojos-, serían raptados, y en el mejor de los casos todos padecerían hambre. Verruga escuchó dos de aquellas emisiones, con toda atención, a fin de poder recordarlas más adelante.

La primera decía así:

A. Somos tan numerosas que nos estamos muriendo de hambre.
B. Por lo tanto, debemos fomentar las familias numerosas, a fin de que crezca nuestro número y las defunciones por hambre.
C. Cuando el hambre sea bien evidente, a causa de nuestro crecimiento, lógicamente tendremos derecho a apoderarnos de las semillas de otros pueblos. Además, para entonces dispondremos de un ejército más numeroso y hambriento.

Este lógico razonamiento se puso en práctica, y los dos nidos se prepararon para la contienda -pues debe admitirse que una nación nunca está lo suficientemente muerta de hambre como para que no pueda procurarse más armamentos que el enemigo-. Entonces comenzó la segunda clase de emisiones aleccionadoras.

Esto es lo que se decía en esta ocasión:

A. Somos más numerosas que ellas, por tanto, tenemos derecho a apoderarnos de su mosto.
B. Ellas son más numerosas que nosotros; por lo cual están haciendo desesperados intentos para robarnos nuestro mosto.
C. Somos una raza superior, y nos asiste el derecho natural de sojuzgar a los enclenques.
D. Ellas son de una raza superior, y están tratando de dominarnos a nosotras, pobres indefensas.
E. Por consiguiente, debemos atacarlas, en defensa propia.
F. Si no las atacamos hoy nosotras, ellas nos atacarán mañana.
G. En todo caso, no es un ataque lo que hacemos, sino que les proporcionamos incalculables beneficios.

Después de esta segunda emisión, comenzaron los servicios religiosos. Estos databan, según descubrió Verruga más tarde, de un pasado tan fabulosamente antiguo que difícilmente podía establecerse la fecha, de un pasado en el que las hormigas aún no habían implantado el comunismo. Los servicios provenían de una época en la que las hormigas todavía eran como las personas. Resultaban unas ceremonias realmente imponentes.

Un hecho extraordinario era que las hormigas corrientes no se mostraban impresionadas por las marchas ni por los discursos belicosos. Se limitaban a aceptarlos como algo natural. Eran una especie de ritos para ellas, como las tonadas de Luna, etc., o las conversaciones acerca de su Bienamado jefe. No consideraban buenos o malos estos asuntos, ni los tenían por emocionantes o tremendos. No se les ocurría juzgarlos, sino que los aceptaban como un hecho.

Llegó al fin el momento de la guerra. Todo estaba preparado y los soldados se hallaban perfectamente adiestrados. Por las paredes del nido aparecían pintados numerosos letreros de propaganda. A todo esto, Verruga se hallaba desesperado. La continua repetición de voces en su cabeza, que no podía acallar; la falta de intimidad, que llegaba al extremo de que las demás hormigas comieran en su boca, mientras otras le cantaban en el cerebro; la existencia de sólo dos valores; la atroz monotonía, todo ello comenzó a anular en él la alegría de vivir que caracterizaba a su niñez.

Los terribles ejércitos se encontraban a punto de comenzar la batalla, para disputar los imaginarios límites sobre las placas de vidrio, cuando Merlín acudió en auxilio de Verruga. Por medio de su magia logró llevar al precoz estudioso de las costumbres de los animales de vuelta a su lecho, y el chiquillo sintióse sumamente contento al verse de nuevo allí.



CAPITULO XIV

Durante los días de otoño todo el mundo se preparaba para el próximo invierno. Por las noches se desempolvaban los candiles y lámparas, y por el día se llevaba las vacas a pacer a los altos rastrojos que habían quedado después de la siega. Los cerdos eran conducidos hasta las cercanías del bosque, donde los chicos golpeaban las encinas para que cayeran las bellotas. Todos efectuaban una labor determinada. Desde el granero llegaba el monótono golpear de los desgranadores; en los campos de siembra los lentos y enormes arados de madera surcaban la tierra donde se plantaría trigo y centeno, mientras que los sembradores se desplazaban con movimientos rítmicos, con los delantales recogidos al cuello, avanzando el brazo derecho contra el pie izquierdo, y viceversa. Los grupos de forrajeros llegaban con sus carretas atestadas de helechos, mientras otros cortaban leña para las chimeneas del castillo. El bosque se estremecía con el sonido de las hachas y de los carros.

Todos se sentían felices. Los sajones eran esclavos de sus amos normandos, si quiere verse el asunto de este modo, pero si se desea verlo desde otro aspecto, eran los mismos labradores que hoy cobran unos pocos chelines a la semana por su trabajo. En cualquier caso, ni el villano ni el labrador padecían hambre, cuando tenían un amo como sir Héctor. Nunca resultó beneficioso para un ganadero dejar que sus vacas pasaran hambre, por lo que tampoco era conveniente que los esclavos la padeciesen. Lo cierto es que si, aun en la actualidad, el trabajador de la tierra acepta un pago tan exiguo por su trabajo, ello es debido a que no tiene que entregar su alma en el trato -como suelen hacerlo los que trabajan en la ciudad-. Desde tiempo inmemorial, en el campo se ha gozado siempre la misma libertad espiritual. Los villanos eran trabajadores que vivían en la choza de una sola habitación con su familia, unas pocas gallinas, una piara de puercos, o bien con una vaca. Todo ello muy insano, pero les gustaba vivir así. Eran gentes saludables, que respiraban un aire libre de las impurezas de las fábricas, y lo que era más importante, se hallaban interesados de corazón en la faena que realizaban. Se daban cuenta de que sir Héctor estaba orgulloso de ellos y de que les apreciaba aún más que al ganado; y como el anciano amo quería a su ganado por encima de todo, con excepción de sus hijos, pensaban que la suerte no les trataba tan mal. El viejo caballero trabajaba junto a sus siervos, se preocupaba de su bienestar y sabía distinguir al buen trabajador del malo. Era un granjero de pies a cabeza, y aunque pareciese estar empleando mano de obra a tantos chelines por semana, entregaba bastante más al proporcionar gratis la cabaña, y al regalar en muchas ocasiones leche, huevos y pan casero.

En otras zonas de Gramarye, evidentemente, había amos despóticos y malvados, tiranos feudales a los que el rey Arturo estaba destinado a castigar. Pero el mal se hallaba en las gentes que abusaban, no en el propio sistema feudal.

Sir Héctor se encontraba en ese momento dedicado a sus actividades con una energía inusitada, pero parecía estar nervioso. Así, cuando una anciana que se hallaba haciendo de espantapájaros en uno de los sembrados de trigo, movió los brazos al pasar él, saludándole con voz aguda, el caballero dio un salto en el aire de un par de pies.

-¡Maldición! -dijo sir Héctor, con voz indignada y alejándose un poco extrajo con mucho misterio una carta de su bolsillo y la leyó una vez más.

El señor del Castillo del Bosque Salvaje era algo más que un granjero: era un jefe militar que estaba dispuesto para organizar y dirigir la defensa de sus propiedades contra el ataque de los facinerosos. También era un caballero que a veces dedicaba un día entero a intervenir en alguna justa, cuando tenía tiempo disponible. Y por si fuera poco, era un cazador consumado, que utilizaba su Propia jauría de sabuesos. Hebe, Colle, Gerland, Chico, León, Bungey, Toby, Diamante, Cavall y otros perros, no eran cachorros falderos, sino que durante dos días a la semana se dedicaban a cazar Para su amo.

El contenido de la carta, traducido del latín, era el siguiente:

«El Rey a Sir Héctor, etc.:

Os enviamos a William Twyti, nuestro cazador mayor y a sus acompañantes, para que cacen en el Bosque Salvaje con nuestros sabuesos de jabalíes *(canibus nostris porquericis),* a fin de que capturen dos o tres de estos animales. Deberéis hacer que los jabalíes que caen sean convenientemente salados y mantenidos en buena condición, y en cuanto a la piel, la blanquearéis como William os diga y con lo que él os entregue. Os ordenamos que mantengáis debidamente a mis hombres durante el tiempo que permanezcan con vos, y las costas, etc., serán cargadas, etc.

Firmado en la Torre de Londres, el 20 de noviembre del duodécimo año de nuestro Reinado.

UTHER PENDRAGON.»

12 Uther.

Ahora el bosque pertenecía al rey, el cual estaba en todo su derecho al enviar sus sabuesos a cazar en él. Mantenía gran número de bocas hambrientas -entre cortesanos y soldados-, por lo que resultaba natural que quisiera capturar y salar cuantos jabalíes, venados, corzos y otros animales fuese posible.

Sí, estaba en su derecho, pero eso no era obstáculo para que sir Héctor considerase el bosque como su bosque, y le disgustara la invasión de los reales sabuesos. ¡Como si los de él no lo hicieran mejor! El rey sólo hubiera tenido que enviar a por un par de jabalíes, y sir Héctor se los habría proporcionado con mucho gusto. Temía que la tranquilidad de su castillo se viera turbada por un grupo de disolutos cortesanos reales -nunca se sabía de lo que eran capaces esos tipos de la ciudad-, y que el cazador mayor, el tal Twyti, se riera en sus narices de su humilde instalación de caza, molestase a los criados, y tal vez intentara entremeterse en los asuntos de la perrera del castillo. En realidad, sir Héctor era un tímido. Además, había otro problema. ¿Dónde demonios iba

a meter a los reales sabuesos? ¿Tendría él, sir Héctor, que echar sus propios canes a la calle, para que se alojasen los del soberano en las perreras?

-¡Ira de Dios! -exclamó el desdichado amo. Aquello era casi tan malo como pagar los diezmos.

Sir Héctor se introdujo la maldita carta en un bolsillo y salió con iracundas zancadas del sembrado. Los siervos, al verle marchar de aquel modo, comentaron alegremente:

-Nuestro amo no está hoy de muy buen humor, según parece.

Era un maldito acto de tiranía, ni más ni menos. Sucedía todos los años, pero no por eso dejaba de ser un abuso. Sir Héctor había resuelto siempre el problema de las perreras del mismo modo, y a pesar de ello sentíase preocupado. Además, tendría que invitar a sus vecinos, procurando parecer lo más digno e impresionante que pudiera, ante los ojos del Cazador Mayor del rey. Ello significaba que debía enviar cartas de invitación a sir Grummore y a otros vecinos. Además, no le sobraba el tiempo. El rey había escrito pronto, por lo que evidentemente tenía intenciones de enviar a aquel individuo a comienzos de la misma temporada. Esta empezaba el 25 de diciembre. Posiblemente el cazador en cuestión querría que se celebrase una de esas sesiones de caza con mucho boato y pocos resultados, en el que centenares de peones iban vociferando para acorralar al jabalí, mientras pisoteaban los sembrados y asustaban la otra caza. Por otra parte, en las Navidades siempre se empleaban los perros que iban a utilizarse durante el verano siguiente en la caza real. Eso significaba que Twyti llevaría una colección de cachorrillos que no harían más que molestar a todo el mundo.

-¡Maldición! -masculló sir Héctor, y pisoteó un grueso terrón.

El anciano permaneció mirando con gesto sombrío a sus dos muchachos, que recogían las últimas hojas que quedaban en el prado. No habían ido allí con tal intención, y aún en aquellos lejanos días, no estaban al corriente de que cada hoja que recogían significaba un mes feliz al año siguiente. Pero como el viento del oeste hacía danzar los dorados restos por el campo, las dificultades de la captura les hacía entretenida la tarea. El mero hecho de atrapar las hojas, al tiempo que gritaban y reían mirando hacia arriba, persiguiendo sus presas que parecían vivas por la astucia con que les equivocaban, hacía sentir felices a los dos chicos, que correteaban como pequeños faunos en el ocaso del año. El hombro de Verruga se hallaba bien de nuevo.

El único que podía enseñar buenos lugares de caza al enviado del rey, pensó sir Héctor, era Robín Hood, o Robín de los Bosques, como parecían llamarle ahora. Sea como fuere, Robín era el que mejor sabía dónde podía hallarse un hermoso animal, aun cuando añora no fuese la estación más apropiada para la caza.

Pero resultaba difícil pedir a una persona que cazara unos cuantos animales para uno, sin invitarle luego a la fiesta. Y si asistía, ¿qué pensarían el Cazador Mayor y sus acompañantes, al verse con un proscrito como compañero de banquete? Y no es que Robín de los Bosques fuera una mala persona; por el contrario, era un excelente vecino, que incluso había informado a sir Héctor cuando una expedición enemiga se acercaba

por el bosque, y que jamás había molestado al caballero en sus dominios. ¿Qué importancia tenía si cazaba de vez en cuando algunos venados? Había cuatrocientas millas cuadradas de bosques, y eran suficientes para todos. Cada uno a lo suyo, era el lema de sir Héctor.

Otro asunto era la persecución de la pieza. Muy fácil se presentaba esto para los cazadores en bosques casi artificiales, como el de Windsor, donde el rey solía cazar. Pero el Bosque Salvaje era algo muy diferente. Cabía suponer que los famosos sabuesos de Su Majestad salieran persiguiendo algún unicornio, o bestia semejante. Todo el mundo sabía que no era posible capturar un unicornio si no se disponía de una doncella como cebo (en cuyo caso el unicornio terminaba por colocar mansamente su blanca cabeza, coronada por un cuerno de madreperla, en el regazo de la muchacha). Si emprendían tal persecución, los sabuesos podían correr por el bosque durante leguas y más leguas sin dar caza jamás al animal, hasta que se perdiesen en la espesura. ¿Qué diría entonces sir Héctor a su soberano? Y no sólo era el unicornio; estaba también la Bestia Bramadora, de la que se hablaba tanto, y que tenía cabeza de serpiente, cuerpo de leopardo, ancas de león, pezuñas de corzo, y que aullaba como treinta pares de sabuesos. Los canes reales lo pasarían bastante mal, si se enfrentaban con semejante bestia. Pero, además, ¿qué pensaría el rey Pelinor, si William Twyti conseguía dar muerte a su animal? Y todo eso sin contar los dragoncillos que habitaban debajo de las piedras y que silbaban como marmitas. Eran unas peligrosas alimañas. Mucho. ¿Y si los sabuesos se encontraban con un dragón de gran tamaño, o con un Grifo?

Sir Héctor reflexionó un momento, y por fin pareció sentirse mejor. Sería algo muy divertido, decidió, si maese Twyti y sus condenados gozques se daban de narices con la Bestia Bramadora, y ésta se los comía, uno a uno.

Alegrado por semejante visión, sir Héctor giró en redondo. En el borde del sembrado vio a la anciana que hacía de espantapájaros, y como él se acercase sin ruido, pudo lanzarle tal chillido que hizo saltar a la vieja aún más alto de lo que él saltara antes, con lo que se dio por satisfecho. Después de todo, aquella iba a ser una noche agradable, se dijo.

-Buenas noches -manifestó sir Héctor afablemente a la anciana, cuando ésta se hubo recobrado de su espanto, y le hizo una leve reverencia.

El anciano sintióse tan reconfortado por sus últimos pensamientos, que resolvió visitar al párroco, que vivía en la calle del poblado, para invitarle a cenar con él. Luego subió a su estancia y se dispuso a escribir una sumisa carta al rey Uther, en las dos o tres horas que quedaban aún hasta la cena. No menos tiempo necesitaría para hacerlo, con la tarea que suponía afilar las plumas de ave, emplear la arenilla para secar la tinta, ir hasta el arranque de la escalera una y otra vez para preguntar al mayordomo cómo se escribía ésta o aquella palabra, y volver a rehacer de nuevo todo el embrollo.

Sir Héctor sentóse en su cámara, mientras los rayos del sol invernal iluminaban su calva. Se la rascó un momento, mordió el extremo de la pluma, y se puso laboriosamente a escribir. Al cabo de un tiempo oscurecía

y la estancia se llenaba de sombras. Era una habitación tan grande como el salón principal sobre el que se hallaba; poseía amplias ventanas hacia el sur, y se encontraba en el segundo piso. En ella había dos grandes chimeneas, en las que los cenicientos troncos parecían volverse más rojizos conforme la luz solar se iba retirando. En torno a esas chimenas, algunos de los sabuesos preferidos dormitaban resollando entre sueños, o se rascaban las pulgas, o mordisqueaban un hueso de cordero que habían birlado en la cocina. El halcón peregrino, con la capucha puesta, se hallaba sobre una percha en una esquina, igual que un ídolo que soñase con lejanos cielos.

Si ahora entrarais en esta cámara del Castillo del Bosque Salvaje, la hallaríais vacía de muebles. Pero el sol aún sigue entrando a raudales por las ventanas, y al dar en la columna que divide el vano de las ventanas, iluminaría la piedra arenisca con el pálido fulgor de las edades pasadas.

Si os acercáis a la tienda de recuerdos más próxima, encontraréis algunas reproducciones bastante bien logradas de los muebles que allí había, como cofres de roble, aparadores de diseño gótico y con extraños rostros de ángeles y demonios grabados en su oscura madera, todos ellos muebles que poseían una solidez de ataúd. Pero ésos no eran los muebles que había entonces en la cámara del amo. Los rostros demoníacos o angelicales estaban tallados ciertamente en la madera, sin embargo, ésta tenía seis o siete siglos más. Todos los recios cofres de la estancia (que se convertían en asientos al colocarles encima unos almohadones de vivos colores) eran de madera joven, el roble tenía un color dorado, y las mejillas de los diablos y querubines resplandecían como si les hubieran dado un buen lavado con jabón.





CAPITULO XV

Era Nochebuena, la víspera del día de caza. Debéis recordar que tal Nochebuena transcurría en la vieja y jovial Inglaterra, cuando los alegres barones comían con los dedos los faisanes que les servían con todas las plumas de la cola, o bien la cabeza de un jabalí, servido con sus colmillos. Era cuando no había desempleo, porque había muy poca gente para emplear; cuando los bosques rebosaban de caballeros andantes aporreándose mutuamente en el yelmo, y los unicornios retozaban con sus pezuñas de plata a la luz de la luna y resollaban condensando su noble aliento en el aire gélido. Tales maravillas eran dignas de ser admiradas. Pero en la vieja Inglaterra había un portento aún más grande. El tiempo sabía comportarse como era debido.

En primavera, las diminutas florecillas brotaban dócilmente en los prados, el rocío relumbraba y las aves trinaban melodiosamente. En verano reinaba un grato calor durante cuatro meses, por lo menos, y cuando llovía, lo que ocurría principalmente con propósitos agrícolas, se las arreglaban para que la lluvia cayese cuando todo el mundo estaba en la cama. Por el otoño, las hojas se estremecían y susurraban a impulsos del viento del oeste, como prolongando su triste adiós. Y en invierno, el cual quedaba limitado por decreto a sólo dos meses, la nieve caía uniformemente, depositándose en una capa de tres pies de grosor, sin que jamás se formasen barrizales.

Era Nochebuena en el Castillo del Bosque Salvaje, y en torno a la fortaleza la nieve caía como debía caer. Se acumulaba densamente en los bastiones como la espesa nata de un buen pastel, y en algunos lugares apropiados se transformaba modestamente en carámbanos transparentes de notable longitud. Depositábase en la bifurcación de las desnudas ramas, formando redondeados copos, y de vez en cuando se escurría desde el techo de alguna casa del pueblo, cuando veía la posibilidad de caer sobre algún jovial individuo, proporcionando grato jolgorio a todos en general. Los niños hacían bolas con el blanco elemento, pero no se les ocurría meter piedras dentro, y en cuanto a los perros, cuando se les sacaba para que hicieran sus necesidades, mordían la nieve y se revolcaban sobre ella llenos de alegría. En esa época del año se patinaba sobre el foso helado, y el hielo chirriaba bajo los trozos de hueso que entonces se usaban como patines, al tiempo que a un lado de la improvisada pista se distribuían castañas calientes a todo el mundo. Los búhos ululaban; los cocineros echaban miguitas a las pocas aves que quedaban, con aviesas intenciones; los aldeanos sacaban sus bufandas rojas, y el rostro de sir Héctor relucía aún más colorado que dichas prendas. Pero el brillo más rojo era el de las brasas en el interior de las cabañas del poblado, mientras el viento nocturno aullaba afuera, y los lobos de la vieja Inglaterra vagaban baboseando debidamente por todas partes, e incluso llegaban a espiar por los ojos de la cerradura de las casas, con la mirada inyectada en sangre.

Era Navidad, y había que hacer las cosas como era debido. Todo el poblado había acudido a cenar al gran salón del castillo, donde se sirvió cabeza de jabalí, venado, cerdo, buey, cordero y capones, pero no pavo, ya que esta ave aún no había sido inventada. También hubo pastel de pasas y tanta hidromiel como podía beberse. Sir Héctor se mareó con los continuos «Mis mejores respetos, amo», y con alguno que otro «Los mejores deseos para estas fiestas, mi señor». Se puso en escena una dramática historia referente a San Jorge y a un sarraceno, después de lo cual un singular doctor hizo algunas cosas sorprendentes. Luego se entonaron los villancicos -entre ellos Adeste Fideles-, con voces altas y claras, y los niños que no se empacharon con la cena cantaron algunas tonadas mientras mozos y mozas danzaban en corrillo, en el centro de la sala, cuyas mesas habían sido retiradas a un lado.

Las gentes de edad se sentaban cerca de las paredes, sosteniendo jarros de hidromiel en la mano, muy contentos con haber dejado atrás la época de prodigar semejantes saltos y zapatetas, al tiempo que los niños se dormían en sus regazos, apoyando la cabeza sobre sus hombros. En la mesa más elevada se hallaba sir Héctor con los distinguidos huéspedes, que habían llegado para la caza del día siguiente, y que sonreían asintiendo aprobadoramente, y bebían borgoña y jerez seco.

Al cabo de un momento sir Grummore rogó a los presentes que hicieran silencio. Se puso en pie y comenzó a cantar una antigua balada romántica, pero en medio de la canción se olvidó de la letra y tuvo que terminar tarareando por entre el espeso bigote. Luego de unos discretos codazos, el rey Pelinor se decidió a cantar y lo hizo ruborosamente de este modo:

Ah, yo nací en Pelinor del famoso Lancashire,
Y con denuedo perseguí la Bestia Bramadora diecisiete años.

Hasta que me quedé en casa de sir Grummore
En el curso del presente año.
Y en tanto vuelva a irme me deleito
Reposando en una cama con colchón de plumas
Y viviendo en un hogar incomparable.

-Debéis de saber -aseguró el rey Pelinor, enrojeciendo más aún mientras tomaba asiento y todo el mundo le golpeaba en la espalda-, que el viejo Grummore me invitó a ir a su casa, después de haber tenido los dos una agradable justa, y desde entonces dejé que la condenada Bestia siguiera su camino.

-Bien hecho -contentaron todos-. Es mejor que viváis vuestra vida, mientras aún la tenéis.

A continuación solicitaron la intervención de William Twyti, el cual había llegado la noche anterior al castillo. El famoso cazador se puso en pie, y con rostro serio y mirada bizca, que clavó en sir Héctor, cantó así:

¿Conocéis a William Twyti,
El del amplio jubón?
¿Conocéis a William Twyti,

El que nunca se quedó atrás?
Sí, yo soy William Twyti
Al que tuvieron que hacer callar por la mañana,
Junto con sus perros y sus cuernos de caza.

-¡Bravo! -exclamó sir Héctor-. Habéis oído eso, ¿eh? Dijo que le hicieron callar por la mañana. Y yo creía que iba a fanfarronear, cuando empezó. Ah, excelentes personas, estos cazadores, ¿eh? Pero pasadme la malvasía, con mis respetos, maese Twyti. Los dos chicos estaban acurrucados bajo los bancos, cerca de la chimena, y Verruga sostenía a Cavall en los brazos. A Cavall no le gustaba el calor del fuego, ni los gritos, ni el olor del hidromiel, y lo único que quería era salir afuera, pero Verruga le retenía con fuerza, pues deseaba acariciar al animal. Este tuvo que quedarse allí, jadeando incansablemente y con su lengua sonrosada dos palmos afuera.

-¡Ahora Ralph Passelewe! -gritaron-. ¡Que cante el bueno de Ralph! ¡Eh! ¿Quién mató a la vaca, Ralph? ¡Silencio, para que el viejo Passelewe pueda cantar!

En esto se puso en pie un anciano de aspecto sumamente vivaz, que se hallaba en el extremo más humilde y alejado del salón, como lo había hecho en todas las ocasiones semejantes a aquélla, en los últimos cincuenta años. No tenía menos de ochenta y cinco años, estaba casi ciego y casi sordo, pero aún se mostraba gozoso al poder entonar la misma balada que había cantado antes ya de que sir Héctor estuviese envuelto en sus pañales, descansando en su cuna. No podían oírle desde la mesa alta, pues se hallaba demasiado lejos para que llegasen con claridad sus palabras, pero todos sabían lo que su voz cascada estaba cantando, y a todos les gustaba la canción, que decía así:

Cuando el viejo rey Cole paseaba por la calle
Vio a una hermosa damisela que iba a cruzar un charco.
Ella levantóse un poco las faldas
Para saltar por encima.
Entonces le vio el tobillo.
¿No fue aquel un portento?

Había veinte estrofas como ésa, en las que el pobre viejo rey Cole seguía viendo cada vez más cosas que no debiera haber visto. Todos lanzaban vítores al terminar cada estrofa, hasta que al final el viejo Ralph se vio abrumado por las felicitaciones, y volvió a sentarse sonriente, para que le llenasen de nuevo el jarro de hidromiel.

Le llegó entonces el turno a sir Héctor. Púsose en pie con aires de importancia, carraspeó y con voz engolada pronunció el siguiente discurso:

-Amigos, siervos y demás: Aunque estoy poco acostumbrado a hablar en público...

Oyóse entonces una discreta ovación, pues todos reconocieron el discurso que sir Héctor venía pronunciando durante los últimos veinte años, y que aunque todos lo sabían de memoria siempre lo acogían como a un viejo amigo.

-...Aunque estoy poco acostumbrado a hablar en público, me cabe el agradable deber -yo diría el *muy* agradable deber- de dar la bienvenida a todo el mundo a esta celebración hogareña. Ha sido este un buen año, y lo digo sin temor a equivocarme, en lo concerniente al ganado y los cultivos. Todos sabemos que Crumbrocke, del Bosque Salvaje, ganó el primer premio en la Feria del Ganado de Cardoyle por segunda vez, y que el año próximo volverá a ganarlo. Eso añadirá prestigio al Bosque Salvaje. Mientras permanecemos aquí sentados, esta noche, advierto que algunos rostros se han ido de nuestro lado, y que se han agregado otros al círculo familiar. Estos asuntos están en manos de una Providencia todopoderosa, a la que nos sentimos agradecidos. Todos nosotros fuimos creados, y luego conservados sin daño para que pudiésemos gozar de la alegría de esta noche. Creo que os sentiréis igualmente satisfechos por las bendiciones que se han derramado sobre nosotros. Esta noche damos también la bienvenida al famoso rey Pelinor, cuyos afanes por librar a nuestro bosque de la temible Bestia Bramadora son bien conocidos. Dios bendiga al rey Pelinor. (¡Viva, viva!) También tenemos aquí a sir Grummore Grummursum, un verdadero hombre de empeño, capaz de continuar pegado a su silla de montar, mientras su Pesquisa así lo requiera. (¡Bravo!) Por último, aunque no en último lugar, nos honramos con la visita del cazador más famoso de Su Majestad, el señor William Twyti, el cual nos demostrará mañana, estoy seguro, hasta dónde llega su destreza, al extremo de que tendremos que frotarnos los ojos, llenos de incredulidad, deseando que una jauría de sabuesos reales se halle siempre cazando en el bosque que tanto amamos. (¡Bravísimo!, y otras aclamaciones.) Gracias, mis queridos amigos por la espontánea acogida que proporcionáis a estos caballeros. Ellos sabrán aceptarla con el sincero y cálido espíritu con que se la ofrecéis. Y ahora, es tiempo ya de que mi breve reseña llegue a su fin. Otro año ha transcurrido, y es hora de que observemos lo que nos depara el futuro. ¿Cómo será la Feria del Ganado el año próximo? Amigos míos, sólo quiero desearos que paséis unas felices Pascuas; después que el padre Sidebottom haya entonado las preces, terminaremos cantando el himno nacional.

Las ovaciones que estallaron al final del discurso de sir Héctor se vieron acalladas al cabo de un momento por los chistidos de los que habían advertido que el sacerdote estaba pronunciando su oración en latín. Luego todo el mundo se puso en pie a la luz de las llamas del hogar, y entonaron con fiel acento:

Dios salve al rey Pendragon
Y que dure mucho su reinado,
Dios salve al Rey.
Que crezca siempre su gloria
Y aumente como un rugido,
Dios salve a nuestro Rey.

Cuando las últimas estrofas se desvanecieron, el vasto salón comenzó a vaciarse de su alegre humanidad. Las antorchas parpadearon afuera, en la calle del poblado, cuando los siervos se dirigieron a sus hogares en

grupos, por temor a los lobos que realizaban sus correrías a la luz de la luna, y al fin el Castillo del Bosque Salvaje quedó en silencio y a oscuras, en medio del extraño sopor de la bendita nevada.



CAPITULO XVI

Verruga se levantó temprano a la mañana siguiente. Haciendo un denodado esfuerzo, en cuanto se despertó arrojó a un lado la gran piel de oso bajo la cual dormía, y expuso su cuerpo al mordiente aire helado. Vistióse casi con furia, temblando, mientras lanzaba bocanadas de vaho azulino. Rompió el hielo de la jofaina y sumergió la cara en el agua haciendo un gesto como si estuviera comiendo algo amargo. Hizo «¡Aaah!», y después se frotó las mejillas vigorosamente con una toalla. Sintió entonces un grato calorcillo, y luego se dirigió a las perreras para ver los últimos preparativos que hacía el cazador mayor del rey.

William Twyti, a la luz del día, resultó ser un hombre de aspecto marchito, que tenía una expresión de intensa melancolía. Durante toda su vida se había visto obligado a perseguir animales para la mesa real, y una vez capturados, a cortarlos en los trozos debidos. En realidad era un carnicero distinguido. Tenía que conocer qué trozos del animal debían ser entregados a sus ayudantes, y qué partes comerían los sabuesos. Debía cortarlo todo diestramente, dejando dos vértebras en la cola para que los solomillos tuvieran buen aspecto. Casi desde que tenía memoria se acordaba de haber ido persiguiendo a un corzo o de estar cortándolo en tajadas. Y lo cierto es que no sentía una gran afición por su trabajo. Los venados y los ciervos, los zorros, las martas, los tejones, los lobos, todo eso no era para él más que una serie de cuerpos que había que desollar y cuya carne debía llevar para que sirviera de alimento.

Podíais hablarle de rastros, de jaurías, de fiemos y de cuernos de caza, Y él se limitaba a escucharos cortésmente. Se daba cuenta de que estabais tratando de demostrar vuestros conocimientos sobre ese tema que constituía su trabajo.

Podíais hablarle acerca de un poderoso jabalí que estuvo a punto de acabar con vosotros el invierno anterior, y notabais que os observaba con mirada lejana. A él le habían herido los jabalíes diecisiete veces, y su cuerpo presentaba una serie de cicatrices blanquecinas que se extendían casi hasta las costillas. En verano e invierno nunca dejaba de correr o de galopar detrás de jabalíes y corzos, mientras que sus pensamientos se hallaban en otra parte. Pero había una sola cosa que podía conmover a William Twyti: las liebres. Era lo único de que se le oía alguna vez hablar. Le enviaban siempre de uno a otro castillo, por toda Inglaterra, y cuando se encontraba en las fortalezas, los mayordomos le obsequiaban espléndidamente a la hora de las comidas, y le invitaban con los mejores vinos, pidiéndole que les contara sus proezas de caza. Twyti solía contestar con monosílabos. Pero si alguien mencionaba las liebres, inmediatamente ponía atención a lo que se decía, y después de dejar de un golpe su copa sobre la mesa, se extendía con vehemencia sobre las maravillas de aquel asombroso animal, que resultaba tanto más desconcertante porque unas veces era macho y otras era hembra, cosa que no le ocurría a ningún animal más que a la liebre.

Verruga observó al gran hombre en silencio, durante algún tiempo, y luego fue a ver si faltaba mucho para el desayuno. Advirtió que aún tardaría bastante, pues todo el castillo padecía la misma excitación nerviosa que le había hecho saltar a él tan temprano de la cama. Hasta el propio Merlín se había colocado unos pantalones de montar que iban a estar de moda varios siglos después, en los clubes de equitación.

La caza del jabalí era una empresa distraída. No era como la del tejón, ni la caza a cubierto, ni la del zorro, que hoy se practican. Tal vez lo más parecido fuera la caza del conejo con hurones, sólo que en la del jabalí se empleaban perros, en vez de hurones, Y que el jabalí puede mataros, cosa que no puede hacer el conejo. Además, se empuñaba una lanza, en lugar de una carabina.

Por lo general no se perseguía al jabalí a caballo, lo cual quizá se debiera a que la temporada de caza del jabalí era la de los dos meses de invierno, cuando la nieve podía apelotonarse en los cascos del caballo, haciendo peligroso el galope. Lo cierto es que había que ir a pie, armado sólo con un venablo, y contra un adversario que pesaba bastante más que el cazador, y que podía abrirle a uno de arriba abajo en un instante. Sólo había una regla, en la caza del jabalí: resistir. Si la fiera cargaba contra uno, lo mejor era arrodillarse y apuntarle con la lanza. Se afirmaba bien el extremo opuesto del arma en el suelo, manteniendo la punta hacia el animal. Dicha punta era tan aguzada como una navaja, y tenía una pieza transversal a unas dieciocho pulgadas del extremo, con la cual se impedía que la lanza entrase más de esa longitud en el cuerpo de la bestia. De no ser por esa pieza, el irritable jabalí, al cargar arrolladoramente, hubiera sido atravesado por la lanza longitudinalmente, llegando a matar al cazador mientras estaba así empalado. Pero la cruceta le mantenía alejado a una distancia prudente, aunque con dieciocho pulgadas de acero enterradas en el cuerpo.

El peso del animal era enorme, en ocasiones, y su único objetivo en la vida consistía en eludir la lanza para convertir al cazador en chuletas, mientras el objetivo del cazador era resistir con la lanza pegada al cuerpo, bajo el brazo, hasta que otro cazador llegase para acabar con la fiera. Mientras pudiera aguantar, el cazador sabía que entre el jabalí y él al menos había una lanza de distancia por muy furioso que estuviera el animal. De ahí que resulte comprensible la actitud un tanto reservada con que los cazadores del castillo tomaron su desayuno aquella mañana.

-¡Ah!, a tiempo para el desayuno, ¿eh? -dijo sir Grummore, mientras mordía una chuleta de cerdo.

-Sí, señor -repuso Verruga.

-Hace una bonita mañana para cazar -agregó sir Grummore-. ¿Has afilado ya tu lanza?

-Sí, la he afilado ya -contestó el chico, y se dirigió hacia el aparador para servirse él mismo una chuleta.

-Vamos, Pelinor -dijo sir Héctor-. Servios estos capones; no coméis nada esta mañana.

-No tengo mucho apetito -repuso el rey Pelinor-. Gracias de todos modos, pero esta mañana no siento demasiada hambre.

Sir Grummore alzó su nariz de la chuleta y preguntó agudamente:

-¿Hay nervios?

-No, no -exclamó Pelinor-. No es eso, en realidad. Creo que cené algo anoche que me sentó mal.

-Tonterías, amigo mío -repuso sir Héctor-. Vamos, comed estos pollos, para reponeros.

Y diciendo esto sirvió al infortunado soberano dos o tres capones. Pelinor empezó a comerlos con gesto de desesperación.

-Lo necesitaréis -confirmó sir Grummore-, al menos, al fin del día.

-¿Eso creéis?

-Lo sé muy bien -repuso sir Grummore, y guiñó un ojo a su anfitrión. Verruga notó que sir Héctor y sir Grummore parecían comer con un placer exagerado. El no creía poder comer más de una chuleta, y en cuanto a Kay, se mantenía alejado del comedor.

Cuando hubo concluido el desayuno, se consultó a William Twyti, y el grupo de cazadores dirigióse hacia el lugar de la caza. Tal vez los sabuesos hubieran parecido de mala raza, a un entendido de nuestros días. Eran media docena de alanos blancos y negros, con cuerpo de galgo y cabeza de bull-terrier, u otra peor. Esos eran los perros apropiados para la caza del jabalí, y llevaban bozales a causa de su gran ferocidad. Había otros canes más, que acompañaban a los cazadores trotando de modo algo más apacible.

Con los sabuesos iban los peones. Merlín, con su pantalón de montar, tenía bastante parecido con Lord Baden-Powell, sólo que este último no usaba barba. Por su parte, sir Héctor iba ataviado con prendas de cuero -no era correcto cazar con armadura-, y avanzaba junto a Twyti con la preocupada e importante expresión que siempre ha caracterizado a los dueños de sabuesos. Sir Grummore venía después, jadeando y preguntando a todo el mundo si habían afilado bien sus lanzas. El rey Pelinor avanzaba detrás de los siervos, pensando que el número proporcionaba más seguridad.

Allí se encontraban todos los habitantes varones del poblado, desde Hob, el cetrero, hasta el viejo y desnarigado Wat, y todos llevaban una lanza, la horca, o la hoja de una guadaña sujeta a un palo. Algunas muchachas acompañaban a los hombres, con las provisiones para la jornada. Era lo habitual en un día de caza.

Al llegar al bosque se les unió el último cazador. Era un hombre alto, de aspecto distinguido, vestido todo de verde y que empuñaba un arco de siete pies.

-Buenos días, amo -dijo con acento placentero a sir Héctor.

-Ah, sí -repuso éste-. Sí, sí, buenos días. Sir Héctor llevóse al recién llegado a un lado, y dijo con un fuerte susurro, que oyó todo el mundo:

-Por todos los cielos, querido amigo, tened cuidado. Este es el propio cazador mayor del rey, y los otros dos son el rey Pelinor y sir Grummore. Os ruego que seáis buena persona, y que no digáis nada inconveniente. ¿Lo haréis, verdad?

-Desde luego -contestó el hombre de verde, tranquilizando a sir Héctor-, pero creo que será mejor que me presentéis.

Sir Héctor enrojeció visiblemente y dijo en voz alta:

-Ah, Grummore, ¿queréis venir un minuto, por favor? Deseo presentaros a un amigo, llamado Wood. Con W, no con H. Sí, es un viejo amigo. Y éste es el rey Pelinor. El señor Wood, el rey Pelinor.

-Ave -dijo el rey Pelinor, que aún no había perdido el hábito, cuando se ponía nervioso.

-¿Cómo estáis? -preguntó sir Grummore-. Supongo que no tendréis parentesco con Robín Hood, ¿verdad?

-No, no, claro que no -intervino sir Héctor, apresuradamente-. Es Wood, no Hood. Wood, con W.

-Mucho gusto -dijo Robín.

-Ave -repitió el rey Pelinor.

-Vaya, pues resulta curioso que también vistáis de verde, como Robín Hood -manifestó sir Grummore.

-Sí, es curioso, ¿eh? -dijo angustiado sir Héctor-. Viste así porque se le ha muerto una tía. Se cayó de un árbol.

-Ah, perdón -repuso sir Grummore, lamentando haber tocado aquel delicado tema-. Ya imaginaba que todo era normal.

-Bueno, señor Wood -manifestó sir Héctor, cuando se hubo recuperado-. ¿Hacia dónde vamos?

En seguida entró Twyti en la conversación, y se barajaron una serie de términos técnicos. Después se inició la caminata hacia el invernal bosque, y comenzó la diversión.

Verruga había perdido el aspecto asustado que le impidió desayunar con ganas. La caminata y el viento helado le habían estimulado, por lo que sus ojos relucían ahora casi con tanto brillo como los cristales de hielo a la luz del sol, mientras que la sangre le corría tumultuosa por las venas, ante la excitación de la caza. Observó al hombre que sostenía a dos de los sabuesos por la traílla, y vio que los canes hacían cada vez más esfuerzos mientras se iban acercando al cubil del jabalí. Advirtió cómo uno a uno los demás perros iban poniéndose inquietos y comenzaban a lanzar pequeños aullidos. Luego Robín se paró, examinó el suelo, y el cortejo se detuvo. Habían llegado al lugar del peligro.

La caza del jabalí era como la del osezno, pues había que contener al animal. El objeto de la caza era matar a la bestia lo más rápidamente posible. Verruga situóse en el círculo de cazadores que rodeaba la guarida de la fiera, apoyó una rodilla en la nieve, y aseguró el extremo inferior de su lanza en el suelo, preparado para lo que pudiese ocurrir. Notó el silencio que cayó sobre el grupo, y vio a Twyti que hacía una seña al perrero para que soltase a los sabuesos. Los dos primeros canes se internaron inmediatamente entre la maleza que rodeaban los cazadores. Ambos corrieron sin hacer el menor ruido.

Pasaron cinco largos minutos durante los cuales no sucedió nada. Los corazones latían aceleradamente en todos los pechos, y una pequeña arteria del costado de cada cuello latía con la misma violencia que el correspondiente corazón. Las cabezas se volvían rápidamente de lado a lado, al tratar de asegurarse cada hombre de que tenía próximo a un vecino, y el hálito de la vida se estremecía con el viento del norte, mientras cada uno pensaba en lo hermosa que era la existencia, que un afilado colmillo

podía arrebatar a uno de ellos dentro de un momento, si las cosas marchaban mal.

El jabalí no expresó esta vez su furia por medios ruidosos. No se oyó rugido alguno entre la maleza, ni el ladrido de los perros. De pronto, a un centenar de yardas de donde estaba Verruga, apareció un animal negro, junto al borde del claro. No parecía precisamente un jabalí, o al menos no se lo pareció al chico en los primeros segundos de haberle avistado. El animal se lanzó contra sir Grummore antes de que Verruga se diera cuenta de que era la presa que buscaban.

La oscura bestia corrió sobre la nieve alzando una blanca polvareda a su paso. Sir Grummore, que también parecía un ser negro al resaltar contra la blancura de la nieve, preparó su arma, y el jabalí dio un salto. Un fuerte gruñido llegó claramente con el viento del norte, y a continuación se vio al animal que salía huyendo. Más tarde, y no antes, Verruga pareció darse cuenta de algunos detalles que no creyó haber visto cuando el jabalí estaba cerca. Recordó la hirsuta crin que se alzaba sobre el lomo del animal, así como el breve fulgor de los colmillos, y las salientes costillas, la cabeza gacha y la llamarada rojiza que despedían los ojos porcinos.

Sir Grummore se puso en pie, ileso, sacudiéndose la nieve y culpando a su lanza del fracaso. Unas gotas de sangre se veían sobre el helado manto. El cazador mayor se llevó el cuerno a los labios, y los alanos fueron soltados mientras las trepidantes notas de la llamada se difundían por el bosque. En seguida comenzó la acción. Los perreros que habían desalojado al jabalí de su escondite, comenzaron la persecución, llevando de las traíllas a los sabuesos, que ladraban ferozmente. Todos los cazadores emprendieron la carrera y comenzaron a gritar.

-¡Ahé, ahé! -chillaban los peones-. ¡Adelante, sire, adelante!

-¡Cuidado, caballeros! -exclamó Twyti, preocupado-. ¡Dejad espacio a los sabuesos!

-Digo yo -manifestó el rey Pelinor-. ¿No ha visto nadie adonde fue? ¡Qué día más emocionante!

-¡Atención, Pelinor! ¡Atención, peones, sabuesos! *¡ Il est hault! ¡Il est hault!* -exclamó sir Héctor.

Los gritos de los cazadores repercutieron entre los árboles, y la vibración hizo que la nieve se deslizase sin ruido desde sus ramas a la tierra.

Verruga viose corriendo al lado de Twyti.

Todo dependía allí del sonido que emitían los perros al ladrar, así como de las notas que los cazadores lanzaban con sus cuernos, señalando dónde estaba la fiera y lo que hacía. Sin aquel aparato se habrían perdido todos entre la espesura, y aun con aquello, la mitad de los cazadores se extraviaron en el bosque.

Verruga se pegó a Twyti como si fuera una garrapata. Podía moverse tan rápidamente como el cazador, porque si bien éste tenía la experiencia de toda una vida, el chiquillo era más pequeño y pasaba con mayor facilidad entre los obstáculos, además de haber sido enseñado no hacía mucho por Lady Mariana. Notó que Robín se mantenía al lado de ellos, pero el gruñido de sir Héctor y el balido del rey Pelinor pronto quedaron atrás. Sir Grummore se cansó en seguida, habiendo quedado agotado por

la emoción del ataque del jabalí, y quedóse atrás asegurando que su lanza ya no estaba lo suficientemente aguzada. Kay permaneció a su lado, a fin de no perderse. Los peones se confundieron pronto porque no comprendían bien las notas del cuerno. En cuanto a Merlín, se le rompieron los pantalones de montar y se detuvo a arreglarlos por medios mágicos.

El sargento de armas, con el pecho más saliente que nunca, gritaba *«¡tally-ho!»*[1] y decía a todo el mundo la dirección que debían seguir, aunque había perdido el sentido de la orientación. Encabezando un desconsolado grupo de aldeanos, en fila india, se alejó a paso redoblado en dirección contraria. Hob aún seguía corriendo, algo más atrás.

-¡Guaf, guaf! -jadeó el cazador mayor, dirigiéndose a Verruga como si fuese un sabueso-. No tan rápido, pequeño. Creo que los perros se han perdido.

Mientras hablaba Twyti, Verruga advirtió que los ladridos de los canes se hacían más débiles y quejumbrosos.

-Deteneos -dijo Robín-, o podemos echarnos encima del animal.

Los ladridos se extinguieron del todo.

-¡Guaf. ¡Guaf! -gritó el cazador mayor-. ¡Ahé, ahé! ¡Ahohó, ahohó!

Luego echóse el tahalí hacia adelante, y alzando el cuerno hasta los labios emitió una llamada.

Escuchóse el lejano y débil ladrido de uno de los perros.

-¡Ahohó! ¡Escuchad a Beaumont! -gritó Twyti.

Los ladridos del sabueso que mandaba la jauría se fueron aproximando, cada vez más confiados.

Poco después se oyó muy cerca a Beaumont, seguido de los demás canes del grupo. El alboroto aumentó aún más con la excitación de los alanos, que sedientos de sangre olfateaban la presa.

-Ya la tienen -declaró Twyti, brevemente, y los tres echaron a correr de nuevo.

Con el fin de alentar a los sabuesos, el cazador mayor iba tocando su cuerno mientras corría: tu-tururú, turururú.

El irritado jabalí se había ocultado entre unas zarzas, y tenía el trasero introducido en el hueco de un tronco caído, hallándose en posición inexpugnable. Se mantenía a la defensiva con el labio superior encogido en una mueca feroz. La sangre le manchaba el hirsuto pelo del lomo y se deslizaba por una de sus patas, mientras la espuma del hocico la caía desde los labios a la nieve, derritiéndola. Sus ojillos malignos miraban en todas direcciones. Los sabuesos le rodeaban, ladrándole desde cierta distancia. Beaumont, el perro que encabezaba la jauría real, se retorcía a los pies de la fiera, con el espinazo roto. El jabalí no prestaba atención al sabueso herido, que no podía hacerle daño alguno. El aspecto del animal era estremecedor, con su negro pelaje cubierto de sangre.

-¡Ahé, ahé! -exclamó el cazador mayor.

Luego Twyti avanzó empuñando la lanza, y los sabuesos, alentados por la presencia de su amo, fueron avanzando con él paso a paso.

---

[1] Grito del cazador al avistar el zorro. *(N. del T.)*

La escena cambió tan repentinamente como se desploma un castillo de naipes. El jabalí abandonó su escondite y se adelantó sobre Twyti. Cuando lo hizo, los alanos le cercaron, sujetándole fieramente por el lomo, el cuello y las patas, de modo que lo que se arrojó sobre Twyti no fue un jabalí sino un amasijo de animales. El cazador mayor temía usar la lanza por miedo a herir a los perros. La avalancha de animales siguió cargando, como si los perros no influyeran para nada. Twyti se dispuso a invertir la posición de la lanza, para impedir el ataque con el extremo posterior del arma, pero cuando volvía ésta, los colmillos de la fiera se abatieron sobre él. Saltó hacia atrás, tropezó en una raíz, y la lucha alcanzó su punto culminante. Verruga comenzó a dar saltos en torno al grupo, agitando la lanza lleno de desesperación pero sin decidirse a dar el golpe decisivo.

Entonces, Robín dejó caer su lanza, desenvainó la espada y acercóse al amasijo de animales. Con toda calma cogió a un sabueso por una pata, aunque el animal no abandonó su presa. De todos modos quedaba el suficiente espacio, y la espada penetró una, dos, tres veces en el cuerpo del jabalí. Todo el grupo se vino abajo, como si se tratase de arena. La caza había terminado.

Twyti, el cazador mayor, retiró lentamente una pierna del jabalí. Luego se puso en pie, se palpó la rodilla con la diestra, movió la pierna inquisitivamente en varias direcciones, hizo una señal de conformidad y enderezó el cuerpo. A continuación recogió su lanza sin decir una palabra, y se aproximó cojeando a Beaumont.

Arrodillóse Twyti junto al perro y le cogió la cabeza entre las manos. Después le acarició lentamente y dijo:

-¡Escuchad a Beaumont! Calma, Beaumont, *mon ami. Oyez* a Beaumont, el valiente. Ahé, pobre Beaumont, ahé, ahé.

El perro lamió las manos de su amo, pero no pudo mover la cola. El cazador mayor hizo una seña a Robín, que estaba detrás, y luego miró a los ojos a su sabueso.

-Beaumont, el valiente, duerme ahora. Viejo amigo Beaumont, descansa; duérmete, mi sabueso.

Entonces la espada de Robín sacó de este mundo a Beaumont, para dejar que corriese en libertad por la constelación de Orión, revolcándose entre las estrellas.

Verruga no quiso mirar a Twyti durante unos minutos. El extraño hombre de rostro inexpresivo se puso en pie sin decir una palabra y azotó a los demás sabuesos para que abandonasen la presa, como solía hacerse. Luego se llevó el cuerno a los labios y emitió las cuatro prolongadas notas del toque de muerte, sin que vacilara su llamada. No obstante, Verruga entristecióse, pues creyó ver que el cazador mayor estaba llorando.

El toque de muerte de la presa atrajo a los cazadores perdidos, que se congregaron al cabo de un tiempo. Hob ya se encontraba allí cuando llegó sir Héctor, apartando la maleza con el pie de su lanza y jadeando con aire importante.

-¡Magnífico, Twyti! -exclamó-. Espléndida pieza, a fe mía. Esa es la forma de cazar una fiera, diría yo. ¿Cuánto puede pesar?

Los demás fueron llegando por grupos, y en uno de ellos venía el rey Pelinor exclamando «¡Tally-ho! ¡Tally-ho!», sin saber que la caza había

concluido. Cuando se lo explicaron, murmuró el último «Tally-ho» con voz débil y luego se quedó callado. Por último se presentó la fila india del sargento de armas, todavía marchando a paso redoblado. El sargento dio la voz de alto, y les dijo muy satisfecho que de no haber sido por él, todos se habrían perdido. Merlín apareció sujetándose los pantalones, por haber fracasado su magia. Sir Grummore llegó dando grandes zancadas, acompañado por Kay, y aseguró que se trataba de una de las cazas más emocionantes que había presenciado, aun cuando no la hubiese visto completa. A continuación se inició la operación de «preparar» al jabalí.

En medio de la excitación general, el rey Pelinor, que no entendía demasiado de aquello, cometió el error de preguntar cuándo iban a dar a los sabuesos su recompensa. Ahora bien, como todo el mundo sabe, el premio de los sabuesos consiste en entregarles las entrañas de la presa, presentadas sobre la piel del animal *(sur le quir);* pero, como todos saben, igualmente, a un jabalí cazado no se le desuella. Le quitan las entrañas sin desollarle, y al no haber piel, no hay recompensa. Esta se entrega más tarde, cuando se asan las entrañas al fuego, al tiempo que se cuece el pan. He ahí explicado el error del buen rey Pelinor.

De todos modos, el soberano se inclinó sobre la fiera muerta lanzando interminables vivas, hasta que sir Héctor le dio un golpe de plano con la espada.

-Me parece que sois un tropel de brutos -dijo el rey, volviéndose, y a continuación se alejó por el bosque, mascullando algo.

El jabalí quedó dispuesto, los sabuesos recibieron un premio, y los peones, que charlaban de pie en pequeños grupos, pues se habían mojado de haberse sentado en la nieve, comieron las provisiones que las muchachas trajeron en las cestas. Abrióse un barrilillo de vino que previsoramente había mandado llevar sir Héctor, y la reconfortante bebida fue distribuida entre todos los presentes. Se ataron por pares las patas del jabalí, y se introdujo entre ellas un largo palo, para poder transportarlo entre dos hombres. Cuando todos se alejaban, Twyti quedóse un momento rezagado y emitió el toque de presa.

En ese momento reapareció el rey Pelinor. Aun antes de vérsele, pudieron oír los demás sus caídas entre la maleza, y sus gritos de «¡Eh, escuchad! ¡Venid aquí, ha ocurrido algo tremendo!»

Por fin se presentó dramáticamente al borde del claro, y en ese instante una estremecida rama dejó caer toda su nieve encima del soberano. Pero Pelinor no hizo caso. Salió de debajo del montón de nieve, como si no lo hubiese notado, y siguió vociferando:

-¡Eh, escuchad, escuchad!

-¿Qué ocurre, Pelinor? -preguntó sir Héctor.

-¡Venid pronto! -gritó aún el rey, y volviéndose lleno de aturdimiento desapareció de nuevo en la espesura.

-¿Estará en sus cabales? -dijo sir Héctor-. ¿Qué os parece?

-Un personaje muy excitable -repuso sir Grummore.

-Será mejor que le sigamos, para ver lo que le ocurre.

La columna avanzó calladamente en pos del rey Pelinor, siguiendo su errática marcha gracias a las huellas que dejaba en la nieve.

El espectáculo que se presentó a la vista de todos fue algo que no esperaban. En medio de un pequeño claro se hallaba sentado el rey Pelinor, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro. Sobre las piernas tenía una enorme cabeza parecida a la de una serpiente, a la que daba golpecitos con una mano. Después del cuello se iniciaba un largo cuerpo, delgado y amarillo, con manchas en la piel. El cuerpo terminaba por unas patas de león, cuya pezuñas eran de corzo.

-Vamos, vamos -estaba diciendo el rey-. De verdad que no pensaba dejarte. Sólo quise dormir un tiempo en una cama de plumas. Por favor, bestia, no te mueras; no me vayas a dejar sin fiemos para siempre.

Cuando vio a sir Héctor, el rey tomó el mando de la situación. La angustia le confería autoridad.

-A ver, sir Héctor -exclamó-. No os quedéis ahí como un gaznápiro. Traed el barrilillo de vino en seguida.

Cuando tuvo el barril a su lado, Pelinor vertió una generosa cantidad de vino en la boca de la Bestia Bramadora.

-¡Pobre criatura! -dijo el rey Pelinor, lleno de indignación-. Estaba desfalleciente; muriéndose casi, porque nadie se tomaba interés por ella. No sé cómo pude quedarme tanto tiempo en casa de sir Grummore, sin dedicar un solo pensamiento a mi querida bestia. Mirad esas costillas, digo yo. Parecen los aros de un barril. Y estaba echada sobre la nieve, casi sin voluntad de vivir. Vamos, vamos, bestezuela, a ver si puedes tomar otro trago de este vinillo. Te hará mucho bien.

Pelinor siguió palmeando a la Bestia Bramadora, y lleno de remordimiento agregó:

-Y yo durmiendo en un lecho de plumas, como... como un perro faldero.

-Pero, ¿cómo la encontrasteis? -tartamudeó sir Grummore.

-Ocurrió cuando alguien me dio de plano con su espada, como a un imbécil. Vine por aquí y la vi tendida en este matorral, medio cubierta de nieve y con lágrimas en los ojos, sin nadie que la cuidase. Eso ocurre por no llevar una vida metódica. Antes era diferente. Nos levantábamos al mismo tiempo, las pesquisas se hacían en horas establecidas, e íbamos a dormir a las diez y media. Pero mirad ahora. La pobre está deshecha, y será vuestra la culpa, Grummore, si se muere. De vos y de vuestro lecho de plumas.

-¡Pero, Pelinor! -exclamó sir Grummore.

-Callad, callad -dijo el rey, en seguida-. No os quedéis tartamudeando ahí como un bobo. Haced algo. Traed otro palo, para que podamos llevarnos a la buena bestezuela a casa. ¿No lo comprendéis, Héctor? Debemos transportarla al castillo y colocarla ante el fuego de la cocina. Mandad a alguien para que haga preparar leche y pan. Y vos, Twyti, o como os llamen, dejad de trompetear con ese cuerno y corred a calentar algunas mantas.

»Cuando lleguemos a casa -prosiguió diciendo el rey Pelinor-, lo primero que debemos hacer es darle una buena comida, y luego, si ya es de mañana, nos ejercitaremos un poco en la pesquisa, durante un par de horas, como en los viejos tiempos. ¿Qué me dices a eso, eh, Bramadora? Tú irás por el camino alto y yo por el bajo. Vamos, Robín Hood, o quien rayos seáis -quizá

penséis que no lo sé, pero sí que lo sé-, basta ya de apoyaros en vuestro arco, con ese aire negligente. Arrimad el hombro, y decid a ese musculoso sargento que os ayude a llevar el animalito. Vamos, a ver, levantadla despacio. Así, con cuidado, no vayáis a tropezar, cabezas de chorlito. Ahora, atención, de frente, ¡march!

»Y en cuanto a vos, Grummore -agregó el rey, casi sin haber terminado de hablar-, podéis quedaros con vuestro lecho de plumas y prenderle fuego.»



CAPITULO XVII



reo que ya va siendo hora de que recibáis algunas lecciones más -dijo Merlín, mirando a Verruga por encima de sus gafas, una tarde-; porque el tiempo vuela.

Era una tarde de comienzos de primavera, y todo lo que se veía a través de la ventana era hermoso. El blanco manto invernal había desaparecido, llevándose con él a sir Grummore, al cazador mayor, al rey Pelinor y a la Bestia Bramadora. Esta última había revivido bajo la influencia del afecto, de la leche y el pan, y cuando se halló recuperada salió del castillo con grandes muestras de gratitud, para ser seguida dos horas después por el perseverante rey. Los que observaban desde las almenas vieron que la fiera trataba de confundir, con evidente ingenio, las huellas que dejaba sobre la nieve, cuando llegó al borde del bosque. La Bestia Bramadora corría hacia atrás, brincaba veinte pies hacia un lado, borraba sus pasos en la nieve con la cola, se desplazaba por ramas horizontales, y realizaba muchas otras tretas con gran contento. También vieron al rey Pelinor -que contó honradamente hasta diez mil, manteniendo los ojos cerrados para que el animal se alejase-, el cual se mostró muy confuso cuando llegó al lugar más difícil y luego se alejó a caballo en dirección contraria a la que debía seguir, arrastrando detrás a su sabueso. Era una hermosa tarde. Desde la habitación que servía de aula de estudio, los alerces del lejano bosque se veían en la plenitud de su intenso verde; la tierra parecía esponjarse con las últimas lluvias caídas, y todos los pájaros del mundo volvían a sus lugares para trinar y hacerse la corte.

Las gentes del poblado cuidaban de sus huertos, plantando alubias y otras hortalizas, contra las que conspiraban las aves, las ovejas, los caracoles y otros seres vivientes.

-Veamos, ¿qué te gustaría ser ahora? -preguntó Merlín al chiquillo.

Verruga miró por la ventana, escuchó el canto de los zorzales, y dijo:

-En una oportunidad fui ave, pero sólo en el pabellón de cetrería, y por la noche. No llegué a tener ocasión de volar. Aunque ciertas lecciones no deban repetirse, ¿no creéis que debiera ser pájaro de nuevo, para aprender bien aquello?

Verruga se había sentido picado por el afán de ser ave que embarga a toda persona sensible en primavera.

-No veo motivo para que no lo hagas -repuso el mago-. Pero, ¿no es mejor que lo intentes por la noche?

-Por la noche las aves suelen estar durmiendo.

-Tendrás más posibilidades de verlas sin que echen a volar. Podrías ir con Arquímedes esta noche, y él te dirá muchas cosas sobre sus congéneres.

-¿Querrás hacerlo, Arquímedes? -preguntó Verruga.

-De mil amores -repuso el búho-. La verdad, me estaba sintiendo un poco aburrido.

-¿Acaso sabes por qué cantan las aves? -preguntó Verruga, pensando en los zorzales-. ¿Es ése su lenguaje?

-En efecto, así se entienden. No es un lenguaje como el humano, pero les sirve para comprenderse.

-Gilbert White -apuntó Merlín- escribe, o escribirá, mejor dicho, que «el lenguaje de las aves es muy antiguo, y en él, como en otros viejos modos de expresarse, es poco lo que se dice, pero mucho lo que se da a entender». También añade en otra parte que «las cornejas, durante la época de la cría, tratan a veces de cantar, debido a la alegría que sienten, pero sin gran fortuna».

-Me gustan las cornejas -aseguró el chico-. Será una tontería, pero me parece que es mi pájaro preferido.

-¿Por qué? -inquirió Arquímedes.

-No sé, me resultan simpáticas. Me gusta su charla.

-Pero son unos pésimos padres -aseguró Merlín, que estaba de talante educativo-, y de polluelos son charlatanas y perversas.

-Eso es cierto -confirmó Arquímedes, pensativo-. Todos los córvidos tienen un sentido del humor muy retorcido.

-Pues me gusta ver cómo disfrutan volando -dijo Verruga--. No se limitan a volar, como otras aves, sino que lo hacen con gusto. Es muy hermoso ver a las cornejas cuando regresan a sus nidos, en bandadas, parloteando, haciendo jocosas observaciones y empujándose unas a otras del modo más vulgar. A veces se vuelven boca arriba, en el aire, sólo por parecer ridículas, o para buscarse mejor las pulgas.

-Al menos -agregó Arquímedes-, son pájaros inteligentes, a pesar de su humor tan especial. Son unas de las pocas aves que tienen un Parlamento, ¿sabes?, y también un sistema social.

-¿Quieres decir que tienen leyes?

-Desde luego. Se reúnen en otoño, en un prado, para hablar de todo eso.

-¿Qué clase de leyes son las suyas?

-Bueno, se trata de leyes acerca de la defensa de la bandada, sobre el matrimonio, y cosas así. No pueden casarse, si no es con miembros del propio grupo, y si alguno pierde todo vestigio de decencia, y se trae alguna morena doncella de una tribu vecina, todos los componentes del grupo reducen a migajas el nido del atrevido en un abrir y cerrar de ojos. Luego le hacen alejarse de la bandada. Por eso cada una de éstas tiene sus nidos marginales a su alrededor, a varios árboles de distancia.

-Otra de las cosas que me gusta de las cornejas -prosiguió diciendo Verruga, es su valentía. Podrán ser ladronas y gastar bromas pesadas, y tal vez se empujen unas a otras de un modo un poco descortés, pero tienen valor para combatir a sus enemigos. Creo que hay que tener coraje para atacar a un halcón, aunque ellas vayan en bandada. Y aun entonces, no dejan de hacer el payaso.

-Son gentuza, una chusma -repuso Arquímedes, con tono altanero.

-Pues insisto en que me resultan simpáticas -manifestó Verruga.

-¿Cuál es tu ave favorita? -preguntó Merlín al búho cortésmente, para mantener la paz.

Arquímedes lo pensó un momento, y luego contestó:

-Bueno, es una pregunta muy complicada. Es como preguntarle a uno cuál es su libro preferido. A mi modo de ver, tal vez mi ave favorita sea la paloma.

-¿Para comértela?

-Dejemos a un lado ese aspecto -repuso Arquímedes, con tono mesurado- Es sabido que la paloma constituye la presa más codiciada de todas las aves rapaces, sobre todo cuando es una paloma gorda; pero yo sólo estaba pensando en sus costumbres domésticas.

-Veamos, descríbelas.

-La paloma torcaz -agregó Arquímedes- es una especie de cuáquero, que viste de color pardo. De polluelo es obediente, muy cariñosa, y como padre es muy sabia, dándose cuenta, como los filósofos, de que todo el mundo está contra ella. A través de los siglos ha aprendido a huir de los demás. Jamás una paloma cometió un acto de agresión o se ha vuelto contra sus atacantes, y sin embargo, no hay ave más diestra para eludirnos. Sabe dejarse caer de un árbol por el lado opuesto al que estén los hombres, y volar bajo, a la altura de los setos. Es un pájaro que vigila constantemente, y si cae en poder del enemigo pierde las plumas con facilidad, por lo que los perros no suelen cogerla con la boca. Las palomas se arrullan con verdadero cariño, nutren solícitamente a sus polluelos, que cuidan con verdadero mimo, y son individualistas que sobreviven a las fuerzas de la matanza sólo gracias a su destreza para la huida.

«¿Sabéis acaso -añadió Arquímedes- que las parejas de pichones siempre anidan con la cabeza hacia atrás, a fin de poder vigilar en todas direcciones?»

-Sé que así lo hacen nuestras palomas domésticas -dijo Verruga-. Supongo que la razón de que la gente está siempre tratando de matarlas es porque son tan voraces. Lo que me gusta más de las palomas torcaces es su forma de volar, y cómo se remontan y cierran las alas, en el descenso, sobre todo cuando cortejan, de modo que su vuelo es semejante al de los picamaderos.

-No me parece que vuelen como los picamaderos -declaró Merlín.

-Bueno, tal vez no -admitió Verruga.

-¿Y cuál es vuestra ave preferida? -preguntó a su vez Arquímedes, pensando que su amo también tenía derecho a decirlo.

Merlín se acarició la barbilla pensativamente, como Sherlock Holmes, y contestó en seguida:

-La mía es el pinzón. Mi amigo Linneo le llama célibe, o ave soltera. Sus bandadas se disgregan en invierno, de modo que los machos quedan en un grupo y las hembras en otro. Así, al menos durante los meses invernales, reina entre ellos la paz.

-Estábamos hablando antes de si los pájaros podían conversar -dijo Verruga.

-Otro amigo mío -respondió Merlín, con su tono más doctoral- asegura que el lenguaje de las aves se basa en la imitación. Aristóteles también atribuye a la tragedia un origen imitativo. Arquímedes suspiró en profundidad y dijo resignadamente:

-Será mejor que nos lo contéis.

-Ocurre del modo siguiente -dijo Merlín-: El cernícalo se abate sobre un ratón, y el pobre animalillo, aterrado por aquellas garras, lanza un agónico grito: «¡Quiiii!» Luego, cada vez que el cernícalo avista a un ratón, exclama lo mismo, como imitación de lo que oyó antes. Otro cernícalo, tal vez la pareja del anterior, escucha ese grito, y al cabo de algunos millones de años, todos los cernícalos están llamándose de ese modo: «¡Quii-quii-quii!»

-No puede decirse eso de todas las aves -dijo Verruga.

-Pero sí de buena parte de ellas. Los halcones chillan como su presa; los ánades salvajes croan como las ranas que comen, y lo mismo hacen los alcaudones. Los mirlos y los zorzales chasquean igual que los caracoles, cuando les destrozan la concha con el pico. Las diversas clases de pinzones emiten el crujido de las semillas al abrirse, y el picamaderos imita el golpear sobre la madera, lo que le permite obtener los insectos de que se alimenta.

-¿Y los trinos?

-Las aves imitan sus llamadas, y a partir de ellas hacen las variaciones peculiares de cada especie.

-Comprendo -declaró Arquímedes, gravemente-. ¿Y qué hay respecto a mí?

-Bueno, ya sabes muy bien que la musaraña que persigues grita «¡Quiii-vic!». Por eso vuestros polluelos hacen «¡Quiii-vic!».

-¿Y los adultos? -inquirió el búho, sarcásticamente.

-Hacen «Jurúuu, jurúuu» -contestó Merlín, sin desconcertarse-. Es evidente, mi querido amigo, que se trata del sonido que hace el vientre en los agujeros donde prefieren dormir tus congéneres durante los inviernos.

-Comprendo -repuso Arquímedes-. Pero esta vez no se trata del grito de una presa, al menos.

-Vamos, vamos -repuso el mago-, en la vida existen otras cosas, aparte de la comida. Hasta las aves beben a veces, o se bañan en el agua. Son esos ruidos del líquido los que oímos en el canto del petirrojo.

-Vaya, parece que ya no se trata sólo de lo que se come, sino también de lo que se bebe, o lo que sirve para bañarse -apunto el búho.

-¿Por qué no?

-Está bien, está bien -dijo el ave, con resignación.

-Pues yo creo que se trata de una lección interesante -observó Verruga, para animar a su preceptor-. Pero, ¿cómo puede surgir un lenguaje, a partir de tales imitaciones?

-Lo repiten la primera vez -explicó Merlín-, y luego hacen variaciones. No parece que comprendáis el significado que tiene el tono y la frecuencia de la llamada. Si alguna dice «Qué hermoso día», otra le contesta «En efecto», y eso es todo. Pero a veces dicen «Qué *hermoso* día», variando el tono, y ello supone una expresión de afecto. Así es como los pájaros van desarrollando su lenguaje.

-¿Podríais decirnos -terció Arquímedes-, ya que tanto sabéis de nosotros, cuántas cosas podemos expresar las aves variando el énfasis de nuestras llamadas?

-Un gran número de cosas. Podéis decir «Quiii-vic» con tierno acento, o coléricamente, como desafío. Podéis gritarlo agudamente, como llamada,

si no sabéis dónde está vuestra pareja, o para atraer su atención sobre la presencia de extraños cerca del nido. Si yo me acerco mucho, entonces chillaréis «Quiiivic-quiiivic-quiiivic», llenos de angustia.

-Cuando se trata de reflejos condicionados -declaró Arquímedes-, prefiero hablar de los ratones.

-Está bien. Cuando los encontráis, hacéis otro sonido característico de los búhos, aunque no se mencione en los libros de ornitología. Me refiero a ese «Tac» que los seres humanos podemos hacer chasqueando con los labios.

-¿Y qué pretendemos imitar con eso?

-Evidentemente, el quebrar de los huesos del ratón -contestó el mago.

-Sois un gran profesor -dijo Arquímedes-, mas por lo que concierne a los pobres búhos, debo decir que no tenéis razón. Puedo asegurar, por experiencia personal, que no es como vos decís. Un sólo «tat» puede significar que hay peligro, y además, la clase de riesgo que se presenta. De ese modo puedo decir : «Cuidado con el gato», o «Cuidado con el halcón», y me entenderán con toda claridad.

-No lo niego -admitió Merlín-. Sólo me he referido a los rudimentos de vuestro lenguaje. Espero que me digáis los dos cuál es el ave cuyo canto no deba atribuirse originalmente a alguna clase de imitación.

-La chotacabras -dijo Verruga.

-Imita el zumbar de las alas del escarabajo -contestó Merlín, en seguida.

-El ruiseñor -manifestó Arquímedes, desesperado.

-Ah -repuso el mago, arrellenándose placenteramente en su asiento-, ahora vamos a tratar de imitar el conmovedor canto de nuestra bienamada Proserpina, cuando se encuentra animada.

-«Tiriu» -hizo Verruga, suavemente.

-«Pieu» -añadió el búho, con delicadeza.

-Música, música -manifestó el nigromante en un éxtasis, pero mostrándose incapaz de hacer la menor imitación.

-Hola -dijo Kay, al tiempo que abría la puerta de la estancia-. Siento llegar tarde a la lección de geografía. Estuve tratando de capturar algunos pájaros con mi arco. Mirad, he matado a un zorzal.

CAPITULO XVIII

Verruga estaba despierto en la cama, como le habían dicho que hiciera. Tenía que esperar hasta que Kay estuviese dormido, y entonces Arquímedes iría a buscarle para someterse a la magia de Merlín. Reposaba debajo de la gran piel de oso, y contemplaba a través de la ventana las estrellas del cielo nocturno de primavera, que ya no aparecían heladas y metálicas, sino como si las acabasen de lavar y se hubieran hinchado con el agua. Era una noche hermosa, y el cielo estaba totalmente despejado. Entre las estrellas, el firmamento parecía un terciopelo oscuro y espeso. Enmarcadas en la ventana del oeste, Aldebarán y Betelgeuse corrían en pos de Sirio, ya sobre el horizonte, y la estrella Cazadora, como un sabueso, observaba a su amo, Orión, que aún no había aparecido. También por la ventana penetraba el aromático olor de las flores, pues las grosellas, las fresas silvestres, los ciruelos y los espinos se hallaban en plena floración, y no menos de cinco ruiseñores estaban compitiendo en un concierto de melodías, entre las oscuras frondas de los árboles.

Verruga escuchaba cubierto a medias por la piel de oso, con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Todo aquello resultaba demasiado hermoso para poder dormirse. Siguió observando las estrellas en una especie de trance. Pronto llegaría el verano, de nuevo; podría dormir junto a las almenas, y contemplar esas estrellas justamente encima de su rostro, como si fueran luciérnagas, y « Vía Láctea, que parecía hecha con el polen de las flores. Imagino que iba hacia arriba, cada vez más alto, entre los astros, sin alcanzarlos nunca, sin dejar de remontarse, abandonándose calladamente a la suave velocidad de los espacios.

Aún estaba totalmente despierto cuando llegó Arquímedes.

-Ten, cómete esto -dijo el búho, y entregó a Verruga un ratón.

Verruga notó una sensación tan extraña, que cogió la presa sin protestar y se la llevó a la boca, como si no sintiera repugnancia. No le sorprendió notar que era un bocado excelente, con un jugoso sabor parecido al melocotón, aunque la piel no era tan sabrosa como el animalillo, claro está.

-Ahora será mejor que vueles un poco -dijo Arquímedes-. Hazlo desde la ventana al suelo de la habitación, para que te acostumbres, antes que nos marchemos.

Verruga, o el búho, saltó para encaramarse a la ventana, y en seguida notó el impulso que le proporcionaban sus alas. Aterrizó en el antepecho de la ventana con un golpe sordo, como suelen hacerlo las lechuzas y los búhos; pero no calculó bien la distancia, siguió un trecho y cayó afuera, al vacío.

«Ahora es cuando me rompí el cuello», pensó alegremente. Era curioso, pero no se tomaba la vida en serio. Vio que los muros desfilaban rápidamente, a su lado, y que el suelo y el foso crecían con gran rapidez. Dio unos aletazos, y la caída pareció detenerse, pero en seguida se reanudó. De nuevo aleteó, y notó la extraña sensación de ver la tierra oscilar debajo de él, en medio del silencio de la noche.

-Por todos los cielos -jadeó Arquímedes, balanceándose en el aire, a su lado- deja ya de volar como un picamaderos. No haces más que avanzar a empellones. Así no hay quien te siga.

-Si dejo de hacerlo -repuso Verruga-, me voy de cabeza contra el suelo.

-Necio, mueve las alas continuamente, como lo hago yo, en lugar de agitarlas a saltos.

Verruga hizo lo que le mandaban, y se sorprendió al ver que la tierra dejaba de balancearse debajo. Le pareció que ni siquiera se movía en el aire.

-Eso ya está mejor -dijo el búho.

-Es curioso cómo se ve todo -observó el muchacho, con aire maravillado, ahora que podía mirar a su alrededor.

Y lo cierto es que el mundo tenía un singular aspecto desde allí arriba. En cierto modo podía decirse que semejaba al negativo de una fotografía, pues alcanzaba a ver una raya más allá, en el espectro, de lo que percibe el ojo humano. Una cámara de rayos infrarrojos es capaz de tomar fotografías en la oscuridad, cuando nosotros no podemos ver, y también puede tomarlas a la luz del día. A los búhos les ocurre lo mismo, pues es inexacto que sólo puedan ver de noche. También lo hacen de día perfectamente, con la diferencia de que poseen la ventaja de apreciar las cosas de noche con toda claridad. Por lo tanto, es lógico que prefieran cazar cuando reina la oscuridad y muchos animalillos están a su merced. A Verruga, las verdes copas de los árboles le habrían parecido blanquecinas a la luz del día, como si estuvieran cubiertas por una floración de manzano, en tanto que ahora, por la noche, todo parecía diferente. Era como volar en un crepúsculo que redujera todo a sombras del mismo color.

-¿Te gusta?

-Muchísimo. ¿Sabes?, cuando era pez noté que en el agua había algunas partes que estaban más calientes y otras más frías. Lo mismo ocurre en el aire.

-La temperatura -dijo Arquímedes- depende de la vegetación que hay debajo. Tanto si son bosques como si es maleza, calientan el medio que está más arriba.

-Ahora comprendo por qué los reptiles que se cansaron de estar en el agua se transformaron en aves. Ciertamente, es mucho más entretenido.

-Ya empiezas a pensar con cordura -hizo notar Arquímedes-. ¿Te importaría que descansáramos un poco?

-¿Cómo se hace para posarse en tierra?

-Debes reducir la velocidad todo lo posible. Es decir, remóntate hasta que pierdas el impulso, y ya cerca del suelo te posas en él. ¿Nunca has notado cómo ascienden un poco los pájaros, antes de posarse? No caen directamente sobre la rama, sino que bajan un poco por debajo de ella, y luego suben. En el ápice del ascenso pierden velocidad y se posan.

-Pero los pájaros también descienden a la tierra. ¿Y qué me dices de los patos silvestres, en el agua? No pueden posarse de ese modo.

-Bueno, es perfectamente posible posarse en superficies llanas, aunque resulte más difícil hacerlo. Para ello es necesario deslizarse a la

velocidad mínima, y luego aumentar la resistencia al viento ahuecando las alas y bajando las patas y la cola. Habrás notado que pocos pájaros lo hacen con gracia. Fíjate cómo el cuervo da un golpe al caer, y cómo el ánade chapotea en el agua. Las aves que tienen alas en forma de cuchara, como la garza o el avefría, lo hacen mejor. Sin pecar de inmodesto, debo decir que nosotros, los búhos como las lechuzas o los mochuelos, no lo hacemos del todo mal.

-¿Y las aves de alas largas, como los vencejos? Seguramente serán los peores, pues no deben poder despegar desde una superficie plana, ¿verdad?

-La razón es diferente, aunque es cierto que les ocurre eso -dijo Arquímedes-. Pero, ¿es necesario que hablemos mientras volamos? Estoy comenzando a cansarme.

-Y yo también.

-Los búhos preferimos descansar cada cien yardas.

Verruga imitó a Arquímedes, para posarse hacia arriba en la rama que habían elegido. Comenzó a caer justamente cuando estaban encima, y se aferró a la rama en el último momento. Balanceóse de atrás adelante dos veces, y al fin se dio cuenta de que se había posado felizmente. Luego plegó las alas.

Mientras Verruga se quedaba quieto, admirando el panorama, su amigo procedió a hacer una disertación acerca del vuelo de las aves. Le contó que si bien el vencejo era tan diestro en el vuelo que podía dormir mientras se hallaba en el aire, y que si el mismo Verruga había mostrado admiración por las evoluciones de las cornejas, el pájaro que mejor volaba de todos era el avefría. Explicó las acrobacias que hacía, por el simple placer de hacerlas. Eran las únicas aves que consideraban una diversión el deslizarse desde una altura al suelo, con excepción del más viejo, alegre y hermoso de todos los pájaros, el cuervo.

Verruga prestó escasa atención a la conferencia, pues trataba de acostumbrar sus ojos a los extraños tonos de luz, al tiempo que observaba a Arquímedes con el rabillo de uno de sus ojos. Pues el otro búho, mientras hablaba, se dedicaba inconscientemente a espiar la presencia de una posible presa. Para hacerlo, Arquímedes tenía quietas las patas en las ramas, pero movía el cuerpo de un lado a otro, como la persona que en el cine tiene una señora gorda sentada delante y no sabe bien por qué lado debe mirar. Como al mismo tiempo Arquímedes podía volver la cabeza casi hasta quedar mirando a sus espaldas, cabe imaginarse que sus contorsiones eran dignas de ser observadas.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Verruga.

Pese a la pregunta, Arquímedes se marchó. En un momento había un búho hablando de avefrías, y un segundo más tarde el ave había desaparecido. Pero bastante más abajo de donde estaba Verruga posado, oyóse en seguida un golpe sordo y un crujido de hojas, mientras el proyectil aéreo caía en medio de la hojarasca.

Un minuto después el búho se hallaba junto a Verruga en la rama, picoteando un gorrión muerto.

-¿Puedo hacer eso? -preguntó Verruga, dispuesto a mostrarse sanguinario.

-En realidad no debes hacerlo -repuso Arquímedes-. El ratón mágico que te convirtió en búho es bastante para ti, por ahora. Además, has estado comiendo como ser humano todo el día, y ten en cuenta que los búhos no matamos por placer. Por último, me han encomendado la misión de que te instruya, y una vez que termine mi cena, eso será lo que haremos.

-¿Adonde piensas llevarme?

Arquímedes terminó con el gorrión, limpióse educadamente el pico en la rama, y volvióse a mirar de frente a Verruga. Aquellos ojos grandes y redondos tenían, como lo había expresado un famoso escritor, cierto fulgor luminoso semejante al de las uvas maduras.

-Una vez que hayas aprendido a volar -manifestó Arquímedes-, Merlín quiere que pruebes a ser un ganso salvaje.

El lugar que Verruga dominaba con la vista era absolutamente llano. En el mundo de los hombres raramente vemos extensiones llanas, puesto que los árboles, las casas y las desigualdades del terreno son algo habitual. Pero allí, en el vientre de la noche, el chato e infinito cieno era tan informe como un oscuro requesón. De haber sido arena húmeda, solamente, incluso habría tenido esas pequeñas marcas parecidas a olas, que se asemejan a la superficie del cielo de la boca.

En aquella vasta planicie imperaba un elemento, el viento. Pues era un elemento, realmente, con su dimensión y su oscuro potencial. En el mundo de los seres humanos el viento procede siempre de alguna parte y se dirige a otra. En este tránsito, pasa a través de algo, bien sean copas de árboles, calles o setos. Pero aquel viento que notaba Verruga no venía de ninguna parte, no atravesaba nada, y tampoco tenía un destino preciso. Siempre horizontal, silencioso tangible, infinito, su fuerza se ejercía toda sobre el cieno.

Verruga, dando la cara al viento, sintió como si no hubiese sido creado. Con excepción de la húmeda solidez bajo sus palmeadas patas, el chico vivía sobre la nada, en una sólida nada parecida al caos. Pero se había establecido un límite a aquel estremecedor vacío. Muy lejos, hacia el este, tal vez a una milla de distancia, había una fuente de sonido. Resultaba amenazadora, deseosa de cobrarse víctimas. Era el vasto, el inmisericorde mar.

Dos millas hacia el oeste, había tres puntos de luz formando un triángulo. Eran los débiles candiles de una cabaña de pescadores. Estos se habían levantado temprano para aprovechar la marea en las sinuosas caletas de la marisma salada, cuyas aguas, a veces, corrían en sentido contrario a las del océano. Esos eran todos los indicios de este mundo: el rumor del mar y las tres endebles lucecillas. Lo demás eran tinieblas, vastedad, monotonía, humedad, y en el seno de la noche, la corriente interminable del viento.

Cuando ya iba a amanecer, el muchacho se dio cuenta de que estaba descansando entre un vasto grupo de congéneres. Casi todos se hallaban sentados sobre el cieno, pero algunos ya se encontraban nadando en el agua,

algo más lejos de las rompientes. Los gansos que estaban en el barro parecían como grandes teteras, mientras que los que nadaban en el agua sumergían la cabeza *y* al sacarla la sacudían. Unos pocos, despertándose sobre el cieno, agitaban las alas vigorosamente. El profundo silencio comenzó a verse roto por la amistosa cháchara. Había unos cuatrocientos de ellos distribuidos por la parda vecindad. Los gansos salvajes de frente blanca son hermosas criaturas a las que una vez vistas de cerca, el hombre no puede olvidar.

Mucho antes de que el sol apareciese en el horizonte, habían comenzado a prepararse para el vuelo. Las familias de la nidada del año anterior se mezclaban entre sí, tal vez por orden de algún abuelo, alguna abuela, o de un jefe de grupo. Cuando todo estuvo dispuesto, pudo advertirse una leve nota de excitación en el parloteo de las aves, que comenzaron a mover la cabeza de lado a lado, con bruscos movimientos.

Luego, volviéndose de cara al viento, repentinamente echaron a volar en bandadas de treinta o cuarenta, con las alas batiendo en la negrura, y un graznido de triunfo que surgía de sus gargantas. Describían un amplio círculo y luego ascendían rápidamente, para perderse de vista en seguida. A veinte yardas por encima del suelo, ya eran invisibles en la oscuridad. Los que partían más temprano no se mostraban comunicativos. Por lo general, eran aves taciturnas antes de la salida del sol; sólo hacían observaciones ocasionales, o graznaban advertencias de una sola nota, si algún peligro amenazaba. En tal caso, toda la bandada ascendía verticalmente hacia el cielo.

Verruga comenzó a sentirse inquieto. El continuo despegue de las escuadrillas de aves le impulsaba a seguir el ejemplo, aunque estaba un poco atemorizado. Tal vez los grupos familiares se dieran cuenta de que era un intruso. Pero no quería continuar en solitario. Deseaba unirse a los demás y gozar del ejercicio del vuelo matinal, que tan grato parecía resultar. Aquellas aves tenían sentido de la camaradería, de la disciplina, y una evidente y contagiosa alegría de vivir.

Cuando el ganso que estaba al lado de Verruga extendió las alas, el muchacho le imitó maquinalmente. Ocho de sus vecinos habían estado sacudiendo los picos, y él hizo lo propio. Ahora, con esos mismos ocho gansos se encontró hendiendo el aire. En cuanto abandonó el suelo, el viento pareció desvanecerse. Su inquietud y violencia pareció haber sido cortada con un cuchillo. Estaba volando, y se sentía en paz.

Los ocho gansos se dispusieron en línea, ampliamente espaciados, quedando Verruga detrás. Dirigiéronse hacia el este, donde se había visto el tenue fulgor del amanecer, y ahora, ya más cerca, el denodado sol comenzó a elevarse.

Un destello anaranjado apareció en la oscura faja de nubes, situada más allá de la tierra. El glorioso color fue extendiéndose, y la marisma salada se hizo más visible debajo. Era una ciénaga informe que se había hecho marítima por accidente. Sus brezos, aun pareciendo tales, se habían emparejado con las algas hasta convertirse en brezos marinos, de resbaladizas frondas.

El sol, al elevarse, tiño el mercurio de las caletas y el fulgurante cieno. El chorlito, que había estado lanzando sus plañideras quejas desde mucho

antes de amanecer, echó a volar. La cerceta, que dormía sobre el agua, llegó silbando sus notas dobles. El ánade silvestre acudió volando trabajosamente contra el viento, desde tierra. Una nube compacta de estorninos giró en el aire produciendo un gran alboroto. La negra guardia de los cuervos se alzó desde los pinos de las dunas lanzando alegres graznidos. Aves de tierra de todas clases poblaban la línea de las mareas, llenándola de actividad y de belleza.

El amanecer, ese amanecer del mar, y la majestad de los ordenados vuelos, eran de una hermosura tan intensa que Verruga sintióse impulsado a cantar. Deseaba lanzar un canto a la vida, Y como un millar de gansos estaban volando a su alrededor, no tuvo que esperar demasiado.

Las filas de aves, girando como el humo en el cielo, mientras se enfrentaban con el amanecer, estallaron de pronto en cánticos de alegría. Cada bandada tenía su tono diferente, algunos joviales, otros triunfantes, otros sentimentales. El alba se anunció con sus heraldos, que cantaban así:

Oh tú, mundo que giras bajo nuestras alas,
Deja levantar al sol para que alegre nuestro canto.

Mira, en cada pecho, el escarlata, el bermellón,
Escucha de cada garganta los clarines.

Oye el rumor de los oscuros batallones,
Cuernos de caza, sabuesos y nobles caballos del alba y del cielo.

Libres, libres; lejos, lejos, sobre las batientes alas,
Vuela el Ansar albifrons, entonando su canto.

Verruga se hallaba ahora en un abrupto campo, a la luz del día. Sus compañeros de vuelo buscaban comida a su alrededor, entre la hierba, con movimientos laterales de sus suaves picos, doblando los cuellos en forzadas curvas, a diferencia de los cisnes, cuyos cuellos siempre trazan líneas graciosas. Mientras se alimentaban, uno de los del grupo se hallaba de guardia, con la cabeza en alto, parecida a una serpiente. Esas aves se apareaban durante el invierno, por lo que tendían a alimentarse por parejas, dentro del grupo familiar. La joven hembra que Verruga tuvo por vecina en las marismas, tenía un año de edad, y le miraba con ojos complacientes.

Por fin, la joven gansa dio un empujón a Verruga con el pico. Este se dio cuenta de que era ella la que había estado actuando de centinela.

-Tú vas ahora -dijo la gansa.

Luego el ave bajó la cabeza sin esperar respuesta alguna, empezó a comer, y se alejó de Verruga.

Este se colocó de centinela. No sabía bien lo que debía vigilar, si no eran las otras bandadas que picoteaban allá lejos. De todos modos, sintióse orgulloso de que le tuvieran confianza como para dejarle de centinela.

-¿Qué estás haciendo ahí? -le preguntó la gansa, cuando volvió a pasar, media hora más tarde.

-Hago de centinela.

-¡Vamos, no seas tonto! -respondió ella, riéndose jovialmente.

-¿Qué ocurre?

-Bien lo sabes.

-No, no lo sé -repuso él-. ¿He hecho algo malo? No te entiendo.

-Vamos, picotea al de al lado. Has estado haciendo guardia al menos durante el doble del tiempo que te correspondía.

Verruga hizo lo que le decían, y el ganso que se hallaba al lado de él asumió la vigilancia. Luego Verruga se acercó a la gansa y se puso a comer junto a ella. Picotearon entre las hierbas mirándose discretamente.

-Creerás que soy un estúpido -manifestó Verruga, tímidamente, y por vez primera confesó a un animal el secreto de su verdadera naturaleza-, pero es que en realidad no soy un ganso. Nací como ser humano. Este ha sido mi primer vuelo.

Ella se mostró discretamente sorprendida.

-Esto no es lo acostumbrado -dijo-. Los seres humanos suelen convertirse en cisnes. Los últimos que se transformaron fueron los Hermanos de Lir.

-He oído hablar de ellos.

-No les gustó. Eran unos nacionalistas y religiosos furibundos, como seres humanos, y como cisnes se pasaron todo el tiempo en torno a una capilla de Irlanda. Puede decirse que apenas si tuvieron en cuenta a los demás cisnes.

-Yo, en cambio, lo estoy pasando muy bien -manifestó Verruga.

-Eso me parece. ¿Para qué te han enviado?

-Para que perfeccionase mi educación.

Comieron un poco en silencio, hasta que Verruga recordó algo e inquirió:

-Oye, esos centinelas, ¿se deben acaso a que estamos en guerra?

La gansa no entendió la última palabra.

-¿Guerra? -preguntó.

-Sí. ¿Somos aves luchadoras?

-¿Luchadoras? -preguntó ella de nuevo-. Ah, sí. Los hombres suelen luchar por sus mujeres, y cosas de esas. Claro que sólo se trata de saber quién es el mejor de ellos. ¿Era eso lo que querías decir?

-No. Me refiero a luchas entre ejércitos, contra otros gansos, en nuestro caso.

Ella se mostró divertida.

-¡Qué ridiculez! -manifestó-. ¿Hablas de un montón de gansos, peleando todos a la vez? Bueno, creo que sería algo entretenido de ver.

El tono de voz de la gansa sorprendió a Verruga, que no había esperado esa observación.

-¿Dices que debe de ser entretenido ver cómo se matan unos a otros?-preguntó.

-¿Matarse unos a otros? ¿Un ejército de gansos matando a otros gansos?

Comenzó a entender lo que Verruga quería decir, y una expresión de disgusto apareció en su rostro. Entonces le abandonó, dirigiéndose a otra parte del campo, sin decir nada más. Verruga la siguió, pero ella le volvió la espalda. El dio una vuelta en torno a la gansa, para mirarla a los ojos, y se estremeció al verle la expresión, tan dolorida como si le hubiese hecho una proposición obscena.

-Lo siento -dijo Verruga-, es que no te comprendía.

-No es necesario que hables de eso.

-Lo lamento de veras.

Al cabo de un momento, Verruga añadió afligido:

-Creo que todos tenemos derecho a saber. Me pareció una pregunta natural, al ver a los centinelas.

Pero ella estaba muy enfadada.

-¡Calla de una vez! -exclamó-. ¡Qué horrible mentalidad debéis de tener! No debieras decir semejantes cosas. Y desde luego, tiene que haber centinelas. Hay halcones y gavilanes al acecho, y también zorros, armiños; y están los hombres, con sus redes. Esos son nuestros enemigos naturales. Pero, ¿qué seres pueden ser tan ruines como para ir en bandas a matar a otros de su propia sangre?

-Las hormigas lo hacen -manifestó Verruga, con aire obstinado-. Yo sólo trataba de aprender.

Ella se calmó, haciendo un esfuerzo por mostrarse bien predispuesta. Deseaba comprenderle, si era posible, pues se preciaba de ser una gansa culta.

-Yo me llamo Lyo-lyok -manifestó ella, al fin-, y tú puedes hacerte llamar Kii-Kua; de ese modo los demás creerán que vienes de Hungría.

-¿Acaso los que estáis aquí provenís de diferentes naciones?

-Las bandadas sí, desde luego. Hay algunas que vienen de Siberia, otras de Laponia, y puedo ver una o dos que han llegado de Islandia.

-¿Pero no luchan esas bandadas entre sí, por los mejores sitios de pasto?

-Mira que eres tonto. Entre los gansos no existen fronteras o límites.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿Cómo van a existir límites cuando se vuela? Esas hormigas de las que hablas, y los mismos seres humanos, dejarían de pelear si pudieran alzar el vuelo.

-La lucha -aseguró Verruga- es una actividad propia de caballeros. Me gusta luchar.

-Eso es porque aún eres una criatura.

CAPITULO XIX

Había algo de mágico en el tiempo y en el espacio, algo seguramente ordenado por Merlín, ya que Verruga tuvo la sensación de haber pasado muchos días y noches entre el pueblo gris, durante la única noche primaveral en que había dejado su cuerpo durmiendo bajo la piel de oso. Llegó a sentir afecto por Lyo-lyok -a pesar de que era una chica-, y no dejaba de hacerle preguntas relativas a los gansos. Ella le enseñó cuanto sabía, con gentil amabilidad, y cuanto más aprendía él, más llegó a apreciar el modo de ser noble, tranquilo e inteligente de la gansa. Ella le contó que cada uno de los gansos de su especie eran individuos que no estaban gobernados por leyes o dirigentes, sino cuando éstos surgían espontáneamente. No tenían reyes, como Uther, ni leyes, como las muy severas de los normandos. Tampoco poseían propiedades en común. Cualquier ganso que hallase algo grato para comer, lo consideraba como propio, y picotearía a otro que intentase arrebatárselo. Al mismo tiempo, no había ganso que hiciese reclamación alguna sobre terrenos en un lugar determinado, con excepción de su nido, que era su propiedad privada. También la gansa enseñó mucho a Verruga acerca de la emigración de las aves.

-El primer ganso -manifestó ella- que hizo el vuelo entre Siberia y Lincolnshire, para regresar de nuevo a Siberia, sin duda tenía establecida su familia en este último lugar. Luego, al llegar el invierno siguiente y tener necesidad de conseguir alimentos, debió de seguir el mismo itinerario, por ser el único que conocía. Seguramente le siguió su familia, que iba aumentando, año tras año, y le consideraban como su piloto y almirante. Cuando le llegó el momento de morir, evidentemente los mejores pilotos eran sus hijos mayores, que habían cubierto la ruta más veces que los demás. Los gansos más jóvenes y los polluelos quizá se hubiesen extraviado, y por ello siguieron sin vacilar a los mayores.

»Y he aquí cómo se elige a nuestro almirante -añadió la gansa. Tal vez Wink-wink se presente ante nuestra familia al llegar el otoño y nos diga: «Perdonadme, ¿tenéis entre los vuestros, por ventura, algún piloto digno de confianza? El pobre abuelo Cuac ha muerto entre los brezos, y el tío Onk ya no vale como guía. Estamos buscando alguno a quien seguir.» Entonces nosotros diríamos: «El tío abuelo se mostrará encantado de llevaros con nosotros; pero tened en cuenta que no nos hacemos responsables, si ocurre algo malo.» «Muchas gracias -respondería el otro- Estoy seguro de que vuestro tío abuelo es de fiar. ¿Os importaría que dijera esto a los Honks, que según he sabido se encuentran en la misma dificultad?» «No, en absoluto.»

»Y de ese modo -concluyó ella- fue como el tío abuelo se convirtió en nuestro almirante.»

-Es un procedimiento muy bueno.

-Mira sus galones -agregó la gansa, con tono respetuoso, y los dos contemplaron al majestuoso patriarca, cuyo pecho aparecía ciertamente manchado con unas barras negras que semejaban los galones dorados de la manga de un almirante.

Verruga se hallaba cada vez más interesado en la vida de los gansos. Los jóvenes se cortejaban descaradamente, o celebraban reuniones para elegir sus pilotos. También practicaban juegos, igual que niños excitados. Uno de estos juegos consistía en colocarse en un gran círculo, mientras los más jóvenes, en fila, se quedaban en el centro con la cabeza erguida, siseando. Cuando estaban a medio camino, cruzando el círculo, corrían la última parte agitando las alas. Con ello pretendían demostrar lo valientes que eran, y lo excelentes almirantes que iban a ser cuando creciesen. La bandada comenzó a sentirse inquieta. La extraña costumbre de golpear con el pico de lado, que era habitual en ellos antes de alzar el vuelo, se extendió entre todos. Los mayores y más sabios, que conocían las rutas migratorias, también se mostraron inquietos. Observaron con ojo atento las formaciones de nubes, y estudiaron la fuerza del viento y el lugar de donde procedían. Los almirantes, cargados de responsabilidad, pasearon, gravemente, como si se hallasen en cubierta.

-¿Por qué me siento inquieto? -preguntó Verruga-. ¿Por qué noto esta sensación en la sangre?

-Espera y verás -repuso ella, con tono misterioso-. Mañana, tal vez, o pasado mañana…

Cuando llegó el día se apreciaba una diferencia por la marisma y las extensiones de cieno. Aquel hombre, semejante a una hormiga en su pequeñez, y que se levantaba todas las mañanas al amanecer para realizar el tendido de sus redes, oyó en el cielo una llamada parecida a la de un cuerno de caza. No vio los millares de gansos en los llanos de cieno, ni en los campos de pasto. El hombre quedóse inmóvil, en actitud solemne, y se quitó el sombrero. Hacía esto casi religiosamente todas las primaveras, cuando los gansos salvajes se marchaban, y volvía a hacerlo al llegar el otoño, cuando veía llegar las primeras aves.

En un buque se tarda dos o tres días en cruzar el mar del Norte, unas horas interminables de bailotear en las viscosas aguas. Pero para los gansos, para los marinos del aire, para los trompeteros del cielo que dejaban atrás la tormenta, para aquellos misteriosos geógrafos que tenían cúmulos por suelo, en vez de agua, para ellos las cosas eran muy diferentes.

Las canciones que entonaban lo decían todo. Algunas eran vulgares, otras eran cantos de gestas, otras eran necias, como la que divertía a Verruga, y que decía:

Vagamos por el cielo lanzando nuestro Cronk
Y aterrizamos en los prados con un Plonk.
Hank hank, hink hink, honk honk.
Con Honk o Hink, gozamos de nuestro Plonk,
¡Hink, hank, honk!

Otra, de carácter sentimental era:

Libres y salvajes, libres y salvajes,
Venid ánsares a mí, a mí.

Y una vez, cuando pasaban sobre una isla rocosa poblada por millares de gansos barnaclas, que parecían solteronas con sus guantes negros y sus tocas grises, toda la bandada rompió a cantar burlonamente :

La tía barnacla se queda sentada,
la tía barnacla se queda sentada,
la tía barnacla se queda sentada,
Mientras nosotros pasamos de largo.
Gloria, gloria, allá vamos,
Gloria, gloria, allá vamos,
Gloria, gloria, allá vamos,
Hacia el Polo Norte de largo pasamos.

Una de las canciones escandinavas se llamaba «La bendición de la vida»:

Ky-yow afirmó: la bendición de la vida es la salud.
Pies palmeados, plumas derechas, cuello suave,
Ojo avizor:
Esas son las riquezas de la vida.
El anciano Ank repuso: El honor lo es todo.
Buscador de rutas y alimentos, creador de planes,
Sabio comandante:
De él la llamada escuchamos.
Lyo-lyok, la airosa, dijo: El amor nos conforta.
Suave plumón, grato contoneo, cálido nido,
Tierna mirada
Es lo que siempre perdura.
Aang prefería el alimento: ¡Ahí!, decía, ¡comer!
Grandes tragos, hierba cortada, buche hinchado:
Todo me llena de placer.
Wink-wink alababa la amistad, la encomiable
Fraternidad.
Bandada en fila, en escalón, en forma de flecha:
Eso conduce a la eternidad.
Pero yo prefiero las joviales risas que el aire estremecen.
El fuerte trompeteo, los alegres cantos,
La burla del mundo:
Es lo que prefiere Lyow, el cantor.

A veces, cuando los gansos bajan desde la altura de los cirros, Para aprovechar un viento favorable, se encuentran con los inmensos cúmulos, enormes torres de modelado vapor tan blancas como la ropa tendida los lunes, y casi tan sólidas como el merengue. Tal vez una de esas albas floraciones del cielo, uno de esos blancos excrementos de algún Pegaso gigantesco, se encuentre por delante de la bandada, a muchas millas de distancia. Entonces las aves ponen rumbo hacia él, viéndolo crecer cada vez más, en silencio, imperceptiblemente. Y cuando llegan al cúmulo,

cuando tienen la sensación de que van a estrellarse contra aquella aparente masa sólida, el sol se oscurece. Girones de niebla que se mueven como serpientes voladoras se enrollan en torno a las aves durante un instante. Una humedad grisácea las rodea, y el sol, como una moneda de cobre, termina por esconderse. Las alas vecinas se desvanecen, y cada uno de los gansos se siente abandonado en una fría soledad. Y allí parecen estar colgados como en el vacío, igual que si careciesen de velocidad y no hubiera nada arriba, abajo, a izquierda, o derecha, hasta que de pronto la moneda de cobre vuelve a refulgir y las serpientes se retuercen en convulsiones. Y al cabo, momentos más tarde, la bandada se encuentra de nuevo en el reluciente mundo, con un mar de turquesa debajo y el rocío del Edén brillando en su plumaje.

Vieron otras bandadas cuando pasaron por un islote rocoso del océano. Por encima cruzaron en fila india un grupo de cisnes de Bewick que se dirigían hacia Abisco, armando un gran alboroto, como una jauría de perrillos. Aquella isla solitaria era un paraje adecuado.

Era una tierra de aves. Todas estaban allí empollando, o peleando, aunque de forma amistosa. En la cima del risco, donde crecía un suave césped, había millares de pufinos ocupados en hacer sus madrigueras. Más abajo, en la Calle Picoagudo, los pájaros se amontonaban tan densamente, y en aristas tan estrechas, que debían mantenerse de espaldas al mar, aferrándose con fuerza a la roca. En la Calle de las Alcas, descendiendo aún más, estas aves anidaban con la cabeza vuelta hacia arriba, como hacen los tordos cuando están empollando. Por fin, abajo del todo, estaban los Arrabales de Gaviotas. Allí los pájaros que ponían un solo huevo se hallaban apelotonados en tan poco espacio, que cuando otra ave lograba posarse en la roca, alguna de las demás se caía por el borde. Y a pesar de ello estaban de buen humor, alegres y parlanchinas, bromeando entre sí.

Eran como una multitud de comadres disputando entre sí en la tribuna de un enorme estadio, comiendo de sus bolsas de papel, silbando al arbitro, cantando tonadas alegres, reprendiendo a sus pequeños y quejándose de los maridos. «Córrete un poco», decían. O bien, «Empuje a ésa, abuela»; «Guárdate el caramelo en el bolsillo, pequeñín, y suénate las narices»; «Vaya, ahí viene el tío Alberto con una botella de cerveza»; «¿Hay sitio para una?»; «Allá va la tía Emma; se ha caído por un borde»; «¿Tengo el sombrero derecho?»

Casi todas se agrupaban por familias, aunque había algunas forasteras. Aquí y allá, por la calle de las Alcas, se veían unas obstinadas gaviotas sentadas en un espolón de roca, decididas a hacer respetar sus derechos. Tal vez hubiera diez mil pájaros, y el ruido que hacían era ensordecedor.

Además, estaban los fiordos y las islas de Noruega. De una de estas islas, precisamente, el gran W. H. Hudson contó una historia real acerca de unos gansos, historia que puede hacer pensar a la gente. Había un granjero de la costa, nos dice, cuyas tierras se veían asoladas por las correrías de los zorros, al punto que resolvió poner una trampa. Al día

siguiente de haberla colocado fue a verla y halló a un viejo ganso salvaje cogido en ella, seguramente un Gran Almirante, por su reciedumbre y por las muchas barras de su pecho. El granjero liberó al ganso y se lo llevó a casa, le ató las alas, le vendó la pata herida y le dejó con los patos y las demás aves del corral. El granjero cerraba todas las noches el gallinero a causa de los zorros. Solía llegar al anochecer, y después de meter a las aves en el gallinero, cerraba bien la puerta. Después de un tiempo ocurrió algo curioso, y era que las gallinas, en lugar de tener que ser recogidas, le estaban ya esperando en el interior de la caseta. Una noche el granjero se puso a observar, y descubrió que el cautivo personaje había asumido la responsabilidad de reunir a las gallinas, habiendo observado cómo lo hacía el granjero. Todas las noches, a la hora de cerrar, el sagaz almirante se encargaba de sus domésticas compañeras, cuya jefatura había asumido. Los demás gansos salvajes, sus antiguos seguidores, no volvieron a anidar en aquella isla, de la que su capitán había desaparecido incomprensiblemente.

Por último, más allá de las islas, estaba la tierra de su destino. ¡Ah, qué murmullos de gozo y entusiasmo! Los gansos se dejaban caer desde el cielo de costado, y hasta en barrena, orgullosos de sí mismos y de su piloto, impacientes por gozar de los placeres familiares que allí les esperaban.

Llegaban planeando el último trecho del trayecto, con las alas curvadas hacia abajo. Luego seguía un suave golpe y se hallaban en el suelo. Mantenían las alas por encima de la cabeza durante un momento, y luego las plegaban con rápida y fácil limpieza. Así terminaba la travesía del mar del Norte,

-Bueno, Verruga -dijo Kay, con voz llena de exasperación- ¿piensas quedarte con toda la piel de oso? ¿Y se puede saber lo que estabas murmurando? También has roncado.

-Yo no ronco -contestó Verruga, indignado.

-Sí lo haces.

-No.

-Ya lo creo que roncabas. Parecías un ganso graznando.

-No es verdad.

-Sí lo es.

-Tú roncas mucho más.

-Mentira.

-Es verdad.

-¿Cómo puedo roncar más, si dices que tú no roncas nada?

Cuando al fin resolvieron este asunto, ya se había hecho tarde para el desayuno. Los dos chiquillos se vistieron rápidamente y salieron corriendo a encontrarse con el sol de primavera.



CAPITULO XX

De nuevo era la época de la siega. Merlín llevaba ya con ellos un año. El viento les había visitado, y luego nieve, y la lluvia y de nuevo el sol. Los muchachos parecían tener las piernas más largas, pero todo lo demás presentaba igual aspecto.

Transcurrieron otros seis años.

A veces llegaba de visita sir Grummore. Otras veces se veía al rey Pelinor, galopando por los contornos en pos de la Bestia, o con ésta detrás de él, cuando se armaban un lío. Cully perdió las franjas verticales del plumaje del primer año, y se volvió más gris, más hosco y más loco, distinguiéndose por unas líneas horizontales, donde había tenido las antiguas franjas. Los azores eran soltados todos los años, capturándose otros distintos al año siguiente. El cabello de Hob encaneció. El sargento de armas tenía ahora un voluminoso vientre y estuvo a punto de morirse de vergüenza, a causa de ello, pero siguió gritando «uno, dos», con voz más ronca, y en todas las ocasiones posibles. Nadie tenía deseos de cambiar más que los dos chicos.

Estos crecieron aún más. Seguían corriendo como potrillos alocados, igual que antes, iban de vez en cuando a ver a Robín Hood, y corrían aventuras demasiado complicadas para relatarlas aquí.

La paga de Merlín siguió siendo la misma, pues aun en aquellos días los adultos eran tan necios que no les parecía nada incesante ser transformados en búhos. Verruga asumió la personalidad de incontables animales. Por lo demás, durante las lecciones de esgrima, Kay y su compañero eran buenos oponentes para el sargento de armas, y en varias ocasiones le devolvieron con creces los mandobles que habían recibido de él.

Conforme iban creciendo, les iban haciendo más regalos consistentes en armas, hasta que llegaron a poseer armaduras completas y arcos de cerca de seis pies de largo, que disparaban flechas de una yarda. Por lo general, nadie tenía un arco más alto que su propia estatura, pues se consideraba que en tal caso se desperdiciaba una energía innecesaria, algo así como usar un fusil de matar elefantes para dar caza a una ardilla.

Con el correr de los años Kay se volvió más difícil de tratar. Siempre empleaba un arco demasiado grande para él -un modo de fanfarronear-, y ello le impedía disparar bien. Se mostraba iracundo con frecuencia, y retaba a todo el mundo a luchar contra él. En las pocas ocasiones en que se celebraba la pelea, resultaba vencido. Solía expresarse sarcásticamente, y tenía desesperado al pobre sargento, burlándose de su barriga. Cuando sir Héctor no se hallaba presente, Kay preguntaba irónicamente a Verruga por su padre y su madre. En realidad, este comportamiento no parecía gustarle, pero tampoco podía evitarlo.

Verruga, como un necio, seguía queriendo a Kay e interesándose por los pájaros.

Merlín parecía más joven cada año que pasaba, lo cual era cierto, puesto que vivía al revés en el tiempo.

Arquímedes se casó y tuvo varios graciosos pequeñuelos emplumados, que habitaron con él en la torre.

Sir Héctor comenzó a sufrir de ciática. Tres árboles fueron abatidos por el rayo. William Twyti se presentó todas las Navidades, sin falta, y todos escucharon los versos de maese Passelewe acerca del rey Cole.

Pasaban los años con regularidad, y la nieve de la vieja Inglaterra seguía cayendo como es debido, viéndose a veces un petirrojo en una esquina del panorama, y una ventana iluminada en la otra esquina. Por último, casi llegó el tiempo de la iniciación de Kay para la ceremonia de armarle caballero. Conforme se acercaba el día, los dos muchachos parecían distanciarse cada vez más, pues Kay no deseaba relacionarse con Verruga en los mismos términos, no fuera él a perder dignidad al tratarse íntimamente con su escudero. Verruga, destinado a ser el escudero, seguía desconsolado a Kay cuando éste se lo permitía, o bien procuraba, dentro de su tristeza, distraerse lo mejor que podía.

Un día, en la cocina, se dijo:

«Bueno, ahora soy una especie de Cenicienta. Aunque por alguna razón que ignoro tuve suerte y he recibido una buena educación, ahora debo pagar con creces el placer de haber visto aquellos hermosos dragones, y las hechiceras, los peces, los cameleopardos, los gansos salvajes y lo demás. Me he convertido en un caballero de segunda clase, en un escudero que debe sostener la lanza para Kay, mientras él se prepara para las justas. En fin, he pasado buenos momentos, y al fin y al cabo no es tan malo ser la Cenicienta en una cocina que tiene una chimenea tan grande como para asar en ella a un buey entero.»

Y Verruga echó un vistazo con apenado afecto por la cocina, cuyas paredes, bajo el resplandor de las llamas, parecían las del infierno.

La educación de cualquier caballero cultivado, en esos tiempos, pasaba por tres grados: paje, escudero y caballero, y al menos Verruga había pasado ya por los dos primeros. Como paje, Verruga aprendió a poner la mesa con tres manteles y un paño, a llevar la carne desde la cocina, a servir a sir Héctor y a sus huéspedes flexionando una rodilla y llevando una servilleta limpia sobre el hombro, por cada comensal que hubiera, y otra, además, para limpiar las fuentes.

Le habían enseñado todas las nobles artes de la servidumbre, y desde que alcanzaba a recordar apreció gratamente con el olfato el aroma de la menta-empleada para refrescar el agua de los aguamaniles-, o la albahaca, la camomila, el hinojo y la lavanda, así como el azafrán, el anís y el estragón, especias que daban mejor gusto a los manjares que él servía. Así se acostumbró a estar en la cocina, que podía visitar en cualquier momento, aparte el hecho de que siendo amigo de todos le acogían con agrado en cualquier sitio.

Sentóse Verruga ante la enorme chimenea y echó un vistazo a su alrededor con cierto placer. Contempló los largos espetones de los asadores, que tantas veces había hecho girar cuando era pequeño, sentado detrás de un viejo bloque de paja que humedecía con agua para no tostarse él mismo. Ahora se le hacía agua la boca mientras observaba los preparativos para la cena de la noche: una cabeza de jabalí con un limón en las fauces y almendra molida en los carrillos, que sería servido a los

acordes de las trompetas; una especie de pastel de puerco con jugo ácido de manzana, natillas con mostaza, muchas zancas de ave, y gachas con leche. «Después de todo -se dijo Verruga, suspirando-, no es tan malo ser criado.»

-¿Todavía suspirando? -preguntó Merlín, que había aparecido sin saberse de dónde-. Lo mismo te ocurrió aquel día que fuimos a ver la justa del rey Pelinor.

-Pues sí -dijo Verruga-, suspiro por una razón parecida. Pero en realidad no tengo por qué preocuparme. Estoy seguro de que seré mejor escudero que caballero.

-Eso está bien -repuso el mago-. Sólo los necios quieren ser importantes.

-Kay no ha querido contarme qué pasa cuando arman a alguien caballero. Dice que es algo sagrado. ¿Podéis decirme qué sucede?

-Es un asunto complicado. En primer lugar, el futuro caballero debe desnudarse y sumergirse en un baño cromático. Mientras está dentro, dos caballeros experimentados, probablemente sir Héctor designe al viejo Grummore y al rey Pelinor, toman asiento al borde del baño y dan una conferencia al novicio acerca de los ideales caballerescos. Una vez que han hecho esto, derraman un poco de agua del baño sobre la cabeza del candidato y le hacen la señal de la cruz. Entonces se le conduce a un lecho limpio para que se seque. Le visten a continuación como un monje y le llevan a la capilla, donde permanece despierto toda la noche, velando su armadura y diciendo plegarias.

La gente asegura que esta vigilia es algo terrible, aunque el futuro caballero no está solo, pues le acompañan el vicario, el hombre que cuida los candelabros, y un guardia armado. También es probable que tú, como escudero de Kay, puedas estar con él. Por la mañana le llevan a su alcoba, a que eche un buen sueño, una vez que ha oído misa y comulgado, y ofrecido un cirio con una moneda adherida a éste, tan cerca como sea posible de la llama, y cuando ya ha descansado le visten con las mejores galas para la comida. Antes de ésta se le conduce al salón, donde estarán las espuelas y la espada, ya preparadas, y entonces un caballero, que puede ser el rey Pelinor, le coloca la primera espuela; otro, Grummore, la segunda; y luego, sir Héctor le ciñe la espada, le abraza, le toca en el hombro con la espada y dice «Sed buen caballero».

-¿Eso es todo?

-No. Se vuelve a la capilla de nuevo, y Kay ofrece su espada al vicario, el cual se la devuelve. Entonces nuestro buen cocinero le detiene en la puerta y exige las espuelas como recompensa, y dice: «Conservaré estas espuelas para vos, y si en cualquier momento no os comportáis como un caballero de verdad debe hacerlo, las dejaré caer en la sopa.»

-¿Y ése es el final?

-Sí, contando el banquete que sigue luego.

-Si me armasen caballero a mí -dijo Verruga, contemplando con aire soñador el fuego-, insistiría en que me dejasen velar solo, como Hob hace con sus halcones, y rogaría a Dios que me permitiese enfrentarme solo con todo el mal del mundo, de modo que si triunfase no hiciese más mal, y si saliese derrotado sería el único en sufrir por ello.

-Eso denotaría una gran presunción por tu parte -aseguró el mago-. Y serías derrotado, y sufrirías por ello.

-No me importaría.

-Ya lo veremos, si ocurre.

-¿Por qué las gentes cuando son adultas, no piensan como yo, ahora que soy joven?

-Dios mío -manifestó Merlín-, estás haciendo que me sienta confuso. Quizá será mejor que esperes a crecer para que sepas la razón de eso.

-No creo que sea ésta una respuesta adecuada -contestó Verruga.

Merlín se retorció las manos.

-Bien, de todos modos -declaró-, imagina que no te dejasen luchar contra el mal.

-Lo pediría, al menos.

-Claro, lo pedirías -repitió Merlín.

El anciano se metió la punta de la barba en la boca, miró con gesto desesperado el fuego y comenzó a mordisquearse los pelos con fiereza.



CAPITULO XXI



onforme se iba acercando el día de la ceremonia, cuando ya se habían enviado las invitaciones al rey Pelinor y a sir Grummore, Verruga se iba retirando cada vez más a la cocina.

-Vamos, Verruga, muchacho -dijo sir Héctor, bonachonamente-. No creí que lo fueras a tomar tan mal. Es una pena que te aflijas de ese modo.

-No me apeno -repuso Verruga-. No me disgusta lo que ocurre. Por el contrario, me alegra que Kay vaya a ser armado caballero.

-Eres un buen chico. Sé que no estás apenado, pero trata de alegrarte un poco. Ya sabes que Kay no es mal muchacho, a su manera.

-Kay es una magnífica persona -dijo Verruga-. Y si no estoy contento es porque ya no quiere salir de caza ni hacer nada más conmigo.

-Es el momento por que atraviesa -aseguró sir Héctor-. Todo se arreglará.

-Estoy seguro de ello. Comprendo que no quiera salir conmigo, por ahora, y por eso no insisto. Pero en cuanto me lo mande iré con él y haré lo que me pida.

-Tómate unos sorbos de este vino, y ve a ver al viejo Merlín, por si puede alegrarte un poco.

Así lo hizo el muchacho, y cuando estuvo ante el mago declaró:

-Sir Héctor me ha dado un vaso de vino y me dijo que viniese con vos, por si podíais alegrarme.

-Sir Héctor es un hombre muy sabio -afirmó Merlín. .-Bien, ¿podéis hacer algo?

-Lo mejor contra la tristeza es aprender algo. Es un remedio que no falla. Puedes hacerte viejo, con temblorosa anatomía; puedes yacer despierto por las noches, escuchando el desordenado rumor de tus arterías; puedes perder el único amor de tu vida, puedes ver el mundo devastado a tu alrededor por locos malvados, o advertir que seres mezquinos hunden tu honor en las cloacas. Sólo hay algo que mitigue esos pesares: aprender. Aprender por qué el mundo se mueve, y qué es lo que le impulsa. Estudia, eso es lo que te conviene. Mira todo lo que hay que aprender: la ciencia pura, lo más bello que existe. Puedes aprender astronomía en una vida, historia natural en tres, y literatura en seis. Y luego, una vez que hayas empleado un millar de vidas en el aprendizaje de la biología, la medicina, la teología, la historia, la geografía y la economía, entonces será el momento en que puedas comenzar a hacer una carreta con la madera adecuada, o podrás pasar cincuenta años aprendiendo a batir a tus adversarios en la esgrima. Luego, a empezar de nuevo con las matemáticas, y después será tiempo de que aprendas a arar.

-Aparte de todo eso -dijo Verruga-, ¿qué es lo que me sugerís en este momento?

-Veamos -repuso el mago, pensativamente-. Hemos tenido sólo seis años para eso, y en dicho plazo creo que te has visto transformado en muchas

clases de animales, vegetales, minerales, y demás. En muchos elementos de la tierra, del aire, del fuego y el agua. ¿No es cierto?

-Sin embargo, creo que no sé demasiado acerca de los animales y de la tierra.

-Entonces será mejor que conozcas a mi amigo el tejón.

-Nunca conocí a un tejón.

-Con excepción de Arquímedes -aseguró Merlín- el tejón es el animal más culto que conozco. Te gustará.

El mago fue a iniciar su conjuro, pero en ese instante se detuvo y agregó:

-A propósito, hay una cosa que debo decirte. Esta es la última vez que puedo convertirte en algo. Toda la magia de ese tipo ha sido ya utilizada, y con esto concluirá tu educación. Cuando Kay haya sido armado caballero, mi tarea habrá terminado. Deberás salir con él por el ancho mundo, para ser su escudero, y yo me marcharé por otro lado. ¿Crees haber aprendido algo, junto a mí?

-He aprendido mucho, y he sido feliz.

-Perfectamente -dijo Merlín-. Trata de recordar lo que has estudiado.

Prosiguió con el conjuro, apuntó con su varilla de *lignum vitae* hacia la Osa Menor, que acababa de empezar a brillar en el firmamento, como si colgase de la Estrella Polar por la cola, y dijo alegremente:

-Pásalo bien, en esta última transformación. Ahora, conviértete en tejón.

La llamada llegaba desde lejos, y Verruga se encontró de pie al lado de un antiguo montículo, semejante a una enorme madriguera de topo, que presentaba un oscuro agujero justamente delante de donde él se hallaba.

«El tejón habita aquí -se dijo a sí mismo-, y yo debo ir y hablar con él. Pero no lo haré. Ya ha sido penoso no llegar a ser caballero, y ahora mi querido preceptor dice que lo único interesante de que disponía me será negado también, y no habrá más sesiones de historia natural. Muy bien, dispondré de una noche más para disfrutar, antes de que todo acabe, y puesto que soy ahora un animal salvaje, me comportaré precisamente como tal.»

Así pues, avanzó fieramente sobre el fulgor blanquecino de la nieve, ya que era invierno.

Cuando uno se encuentra desesperado, una de las mejores cosas que se puede ser es tejón. Como pariente de las nutrias y comadrejas, es el animal más cercano al oso que ahora queda en Inglaterra, y su piel es tan gruesa que poco le importa quién pueda morderle. Por lo que respecta a la mordedura del propio tejón, las mandíbulas de éste se hallan conformadas de tal forma que resulta imposible dislocarlas, debido a lo cual por mucho que se retuerza la presa que tiene aferrada con los dientes, no hay razón para que la suelte. Los tejones son unas de las pocas criaturas capaces de comerse a un erizo despreocupadamente, del mismo modo que pueden comerse cualquier otra cosa, desde nidos de avispa hasta raíces o crías de conejos.

Así ocurrió que un erizo dormido fue lo primero con que tropezó Verruga.

-Cerdo espinoso -dijo, observando a su víctima con ojos velados y miopes- voy a comerte.

El erizo, que había ocultado sus brillantes ojillos, como pequeños botones, y la cálida y sensible nariz dentro de su ovillo, y que había adornado sus espinas con una colección de hojas y briznas de dudoso gusto, antes de echarse a dormir todo el invierno en su herboso nido, se despertó y quejóse con voz plañidera.

-Cuanto más chilles -dijo Verruga-, peor será. Eso me hace hervir la sangre en las venas.

-Oh, amo tejón -clamó el erizo, manteniéndose bien enrollado-, buen amo tejón, ten piedad de este pobre erizo y no seas cruel. No resulta un buen bocado. Merced, amable señor, para un desvalido animal que no sabe diferenciar su pata derecha de la izquierda.

-Erizo -repuso Verruga, implacable-, es inútil que implores una o diez veces.

-¡Ay de mi pobre mujer y de mis pequeños!

-Apostaría a que no los tienes. Vamos, tramposo, prepárate a enfrentarte con tu sino.

-Amo tejón -suplicó la infortunada bestezuela-, no me devores. Apiádate de los ruegos de un pobre erizo. Concede el don de la vida a este pobre ser, y te cantará dulces canciones.

-¿Tú cantas? -preguntó Verruga, interesado.

-Así es -gimió el erizo, y en seguida comenzó a entonar rápidamente unas estrofas con voz apaciguadora, aunque un tanto sofocada, pues no osaba deshacer su ovillo.

-*Oh, Genoveva* -cantó plañideramente, casi para su estómago-, *dulce Genoveva,*

Tus días pueden venir,
Tus días pueden marchar,
Pero aún la luz del recuerdo
Agita esos suaves sueños
De los tiempos que pasaron.

También cantó, sin concederse una pausa entre las diferentes canciones, *Hogar dulce hogar,* y *El viejo y rústico puente del molino.* Luego, como sin duda había concluido ya su repertorio, el pobre erizo lanzó un profundo suspiro y comenzó de nuevo con *Genoveva,* siguiendo con *Hogar dulce hogar* y con *El viejo y rústico puente del molino.*

-Basta, deja ya de cantar -dijo Verruga-. Está bien, no te comeré.

-Misericordioso amo -susurró el erizo, humildemente-, rogaremos a todos los santos que te bendigan y te proporcionen suculentos bocados.

Entonces, temiendo que aquel trozo de prosa pudiera haber endurecido de nuevo el corazón del tirano, se lanzó jadeante a entonar *Genoveva* por tercera vez.

-¡Te digo que dejes ya de cantar! -exclamó Verruga-. y puedes desenrollarte, que no te voy a hacer ningún daño. Vamos, pequeño y necio erizo, cuéntame dónde aprendiste esas canciones.

-Resulta fácil decir que me desenrolle, amo tejón -repuso el erizo temblando-, pero sé que en cuanto vieras mi pequeña nariz, desprovista de espinas, tal vez se acabarían tus buenas intenciones. Cantemos un

poco de nuevo, amo tejón. ¿Te parece bien lo del viejo puente junto al molino?

-No quiero escucharlo más. Cantas muy bien, pero estoy cansado ya de eso. Desenróllate, idiota, y cuéntame dónde aprendiste a cantar.

Yo no me enrollo como los demás erizos -aseguró el pobre animal, tan apelotonado como siempre-. Me resulta difícil deshacerme. Ah, no me muerdas el tierno cuerpo, amo tejón, tú que eres todo un caballero. Yo también conocí a otro caballero, un ser humano, que en su casa me daba de comer en una fuente de porcelana.

-¿Cuál era el nombre de ese caballero?

-Era un caballero, desde luego. No tenía un nombre como para acordarse, pero era un señor de barba blanca, que me daba de comer en una fuente de porcelana.

-¿Se llamaba Merlín, acaso? -preguntó Verruga.

-Ese era su nombre. Un nombre muy bonito, pero yo nunca pude acordarme muy bien de él. Sí, Merlín se llamaba, y me daba de comer en una fuente de porcelana, como sólo podía hacerlo un caballero.

-Deshaz tu ovillo, erizo -dijo Verruga-. Yo conozco a ese hombre que te tuvo en su casa, y hasta creo que te he visto, cuando eras una cría con pelaje de algodón, allá, en su cabaña. Mira, erizo, lamento haberte asustado. Ahora somos amigos, y quiero ver tu nariz gris y húmeda, como en los viejos tiempos.

-Me alegra que me recuerdes -dijo el erizo, sin abandonar su obstinada postura-, pero ahora será mejor que sigas tu camino, amo tejón, y que dejes a este pobre animal proseguir con su sueño invernal.

-No seas necio, no pienso hacerte daño alguno, porque te conocí cuando eras pequeño.

-Ah, los tejones -clamó el erizo, para su estómago-; salen a cazar, sin intenciones de matar, Dios nos asista, pero luego cambian de parecer. Yo conocí a uno que tenía el amo Merlín, y que estaba siempre corriendo tras sus talones, chillando «¡Yik, yik> yik!», cuando quería que le diesen de comer. Sí, cómo gritaba. Es un asunto delicado, el tratar con los tejones, puedo asegurártelo.

-No, no digas nada -añadió el erizo, antes de que Verruga pudiese intervenir-. Nuestro punto más débil es la nariz. La menor herida puede causarnos la muerte, amo tejón. ¡Y tú me pides que deshaga mi ovillo!

-Está bien, no te desenrolles -contestó Verruga, resignadamente-. Lamento haberte despertado, amigo, y haberte asustado también. Creo que eres un erizo muy simpático, y me ha alegrado el haberte encontrado. Puedes volver a dormirte, como cuando te encontré, y yo iré a buscar a mi amigo el tejón. Buenas noches, erizo, y que tengas suerte entre la nieve.

-Es fácil decir buenas noches -murmuró el animalillo, con voz plañidera-, cuando no se sabe lo que puede ocurrir en un momento, o al siguiente. ¡Ah, qué triste mundo! Pero en fin, yo también te deseo que pases buenas noches, amo tejón.

Y diciendo estas palabras el humilde animal se enrolló aún más de lo que estaba, emitió unas débiles quejas, y volvió a entrar en el reino de los sueños mucho más profundamente que otros seres, ya que el sueño invernal es más largo e intenso que el de una sola noche.

«Bien -pensó Verruga-, ciertamente que se libra de sus penas con rapidez. Es asombroso que se haya dormido de nuevo tan de prisa. Apostaría a que sólo estaba despierto a medias, y que cuando llegue la primavera creerá que todo lo ocurrido fue tan sólo un sueño.»

Verruga observó la sucia pelotita cubierta de hojas y hierbas, hecha un ovillo dentro de su madriguera, y tras lanzar un gruñido, sacó la cabeza del túnel y se dirigió a ver al tejón, siguiendo las alargadas huellas que aparecían impresas en la nieve.

-De modo que Merlín te ha enviado para que me vieras, ¿verdad? -dijo el tejón-. Y lo hizo para que terminaras de educarte. Pues bien, sólo puedo enseñarte dos cosas: a excavar en la tierra, y a amar tu hogar. Ese es el fin de mi filosofía.

-¿Puedes enseñarme tu casa? -preguntó Verruga.

-Desde luego -repuso el tejón-, aunque no suelo usarla mucho. Es un sitio muy viejo y feo, y demasiado grande para un soltero. Creo que algunas partes de la madriguera tienen cerca de un millar de años. Allí habitan cuatro familias de tejones, al menos, entre los sótanos, las habitaciones y los desvanes, y hay veces que Pasan meses sin que nos encontremos. A vosotros, las gentes modernas, supongo que os parecerá un lugar estupendo.

Y comenzó a internarse por los túneles del misterioso lugar, con el extraño paso del tejón, mientras la blanca máscara con rayas negras de su rostro parecía emitir un brillo fantasmal en la oscuridad.

-Es por este pasadizo -manifestó-. Si quieres lavarte un poco, antes…

Los tejones no son como los zorros. Tienen un recinto especial donde colocan los huesos roídos y demás desperdicios, así corno retretes de tierra y alcobas cuyos lechos arreglan con frecuencia, para mantenerlos limpios. Verruga mostróse encantado con lo que vio. Le admiró sobre todo el gran vestíbulo, que era la estancia central del gran montículo y que recordaba el salón de un colegio o de un castillo. A este salón daban numerosos corredores y estancias distribuidos radicalmente. Era en cierto modo parecido al diseño de una tela de araña, y el gran vestíbulo era un lugar común a todos los habitantes de la madriguera, en vez de pertenecer a un solo grupo familiar. El tejón la llamó la Sala de Comunicación. Colgando de las paredes había antiguos cuadros de tejones ya desaparecidos que se hicieron famosos en su tiempo por su sabiduría o por sus hazañas. Cada uno de los cuadros estaba iluminado desde arriba por una luciérnaga. Había unos imponentes sillones con el escudo de armas de los tejones grabado en oro sobre los respaldos, que estaban hechos de cuero español, así como un retrato del Fundador sobre la chimenea. Los sillones se hallaban dispuestos en semicírculo en torno al hogar. Delante se veían unas pantallas de caoba para resguardarse el rostro del calor de las llamas. Algunas túnicas oscuras colgaban de unos percheros. Todo daba la impresión de ser sumamente antiguo.

-Estoy soltero por el momento -dijo el tejón con tono de disculpa, cuando tomaron asiento en la alcoba de aquél, que estaba empapelada con papeles de colores-. Sólo dispongo de un sillón, así que puedes sentarte en la cama. Considérate como en tu casa, amigo. Mientras yo preparo un ponche, cuéntame cómo van las cosas por ese mundo.

-Más o menos como siempre. Merlín se encuentra bien, y a Kay le armarán caballero la próxima semana.

-Una ceremonia interesante.

-Qué enormes brazos tienes -dijo Verruga, observando al otro cuando agitaba la bebida-. Y ahora que me doy cuenta, yo también tengo unos brazos muy fuertes.

Y se miró sus propios miembros. Casi podía decirse que era un poderoso torso del que salían un par de brazos potentes y robustos como unos muslos.

-Nos salen así de excavar con ellos -repuso la sensata criatura, con satisfacción-. Creo que el topo y nosotros somos los mejores cavadores que existen.

-Me encontré con un erizo, ahí afuera.

-¿Es que no lo sabes? -dijo el otro tejón-. Se rumorea que los erizos producen la peste porcina y la glosopeda.

-A mí me pareció un erizo simpático.

-Sí, tienen una especie de atractivo patético. Me gustaría no hacerlo, pero a veces resulta irresistible el crujido que producen cuando se los come. Los egipcios -y al nombrarlos el tejón se refería a los egiptanos o gitanos- también son muy aficionados a comer erizos.

-El mío no quiso desenrollarse.

-No tenías más que meterle en agua, y al momento te hubiese enseñado la barriga. Ven, el ponche está preparado. Siéntate junto al fuego y ponte cómodo.

-Resulta muy grato estar aquí dentro, con la nieve y el viento que hay afuera.

-En efecto. Brindemos porque tenga suerte Kay, el nuevo caballero.

-Buena suerte para Kay.

-Bien -dijo el tejón, depositando su vaso mientras lanzaba un suspiro-. ¿Qué es lo que le habrá picado a Merlín, para que te enviara conmigo?

-Deseaba que aprendiese -repuso Verruga.

-Ah, si es eso lo que buscas, has llegado al sitio adecuado. Pero, ¿no te parece eso algo aburrido?

-Unas veces me lo parece, y otras no. En general, soporto bastante bien el estudio, sobre todo si se trata de historia natural.

-Justamente estoy escribiendo ahora un ensayo -contestó el tejón, tosiendo modestamente-, en el que explico la razón de que el hombre se haya convertido en el amo de los animales. ¿Quieres que te lo lea? Es para mi tesis doctoral -agregó rápidamente el tejón, antes de que Verruga pudiese protestar. No tenía muchas ocasiones de leer sus ensayos a las amistades, y por ello aprovechaba ahora la oportunidad que se le presentaba.

-Bueno, muchas gracias -repuso Verruga.

-Te beneficiará oír ese escrito, muchacho. Con ello se redondeará tu educación. Has estudiado los peces, las aves y otros animales, y ahora lo terminas con el Hombre. ¡Has tenido suerte, al venir aquí! Pero, ¿dónde demonios habré puesto yo el manuscrito de mi ensayo?

El viejo tejón rebuscó por allí con sus grandes zarpas, hasta que dio con un sucio rollo de papeles, uno de cuyos extremos había sido utilizado para encender algo. Luego tomó asiento en su antiguo sillón de cuero, que tenía una profunda depresión en el centro púsose un birrete de terciopelo con una borlita, y extrajo un par de quevedos, que se colocó a caballo sobre la nariz.

-Ejem -hizo el tejón.

Inmediatamente sintióse paralizado por la vergüenza, y se sonrojó mientras manoseaba los papeles, incapaz de comenzar.

-Adelante -dijo Verruga.

-Bueno, tal vez esto no esté muy bien -repuso el tejón, tímidamente-. No es más que un borrador, ¿sabes? Tengo que cambiar muchas cosas, antes de publicarlo.

-Estoy seguro de que debe ser interesante.

-No, no. Es muy poco importante. Se trata de una idea que esbocé en sólo media hora, por pasar el rato. De todos modos, voy a leerla. ¡Ejem! -volvió a carraspear el tejón, después de lo cual adoptó una terrible voz de falsete, y comenzó a leer con toda rapidez.

«La gente suele inquirir -leyó-, como pregunta ociosa, si el proceso de la evolución comenzó con la gallina o con el huevo. ¿Había surgido primero un huevo, del que nació la primera gallina, o fue una gallina la que puso el primer huevo? Yo me siento inclinado a asegurar que el huevo fue lo primero en ser creado.

«Cuando Dios hubo hecho todos los huevos, de los que debían salir los peces, los reptiles, las aves, los mamíferos y hasta el ornitorrinco, entonces el Creador llamó ante sí a los embriones, y vio que eran buenos.»

-Tal vez deba explicarte -aclaró el tejón, alzando la vista y mirando nerviosamente a Verruga, por encima de sus gafas- que todos los embriones tienen un aspecto semejante. Son lo que uno es antes de nacer, y tanto si está uno destinado a ser un renacuajo, como un pavo real, un cameleopardo o un hombre, cuando se es embrión todos tienen el mismo aspecto repulsivo de rudimentario ser humano. Continúo leyendo:

«Los embriones se colocaron delante de Dios, con sus endebles manos cruzadas cortésmente sobre el vientre, y las grandes cabezas inclinadas en actitud respetuosa, y el Hacedor les dijo: «Bien, embriones, aquí estáis, todos con el mismo aspecto, y Nos os daremos la ocasión de elegir lo que queráis ser. Cuando crezcáis tendréis mayor tamaño; pero debo decir que nos complacemos otorgándoos otro don, asimismo. Podéis cambiar cualquier parte de vuestro ser, si lo consideráis útil para vuestra vida posterior. Por ejemplo, en este momento no podéis excavar en tierra. Todo aquel que desee transformar sus manos en palas u horcas de huerto puede hacerlo. Por decirlo de otro modo, en este momento sólo disponéis de la boca para comer. Aquel que quiera transformar su boca en un arma ofensiva, queda autorizado para ello, y podrá ser cocodrilo o lobo. Ahora podéis hacer vuestra elección libremente, pero recordad que una vez decididos seréis lo que elegisteis, y tendréis que conformaros con ello.

«Los embriones reflexionaron profundamente y luego, uno por uno, fueron adelantándose hacia el trono eterno. Se les permitió dos o tres especializaciones, de modo que algunos eligieron tener los brazos como

artefactos voladores, y las bocas como armas, o como instrumentos para partir o perforar, en tanto que otros quisieron tener un cuerpo que flotase en el agua y unas patas que le impulsaran a modo de remos. Nosotros, los tejones, lo pensamos mucho y decidimos pedir tres dones. Quisimos tener la piel a modo de escudo, la boca como arma y los brazos como horcas de huerto, y ello nos fue concedido. Todo el mundo se especializó en uno y otro aspecto, y algunos tomaron apariencias increíbles. Otros desearon cosas muy raras. Por ejemplo, uno de los lagartos que viven en el desierto quiso rodear su cuerpo con una especie de papel secante, para aprovechar más el agua, y también para un fin parecido, un sapo de las regiones áridas decidió, sencillamente, transformarse en algo así como una botella para guardar el agua.

Las peticiones y las concesiones exigieron dos largos días -creo recordar que fueron el quinto y el sexto de la Creación-, y al finalizar el sexto día, antes de que comenzase el domingo, todos habían hecho su elección, menos el Hombre.

-Vaya -dijo Dios-, aquí está nuestro hombrecito. Sin duda has esperado hasta el final para pensar el asunto a fondo, ¿no es eso? Bien, ¿qué podemos hacer por ti?

-Señor -dijo el embrión humano-, creo que Vos me habéis dado una forma que considerasteis conveniente, y sería una pena cambiarla. Si debo decidir algo, prefiero seguir como ahora, sin alterar nada de lo que me disteis, por otras armas o herramientas seguramente inferiores. Seré toda mi vida a semejanza de este embrión, y trataré de compensar lo que me falte con la madera, el hierro y otros materiales que Vos habéis prodigado en la Tierra. Cuando desee ir por el agua, me haré una lancha con los troncos de los árboles. Cuando quiera volar construiré un artefacto que lo haga por mí. Tal vez parezca un necio al rechazar las ventajas que me proporcionáis tan amablemente, pero lo he pensado bien, creo que es la mejor decisión que puede tomar este ser débil e inocente.

-Bien pensado -repuso el Creador, lleno de gozo-. Venid aquí, embriones, venid aquí con vuestros picos, garras y pezuñas, y contemplad a nuestro primer Hombre. Es el único que ha sabido adivinar nuestro enigma, de entre todos vosotros, y Nos tenemos la satisfacción de concederle el poder de dominar a las aves del cielo, los animales de la tierra y los peces del mar. Y ahora, todos vosotros podéis marcharos; pues ya se acerca el fin de semana. Id, creced y multiplicaos. En cuanto a ti, Hombre, carecerás de herramientas naturales toda tu vida, pero podrás usar los aparatos que fabriques. Parecerás un embrión hasta el día de tu muerte, pero los demás serán realmente como embriones ante tu poder. Aunque carente de un desarrollo completo, serás hecho a imagen Nuestra, podrás participar de Nuestras penas y Nuestras alegrías. En parte lo sentimos por ti, hombre, y en parte nos alegramos. Ve ahora, y haz lo que puedas. Pero escucha, hombre, antes de que te marches...

-Decid, Señor -repuso Adán, volviéndose cuando estaba a punto de retirarse.

-Sólo iba a decirte... -manifestó Dios tímidamente, retorciéndose las manos-, sólo iba a decirte: Dios te bendiga.

-Es una historia muy bonita -dijo Verruga-. Me ha gustado más que la de Merlín acerca del rabino. Bueno, y también resulta instructiva.

El tejón mostróse sumamente confuso.

-Vamos, muchacho, estás exagerando. Es una insignificante parábola, en cualquier caso. De todos modos, hay un exceso de optimismo en ella.

-¿Por qué?

-Bueno, es cierto que el hombre es el más poderoso de los animales, o el más terrible, quizá, pero a veces dudo de que sea el más favorecido.

-No creo que sir Héctor, por ejemplo, sea tan terrible como dices.

-A pesar de ello, cuando sir Héctor se acerca a la orilla del río, no sólo las aves y los animales de tierra salen huyendo de él, sino que hasta los peces escapan hacia la otra orilla.

-Es que el Hombre es el rey de los animales.

-Tal vez, pero quizá debiéramos decir mejor que es el tirano de todos los animales. Por otra parte, es necesario señalar que tiene un sinnúmero de vicios.

-El rey Pelinor no tiene ninguno.

-Iría a la guerra, si el rey Uther la declarase. ¿No sabes que el Homo Sapiens es el único ser viviente que organiza contiendas?

-Las hormigas también lo hacen.

-No generalices tanto, muchacho. Existe un número considerable de especies de hormigas, y sólo sé de cinco clases que sean belicosas. Sólo cinco especies de hormigas, una de termites, y el Hombre.

-Pero las manadas de lobos del Bosque Salvaje atacan a los rebaños de ovejas, todos los inviernos.

-Los lobos y las ovejas pertenecen a diferentes géneros, amigo mío. La verdadera guerra es la que se produce entre congéneres. De entre cientos de miles de especies, sólo conozco a siete que sean guerreras. Y en cuanto al Hombre, hay unas pocas razas, como los esquimales, los gitanos, los lapones y algunos nómadas del norte de África, que no sostienen guerras porque no poseen fronteras. La verdadera contienda es más rara en la naturaleza que el canibalismo. ¿No crees que eso es una desgraciada circunstancia, por lo que al hombre se refiere?

-Yo, al menos -repuso Verruga-, hubiera deseado ir a la guerra, de haber sido armado caballero. Me gustan las relucientes armaduras, las impetuosas cargas, el sonido de las trompetas, el flamear de los estandartes. Habría querido realizar grandes gestas, y ser valiente, y dominar a mis enemigos. ¿Acaso en la guerra no se consiguen grandes satisfacciones, y se convive con los camaradas más queridos?

El erudito animal pensó la pregunta largo tiempo, mientras contemplaba el fuego.

Luego le pareció más oportuno cambiar de tema.

-¿Qué te gustó más? -preguntó-. ¿Ser hormiga, o ser ganso salvaje?





CAPITULO XXII

l rey Pelinor se presentó lleno de agitación en el castillo, al comienzo de la importante semana en que armaban caballero a Kay.

-¿Lo sabéis? -exclamó-. ¿Os habéis enterado? Ah, es algo tremendo. Y es secreto.

-¿Qué es secreto, si puede saberse?

-Lo del rey -repuso Pelinor, escandalizado-. ¿No sabéis lo del rey?

-Bueno, ¿qué ha sucedido con el rey? -inquirió sir Héctor-. No me diréis que piensa venir por aquí, a cazar con sus condenados sabuesos, o algo por el estilo.

-El rey ha muerto -dijo Pelinor, con aire trágico-. Ha muerto, pobre hombre, y ya no podrá cazar más.

Sir Grummore se puso en pie, respetuosamente, y se quitó el bonete que llevaba puesto.

-El rey ha muerto -dijo-. Dios guarde al rey.

Todos se pusieron de pie, y la vieja niñera rompió a llorar.

-Dios santo -sollozó-. Su Majestad se ha ido, él que era un hombre tan caballeresco. Y yo que había recortado tantas estampas de él de todos los sitios, para pegarlas en la repisa de la chimenea...

-Ten calma, Nannie -dijo sir Héctor.

-Es algo solemne, ¿verdad? -dijo el rey Pelinor-. Uther, el Conquistador, 1066 a 1216.

-Un momento especial, en efecto -apuntó sir Grummore- El rey ha muerto. Viva el rey.

-Debiéramos correr las cortinas -dijo Kay, siempre apegado a los formulismos-, y mandar poner las banderas a media asta.

-En efecto. Que alguien se lo diga al sargento de armas -manifestó sir Héctor.

Era evidente que la sugerencia iba dirigida a Verruga, que era el noble más joven de los presentes, de modo que el muchacho echó a correr en busca del sargento de armas. Los que se hallaban en la sala de sir Héctor no tardaron en escuchar la potente voz que gritaba:

-¡Atención! Luto especial por Su Majestad el rey. Banderas a media asta, ¡atención, uno, dos!

En seguida se vieron descender lentamente, hasta quedar en mitad de sus mástiles, los numerosos pendones, banderas, estandartes, banderolas, guiones, enseñas y gallardetes que alegraban las altas torres del castillo del Bosque Salvaje.

-¿Cómo lo habéis sabido? -preguntó sir Héctor.

-Estaba yo investigando por los aledaños del bosque, en busca de la Bestia Bramadora, ¿sabéis?, cuando me encontré con un digno fraile de las órdenes grises, el cual me lo contó. Es una noticia de última hora.

-Pobre viejo Pendragon -dijo sir Héctor.

-El rey ha muerto -repitió sir Grummore, solemnemente-, viva el rey.

-Habéis hecho bien al decirlo, mi querido Grummore -dijo el rey Pelinor-; pero, ¿quién será ese rey que debe vivir tanto, según vuestros deseos?

-Pues, su heredero -repuso Grummore, desconcertado.

-Nuestro querido monarca -intervino la niñera, toda llorosa- no llegó a tener herederos. Cualquiera puede saber eso.

-¡Dios bendito! -exclamó sir Héctor-. Al menos tendrá algún pariente, ¿no es cierto?

-Ahí está lo más intrincado del asunto -declaró el rey Pelinor, lleno de excitación-. No existiendo heredero ni pariente del monarca, ¿quién le sucederá en el trono? Por eso el fraile estaba tan inquieto cuando me lo dijo.

-¿Queréis decir entonces que no hay rey en Gramarye? -clamó sir Grummore, indignado.

-Ni el menor vestigio de rey -aseguró Pelinor, dándose importancia-; y se han notado algunas señales extrañas.

-Creo que se trata de un escándalo -manifestó sir Grummore-. Sólo Dios sabe lo que va a ser de nuestro amado país. Con todos esos comunistas que andan sueltos por ahí...

-¿Qué clase de señales se han notado? -preguntó sir Héctor.

-Sabed que ha aparecido una espada encajada en una piedra, ante una especie de templo. No es exactamente un templo ni es precisamente una piedra, en realidad, pero se trata de algo parecido.

-Explicaos mejor.

-Me han dicho que está en un yunque -aseguro Pelinor.

-¿El templo?

-No, la espada.

-Pero antes habéis dicho que la espada estaba en una piedra.

-No -dijo Pelinor-. La piedra se encuentra fuera del templo.

-Oíd, Pelinor -declaró sir Héctor-, será mejor que descanséis un poco, viejo amigo, antes de proseguir hablando. Vamos, tomad este cuerno de hidromiel, y tranquilizaos.

-La espada está encajada en un yunque, que a su vez se encuentra sobre una piedra. En realidad la espada penetra en el yunque y también en la piedra. El yunque está fijado en la piedra y ésta se halla en el exterior del templo. Por favor, dadme un poco más de hidromiel.

-No me parece nada extraño que ocurran semejantes cosas -dijo sir Grummore-. Lo raro sería que no sucediesen, cuando abundan tanto esos agitadores sajones.

-Mis queridos amigos -repuso el rey Pelinor, volviendo a ponerse nervioso-, todo esto no tiene nada de particular; lo que trato de explicaros es lo notable de la leyenda que está allí escrita.

-Escrita en el yunque, claro.

-No, no, en la empuñadura de la espada -corrigió Pelinor.

-Calma, calma, Pelinor -dijo suavemente sir Héctor-. Vamos a ver, descansad un poco la cabeza en el respaldo del sillón, y cuando os sintáis mejor nos explicaréis de qué rayos estáis hablando. Tranquilo, muchacho, tranquilo. No tenemos ninguna prisa. Así, descansad la cabeza, eso es. Ahora, si os parece, contadlo despacito.

-Hay unas palabras escritas en el pomo de la espada que está en el yunque sobre la piedra que hay delante de la iglesia -manifestó con aire quejumbroso el rey Pelinor-. Esas palabras son las siguientes. Y por favor, tratad de comprenderme, en lugar de interrumpir sin motivo alguno, pues eso hace que me sienta mareado.

-¿Cuáles son esas palabras? -preguntó Kay.

-Las palabras son éstas -aseguró Pelinor-, tal como me las ha repetido el viejo fraile.

-Vamos, continuad -apremió Kay, pues el rey había vuelto a callarse.

-Sí, sí. ¿Qué dice en esa espada? -inquirió sir Héctor, vivamente interesado.

-Será propaganda, seguramente -intervino sir Grummore. El rey Pelinor cerró los ojos con fuerza, extendió los brazos y dijo con voz grave:

-«Aquel que sacare esta espada del yunque y de la piedra será el rey de toda Inglaterra.»

-¿Qué? ¿Quién dice eso? -preguntó sir Grummore.

-Es lo que dice en la espada, ya os lo he contado -manifestó Pelinor.

-¿Espadas que hablan? -dijo sir Grummore sarcásticamente.

-No lo dice la espada; lo dice «en» la espada. Está escrito en ella con letra de oro -clamó irritado Pelinor.

-¿Y por qué no la sacasteis de su sitio? -insistió Grummore, desconcertado.

-¡Es que yo no estaba allí! Os estoy diciendo lo que me contó el fraile del que os estaba hablando, y como me lo ha contado, yo os lo cuento.

-¿Ha sacado alguien esa espada del yunque? -dijo sir Héctor, procurando serenar los ánimos.

-No -musitó el rey Pelinor, poniéndose dramático de nuevo-. De ahí toda la conmoción. No hay quien pueda extraer esa espada, aunque muchos lo han intentado; de modo que se ha organizado un torneo para el día de Año Nuevo, y aquel de los que intervengan en la lucha, que logre sacar la espada, será rey de Inglaterra para siempre. ¿Entendido?

-Oh, padre -dijo Kay-, el que saque la espada del yunque y de la piedra será rey de Inglaterra. ¿Vamos al torneo, padre, y hacemos la prueba?

-Ni pensarlo -contestó sir Héctor.

-Hay un largo camino hasta Londres -afirmó sir Grummore, moviendo negativamente la cabeza.

-Mi padre estuvo allí una vez -aseguró el rey Pelinor.

-Tenemos que ir -insistió Kay-. Cuando me armen caballero tendré que asistir a un torneo en alguna parte, y ése viene muy bien por la fecha. Allí estará la mejor gente, y veremos a famosos caballeros y a grandes reyes. No importa tanto la espada, desde luego, pero pienso en el torneo, probablemente es el más importante que se haya celebrado en Gramarye, y en todo lo que podremos ver y hacer. Querido padre, vayamos y dejadme al menos tomar parte en las justas, para poder obtener algún premio en mi primer torneo.

-Pero Kay -protestó sir Héctor-, es que yo nunca estuve en Londres.

-Más razón aún para ir. Considero que todos los que no deseen asistir a un torneo como ése, es que no tienen sangre noble en las venas.

Pensad lo que muchos caballeros opinarán de nosotros, si no hacemos la prueba con esa espada. Dirán que no quisimos correr el riesgo por considerarnos incapaces.

-Sabemos en realidad que somos incapaces -repuso sir Héctor-, es decir, por lo que se refiere a la espada.

-Hay muchos caballeros en Londres -comentó sir Grummore, suavemente-. Así dicen.

-Y muchos lugares interesantes -agregó el rey Pelinor de pronto, comenzando a animarse.

-¡Maldición! -exclamó sir Héctor, golpeando con su jarro sobre la mesa y derramando el hidromiel-. ¡Vamos todos a Londres, y veamos al nuevo rey!

Los presentes se levantaron de sus asientos como un solo hombre.

-¿Por qué voy a ser menos que mi padre, digo yo? -declaró el rey Pelinor.

-Claro. Y después de todo, Londres es la capital.

-¡Viva! -gritó Kay.

-¡Dios nos asista! -dijo la niñera.

En ese momento entraba Verruga con Merlín, pero todos se hallaban demasiado emocionados para notar que el chico, de no estar ya crecido, se habría echado a llorar.

-¡Ah, Verruga! -manifestó Kay, olvidándose por un momento de que estaba hablando con su escudero, y tratándole con la familiaridad de los tiempos pasados-. ¿Qué te parece? Nos vamos a Londres, para intervenir en el gran torneo del día de Año Nuevo.

-¿Dices que «vamos»?

-Sí; tú llevarás mi escudo y las lanzas en las justas, y yo ganaré a todos la palma y seré un gran caballero.

-Bueno, me alegra que vayamos -repuso Verruga-, porque Merlín también se marcha.

-Bah, no necesitamos a Merlín.

-Es que se marcha -repitió Verruga.

-¿Se va? Creí que éramos nosotros los que nos marchábamos -dijo sir Héctor, de nuevo algo confundido.

-No. Se va del castillo del Bosque Salvaje.

-Veamos, Merlín, ¿qué ocurre? -dijo sir Héctor-. No entiendo nada de esto.

-He venido a despedirme, sir Héctor -declaró el viejo mago- Mañana mi alumno Kay será armado caballero, y a la mañana siguiente mi otro alumno se irá como escudero suyo. Yo no soy de utilidad alguna aquí, y es hora de que me vaya.

-Bueno, bueno, no digáis eso. Creo que sois una persona muy útil, ocurra lo que ocurra. Podéis quedaros a enseñarme a mí, o ser bibliotecario, o cosas así. No dejéis solo a un viejo cuándo sus hijos se marchan.

-Volveremos a encontrarnos todos -manifestó Merlín-. No hay motivo para entristecerse.

-No os vayáis -terció Kay.

-Debo hacerlo -dijo el preceptor-. Hemos pasado muy buenos momentos, mientras erais jóvenes, pero está en la propia naturaleza del Tiempo, el tener que marcharse un día. Existen muchas cosas en otras partes del reino que debo atender justamente ahora; va a ser una época muy ocupada para mí. Ven, Arquímedes, di adiós a todos los presentes.

-Adiós -murmuró el búho, dirigiéndose cariñosamente a Verruga.

-Adiós -repuso el muchacho, sin atreverse a alzar la mirada.

-Bueno, no podéis marcharos sin haber avisado con un mes de anticipación -declaró sir Héctor.

-Conque no, ¿eh? -replicó Merlín, asumiendo la postura que toman siempre los magos, cuando van a desmaterializarse. Se alzó en puntillas, mientras Arquímedes se aferraba con fuerza a su hombro, comenzó a girar lentamente como una peonza, y luego cada vez más rápido, hasta convertirse en una borrosa mancha gris. Al cabo de unos segundos había desaparecido.

-¡Adiós, Verruga! -exclamaron dos débiles voces, desde fuera de la ventana.

-Adiós -contestó Verruga, por última vez, y el pobre chico salió apresuradamente de la estancia.



CAPITULO XXIII

La ceremonia de armar caballero a Kay se celebró en medio de un torbellino de preparativos para el viaje. El suntuoso baño de Kay tuvo que realizarse en una pequeña estancia, entre baúles y cajones, porque todas las demás habitaciones se hallaban atestadas de paquetes y cajas. La niñera se pasó el tiempo cosiendo calzoncillos largos para todo el mundo, pues era de la opinión que cualquier clima que no fuese el del Bosque Salvaje resultaba en extremo traicionero, y en cuanto al sargento de armas, pulió las armaduras hasta que parecieron espejos, y afiló las espadas hasta que la hoja quedó casi por completo gastada.

Por fin llegó el día de emprender la marcha.

Si acontece que el lector no ha vivido en la vieja Inglaterra del siglo XII, o cuando fuera, y en un lejano castillo próximo a las Marcas limítrofes, seguramente le resultará difícil imaginar las maravillas de aquel viaje.

El camino, o carretera, discurría generalmente por entre las colinas y sierras, y a veces podían mirar los viajeros hacia abajo, por la extensión de los desolados páramos donde los nevados juncos suspiraban, el hielo crujía, y el pato graznaba roncamente al crudo aire invernal. Casi todo el país era así. En ocasiones aparecía un marjal hacia un lado de las colinas, o un bosque de un millar de acres al otro lado, en el que las ramas de los árboles estaban cubiertas de nieve. Divisaban a veces un penacho de humo que ascendía entre los árboles, o un grupo de casas más allá de los infranqueables juncos, y en dos oportunidades pasaron por ciudades respetables que tenían varias posadas de que jactarse; pero en conjunto, se trataba de una Inglaterra poco civilizada. Las mejores carreteras aparecían despejadas de matorrales a la distancia de un tiro de arco, por ambos lados, lo cual se hacía para que los viajeros no fueran atacados de improviso por bandidos ocultos.

El caballero que viajaba dormía donde podía, unas veces en la choza de algún granjero, que se aprestaba a darle la bienvenida, otras en el castillo de otro caballero que le invitaba a reponer sus energías, y otras a la luz de la chimenea, y entre el picor de las pulgas, en algún sucio chamizo que tenía un manojo de ramas atado a un poste, en el exterior -éste era el símbolo que usaban las posadas, en aquella época-. Y también, en más de una oportunidad, dormían a cielo abierto, apiñados contra sus caballos para conservar el calor. Pero allí donde fueran, o donde durmieran, el viento del este silbaba entre los juncos, y los gansos salvajes se remontaban hacia el firmamento graznando a las estrellas.

Londres estaba lleno hasta rebosar. De no haber sido sir Héctor el afortunado propietario de un pequeño solar en Pie Street, en el que se alzaba una respetuosa posada, jamás hubiesen hallado alojamiento. Pero el caso es que el caballero tenía esa propiedad, de la que por cierto obtenía buena parte de sus ingresos. Gracias a ello pudieron conseguir en la

posada tres lechos para los cinco viajeros que eran, y se consideraron muy afortunados por su suerte.

En el primer día del torneo, sir Kay se las arregló para hacer levantar muy temprano a sus compañeros, y se hallaron todos en el campo de justas una hora antes de que comenzase el torneo. El joven caballero había estado despierto toda la noche, pensando cómo se las arreglaría para derrotar a los mejores barones de Inglaterra, y no pudo tomar su desayuno, por la mañana. Al dirigirse al campo, lo hizo cabalgando al frente del grupo, con las mejillas pálidas. Verruga habría deseado poder hacer algo por él.

Para aquellas gentes del campo, que sólo conocían el desmantelado terreno de justas del castillo de sir Héctor, el escenario que hallaron fue maravilloso. Era una amplia depresión del terreno, cubierta de verde césped, y de las dimensiones de un campo de fútbol moderno. Se hallaba a unos diez pies por debajo de las tierras circundantes, con suaves declives, y la nieve había sido barrida por completo del lugar. Se conservó cálida la hierba cubriéndola con paja, que se retiró por la mañana, y ahora la recortada hierba destacaba con su vivo color verde entre el blanco paisaje vecino.

En torno al campo de justas se veía un conjunto de colores tan vivos, que hacía parpadear incrédulamente. Las maderas de las tribunas se hallaban pintadas de rojo y blanco; la seda de los pabellones de campaña de los caballeros famosos, cubiertas de brea por ambas caras, eran de distintos colores, azul, verde, bermellón, o bien de colores combinados. Por todas partes flotaban pendones y gallardetes a impulsos de la brisa, dando la sensación de un arco iris movedizo. La barrera que dividía el campo por la mitad estaba también pintada con un gran cuadriculado blanco y negro.

La mayoría de los que intervenían en la justa aún no habían llegado cuando lo hicieron sir Kay y sus acompañantes, pero por los pocos que allí se veían, podía uno darse cuenta cómo iban a relucir las armaduras, y agitarse al viento las dalmáticas de los heraldos cuando se dispusieran a alzar las trompetas para dar los toques de atención.

-¡Santo cielo! -exclamó de pronto sir Kay-. Me dejé la espada en la hospedería.

-No se puede intervenir en un torneo sin espada -apuntó sir Grummore-. Sería muy poco serio.

-Será mejor que vuelvas a buscarla -terció sir Héctor-. Aún tienes tiempo.

-Mi escudero puede hacerlo. ¡Qué imperdonable olvido! Eh, escudero, vuelve a toda prisa a la posada, y tráeme la espada. Te daré un chelín, si regresas aquí a tiempo.

Verruga se puso tan pálido como lo estaba sir Kay, y por un momento le miró como si fuera a abofetearle. Luego dijo:

-Se hará como mandáis, amo.

Y volviendo su caballo contra la corriente de los que llegaban, comenzó a abrirse paso hacia la posada lo mejor que pudo.

-¡Ofrecerme una propina! -murmuró Verruga, indignado-. Mirarme desde su hermoso palafrén desdeñosamente, al verme montado en este

mulo, y llamarme escudero... Ah, Merlín, dame paciencia con ese bruto, e impide que le arroje su chelín a la cara.

Cuando Verruga llegó a la posada, ésta se hallaba cerrada. Todo el mundo se había ido a ver el gran torneo, y la servidumbre siguió a los posaderos. Aquellos tiempos eran muy inciertos, y no resultaba muy seguro abandonar una casa -o incluso dormir en ella-, si no se tenía certeza de que era poco menos que inexpugnable. Las contraventanas tenían un espesor de dos pulgadas, Y las puertas estaban atrancadas con gruesas barras.

«¿Qué puedo hacer yo para ganar mi chelín?», se dijo Verruga para sus adentros.

Observó preocupado la pequeña hospedería totalmente cerrada, y luego echóse a reír.

-Pobre Kay -murmuró-. Todo eso del chelín era sólo porque se sentía atemorizado y nervioso, y quería disimular. En realidad tiene motivos para sentirse así. Bien, debo conseguir una espada, así tenga que entrar en la Torre de Londres.

«Pero, ¿cómo se consigue una espada -se preguntó-. ¿Dónde podría hurtarla, si fuera preciso? Aunque quizá haya algún armero, en una gran ciudad como ésta, cuya tienda esté aún abierta.

Volvióse en su montura y se alejó calle abajo. Al final de la calle vio el patio de una iglesia, con una especie de plazoleta ante la puerta del templo. En el centro de la plazuela había una pesada piedra sobre la que se asentaba un yunque. Una hermosa espada, nueva y reluciente, se hallaba encajada en el yunque.

«Bien -pensó Verruga-, tal vez sea una especie de monumento, pero tengo que hacerlo. Estoy seguro de que nadie me lo reprocharía, de saber la situación desesperada del pobre Kay.»

Después de desmontar, Verruga enlazó las riendas en un poste, y subió por el caramillo de grava de la plazoleta. Acercóse a la piedra y cogió la espada por la empuñadura.

-Ven, espada -le habló-; debo pedirte perdón y sacarte de ahí por una buena causa.

«Es extraño -pensó Verruga-. Sentí algo muy raro cuando aferré el pomo de la espada, y he notado que todo aparece ante mí con mayor claridad. Mira las hermosas gárgolas de la iglesia y del monasterio vecino. Fíjate en la esplendidez con que ondean esos gallardetes. Qué limpia aparece la nieve. Noto un olor a incienso. ¿Y no es una suave música, lo que oigo?»

Era una melodía, en efecto, y la luz que había en el patio era tan clara, sin llegar a ser deslumbrante, que habría podido verse un alfiler a veinte yardas de distancia.

-Hay alguien en este lugar -preguntó-. Sí, hay gente. Decidme, ¿qué queréis?

Nadie le contestó, pero la música seguía sonando con fuerza y la luz era espléndida.

-Escuchad -continuó Verruga-. Escuchad, vosotros. Tengo que llevarme esta espada. No es para mí, sino para Kay. Es necesario que se la lleve.

Tampoco ahora hubo respuesta alguna, y Verruga volvióse hacia el yunque. Vio las letras de oro en la espada, que no leyó, y las gemas de la empuñadura, relucientes bajo la clara luz.

-Ven, espada -dijo el joven.

Aferró la empuñadura con ambas manos y se apoyó en la piedra para tirar. Oyóse un acorde melodioso, pero la espada no se movió de su sitio.

Verruga dejó la empuñadura, que había comenzado a hacerle daño en la palma de las manos, y retrocedió un paso, mientras notaba una sensación luminosa, como unas estrellas rutilantes.

-Está bien encajada -comentó.

Volvió a intentarlo y tiró con todas sus fuerzas. La melodía resonó más intensamente y la luz que caía en el patio relució con un fulgor de amatistas. Pero la espada siguió encajada donde estaba.

-Oh, Merlín -suplicó Verruga-, ayudadme a sacar esta espada.

Oyóse una especie de trueno, seguido de un fuerte acorde. En torno al patio se veían ahora centenares de animales, amigos y conocidos, como espectros de días pasados, entre ellos tejones, ruiseñores, cuervos, liebres, gansos salvajes, halcones, peces, sabuesos, unicornios, cocodrilos, erizos, Grifos, y los miles de especies diferentes que Verruga había conocido. Todos estaban cerca de la pared, y hablaron a Verruga por turno. Unos habían descendido de los pendones del templo, donde figuraban como emblemas heráldicos; otros procedían de las aguas, del cielo y de los campos circundantes. Pero todos, hasta el más humilde ratoncillo, acudían a ayudar a Verruga por el cariño que le profesaban. El joven sintió que su fuerza aumentaba.

-Tensa la espalda -aconsejó un lucio que había salido de un estandarte-, como lo hiciste una vez que iba a darte un coletazo. Recuerda que la fuerza nace de la parte inferior del cuello.

-¿Y qué me dices de tus antebrazos? -intervino gravemente el tejón-. ¿Los tienes pegados al cuerpo? Vamos, vamos, mi querido embrión, emplea tus herramientas.

Un azor que se aferraba a la rama de un árbol exclamó:

-Veamos, capitán Verruga, ¿cuál es la primera ley de la pata? Creí que era no soltar nunca.

-No actúes como un necio picamaderos -le exhortó un búho afablemente-. Realiza el esfuerzo uniformemente, polluelo, y lo conseguirás.

Un ganso salvaje manifestó:

-Eh, Verruga, si una vez fuiste *capaz* de volar hasta el mar del Norte, bien podrás ahora coordinar tus esfuerzos, ¿verdad? Aplica tu energía, junto con el poder de tu mente, y la espada saldrá como de la mantequilla. Vamos, Homo Sapiens, todos tus antiguos amigos estamos dispuestos a vitorearte.

Verruga aproximóse a la espada por tercera vez. Tendió la diestra hacia la empuñadura, y retiró la espada tan suavemente como si estuviera sacándola de una vaina.

Oyéronse unos vítores atronadores, que duraron largo tiempo. Cuando el rumor se extinguió, Verruga viose delante de Kay y le entregó el arma. Los espectadores del torneo volvían ahora a gritar.

-Pero si ésta no es mi espada -protestó sir Kay.

-Es la única que pude conseguir -repuso Verruga-. La posada ya estaba cerrada.

-Es una hermosa espada. ¿Dónde la conseguiste?

-Estaba en un yunque y sobre una piedra, delante de una iglesia -contestó Verruga.

Sir Kay observaba luchar a dos caballeros, y no prestó mucha atención a lo que decía su escudero.

-Buen sitio, para encontrar una espada -manifestó.

-En realidad estaba sujeta a un yunque.

-¿Cómo? -exclamó sir Kay, volviéndose en redondo-. ¿Dices que esta espada estaba sujeta a un yunque y a una piedra?

-Sí, me pareció una especie de monumento.

Sir Kay se quedó mirando a su escudero unos segundos, lleno de asombro. Abrió la boca, volvió a cerrarla, se pasó la lengua por los labios, y volviéndose, internóse entre la multitud. Estaba buscando a sir Héctor, y Verruga le siguió.

-Padre -dijo sir Kay, cuando lo hubo hallado-, escuchadme un momento.

-Es increíble como luchan estos campeones -repuso sir Héctor-. Pero, ¿qué te ocurre, Kay? Estás blanco como la cera.

-¿Recordáis la espada que debía sacar del yunque el futuro rey de Inglaterra?

-Sí.

-Pues bien, aquí está. La tengo en mis manos. Yo he conseguido sacarla de donde estaba.

Sir Héctor no dijo ninguna necedad. Limitóse a mirar a Kay y luego a Verruga. Después volvió a mirar a Kay, largamente, con afecto, y al fin manifestó:

-Iremos a la iglesia.

Una vez ante la puerta del templo, miró a su primogénito con cariño, pero directamente a los ojos, y agregó:

-Aquí están el yunque y la piedra, y tú tienes la espada. Con ella podrás ser rey de Inglaterra. Eres mi hijo, me siento orgulloso de ti y siempre lo estaré, pase lo que pase. ¿Me juras que la sacaste de ahí, por tus propios medios?

Kay miró a su padre, luego a la espada y por fin a Verruga. Entonces entregó a éste la espada, lentamente, y declaró:

-He mentido. Verruga fue el que la sacó.

Después de esto, sir Héctor dijo a Verruga que colocase la espada donde la había hallado, lo cual hizo el muchacho. El anciano trató en vano de sacarla, y lo mismo le ocurrió a sir Kay. Verruga, al serle solicitado, la extrajo fácilmente una vez, y luego otra. Volvió a repetirlo por tercera vez.

Entonces vio Verruga que su tutor, con gesto de profunda humildad, se arrodillaba delante de él, sobre su gotosa rodilla.

-Señor... -dijo sir Héctor, sin alzar la mirada.

-Por favor, no hagáis eso, padre -repuso Verruga, arrodillándose también- Dejad que os ayude a poneros en pie, sir Héctor, porque así me dais pena.

-No no, mi señor -manifestó el anciano, con voz temblorosa-. No soy vuestro padre, y ni siquiera soy de vuestra misma sangre. Estoy seguro de que portáis sangre más noble que la mía.

-Muchos me dijeron que no erais mi padre -repuso Verruga-, pero eso no me importa.

-Señor -dijo el anciano, humildemente-, ¿seguiréis apreciándome, cuando seáis rey?

-¿Qué decís?

-Sólo querría pediros un favor, señor, que hagáis a vuestro medio hermano, sir Kay, senescal de vuestras tierras.

Kay estaba también arrodillado ante Verruga, y esto era más de lo que el muchacho podía soportar.

-No digáis eso -declaró Verruga, acongojado-. Claro que será senescal, si tengo que ser ese rey del que me habláis. Pero, ¡oh, padre mío!, no os arrodilléis así, porque me apena mucho veros. Poneos en pie, sir Héctor. ¡Ah, Señor, cuánto desearía no haber encontrado esa desdichada espada!

Verruga no pudo evitarlo y se puso a sollozar.

CAPITULO XXIV



Tal vez debiera haber un capítulo acerca de la ceremonia de la coronación, pensará el lector. Los barones, como era de esperar, se mostraron incrédulos, pero como Verruga colocó y sacó la espada del yunque tantas veces como se lo pidieron, y podría haber seguido haciéndolo hasta el día del Juicio Final, mientras que nadie más que él era capaz de hacerlo, por último tuvieron que darse por vencidos. Unos pocos galeses se rebelaron y fueron dominados más tarde, pero en general el pueblo de Inglaterra, así como los proscritos, en cuyo caso se encontraba Robín de los Bosques, mostraron deseos de obedecer al nuevo rey. Estaban hastiados de la anarquía que reinara en el país con Uther Pendragon, y de tiranos feudales, de barones que hacían cuanto les venía en gana, de diferencias entre razas, y del gobierno de la fuerza, como única razón.

La coronación fue una ceremonia espléndida. Recordaba algo al día de la Epifanía, pues todo el mundo trajo regalos a Verruga, por su hazaña de haber extraído la espada del yunque. El perrero y Wat le mandaron una pócima para el catarro, que contenía quinina y poseía un valor inestimable. Lyo-lyok le envió algunas flechas elaboradas con sus propias plumas. Cavall se presentó él mismo, Y entregó a su amo todo su afecto. La vieja niñera del castillo le mandó un remedio contra los catarros y treinta docenas de pañuelos con las iniciales correspondientes. El sargento le obsequió sus medallas de las Cruzadas, que quedarían bajo la custodia de la nación. Hob quedóse sin dormir toda la noche, lleno de congoja, y envió a Cully con caperuza y traílla nuevas, y una nueva campanita de plata. Robín y Mariana salieron a una expedición de caza que les llevó seis semanas, y obsequiaron a Verruga con un manto de pieles de marta. El Pequeño Juan agregó un arco de siete pies, que el joven rey no podía manejar con facilidad. Un erizo que no dio el nombre mandó cuatro o cinco hojas sucias con algunas pulgas. La Bestia Bramadora y el rey Pelinor decidieron ir a escote, y aportaron los más perfectos fiemos que poseían, delicadamente envueltos en verdes hojas de primavera, y dentro de un cuerno dorado. Sir Grummore regaló un conjunto de flechas con los colores de su colegio en las plumas. Los cocineros, sirvientes y siervos del Castillo del Bosque Salvaje, que llegaron a la ceremonia en una carreta tirada por un par de bueyes, obsequiaron a Verruga una reproducción de plata, de gran tamaño, de la vaca Crumbrocke, que había ganado el concurso por tercera vez. Ralph Passelewe, por su parte, cantó lo de costumbre en el banquete de la coronación. Arquímedes mandó a su tataranieto, para que se sentara sobre el respaldo del trono, durante la comida, y dejase caer algunos excrementos en el suelo. El alcalde y los concejales de la ciudad de Londres se suscribieron para la construcción de un zoológico-acuario-terrario en la Torre de Londres, en el que todos los animales deberían guardar dieta una vez a la semana por el bien de sus respectivos aparatos digestivos, y donde debían ir a parar todos los antiguos amigos de Verruga, fueran de ala, pata o aletas, al llegar al otoño de sus felices vidas. Los ciudadanos de Londres aportaron

cincuenta millones de libras para el sostenimiento del zoológico, y las Damas Británicas obsequiaron un par de chancletas de terciopelo negro con las iniciales de Verruga bordadas en oro. Kay le envió la cabeza del Grifo con sus mejores deseos.

También hubo muchos otros regalos de buen gusto procedentes de diversos barones, arzobispos, príncipes, landgraves, reyes tributarios, corporaciones, popes, sultanes reales, concejales de distrito, zares, jalifas, mahatmas y otras yerbas. Pero el regalo más hermoso de todos fue para Verruga el que le mandó con todo afecto su querido tutor, el anciano sir Héctor. Este obsequio consistía en un castillo de fuegos artificiales de los que se encienden por un extremo. Verruga procedía a encenderlo, y vio crecer el fuego. Cuando las chispas se hubieron extinguido, Merlín se hallaba de pie ante Verruga, tocado con su capirote de mago.

-Bien, Verruga -dijo Merlín-, aquí estoy de nuevo. Tienes un gran aspecto, con tu corona de rey. No te lo podía decir antes, pero el caso es que tu padre fue el rey Uther Pendragon, fui yo mismo, disfrazado de mendigo, quien te llevó al castillo de sir Héctor, envuelto en tus dorados pañales. Sé todo acerca de tu nacimiento y tu familia, y también sé quién te dio tu verdadero nombre. Estoy al corriente de tus penas y de tus alegrías, y sé que nadie osará volver a llamarte por el nombre familiar de Verruga. En el futuro será tu glorioso sino aceptar la carga y gozar de la nobleza de tu propio título. Por consiguiente, reclamo el privilegio de ser el primero de tus súbditos que se dirige a ti con el nombre de Rey Arturo.

- ¿Te quedarás conmigo durante mucho tiempo, Merlín? - preguntó el joven, sin comprender muy bien todo aquello.

- Sí, Verruga - repuso Merlín - . O más bien debo decir: Sí, mi rey Arturo.